

# Kira Freitas



Trilogía de las Hermanas MacBride -  
Libro 03

---

*La*  
*Princesa*

Kira Freitas

La  
Princesa

2ª Edición

Mangaratiba —RJ

Trilogía de las Hermanas MacBride

2018

# La princesa

## *Libro 03 de la Trilogía de las Hermanas MacBride*

---

Aila vivió escondida durante mucho tiempo para proteger a sus seres queridos. Ella mantuvo el dolor detrás de un nombre que no era el suyo y se convirtió en Breanna, la impetuosa guerrera del ejército escocés. Durante años ideó su venganza y se preparó para cualquier cosa que no fuera tener que disputar el liderazgo de sus hombres con el infame príncipe de Escocia. A los ojos de Aila, Alec MacCalister es un mujeriego irresponsable. Lo que no se imagina es que detrás de toda esa arrogancia había un hombre que nunca imaginó que conocería algún día. Una atracción. Un secreto. Una mentira. Todo esto mezclado los convertirá en un arma letal contra sus enemigos y contra ellos mismos.

# Índice

---

[Reglas para descargar el marcador](#)

[La princesa](#)

[Índice](#)

[Bibliografía](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 01](#)

[Capítulo 02](#)

[Capítulo 03](#)

[Capítulo 04](#)

[Capítulo 05](#)

[Capítulo 06](#)

[Capítulo 07](#)

[Capítulo 08](#)

[Capítulo 09](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

[Sobre el autor](#)

[Otros trabajos](#)

# Bibliografía

---

Author(s): Kira Freitas

Año de edición: 2018

Diseño de portada: Vanessa Freitas

Diagrama: Vanessa Freitas

"Batallador, guerrero, un  
diamante tallado por Dios. Toda  
mujer es una reina, una princesa  
eterna, una flor que necesita afecto.  
Sí, pueden hacerlo y lo hacen. "

*Roni Alves*

# Prólogo

*Bree*

*Dos años antes...*

---

Mi cuerpo golpeó la pared de piedra. Me caí, rodando por el suelo, después de haber sido liberado de las cadenas que levantaban mi cuerpo mientras me azotaban. No sabía cuántos golpes había recibido, mucho menos cuánto tiempo había sido golpeado, pero por cada golpe que recibía en mi piel desnuda, rezaba en silencio. Le pedí a Dios que me perdonara por los pensamientos locos y asesinos que poblaban mi mente. Juré venganza tan pronto como mi cuerpo tocó el suelo.

—¡Viste a esa perra y prepárala para el transporte!

La orden vino de la persona que se suponía que me amaría y cuidaría de mi vida. Ravenna MacBride. Mi madre. La víbora que destruyó la inocencia de Aideen, puso a la venta a Aileen y ahora se sacrificó por mí.

Una enfermera se me acercó y comenzó a limpiar la sangre de mis heridas. No sólo fueron los latigazos, sino también la herida abierta en mi abdomen de Roy MacGregor, que estaba sangrando.

—¡La tenía vestida! —mi madre gritó. —Deja las heridas como están. ¿Quién sabe cómo aprenderá algo de ello?

A pesar de todo, salió de su celda y cerré los ojos. La enfermera se puso una combinación, una simple camisa con manga y falda. Cuando estaba listo, un hombre me levantó en sus brazos y me sacó. La luz de los rayos del sol del atardecer hacía arder mis ojos. Estuve encerrado en esa celda durante días con pan y agua. Era débil y apenas podía balbucear una palabra. El hombre me metió en un carruaje rústico y me ató las muñecas con las manos hacia atrás. Él apretó el nudo lo suficientemente fuerte como para hacerme gemir de dolor. Cerré los ojos por la fatiga, pero mis oídos estaban atentos.

—Llévala al borde. Un carruaje llevará a Aila a Edimburgo. —Oí a mi madre decir. —Lord MacGregor sabrá qué hacer con esa bocazas cuando llegue.

—Señora, ¿realmente cree que es necesario enviarla a la horca? —el hombre que me llevó me interrogó. —Podemos tirarla del puente en el mar.

Mi madre se detuvo frente al carruaje y sonrió sombríamente.

—No. Estoy seguro de que Roy querrá terminar lo que empezaron en el salón hace unas noches —dijo antes de cerrar la puerta. —Para todas y cada una de las preguntas, mi hija va a un convento en Gretna Green para ser educada por las monjas. Eso debe estar esparcido por todas las tierras altas.

—¡Sí, señora!

Oí que los hombres subieron al carruaje y lo pusieron en movimiento. Continuaron tramando la mejor manera de llevarme a Edimburgo. Lo extraño es que quería enfrentarme cara a cara con ese

desdichado déspota de Lord MacGregor y cuando tuviera la oportunidad lo cruzaría con mi espada.

El viento cortó los árboles con fuerza y el paisaje pasó rápidamente a través de las grietas de la ventana del vagón. Me tomé mi tiempo con el trabajo de desatar los nudos que mantenían mis muñecas juntas. En cada intento, la cuerda se tensaba más fuerte, cortando la delicada carne de mis manos. Gruñía porque, además de ese dolor en las muñecas, todavía podía sentir el ardor en la piel de mi espalda. Podía sentir la sangre, aún fresca, fluyendo contra la tela de la camisa. Cerré los ojos cuando el odio se apoderó de mis tripas. Me negué a llorar como una niña, que había hecho algo malo y tenía mucho miedo. Respiré profundamente tratando de contener las náuseas que sentía a causa del dolor. Las voces de afuera dejaron de susurrar. En el apogeo de los acontecimientos, temía más por la vida de mis hermanas que por la mía y por eso tuve que escapar.

En un nuevo intento, y a pesar del dolor insistente, logré soltar una de mis muñecas. Cuando adelanté mis manos vi que ambas estaban sangrando como había previsto. Había una banda roja alrededor de cada muñeca, causada por el tiempo en que yo estaba atorado con grilletes en el calabozo de Inverness. Conteniendo la sensación de desmayo, miré a mi alrededor en un intento de encontrar algo que pudiera ser usado como arma. Había unos trozos de madera envueltos en bolsas en una esquina del vagón. Seguramente se usarían para hacer un buen fuego. Me metí en una de las bolsas y cogí la más grande que pude encontrar. Era grueso, pero no tan pesado. Levantándome lentamente, fui a la puerta y miré a través de las rejas. Afortunadamente no había cerradura, quizás porque pensaban que estaba demasiado herido para intentar escapar. Lentamente abrí la puerta. El carruaje iba a una velocidad razonable, ya que estábamos al borde de un acantilado. Poniendo la madera encima del carro, empujé con ambas manos para pararme. Automáticamente me sentí enganchado a mi espalda y gimí profundamente. Los dos hombres responsables de la conducción parecían inconscientes y no escucharon cuando me acerqué a ellos lentamente. Le pegué fuerte a uno de ellos y se cayó del carruaje en el camino. El hombre golpeó fuerte entre las rocas y el suelo de tierra. El otro hombre se asustó. Con el movimiento repentino que hizo con las riendas, asustó a los caballos, que empujaron hacia arriba. La rueda trasera golpeó una roca causando una sacudida que me hizo caer en el techo y me golpeó la cabeza contra la madera. La conductora no pudo mantener el coche en línea y volvió a golpear la roca rompiendo la rueda trasera derecha. La inclinación me hizo rodar sobre el techo del carruaje. Terminé colgando del borde. Podía sentir la tierra latir contra mis pies descalzos, que apenas estaban cubiertos por una vieja falda, que me obligaron a usar. Al darme cuenta de que el carruaje se estaba saliendo de la dirección y que los caballos estaban fuera de control, decidí arriesgarme a saltar en la carretera. Golpeé la tierra gruesa y las rocas en el camino tan pronto como rodé en el suelo. El carruaje salió de la carretera unos metros más adelante y cayó en el acantilado. Respiré profundamente con vértigo. Tuve que salir de la carretera para que no me encontraran. No sé cómo me las arreglé para encontrar fuerza, pero decidí subir la cuesta. Si no recuerdo mal, había un bosque encima de donde yo estaba. Intentaría encontrar un claro para pasar la noche. Por la mañana, si no sintiera tanto dolor, me refugiaría en Dunhill.

Yo sabía muy bien que al rey no le gustaba mi padre, así como sus hijos, especialmente Alistair, que lo odiaba por ser un cobarde. Subí usando las raíces expuestas de los árboles como soporte. La lluvia se hizo más fina y pronto empezó a perturbar mi visión, pero seguí escalando. Me llevó mucho tiempo llegar a la cima y arrastrarme bajo un árbol. Estaba demasiado débil para intentar moverme de nuevo y el cuerpo empezó a dormirse. No sé cuánto tiempo me llevó, pero me



desmayé debido a los dolores en el cuerpo y a la fatiga causada por el esfuerzo.

—Hey? ¿Te encuentras bien?

Una voz masculina susurró seguida de ligeras palmadas en la cara. Mis ojos eran demasiado pesados para mantenerlos abiertos. Sólo los semifundí por unos instantes y vi la cara serena pero preocupada de lo que me pareció ser un guerrero. Una pesada mano apartó el pelo de mi cara y pude ver su frente frunciendo el ceño.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —dijo sorprendido. —¿Qué te ha pasado?

El pánico se apoderó de mis tripas y todo lo que pude hacer fue susurrar, porque mi garganta estaba seca.

—¡No me hagas daño!

—No, por supuesto que no! —asintió. —Pero, ¿qué ha pasado? ¿Quién hizo esto?

—Mi padre me golpeó y me envió a un convento después de descubrir que estaba saliendo con el mozo de cuadra. —Mentí tragándome la saliva. —El carruaje en el que estaba se salió de la carretera y cayó en el acantilado. Por suerte logré escapar.

—¡Por todos los cielos! ¿Cómo la llaman, señorita?

No me pareció una buena idea decirle mi nombre, por muy preocupado y celoso que pareciera. Además, en ese momento, todo lo que no quería era ser un MacBride.

—Breanna, pero puedes llamarme Bree. —Dije con una voz embargada.

—¿Qué hay de tu familia?

—No se preocupan por mí. —Yo disparé. —Mi padre me echó de casa y no tengo intención de volver. No tengo adónde ir.

Olvidando mi fuerza y coraje, me derrumbé en un llanto que me llevó a llorar copiosamente como una damisela en peligro.

—¡Shii! ¡Calma! ¡Cálmate! —Susurró el hombre. —Ven conmigo y nos ocuparemos de estas heridas. Entonces, cuando esté bien, veremos dónde instalarlo.

Asentí con un suspiro de alivio y lo abracé cuando el hombre me sostuvo en sus brazos.

—Por cierto, me llamo Keilan —dijosonriendo. —Keilan Sinclair.

—Encantado de conocerle, Lord Sinclair. Muchas gracias por su amabilidad!

—¡Adelante!

Puse mis brazos alrededor de su cuello y apoyé mi cabeza contra su hombro. Estaba exhausta y asustada por primera vez, pero me sentía muy segura. Sin saber la razón, pero confié en Keilan y sospeché que era el comienzo de una buena amistad.

# Capítulo 01

## Bree

*Dos años y unos meses después...*

---

—¡Espera aquí!

Uno de los guardias me pidió que indicara el centro de la tienda y me miró de arriba a abajo sacudiendo la cabeza con desdén. Aprendí a lidiar con esas miradas. Ya no me molestaban tanto. No sabía si era porque era mujer o porque llevaba un par de pantalones y botas de cuero. Tal vez era del tamaño de la espada que llevaba en la cintura.

Miré a mi alrededor tan pronto como el guardia se fue. Aunque la tienda pertenecía a un noble, no tenía nada de sofisticado. El lugar era pequeño y sólo había una pequeña mesa de madera con dos sillas en una esquina y una cama de cuero, montada cerca de la entrada. Había uno pequeño reservado en otro rincón de donde colgaba algo de ropa. No había alfombra para identificar el origen del dueño de la tienda, aunque sabía bien con quién iba a tratar.

Hace unos meses, después de ser rescatado, decidí quedarme con el regimiento Keilan, que era el comandante de una patrulla fronteriza. Aunque le pareció muy extraño porque parecía pertenecer a una familia noble, decidió entrenarme. Al principio era sólo para defenderme, pero con el tiempo empecé a ser muy bueno manejando armas y Keilan decidió unirse al regimiento. Especialmente después de contarle exactamente lo que había pasado hasta la noche en que me encontré en el bosque. Keilan no había sido penalizado, pero mostró un profundo odio hacia la gente que me lastimó. Se convirtió en un gran amigo y gradualmente reemplazó a mis hermanas y suavizó el anhelo que yo sentía. También me ayudaba a superar y olvidar mi pasado, pero difícil. Principalmente por las terribles pesadillas que me estaban golpeando.

Oí un ruido y voces de fuera y apreté con fuerza el mango de la espada. Ese era el único recuerdo que tenía de un hombre que, aunque no era de mi sangre, estaba orgulloso de llamar a su abuelo. Es la única cosa por la que me esforcé en volver después de la recuperación. Estaba escondida en la cabaña de mis abuelos y sólo yo conocía el lugar. Un hombre enorme entró en la tienda, seguido de otro al mismo tiempo. Tenían el pelo negro y los ojos azules del color del cielo al atardecer. Automáticamente recordé a Annabel, sin embargo, sus ojos eran de un azul más claro, casi glaciales.

—Disculpe, pero estoy esperando a alguien llamada Bree —dijo uno de los hombres frunciendo un poco el ceño. —¿Quién diablos eres tú?

—¡Disculpe si esperaba a un hombre! —Dijo en serio y mirándola fijamente. —Me llamo Breanna, pero prefiero que me llamen Bree.

—¿En serio? —Dijo incrédulo y se puso la mano en la barbilla. —¿Y tu familia sabe que estás aquí, Bree?

Soltando el mango de la espada, me reí y crucé los brazos.

—Si quieres saber si hay alguien que llore por mí, la respuesta es: ¡no les importa! —Dije

irónicamente. —Por lo tanto, alégrate de no tener que tratar con un mozo de cuadra que sigue órdenes de llevarme de vuelta arrastrado por el pelo. Incluso porque si lo intentara, moriría.

Los dos hombres se miraron y se rieron.

—Siento haberte ofendido. Keilan no mencionó que Bree sería....

—¿Una mujer?

El hombre pigmentado.

—De hecho, lo que me sorprende no es que yo sea mujer, ya que ellos han estado luchando en estas tierras desde tiempos muy remotos. —contestó él. —Es sólo que pareces tan frágil que me preocupa dejar el mando de mi ejército en tus manos.

¿Así que ese era el príncipe Alistair? Lo conocí por los diversos banquetes que mi madre promovió en nuestro feudo. Alistair siempre fue muy callado y observador, pero en los minutos en que tuve la oportunidad única de hablar con él, pude ver que era muy inteligente y sabio para alguien tan joven. Demostró ser un buen estratega y duro cuando se trataba del tema de la guerra. Después de tanto tiempo, sin embargo, parecía ser la misma persona, pero sus rasgos habían cambiado mucho. No se parecía al chico que tenía cuando lo conocí. Creo que yo también he cambiado, porque me di cuenta de que no me reconocía. Eso, para mí, fue un gran alivio, porque me imaginaba la reacción de Alistair tan pronto como me vio entre sus hombres. Temía que me entregara a mi madre, o peor aún, que quisiera castigarla por lo que hizo. Tenía que decírselo, pero mi egoísmo por querer vengarme sólo de mí me había hecho retroceder. En vez de decir la verdad y aprovechar el hecho de que no tenía ni idea de que yo era un MacBride, dejé salir una risa desdeñosa.

—Su Alteza, elija a su padrino y le mostraré exactamente lo frágiles que son mis golpes. —He desafiado.

El hombre que estaba detrás de él sonrió de una manera perversa.

—Vaya, vaya. ¡Qué lengua tan afilada! —el hombre se me acercó. —¡Odio a las mujeres con lenguas afiladas!

Me he reído un poco.

—Lástima que eso sea cierto, mi señor. —Respondí seco. —Puedo garantizar que no es sólo mi lengua la que está afilada, sino también mi espada.

Se miraban de una manera extraña, pero pude ver que el hombre que acompañaba a Alistair estaba tentado a aceptar el desafío. Recé para que lo aceptara, sólo para que quitara esa sonrisa engreída de su cara.

—¡Llegas tarde! —Alistair disparó.

—¡Llámame Bree, por favor! —Respondí seco. —Nos tendieron una emboscada cuando cruzamos la frontera norte.

—¿Emboscada?

—Sí. Había mercenarios en las colinas.

Alistair suspiró hacia la pequeña mesa y tomó el mapa.

—No tengo idea de cómo estos hombres están llegando a las tierras altas.

Apoyó sus manos en el mapa y lo miró fijamente durante unos segundos.

—Es tan pronto antes de que ese miserable Roy se entregue. Pronto mi padre decide enfermarse y quiere que vuelva a casa.

Alistair dijo en tono quejumbroso y yo me acerqué a él.

—¡Lo siento, Su Alteza! —dijo. —Por lo que he oído del rey, parece ser un hombre fuerte. Creo que tu padre tiene planes que no se pueden describir en las cartas.

Tomando un descanso, respiré profundamente.

—Hablando de cartas... —dijo sacando un sobre del interior de una pequeña alforja. —El comandante Sinclair me pidió que le diera eso. Sugiere que se creen milicias para contener el avance de los mercenarios.

Alistair levantó la cabeza frunciendo el ceño y tomó la carta, la leyó cuidadosamente y luego se sentó.

—Keilan cree que los hombres aliados con Roy están seduciendo a nuestros soldados para que sirvan como espías. —Lo he completado.

—¡Eso es todo! —Alistair suspiró y luego cogió un trozo de papel. Escribió una breve carta, la selló y se la entregó al hombre que lo acompañaba. —Bruce, envía un mensajero a Keilan. Envíe más hombres para que divida a las tropas del norte en milicias. Quiero las montañas muy bien vigiladas.

—¡Sí, lo tienes! —Bruce asintió.

—¡Espera! —Pregunté antes de que el hombre se fuera. —¿Eres Bruce MacCalister, el Caballero Negro del que tanto hablas?

—Sí —dijo con un brillo en los ojos. —¿Por qué es eso?

Le sonreí y luego hice algo.

—Es un honor conocerte y lo siento si te he ofendido de alguna manera.

—No me ofendió —dijo Bruce. —En realidad, me pareció muy divertido. Quién sabe, cuando regrese, ¿no me enseñas lo afilada que es tu espada?

La sonrisa se está asentando.

—Será un gran placer!

Bruce se fue de la tienda dejándome solo con Alistair.

—No tenía idea de que las fronteras estaban abiertas de par en par —dijo Alistair tan pronto como estuvimos solos.

—No necesitaban tanta atención hasta que nos dimos cuenta de que había hombres encubiertos por Roy. —Suspiré. —Está comprando muchos de nuestros guerreros.

—Confío plenamente en Keilan y en su juicio estratégico —dijo en voz baja. —Debes haber aprendido mucho de él.

—¡Sí! —Estuve de acuerdo. —Para un hombre tan joven, él suda mucha sabiduría, conocimiento y experiencia.

—Exactamente! —hizo un gesto con su dedo índice. —¿Cuánto tiempo hace que te reclutaron?

—Casi un año!

—¿Eso es todo? ¿Cuáles son sus habilidades en el campo?

—¡La principal es la espada! —Dije con orgullo. —Empecé a entrenar cuando tenía diez años, escondido, por supuesto, pero no le digas nada a Keilan porque cree que fue él quien me hizo hábil en poco tiempo.

Alistair se rió.

—¿Y cómo terminaste en mis tropas?

Suspiré, pero decidí contar la historia que le había contado a Keilan.

—Conocí a Keilan en una noche lluviosa. —dijo, engullendo. —Mi padre me había echado de la casa para que me enviaran a un convento, pero el carruaje abandonó la carretera y se cayó por el acantilado. Tuve la suerte de saltar primero y decidí salir de la carretera. Subí la colina y terminé debajo de un árbol donde Keilan me encontró.

Dando hombros, suspiré.

—No había adónde ir, así que decidí quedarme con el comandante y luchar por el rey.

—¡Muy noble de tu parte!

—Pensé que sería más útil en un campo de batalla que en un convento de oración.

Alistair se rió.

—Keilan hablaba mucho de ti, pero nunca mencionó que eras una mujer. —dijo. —Siempre me hizo entender que era un hombre y aunque el nombre me parecía extraño, nunca lo cuestioné yo mismo.

—Keilan siempre ha sido un buen amigo y mentor. No me sorprende que me mencionara en sus cartas.

—¡Sí, lo hizo! —Alistair suspiró. —¡Al menos los que tengo!

Me reí por el ambiente relajado, aunque todavía era un tema que necesitaba ser tratado con cuidado. Hubo grupos que deben ser desechos, y no escatimaré esfuerzos para lograrlo.

—Escuché que fue herido el día antes de que te fueras.

—Sí, pero se está recuperando. No era nada serio.

—¡Eso me alivia!

—¿Cuándo piensas irte?

—¡Si dependiera de mí solo, sólo cuando esta guerra terminara! —él disparó. —Como deseo regresar lo antes posible, tengo la intención de irme lo antes posible. Tal vez en un día o dos.

Asentí seriamente con la cabeza.

—Bueno, si no le importa, me gustaría que me presentaran a los hombres.

Alistair asintió de pie.

—¡Claro que sí! La razón por la que la elegí como comandante de mi tropa fue porque sabía que ya estabas dirigiendo un pequeño contingente.

—Bueno, fue idea mía y Keilan me dio un voto de confianza, aunque los hombres que tenemos son pocos.

—Seguía siendo justo!

—No sé si fue justo, ya que había más hombres calificados, pero me siento honrado por la oportunidad!

Alistair se detuvo cuando estábamos cerca del centro del campo.

—¡Eso es gracioso!

—¿Qué es lo gracioso, Su Alteza?

—Keilan habló mucho de su impetuosidad, frialdad y visión estratégica, pero nunca mencionó su humildad, entre otras cosas.

Solté una carcajada y apreté el mango de la espada.

—Eso es porque nunca me has visto en batalla. —Yo disparé. —Dejando a un lado la modestia, puedo garantizar que soy mejor que la mitad de sus hombres.

—¡Apuesto a que sí! —Alistair disparó con arrogancia. —Puedes enseñármelo antes de que me vaya.

—¡Sería un honor, Su Alteza! —Lo devolví de una manera perversa. —¡Un gran honor!

Hemos pasado las últimas horas reconociendo todo el campo. Primero a pie, luego a caballo. Entonces, con la compañía de Bruce, Alistair me llevó al campo donde los hombres rodearon el pie de la colina donde se había construido el castillo de Edimburgo. A un lado, kilómetros de senderos a través de rocas y bosques en una pendiente empinada. Por otro lado, había rocas desde donde latían las olas. Era prácticamente imposible entrar en ese castillo, así que Alistair se rodeó de la esperanza de que Roy se rindiera, lo que yo dudaba mucho. Roy MacGregor no se

preocupaba por nadie, ni siquiera por sus hombres. Era más fácil para él lograr su anhelada alianza con Inglaterra que rendirse a su mayor enemigo. Por esta razón, las órdenes eran matar a todos los mensajeros de Edimburgo, ya fuera por tierra o por mar. En meses hemos sido capaces de interceptar más de 20 cartas. Todo escrito para el Rey Phillipe. No sabía la razón, pero ese nombre me daba escalofríos.

Al final de la tarde, puse en práctica todo lo que sabía en los duelos para entretener a los hombres. Bruce y Alistair se esforzaron por participar en los choques y quedaron impresionados con mis habilidades. En pocas horas, me gané la confianza de todos, e incluso aquellos que me despreciaban por ser mujer comenzaron a verme con un poco más de respeto. Ahora era un poco corto. Sólo necesitaba averiguar cómo entrar en esa fortaleza.

—¡Ah! ¡Eso es algo que averiguaré, no importa lo que cueste! —Susurré mientras yacía en la cama de pieles que me habían preparado. —¡O mi nombre no es Breanna!

## Capítulo 02

### *Bree*

#### *Tres meses después...*

---

—¿Cómo lo estamos haciendo? —...le pedí que se bajara del caballo.

—Nada salió o entró en el castillo. —contestó uno de los guerreros que estaba al acecho. —  
Hace días que no hay movimiento.

—¡Oh, genial! —Suspiré mirando la fortaleza desde lejos.

Alistair se había marchado hace unas semanas y ya debería estar en Dunhill o al menos cerca. Como estrategia, pedí a algunos hombres que subieran a la colina del lado opuesto del castillo. Si la intención era mantenerlo vigilado por todos lados.... Desde donde estábamos, era posible tener una vista de la parte superior del castillo, aunque distante. Podríamos saber cuántos guardias custodiaban las torres, cuántos arqueros y cuántas provisiones de armas tenían. Todo estaba muy bien guardado. Era imposible llegar a la cima, y mucho menos invadir la puerta. No había forma de escalar la pared o moriríamos antes de empezar. Como el castillo estaba en la cima, aún quedaba una empinada colina por recorrer. Cualquier hombre que lo intentara no tendría la fuerza para escalar la pared debido a la fatiga de la escalada.

La estrategia de Alistair fue acorralar a Roy el mayor tiempo posible hasta que la comida y el agua se agotaran. Además de interceptar a los mensajeros, también matamos a cualquiera que intentara cazar y llevar comida a la fortaleza. Matar a la gente que se moría de hambre allí era una gran estrategia, pero nadie sabía cuánta provisión tomó Roy cuando se encerró detrás de las paredes. Ese asedio podía durar mucho más y para nuestro lado, aunque estaba bien estructurado y reforzado, no era algo bueno. El invierno apenas comenzaba y prometió ser muy riguroso. Si el hambre o el aburrimiento no nos mataran, el frío nos mataría. Teníamos muy poco tiempo.

—Debe haber una forma de entrar. —Susurré contemplando el movimiento de los soldados de Roy. —Ninguna fortaleza en este mundo es impenetrable.

—Señora, le pido disculpas por interrumpir sus pensamientos, pero se nos acaban las provisiones —dijo el hombre en un tono quejumbroso y preocupado.

Miré a mi alrededor y me di cuenta de que había un prado junto a un bosque con algunos ciervos pastando.

—¡Allí! —Lo hice. —Reúne a algunos hombres para cazar. Dígales que no se preocupen por el tiempo que les tomará y pídale que entren al bosque también. Debe haber cerdos salvajes ahí fuera. Pida a otro grupo que recoja leña para el fuego.

Me golpeé las manos entre sí y salté de la piedra sobre la que estaba parado.

—¡Pídele al capitán que reúna a algunos hombres para que me acompañen al lado sur de la pared! —Yo ordené. —Debe haber una forma de entrar y no descansaré hasta que la encuentre.

El rebobinado de los caballos me llamó la atención y fruncí el ceño cuando vi que se acercaban bateadores y mensajeros.

—Una carta para la señora. —el hombre me dijo que me diera un pedazo de papel.

—Gracias!

Miré el membrete con el sello de MacCalister.

—Me pregunto qué habrá pasado. —Dije pasando mi dedo por el relieve y luego por mi nombre escrito en la espalda. —¡Me voy a mi tienda!

Dijo que estaba empezando a bajar por el barranco.

—¡Quiero que me avisen en cuanto los hombres estén listos para partir!

—¡Sí, señora!

La tienda estaba a unos metros. Tenía una a cada lado del campamento que no contenía nada más que una cama con unas pocas pieles para calentarme y una pequeña mesa, desde donde escribí mis cartas a Keilan y ahora a Alistair. Mientras caminaba, abrí el sobre y empecé a leer. En la carta, Alistair dijo que su padre estaba abdicando del trono a su favor y que se casaría dentro de dos días.

—¡Grandes noticias! —Susurré. —No es a partir de hoy que el viejo loco quiere poner a Alistair en el trono. Supongo que debe haber estado furioso.

Me reí de la expresión que creí que estaba impresa en la cara de Alistair. Todos sabían que se había casado con el campo de batalla en el momento en que comenzaron las rebeliones y pronto se convirtió en una guerra. No estaba seguro de por qué, pero había un odio sanguinario en los ojos de Alistair cada vez que el nombre de Roy aparecía ante él. Dejé de tropezarme cuando leí la siguiente línea.

—¡No! —Susurré desesperado. —No... ¡No! ¡Eso no es posible!

Comencé a caminar aún más rápido por miedo a que alguien notara mi reacción. Entré en la tienda casi arrancando la tela que cubría la entrada.

—¡Vaya! —La voz de un hombre me hizo parar en la puerta. —Dime qué fantasma viene a atormentarte para que yo también pueda correr. Sabes muy bien que me pondrás en presencia de una aparición.

Sonreí nerviosamente y corrí a sus brazos.

—¡Keilan!

—¡Tira! —Sonrió, pasando sus manos por detrás de mi espalda. —¡Es bueno verte a ti también!

Dejé salir una risa y luego respiré hondo y me puse serio de nuevo.

—¿Pasa algo malo?

—¡El príncipe se casa!

—¡Sí! ¡Soy consciente de ello! —dijo que yendo al maletero donde sabía que guardaba una botella de whisky. —Alistair me escribió pidiéndome que me reuniera con ella y la ayudara.

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí. ¡Supongo que Su Alteza no confía mucho en mí! —Me quejé al aceptar el vaso que me ofreció. —Sabía que no duraría mucho al mando de esa tropa.

—No me pidió que la reemplace, Bree, sino que la ayude. —Keilan se encogió de hombros. —Parece que ya no volverá al frente por la boda.

—¡Eso es lo que me preocupa! —Le disparé bebiendo el líquido que cayó quemándome la garganta. —Se va a casar con Aideen. Con tantas mujeres en el mundo, el rey la elige con justicia.

—¡Cálmate, rosa silvestre! —Keilan se burló. Solía llamarme rosa silvestre por decir que me parecía mucho a una por mi pelo rojo y mi lengua afilada. —Hasta donde yo sé, esta chica tiene



ascendencia inglesa, eso nos ayudaría mucho para evitar que Roy consiga una alianza con los ingleses.

—¡Sí, ya lo sé! Mi madre era hija de un noble inglés, por lo que sé. —Suspiré sentado en el borde de la cama. —Phillipe nunca se unirá a Roy sabiendo que hay un noble de sangre inglesa en el trono. Eso sería como declararle la guerra a la propia Inglaterra.

—¡Entonces debemos estar de acuerdo en que este ataque suyo no le conviene en absoluto!  
Respiré profundamente.

—Aideen es mi hermana que fue atacada por Roy.

—¡Qué vergüenza! ¿Lo juras?

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí.

Me paré de espaldas a él y apreté la carta que aún tenía en la mano, mientras tomaba otro sorbo de la bebida.

—Mi madre no tiene límites cuando se trata de poder! —dijo entre dientes. —Si Alistair descubre que no es virgen, la matará, y también mi madre. No es que me importe Ravena, pero Aideen es sólo una niña y ya ha sufrido bastante por alguien tan joven.

Mi voz salió desesperada y Keilan se me acercó llenando mi vaso otra vez. Contemplé la cara en ángulo y la piel oscura. Los ojos azules brillaban como de costumbre. Keilan era alto y estaba lleno de músculos. Su buen humor siempre le precedió y tenía la capacidad de negociar por su cara, siempre serena. No fue sólo eso, a lo que se atribuyó su talento. Era muy bueno con las palabras y podía convencer a cualquiera de que estuviera de acuerdo con él. Keilan tenía una forma especial de hacerme mantener la calma y pensar con claridad. Por eso lo tenía como a un hermano mayor.

—Entiendo, pero no podemos juzgar la actitud de Alistair. —Keilan dijo que arreglar el pelo dorado detrás de la oreja. —Todo el mundo sabe lo grande que es tu corazón. Además, también podría usarlo contra Ravena. Sabes muy bien que odia no sólo a su padre, sino también a su madre.

Sí, eso era cierto, pero seguía temiendo lo que Alistair pudiera hacer contra Aideen o incluso contra Aileen. Ambos me preocuparon en ese momento.

—¿Sabes una cosa? ¡Cogeré un caballo ahora mismo e iré a Dunhill! —dijo exasperado. Keilan me agarró del brazo con su gran mano.

—¡No irás a ninguna parte!

—¡Keilan, déjame ir!

—¡No! —Dijo firme. —Sé de lo que eres capaz cuando pones algo en tu cabeza hueca y actúas por impulso. No te dejaré hacer nada estúpido. Ni como tu superior, mucho menos como amigo.

Respiré profundamente, soltando el brazo y apreté la letra con fuerza.

—¿Por qué Brice tuvo que rendirse ahora mismo? —...me he excitado. —Sé que es común, pero estamos en guerra. Alistair debería estar aquí y no casarse para dirigir un reino.

—¡Brice se está muriendo! —Keilan disparó.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —Me ahogué. —Se ve tan saludable, aunque sea un anciano.

—No le gusta hablar de ello, pero le confió a mi padre la última vez que estuvimos en Dunhill. —Keilan dijo que se sentó en el taburete y bebió más whisky. —Sufre algo parecido a la gripe y teme morir en cualquier momento, ya que ningún médico puede diagnosticar un tratamiento.

—¿Gripe? ¿Es esa una razón para creer que te estás muriendo?

—¡Parece que sí!

—¡Este viejo está loco, eso es lo que es! —Yo disparé. —Y Alistair va por el mismo camino. Si lastima a mi hermana de todos modos, juro que lo mataré. Si soy un príncipe o no, lo mataré.

Keilan se rió y luego asintió. Sabía que iba en serio. Respiré profundamente antes de volver el resto del líquido en mi boca. Ahora todo lo que podía hacer era confiar en el príncipe y rezar para que cuidara de mi hermana.

—Cambiando de tema.. —dijoponiendo el vaso sobre la mesa y desabrochando la funda del cinturón. —Dijiste que viniste a ayudarme.

—Sí. —Suspiró. —Alistair había dicho en la carta que me había enviado a mí, y creo que a ti también, que Brice está enviando a Alec a unirse al frente.

Me di la vuelta asombrado.

—¿Intenta liderar?

—No, sólo miraría y aprendería —dijoKeilan renuente.

—¡Pero es un tonto! —...me chivé contra él. —Alec nunca ha estado frente a una batalla y dudo que preste atención a nada. No tiene ningún sentido como estratega. Un niño de 12 años puede ganarle al ajedrez en 20 minutos.

Esa fue una observación real. Conocía a Alec MacCalister lo suficiente como para saber lo estúpido que podía ser. Cuando era niño, era un niño mimado y egoísta. Era delgado y siempre lloriqueaba cuando no hacían su voluntad. La última vez que lo vi, había cambiado mucho, porque había crecido y ya no estaba mimado, pero había adquirido un aire soberbio y muy arrogante. Lo atrapé tratando de seducir al menos a tres de nuestras criadas. Una repentina preocupación cruzó repentinamente por mi mente.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¿Si me reconoce? —...disparé un tiro asombrado con las manos sobre la mesa....

—¡Cálmate, mujer! ¡Te preocupas demasiado! —dijo Keilan tranquilizándome. —Si ni siquiera Alistair, que es muy observador, la reconoció, Alec, el tonto, no irá.

Me he reído un poco.

—Sí, tienes razón! —me dijo que volviera y me enfrentara a él. —Además, no tendré que acercarme a él o a él. Seré un hombre como cualquier otro.

—Sí, lo dudo mucho.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tu fama ya se ha extendido entre los MacCalisters y Alistair te ha pedido que ayudes a Alec con el batallón. —Abrí los ojos de par en par y él se encogió de hombros. —En otras palabras, será el brazo derecho e izquierdo del príncipe. Además, no te pareces en nada a un hombre.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —Yo disparé. —¡Eso es quedarse corto! ¡Tengo mucho más que hacer que babear por ese imbécil!

Keilan se acercó a la salida de la tienda.

—¡Esas son las órdenes, Bree! No hay nada que pueda hacer para cambiarlos, excepto ayudarla con la carga. —se detuvo antes de irse. —Te dejaré descansar y refrescar esa linda cabecita tuya que probablemente esté humeando. Alec debería estar aquí en un mes o dos, así que sé amable.

Me guiñó un ojo antes de irse y me dejó solo. Gruñí al patear el taburete y luego salté sobre una de las piernas debido al dolor que sentía. Desafortunadamente mi canela golpeó la madera en vez de mi pie. Respiré hondo contando hasta diez. Ser un guerrero tuvo sus malos momentos a los que aún no me había acostumbrado. Ayudar a Alec a ser un buen líder no estaba en mis planes, por

no hablar de tener que vivir tan cerca de él, pero el miedo que sentía por mi hermana era aún peor que el de ser descubierta. Que Ravena me siguiera de nuevo no era una buena idea. Por otro lado, cuando la noticia del matrimonio de Alistair con mi hermana llegaba a oídos de Roy, se prendía fuego por la boca como un dragón rabioso. Temiendo por la vida de Aideen, cerré los ojos y caí de rodillas en el centro de la tienda, uniendo mis manos en un círculo de oración.

—¡Señor, protege a mi hermana de cualquier mal! —Susurré. —No dejes que sufra más de lo que nunca ha sufrido. Le pido al Señor que la ilumine y la cuide como yo no pude.

Apenas dormí esa noche. Las pesadillas sobre Aideen siendo atacada poblaron mi mente y me desperté varias veces. Tenía que ser fuerte y confiar en que todo saldría bien, pero no sabía cómo hacerlo. Realmente esperaba que mañana me trajera buenas noticias.

## Capítulo 03

### *Castillo de Edimburgo*

---

—¡Mi señor! —el capitán de la guardia de Roy MacCalister se acercó con cara de angustiado.  
—Tengo noticias del frente y no son buenas.

Roy levantó la mirada del mapa que analizó sobre la enorme mesa de la gran sala. Con una mirada frunciendo el ceño, giró sus ojos azules en dirección a su hombre de confianza.

—¡Dilo de una vez por todas para que pueda volver a pensar en ese maldito asedio! —Dijo exasperado.

—Bueno, el nuevo comandante del ejército de Alistair ha intensificado el asedio y ahora no podemos salir a buscar provisiones.

—¿Nuevo comandante? —preguntó Roy con voz asombrada.

—Sí, mi señor —dijo el hombre. —Según nuestras fuentes, Alistair regresó a Dunhill dejando a una mujer en su lugar. Su nombre es Bree y ha causado pánico en los hombres que abandonan el castillo e intentan cruzar el asedio.

—¿Qué se siente?

—Los hombres dicen que parece un fantasma y que siempre viene cuando menos se lo esperan.  
—El hombre suspiró. —Parece que está intentando entrar en la fortaleza y algunos hombres han dicho que ha estado a punto de encontrar el pasaje en el lado este.

Roy contuvo la respiración y pasó ambas manos por su cabello rubio.

—Asegúrate de llevarte a Alistair de vuelta a Dunhill. Debe tener una buena razón para retirarse tan repentinamente. —Roy se tomó un descanso. —Intensifica la guardia en el lado este y trata de no llamar la atención. Si esta Bree es tan lista como has mencionado, puede sospechar de la cantidad de hombres concentrados en esa área.

—¡Sí, señor! ¡Sí, señor! —el hombre se dio la vuelta para salir, pero fue interrumpido por la voz de Roy.

—Blake, prepara un mensajero para ir a Inverness —dijo Roy. —Hace tiempo que no sé nada de eso y necesito escribir el Ravenna.

—¡Disculpe, mi señor! Con estos asuntos que le traigo, he olvidado que, señora, usted le escribió.

Blake metió la mano dentro de la bata que llevaba puesta y sacó una carta dándosela a su amo. Roy sonrió asumiendo que sería una mejor noticia que la que había escuchado y abrió la carta sin ninguna cortesía. Pronto la sonrisa se desplomó en su cara y soltó un gruñido.

—¡Maldita sea!

—¿Qué ha pasado, mi señor? ¿Son malas noticias?

—¿Malo? ¡Esas son noticias terribles! —Roy golpeó su puño contra la mesa de madera. — Ese bastardo de Brice decidió casarse con Alistair en un intento de socavar mis planes de conseguir apoyo inglés.

—Pero los únicos nobles que descienden de un linaje inglés son las chicas MacBride. —dijo. —Quizás mi señora pueda elegir a tu hija, ya que la mayor está muerta y la menor ya está manchada.

Blake se tomó un descanso.

—Eso sería bueno para usted y también para mi señora para conseguir su título de nuevo.

—Sí, pensé lo mismo cuando leí sobre la unión con ese cobarde de Loch, pero Alistair desafió a su padre y eligió a ese mocoso de Aideen como su novia.

—¿Por qué preocuparse, mi señor? —preguntó Blake con un tono de alivio en su voz. —Tan pronto como se entere de que la chica ya ha sido tocada y ya no es pura, al encontrarse con Alistair tal y como la conocemos, se asegurará de devolverla. Es sólo cuestión de tiempo.

Roy caminaba de un lado a otro, retorciéndose las palabras en una lengua antigua.

—Esto ya ha ocurrido, pero ese imbécil se negó a anular el matrimonio y sólo por odio a Ravena decidió no entregar a Aideen. —Roy emitió un espantoso rugido que hizo que Blake se secara. —Ese bastardo siempre está un paso por delante de mí.

Roy respiró exasperado y apoyó sus enormes manos sobre la mesa. Era un hombre que daba mucho miedo. Así es como sus hombres lo describirían. Era alto, musculoso y lleno de cicatrices en sus brazos, piernas y cara. Entre las mujeres se veía asqueroso y no era nada amable. Le gustaba tomarlos por la fuerza y a través de las aldeas por las que pasaba hasta llegar a Edimburgo, causaba pánico entre los jóvenes. Sus ojos azules sobre el glaciar lo hicieron aún más aterrador.

—Blake, envía hombres a traerme a Aideen. —dijo. —Puede que sean mercenarios, pero dejen claro que pagaré muy bien y que no debe ser tocada.

—¿Qué quieres decir con traerla aquí con vida?

—Terminaré lo que empecé dos años antes. —sonrió fríamente. —Ese desgraciado me dará un heredero y conseguiré el apoyo de Phillipe.

—si ella no es capaz de eso? Tenemos muy poco tiempo, mi señor! —Blake dijo. —Después de todo, si no te dio un hijo hace dos años, ¿cómo crees que puede generarlo ahora?

Roy apuntó a la ventana que tenía delante.

—No me importa si es capaz o no —él disparó. —Incluso sin eso, estoy seguro de que Phillipe no dejará que le pase nada a su hija bastarda.

—¿La pelirroja es la hija de Phillipe? Por lo tanto, debemos evitar que esta unión se establezca lo antes posible. —Blake dijo exasperado. —Alistair estará poseído cuando lo descubra. No tenía intención de unirse a los ingleses. Al menos no por ahora.

—Sí, pero Brice sí. —Roy se tomó un descanso. —Dudo que la idea de la unión a través del matrimonio con el clan MacBride no viniera de esa cabeza blanca. No es de extrañar que los clanes eligieran a MacCalister para guiarlo desde la antigüedad.

—¡Entiendo! —dijo Blake asentándose.

Blake se inclinó antes de salir del pasillo.

—Blake, una cosa más...

—Sí, ¿cierto?

—Trata de averiguar todo lo que puedas sobre este tipo Bree.

—¡Sí, señor!

Roy respiró hondo sentado en una silla y si se le servía una bebida estaba sobre la mesa en bandeja de plata. Estiró las piernas y dejó ir sus pensamientos una mañana, dos años antes. Roy estaba encantado de recordar cómo gritaba Aideen en cada golpe. Cerró los ojos con fuerza

mientras recordaba la visión de Aileen corriendo hacia los guardias. Le impidió tener un orgasmo y su objetivo se vio frustrado. Una honda en el abdomen le hizo gruñir. Levantando su túnica, contempló la gruesa cicatriz que atravesaba su cintura, casi hasta el ombligo. Es pura suerte que sobreviviera a ese golpe.

—¡Maldita seas, Aila! —susurró. —Si hubiera tenido la oportunidad de ponerle las manos encima a ese bastardo, ella habría sabido lo malo que es amenazar a Roy MacGregor, y nunca habría cruzado espadas conmigo.

La imagen del recuerdo del hilo de la espada de Aila MacBride golpeando la piel de su abdomen hizo que Roy gimiera, pero poco después sonrió.

—¡Espero que estés en el infierno, maldita bruja!

## Capítulo 04

### *Alec*

#### *Dos meses después...*

---

Vi el campamento tan pronto como salí del sendero y empecé a caminar cuesta abajo. Me sorprendió ver innumerables tiendas de campaña. No tenía ni idea de que mi hermano había reunido a tantos hombres. Parecía que toda Escocia estaba acampada en el asedio de Edimburgo. Era la primera vez que pisaba un campamento de guerra y quería demostrar que era tan capaz como mi hermano. Desde muy joven, Alistair siempre ha tenido el hábito de protegernos y esto empeoró mucho después de la muerte de Cora. Yo tuve la culpa de no poder detener a los hombres de Roy. Mi hermano tuvo la culpa de no poder protegerlos a ambos. Le prometí que viviría lo suficiente para arrancarle la cabeza a los hombres que la hicieron sufrir. Gracias a Bruce, uno de ellos ya estaba muerto, pero aún quedaba Morvan. Tendría el gran placer de mirarle a los ojos antes de matarle.

—¡Buenos días! —Dije que en cuanto viera a uno de los hombres de mi hermano. —¿Sabes dónde puedo encontrar a Bree?

—¡Sí, mi señor! —dijo el hombre inclinándose. —Mi señora fue a separar una pelea en la taberna.

—¿Una pelea?

—Sí. —Hizo una cara. —Algunos hombres no saben cómo comportarse y la han llamado. A veces algunos cruzan la línea.

—¡Ya veo! —dijo mirando de un lado a otro. —¿Podría indicar el camino al pueblo donde está esa taberna?

—¡Ah! ¡Por supuesto que sí! —dijo de una manera viva. —Si quieres, puedo llevarte allí, porque no está muy lejos. ¿Dónde están tus hombres?

Suspiré mirando al joven que parecía demasiado excitado y preocupado al mismo tiempo.

—Muchas gracias por su amabilidad, pero no he venido con ningún guardia.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Sígueme y te llevaré a la taberna.

El niño montó a caballo y seguimos un sendero en el bosque. Caminamos durante no más de diez minutos y luego vi las puertas de madera que estaban vigiladas no sólo por los aldeanos sino también por hombres de Alistair.

—Este es el único pueblo cerca de nuestro campamento —dijo el niño tan pronto como pasamos las puertas. Hizo un gesto para saludar a los demás que lo saludaban. —El príncipe Alistair estaba muy interesado en mantener la seguridad del lugar, ya que la taberna y el burdel son nuestro único medio de distracción.

—¿Las mujeres no van al campamento? —pregunté frunciendo el ceño.

—No es seguro caminar por los senderos porque no sabemos adónde han estado yendo los hombres de MacGregor. Por lo tanto, la entrada de cualquier civil en el campo está prohibida. Es una cuestión de seguridad, si sabes a lo que me refiero.

El niño me guiñó un ojo y yo asentí. Había oído hablar de hombres infiltrados entre las tropas para llevar información a Edimburgo. Incluso las prostitutas eran sospechosas.

—¡Estamos aquí! —dijo el chico que me sacó del ensueño. —¡Esto es todo!

Miré la taberna construida con piedras. La puerta estaba cerrada, pero se podía oír la risa que venía de dentro. Bajamos de los caballos y me puse la espada en la cintura. Podía sentir el calor que emanaba del interior de la habitación tan pronto como el niño abrió la puerta. Había una chimenea encendida y varias antorchas encendían el lugar. Algunas personas se detuvieron para mirar en nuestra dirección, pero la mayoría parecía entretenida con la música o una buena conversación y no les importaba.

—¿Estás seguro de que está aquí?

—¡Sí, señor! ¡Sí, señor!

Miré a mi alrededor. Ese no era lugar para una dama, incluso si era la líder de un ejército y vivía con varios hombres. Había mujeres sentadas en los cuellos de los hombres. Los besaban y acariciaban con audacia, incluso en público. Realmente no era un lugar para una mujer que no era prostituta.

—¿Alec MacCalister? —una gruesa y profunda voz me llamó la atención. Miré en la dirección de quién me llamaba y pronto reconocí a Keilan Sinclair.

—¡Lord Sinclair! —dijo sonriendo. —No lo he visto en mucho tiempo. Espero no ser tan diferente de la última vez que nos vimos.

—Su Alteza, sería muy difícil no reconocerlo, ya que se parece mucho a su padre y recuerda mucho a su madre —dijo inclinándose.

—¡Por favor, Keilan! —dijo estrechando la mano extendida de Keilan. —Sabes que odio esas etiquetas.

Keilan soltó una carcajada y luego me abrazó. Sabía que yo no me veía a mí mismo como un príncipe y llevar un título, aunque un poco menos importante que el de mi hermano mayor, no tenía ningún valor para mí. Sólo el peso y la responsabilidad de un día vienen a reemplazarlo de alguna manera, si es necesario.

—No necesitaba que fuera en tan poco tiempo!

—Sí, decidí venir al día siguiente, después de que mi hermano dijera que sí a la hija menor de Loch.

—Aún no puedo creer que rompiera la tradición y se decidiera por la más joven.

—¡Estoy de acuerdo! Mi padre estaba furioso, pero debo confesar que ver la cara infeliz de Ravena fue muy divertido. —Me he reído un poco. —Ese momento no tuvo precio!

—¡Ya veo! —Keilan suspiró.

—Sólo espero que mi hermano haya hecho una buena elección, porque he oído que los MacBride son brujos exentos, por lo que vivieron enclaustrados durante tanto tiempo. —Dejé salir una risa. —Incluso dicen que la muerte del mayor fue lanzada por un hechizo a medianoche.

Keilan se rió. Esas historias eran realmente ridículas de escuchar, pero vivir en una tierra de muchos mitos hizo que la gente creyera en muchas cosas.

—Esa historia es demasiado ridícula para ser verdad —él disparó. —Cada día oigo más y más cosas ridículas sobre MacBride. No creo que las chicas sean magas, pero el hecho de que Ravena sea el peor de los magos.



—En eso, tengo que estar de acuerdo con usted —dijo poniendo su mano sobre su pecho. —Mi hermano ha aceptado para ti la peor de las plagas.

Keilan se rió aún más para llamar la atención de algunas personas.

—Tu buen humor sigue siendo el mismo! —agitó la cabeza de un lado a otro.

Desató la capa negra que llevaba puesta y miré a mi alrededor.

—En otro orden de cosas, ¿dónde está la famosa Bree de la que tanto hablaban mis hermanos? —Le pregunté —les aposté que debía ser muy fea, así que decidió alistarse en el ejército.

—¿Su Alteza, no debería juzgar a la gente sólo por lo que imagina!

—De verdad! Keilan, ¿por qué una mujer se uniría a un ejército estos días? Seguramente es tan horrible que sus padres la rechazaron sabiendo que nunca se casaría. —Seguí riendo. —No creo que sea lo suficientemente bueno para ser una prostituta. Hasta el convento debe haberla rechazado.

Keilan agitó la cabeza y luego dio las gracias al muchacho que me había llevado allí. Lo soltó para que pudiera beber y señaló un rincón de la posada que estaba más lejos. La mala visibilidad nos impedía ver, a lo lejos, quién estaba sentado a la mesa. Sólo podía ver la silueta de alguien que no estaba sentado en una silla. Nos estábamos acercando y entonces me di cuenta de que había una mujer de espaldas a nosotros. El pelo estaba rojo y mezclado con el brillo del fuego de la chimenea frente a su mesa. Estaban trenzados sobre uno de sus hombros. Llevaba una taza en los labios de una manera calamitosa, mientras estaba sentada en la espalda de un hombre que estaba en posición de caballo arrodillado en el suelo.

—¿Es realmente necesario, Bree? —preguntó Keilan.

—Bueno, eso es mejor que ser azotado y perder a mi mejor arquero. —contestó sin darse la vuelta. —¿No estás de acuerdo, Kai?

—¡Sí, señora! —susurró el chico que estaba debajo de ella, susurrando de una manera cansada.

—¡No te he oído, soldado! —se corrompió poniendo la mano en la oreja.

—¡Sí, señora! —Gritó el hombre con dificultad. Parecía haber estado en esa posición hace mucho tiempo.

—¿Estás listo para disculparte con el hombre que has ofendido?

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí.

—¡Oh, genial!

La pelirroja se puso de pie y ordenó al hombre que se levantara. Con dificultad, se puso de pie y se limpió las manos y las rodillas sangrantes.

—Vuelve al campamento y descansa un poco. —ordenó ella. —Si lo ves de nuevo involucrado en cualquier desacuerdo con los aldeanos, especialmente con la hija de cualquiera de ellos, serás azotado y ahorcado. ¿Lo has entendido?

—¡Sí, señora! —el hombre se asustó con una mirada de miedo.

—Lleva un mensaje al frente. —ella hizo disparos en frío. —¡Ahora vete!

El hombre pasó junto a nosotros como un perro asustado que acababa de coger una escoba. Me quedé mirando a la parte de atrás de la mujer que estaba de pie y terminando su bebida sin ni siquiera mirarnos. Tenía la espalda estrecha y no llevaba vestido. En su lugar, un corpiño de cuero y una cuota de malla cubrían su torso desde la cintura. Parecía muy apretado y se cayó para acentuar la delgada cintura. Las piernas largas y delgadas estaban cubiertas con un par de pantalones de cuero y botas que acompañaban el aspecto inusual de una mujer.

—Bree, alguien quiere verte —dijo Keilan acercándose a ella.

Ella respiró profundamente, girando lentamente y yo contuve la respiración cuando salió de las sombras. La mujer que se enfrentó a mí no se parecía en nada a una bruja, a una hechicera, ni a nada de lo que he mencionado. Era un poco más bajo que yo. Sus ojos eran verdes como esmeraldas y su fina nariz estaba violada. Pequeñas pecas salpicaban la manzana de su cara y se esparcían de un lado a otro sobre su nariz. Los labios eran carnosos y rojos como cereza. Me apetecía mordisquearlos. La piel era tan lechosa como lo era y los senos llenos casi traicionaban su discreto escote. Nunca había visto algo tan hermoso en mi vida como esa mujer, que a pesar del aire serio y los rasgos groseros, se parecía más a una niña. Aunque estaba hechizado por su visión, fueron sus ojos los que me impresionaron. ¿Dónde he visto ojos así antes?

—¿No te pareces en nada a un mensajero de MacGregor! —dijo ella.

—¿No lo estoy! —Respondí respirando profundamente y soltando el aire que tenía en la mano. —¿Puedo preguntar dónde nos hemos visto antes?

—No tengo ni idea de dónde podría haberlo encontrado antes, pero confieso que no eres un extraño para mí. —me respondió mirándome de arriba a abajo.

Estaba vestida como Bruce me había guiado. Túnica negra, pantalones, botas y capa. No tenía ningún escudo de armas que me identificara, ni siquiera en el cinturón que colgaba de mi cintura y donde sostenía la espada. Contenía el escudo de armas de nuestra familia tallado en la capa, pero era necesario acercarse mucho para verlo.

—No suelo olvidar una cara tan bonita —dijocoqueteando sin querer con Bree.

—¿Ah! En cuanto a eso, mi señor, dudo mucho que sea cierto. —sonrió fríamente.

Me reí de su audacia. Fue divertido no ser reconocido por esa belleza.

—Tienes una lengua muy afilada para ser alguien tan hermosa. —Disparé manteniendo el tono que siempre usaba cuando quería seducir a alguien y me acerqué a ella. —Sus ojos, a pesar de ser muy hermosos y expresivos, me hacen creer que nos hemos visto antes.

Gruñó un paso a la vez.

—Keilan, ¿no le advertiste a tu amigo sobre qué no decir o cómo comportarse frente a mí? —dijo mirando hacia abajo, hacia el hombre. Keilan se rió.

—No había mucho tiempo, pero estoy seguro de que lo descubrirá.

—Si tienes amor para tu vida, no continúes esa conversación, especialmente con esa dulce voz. —me amenazó cuando di un paso adelante otra vez. Su tono amenazador me urgió a provocar más y más. —Keilan, saca a tu amigo de mi camino antes de que le arranque la garganta, le corte la lengua y se la dé a los perros.

—¿Jesús! —exclamé con una cara. —¿Cómo puede un ser tan angelical ser tan cruel?

—¿Te lo advierto! —advirtió de nuevo. —¿Aléjate de mí o me veré obligado a alejarme de ti!

—¿Me encantaría verla intentarlo!

Nunca he sido de los que provocan a una mujer así y algo me retó a verla intentarlo. No pude evitarlo cuando la agarré. Sin poder resistirme a los labios que me atraían los cubrí con los míos, pero en vez de ser besado me sorprendí con un mordisco. Retrocedí un paso, me puse la mano sobre la boca y en un gesto rápido me dio una patada en las piernas y me tiró al suelo.

—¿Maldita sea! —Grité mientras golpeaba mis nalgas contra el duro suelo de piedra. La punta de una espada se topó con mi garganta y levanté la cabeza.

—¿No te atrevas a volver a hacer eso! —dijo entre los dientes. —¿O te cortaré la garganta!

—¿Mi hermano tenía razón sobre ti! —dijo mirando fijamente esa mirada seria e intrépida. —¿No debería haberlo dudado!

—¿Hermano? —Dijo en un tono confuso.

—Sí. Alistair MacCalister. —Disparé en un tono gracioso. —Mi hermano.

La respiración de Bree se aceleró y pronto lo entendió. Su mirada se asustó cuando se dio cuenta de a quién estaba amenazando. Bree recogió la espada poniéndola en el dobladillo y se inclinó, pero no parecía arrepentida.

—Bree, eso es.... Keilan se presentó en un tono de desaprobación.

—¡Alec MacCalister! —Dijo ella, interrumpiendo a Keilan. —El infame príncipe de Escocia.

## Capítulo 05

### *Bree*

---

Me quedé mirando fijamente al hombre que yacía en el suelo. Alec hizo caras de dolor, aparentemente molesto por el hecho de que se cayó con las nalgas en el suelo. Todos los hombres del establecimiento estaban mirando la confusión que se había formado. Maldije a Alec MacCalister por arruinar una vez más mi momento de reflexión. Había elegido esa mesa para rehacerme de un frustrado intento de emboscada. Para empeorar las cosas, uno de los guardias que se suponía que haría seguro el pueblo decidió molestar a la hija del jefe del pueblo. Tuve que interrumpir una pelea y castigarlo por sus actos hostiles.

—¿Te has vuelto loco? ¡Ataca al príncipe así! —dijo Keilan, antes de acercarse y extender su mano para ayudar a Alec a levantarse. —Te pedí que empezaras a ser más amable.

—¡Soy amable! —...dije con voz pervertida y me crucé de brazos... —Su Alteza parece tener costumbres neandertales.

Keilan me miró con furia y dio un paso hacia mí. No me sorprendió su actitud y supe que sólo seguía los protocolos. Me regañaba delante de Alec y luego me hablaba a solas, quizás riéndome de la situación.

—¡Muy bien, Keilan! —dijo Alec impidiéndole que dijera nada. —Creo que me merecía su ataque de ira. ¡Lo siento mucho! Su nombre es...

Miré su mirada extraña y agité la cabeza.

—Breanna, pero puedes llamarme Bree. —Respondí seco.

—¿Bree? —Le pregunté. —¿Sólo Bree?

—Exactamente! —Hice hincapié en ello. —¿Sólo Bree!

Alec se rió y su risa me dio escalofríos, no sé de dónde vinieron. Una ola de corriente eléctrica atravesó mi columna vertebral desde la columna lumbar hasta la parte posterior de mi cuello. Cambié la posición de las piernas tratando de ocultar que eran bambas. La verdad es que todavía estaba afectado por el beso robado y se hizo evidente en el momento en que miré sus carnosos labios. Alec era diferente y ya no parecía un niño, pero seguía siendo descarado. Sus rasgos eran más groseros. La cara era más angulosa con su barbilla cuadrada y una barba bien hecha le daba una mirada más seria. Las cejas gruesas adornaban los ojos azules oscuros que le recordaban a los ojos de Alistair. A decir verdad, ese fue el único rastro que me recordó a Alistair.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! ¡"Sólo Bree"! —dijo irónicamente. —¿Puedo ofrecerte un trago? Así que, quién sabe, no me dejas entrar en toda la situación por aquí.

—¡Por supuesto, Su Alteza! —También regresé con ironía. —Es decir, si te comportas como un caballero. De lo contrario, me veré obligado a arrancarte la lengua con una de mis dagas.

Alec me miró sorprendido y luego se dirigió a Keilan.

—¿Realmente tiene una daga? —preguntó.

—¡Varios, en realidad! —Keilan respondió con los ojos puestos en mí. —Y tiene mucho



La chica le devolvió la sonrisa y le miró fijamente. Alec la guiñó un ojo y siguió sonriendo. Puse los ojos en blanco y suspiré. No había cambiado nada.

—¿Puedo tomar mi trago ahora? —Pregunté más o menos. —Puedes tomar el granero si quieres, pero no dejes que esté aquí frente a mí. Le sugiero que consiga una habitación arriba.

Alec miró hacia otro lado con una sonrisa.

—¿Celoso? —me preguntó riendo.

—¡En sus sueños, Alteza! —dijo entre dientes.

Se volvió hacia mí sonriendo.

—No sabe con qué sueño, señorita. —susurró y mantuvo mi mirada durante unos segundos. Luego volvió la mirada hacia el granero. —Vamos. Quizá más tarde, si no estás ocupada, hablaremos un poco.

Le hizo un guiño a la chica, que asintió y saltó como una gacela feliz. Mi estómago se revolvía con la forma abierta en que él coqueteaba con ella.

—¡Vaya, qué caballero! —Susurré con desdén.

Alec MacCalister no había cambiado nada en ese aspecto. Seguía siendo un hombre frívolo y mimado. Todavía tenía esa mirada de niño perdido, pero yo sabía por qué era encantador.

El granero regresó tan rápido como ella se había ido y nos trajo las bebidas. Llevaba una botella en su bandeja que yo no había pedido.

—El dueño de la taberna preguntó si le gustaría tener la botella —dijoseñalando el Bourbon que solía beber —dijoque invita la casa.

Tenía el hábito de beber una botella de Bourbon, por lo tanto, alivió los dolores de mi corazón que me dejaron sin dormir. Estuvo en esa esquina toda la noche. Le sonreí al dueño de la taberna, que era el padre de la niña que había sido acosada por uno de mis guardias, y asentí con la cabeza para darle las gracias.

—Sí, gracias! —Yo contesté. La chica tomó la botella y la depositó en la mesa, así que se fue. Antes, sin embargo, miró a Alec y parpadeó.

—¡Tenga cuidado, Su Majestad! —Dije que antes de poner el vaso en mi boca. —A ninguno de mis hombres se le permite jugar con ninguna chica del pueblo.

—¿Por qué no debería? —Preguntó con curiosidad. —Es bastante guapa para ser tabernera. Suelen ser muy feos y gruñones. Algunas viejas.

Gruñí en referencia a sus palabras. Alec tenía el mal hábito de hablar de todo lo que pensaba, sin importar a quién escuchara. Esas palabras sonaban groseras en vista del galante hombre que tenía fama de ser. Mi deseo era patearle el trasero y enviarlo de vuelta al agujero del que había salido, pero en vez de eso, lo miré seriamente.

—Porque por lo general no tienen buenos modales ni límites, por lo que terminan llevando la confusión más allá de la aldea —le contesté en un tono seco. —Son hombres tontos y yo no estoy aquí para ser la baba de nadie, mucho menos para ser responsable de separar las peleas en los bares. Sin embargo, si eso sucede, juro por Dios que se tomarán medidas y que castigaré a toda persona irresponsable bajo mi mando.

Alec soltó una carcajada y se llevó el vaso de cerveza a los labios.

—¿Así que por eso ese hombre estaba siendo castigado cuando llegué?

—Por supuesto! —Yo disparé. —Intentó agarrar a la hija del jefe de la aldea, que también es la dueña de esta taberna. Por suerte, logró escapar de las garras de ese idiota. Cuando el padre se enteró, vino para obtener satisfacción del imbécil, que aún estaba sentado aquí para beber. Todo terminó en una pelea y dejó a uno de mis hombres, que no tenía nada que ver con la situación,

gravemente herido.

—¡Tira! —Frunció el ceño. —¿Así que decidiste usarlo como un mueble y despellejarle las rodillas? Se me ocurre algo mucho más doloroso.

Me reí antes de derramar el vaso de cerveza en mi boca y me lo bebí todo a la vez.

—¡Tenemos pocos hombres, Alteza! —Yo contesté. —No puedo permitirme perder uno por falta de sentido común. Es suficiente para aquellos que son emboscados cuando salen de caza.

—¿Cómo sabes que estaba loco? —preguntó. —¿Y si la niña te hubiera dado la libertad y luego se hubiera arrepentido?

—Créame, Su Alteza, ella no le dio libertad. —Disparé indignado. —Intentó aprovecharse de ella y debería agradecerme que no lo matara.

—¿Por qué lo dices tan seguro? —me preguntó, tomándome en serio.

—Porque conozco a la chica en cuestión y, a pesar de su altura, sólo tiene trece años. —Respondí enfáticamente. —Ese idiota debería defender su honor y no atacarlo.

Alec puso los ojos en blanco como si estuviera enfermo. La expresión de su mirada se hizo más seria y me miró con ojos humeantes.

—¿Qué hombre atacaría a un niño?

—La cosa más vil y cobarde que he tenido el desagrado de conocer.

—Sí, tienes razón! —comentó. —Ese hombre debería ser ahorcado y lo haré tan pronto como lleguemos al campamento.

La frente de Franzí, por lo tanto, sus palabras sonaban llenas de odio y pude notar un poco de dolor detrás de ellas. Aunque estaba de acuerdo con él, sabía que no podíamos permitirnos perder más hombres. Basta con el frío y las peleas inútiles que aniquilan ese asedio.

—Como he dicho, Su Alteza... —Suspiré llenando otra copa. —No puedo permitirme perder a ningún hombre. Esa es la única razón por la que negocié con el padre de la chica. Decidió no presentar una queja formal a cambio de unas pocas monedas y un buen castigo para el hombre. Sin embargo, debería sangrar.

Me recosté en la silla y me llevé el vaso a la boca. Alec asintió y me miró por un momento.

—¡Bebes como un hombre!

—Estoy rodeado de ellos, Su Alteza, y puedo decirle que son idiotas. —Respondí sonriendo. —A veces ni siquiera un vaso es suficiente para ser el líder de un grupo de animales.

Alec se rió.

—¿Por qué dijo que hay pocos hombres en el frente? —preguntó. —Pensé que mi padre había hecho excelentes alianzas con los señores.

Suspiré al pasar mis manos sobre mi cabeza.

—Muchos de ellos fueron atacados mientras hacían sus rondas. Aún no sabemos cómo los hombres de Roy abandonan el castillo sin ser vistos. Creemos que hay algún paso a través de las montañas, pero nadie puede acercarse mucho.

—¿Por qué no debería?

—Porque Edimburgo es la mejor fortaleza armada de las Tierras Bajas. Al pararse en una colina, su visión se vuelve privilegiada. —Me tomé un descanso. —Los he estado observando desde una colina al norte del bosque y he notado la presencia de incontables arqueros que, no tengo idea de cómo, se las arregló.

—He oído que Roy está intentando hacer una alianza con Inglaterra. —Alec dijo que bebiendo cerveza. —Los arqueros pueden ser aliados de los soldados ingleses.

—No creo que eso sea posible, porque matamos a todos los mensajeros que trataron de

atravesar las líneas de defensa. —Me tomé un descanso. —Nadie sale de ese castillo y sobrevive para decir nada.

Alec frunció el ceño.

—Así que no interrogó a nadie para tratar de averiguar cómo consigue hombres o cómo se queda a pesar del asedio. ¿Qué hay de los planes para tratar de ganar esa guerra?

—No," dijo, encogiéndose de hombros. —Como dije, matamos a todos los que salen de ese castillo. Puede que no sepa cómo salen, pero asegúrate de que no vuelvan.

Alec suspiró pasando las manos por su pelo.

—Tenemos que conseguir a alguien para hablar —él disparó. —Necesito saber cómo se están formando los grupos de mercenarios y cómo se están infiltrando los nuestros con los hombres de MacGregor. Si no pasan por nuestras líneas, ¿cómo van a entrar en los campos?

Puse los ojos en blanco.

—Yo, uh...

—Mi hermano me dijo que eras excelente con las armas y muy inteligente —él disparó. —Hizo bien en reportarme a la dirección en su lugar y me alegro de que esté aquí a tiempo para eso.

—¿Tú qué? —...disparé un tiro asombrado y me puse de pie. —Keilan no me dijo que vendrías a guiar a los hombres en el asedio, sino a observar y aprender.

Alec se rió.

—¡Créeme, Breanna! No necesito observar ni aprender nada.

Diciendo eso, giró el resto de la cerveza en su boca y se levantó.

—Quiero ir al campamento lo antes posible y que me presenten a los hombres —dijo en serio.

No podía creer las palabras que salían de su boca. A pesar de la ira, respiré hondo tratando de controlarme.

—¿Qué hay de mí? ¿Vuelvo a la frontera?

—¿Qué hay en la frontera?

—Pequeños contingentes de aldeanos acampan para proteger el paso a las tierras altas. —Ya te lo expliqué. —Era la líder de uno de ellos, igual que Keilan.

Alec tenía cara.

—Bueno, necesitaré a Keilan, igual que tú —dijo en cierto modo. —Así que te quedas.

Todo mi cuerpo fumaba y un escalofrío me atravesó la columna vertebral por la forma en que Alec me miraba. Había estado viviendo en el campo de batalla durante dos años y nunca me había sentido así antes. Me volví letal en mi intención de vengarme por todo lo que MacGregor hizo sufrir a mi hermana, así que nunca hubo mucho tiempo para interesarme por ningún hombre, mucho menos si era Alec MacCalister. La costumbre de tratar con hombres era hacerme menos atractiva a sus ojos, para que nadie se me acercara con ese propósito. Nunca tuve que preocuparme por esa expresión ni por mis tripas. Bueno, ¡hasta ahora no!

—¡Me pregunto dónde he visto esos ojos antes! —Alec se inclinó hacia adelante. —Son muy expresivos y brillantes. Parece una gigantesca y hermosa roca esmeralda.

Contuve la respiración buscando el autocontrol para lidiar con la forma en que él pronunciaba las palabras. Mis piernas se convirtieron de nuevo en bambas y dudé. Había una tensión entre nosotros. Alec me ató la cintura cuando mis rodillas se doblaron y amenacé con caer.

—¡Cuidado! —me susurró muy cerca de la cara. —No deberías beber tanto si quieres estar alerta todo el tiempo.

—¡Asegúrese de una cosa, Su Alteza! —y puse mis uñas en la mano desnuda de Alec. —Siempre estoy alerta. Incluso cuando bebo.



Él me gruñó y yo me tambaleé hacia atrás. Ella sonríe irónicamente cuando ve su cara de dolor.

—¡Sus trucos no funcionan conmigo, Su Alteza! —Disparé poniendo mi mano en el mango de la espada. —No soy como esas chicas tontas que se lanzan a los brazos de un hombre haciendo que sus sonrisas tontas sean correspondidas. Si me tocas de nuevo, debes saber que te cortaré los dedos lentamente.

Alec me miró con seriedad y se recuperó. Se acercó a la mesa y tomó la botella, sorbiendo la mitad del líquido. Mantuve mi mano en el mango de la espada por si acaso.

—Sé que esto puede parecer una cosa muy extraña, pero realmente tus ojos me son muy familiares. —repitió sus palabras anteriores. —¿Seguro que no nos hemos visto antes? ¿Dónde está tu familia?

Me molestó y me hizo entrar en pánico, pero traté de mantener la calma.

—No tengo familia. —Respondí seco.

—Estás mintiendo —dijo con voz oscura. —Todo el mundo tiene una familia. ¿Dónde está el tuyo?

—Te lo dije, no tengo uno. —Respondí de una manera muy dura. —Y creo que será mejor que te hagas a un lado.

Alec se acercó lentamente a mí mientras aún me miraba.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Déjame adivinar! —se tomó un descanso. Su mirada se oscurecía cada vez más. —Quieres clavarte la daga en la cintura o en las botas en mis intestinos. ¿Lo he hecho bien?

Miré a Alec por sorpresa conteniendo la respiración. No tenía ni idea de cómo sabía lo de las dagas.

—Qué observador eres, Alteza.

—Gracias, pero puedes llamarme Alec.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —dijo retrocediendo y apoyándose en la pared. —Se está arriesgando, Su Alteza. Creo que deberías hacerte a un lado.

—¿Eso es una amenaza? —susurró, poniendo una mano a cada lado de mi cabeza. —Porque si es así, me encanta arriesgarme.

Sin dejar de mirarlo, saqué la espada de la vaina y la saqué un poquito del guardia. La bofetada hizo que la mirada de Alec se apartara y él sonrió.

—¡Vamos, vamos, vamos, vamos, vamos! —dijo poniendo unas monedas en la mesa. —Llévame de vuelta al campamento.

Dejamos la taberna y montamos nuestros caballos en silencio. Unos 20 minutos después, estábamos de vuelta en el campamento. Hubo una extraña conmoción y los hombres caminaron de un lado a otro con prisa.

—Me pregunto qué está pasando. —preguntó.

—No tengo ni idea, pero no creo que sea por tu presencia.

Alec me miró hostil, y yo me reí.

—Deberías castigarla por su audacia. —Susurró entre los dientes. —Podría bajarla de mi caballo y divertirme mientras llora de dolor.

—¿En serio? Lo hice. —Me encantaría verlo intentarlo.

Alec puso los ojos en blanco.

—¿Lo sabes? Me encanta una lengua dolorida como la tuya. —disparó irónicamente.

—¿Es eso cierto?

—No sé de dónde la conozco, pero aún así lo averiguaré.

—Su Alteza, le aseguro que no hay nada que averiguar sobre mí. —Dije en voz baja con la intención de convencerlo de que se quite esa idea de la cabeza. —Soy tan común como cualquier otra chica que haya conocido.

Alec se rió desarmando el caballo y me agarró de la cintura ayudándome a desarmar.

—Eso sí, dudo mucho que eso sea cierto. —susurró. —No tienen nada en común, y me gustaría mucho probarlo.

El escalofrío que corría por mi columna vertebral me molestaba de una manera que alejaba mi cuerpo de ella. Miré a mi alrededor en un gesto de nerviosismo y un frío escalofrío recorrió mi cuerpo cuando uno de los hombres vino a buscarme con prisa.

—¿Qué está pasando? —Le pregunté. —¿Por qué tanto alboroto?

—Mi señora, Lord Sinclair salió a cazar y no regresó, así que un pequeño contingente fue tras el grupo.

—¿Y qué?

—Uno de los hombres regresó malherido. —se detuvo para respirar. —Parece que Lord Sinclair fue atrapado en una emboscada y tomado prisionero. Lo están llevando a la fortaleza ahora mismo.

—¡Maldita sea! —Susurré, cerrando bien los puños. —¿Dónde están ahora?

—En el bosque, al sur del sitio.

Tuve que mantener la calma para pensar en cómo rescatar a Keilan.

—¡Reúne a algunos hombres! —Alec lo ordenó. —Nos iremos en unos momentos.

El hombre lo miró fijamente.

—¿Qué estás esperando? —dijo. —¡Haz lo que te digo!

—¡Sí, señor! ¡Sí, señor!

El hombre salió corriendo y se dirigió hacia otros que asintieron tan pronto como dio la orden.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Dije con dureza. —¡Te quedarás aquí!

—¡No! Yo iré con ellos y tú te quedarás en el campamento. —Alec dijo que se acercaba.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? ¡Ni siquiera muerto! —Yo contesté. —Yo soy el que lo hará. Debes quedarte aquí a salvo.

—Escucha, uh...

—Alec, no tengo tiempo para discusiones. Keilan morirá si esa fortaleza llega.

Me volví hacia el que me seguía. Se detuvo cuando lo confronté con ira.

—El Señor es imprudente, descarado y no tiene capacidad de defensa. Por eso pude derribarlo fácilmente. —Yo disparé. —No puedo quedarme aquí mientras Keilan esté allí y no te dejaré entrar en mi casa. Tanto si eres un príncipe como si no, te quedarás aquí donde es seguro y yo no tengo que preocuparme por tu bienestar.

—¡Brianna, te pasas de la raya! —lo devolvió. —Cuando digo que lo haré, ese deseo debe ser respetado. Soy tu superior, así que debes obedecer mis órdenes.

Me quedé mirando a Alec por unos segundos mirando a Alec con escepticismo.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —Yo contesté. —Si me interpongo en el camino o te pongo a ti o a cualquier otro hombre en peligro, yo mismo te atravesaré el pecho con mi espada. ¿Lo has entendido?

—Me parece justo!

—¡Bien, está despejado! —Dije antes de que me diera la vuelta y me dirigiera al caballo. —Nos vamos en diez minutos.

Alec asintió con la cabeza y ató la capa a su cuello. Recé para que Keilan siguiera vivo y aún

hubiera tiempo para llegar a él.

—Espérame, amigo, sí, ¡estoy en camino!

## Capítulo 06

### *Alec*

---

Me quedé mirando a la pelirroja temperamental que acababa de amenazarme. Una vez más intenté recordar dónde conocí a Bree. Ella recordaba mucho a alguien con quien había estado, pero no podía recordar exactamente con quién estaba. Sus ojos eran realmente muy familiares y algo sobre mí decía que nos conocíamos desde hacía mucho tiempo. No fue sólo eso! Algo en sus actitudes inflaba mi ego y me impulsaba a descubrir qué había debajo de todo ese cuero que cubría su esbelto cuerpo. Aunque vivimos en un país frío y húmedo, la cantidad de pieles que se usaban incluso como adorno, instigó mi imaginación. Me pregunto qué estaba escondiendo.

Me quedé mirando la delicada silueta de Bree, que estaba un poco más adelante de mí hablando con uno de los hombres. Sus brazos eran delicados, su espalda estrecha y su cintura muy delgada. Las nalgas redondas eran generosas y muy rectas, apretadas contra los pantalones de cuero que llevaba. La vista de mis dientes pegados en cada popa hizo que mi miembro se volviera en mis pantalones. Respiré profundamente tratando de controlar mi impulso de ir hacia ella, atarla y poseerla hasta el amanecer. Seguí imaginando esas largas piernas alrededor de mi cintura mientras la penetraba lentamente en mis pies. ¿Esos pelos que te recordaban al fuego? Apuesto a que fue lo suficientemente largo para que yo los sostuviera mientras penetraba de rodillas, arrancando cada gemido de esos generosos labios rojos.

—¡Basta, Alec! —Me susurré a mí mismo. —Tu misión aquí es otra. Necesitas encontrar a una persona, así que despeja esta mente contaminada por momentos de lujuria.

Miré hacia otro lado de los pechos de Bree. También eran tentadoras y parecían caber en la palma de mi mano. Ella estiró la palma de su mano para alisar la espalda del caballo que estaba montando. Los dedos delgados y largos se deslizaban lentamente sobre la piel del animal y me imaginé que estaría en mi pecho. Ella le susurró algo al animal que yacía por ahí y pronto me la imaginé susurrando mi nombre mientras la llevaba al éxtasis. Suspiré, moviendo la cabeza. Seducir a Bree fue una tarea mucho más complicada que demostrarle a mi padre que yo no sólo era capaz de gobernar de manera política, sino que también podía comandar un ejército. Para mi padre, yo no era más que un niño frágil que necesitaba aprender a crecer. ¡Ah! ¡Si supiera toda la verdad!

Después de la muerte de Cora, quería protegerme en todos los sentidos. Pensando que por ser el hijo intermedio, sería más seguro enviarme a estudiar política fuera del país. Eso pensaron! No es que no haya estudiado, pero no fue exactamente el tiempo que él asumió que sería.

En teoría, para mi padre, yo fui responsable del ataque que mató a nuestra hermana porque no tenía la capacidad de protegerla. Tuve que demostrarle que estaba equivocado, y después de regresar de "mi tiempo de estudio", descubrí que había pedido el regreso de Alistair para casarse con él. Sabía que Alistair odiaría casarse y convertirse en rey antes de tiempo, pero vi en ello una oportunidad para completar mi venganza. Por eso insistí en que mi padre me enviara al frente,

aunque sabía que a Alistair no le gustaría nada y que se sentiría frustrado si rompía nuestro trato. Lamenté tener que tomar el lugar de mi hermano en el campo de batalla y alejarlo de la promesa que nuestra hermana había hecho de vengarla, pero yo tenía mis propios planes de venganza y esa noche tendría la primera oportunidad.

—¡Eso es genial! —La voz de Bree sonaba burlándose de mí por ensoñación. —Parece que tenemos un soñador en el campamento.

Bajé la mirada para mirar a la de Bree, que estaba de pie justo delante de mí con los brazos cruzados y con una expresión muy impaciente en la cara. No pude evitar ver su generoso escote y el par de pechos que casi saltaban de él por la forma en que los comprimía con sus brazos. Le sonreí irónicamente y pareció que eso la enojaba aún más, porque Bree resoplaba.

—¿Sabes lo hermosa que te ves cuando estás enfadada? —Yo disparé.

—¡Y tú eres muy molesto! —ella lo devolvió. —Me gustaría instarte a que te quedes en el campamento.

Me reí de la forma en que hablaba, tratando de ser cortés. Esa forma de hablar no le convenía a Breanna, y sólo la conocía desde hacía unas horas.

—Eso está fuera de discusión, como dije hace unos minutos. —Lo digo en serio y he estirado todo mi cuerpo de una manera amenazadora. —Sé que crees que no puedo defenderme. También sé que no soy más que un príncipe malcriado a tus ojos. Le aseguro que se equivoca al pensar así. ¡Iré contigo y nadie me detendrá!

Bree puso los ojos en blanco y gruñendo como una niña que estaba teniendo un ataque, golpeó su bota contra el suelo embarrado.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —...ha estado husmeando. —Dejaré que me demuestres que estoy equivocado, pero si te interpones en mi camino de alguna manera, te mataré yo mismo.

—Me parece justo! —Sonreí.

Bree resopló, pero extrañamente me sonrió.

—Antes de irnos, ¿puedes acompañarme a mi tienda? —Preguntó en voz baja. —Keilan odia que vaya a cazar solo y decida esconder mi arco. Lo encontré, pero está en un lugar mucho más alto que yo. Parece que tienes el momento adecuado para ayudarme.

Le sonreí irónicamente.

—Bueno, después de todo, soy bueno para algo.

—¡Ven conmigo, por favor!

La acompañé al otro lado del campamento. Bree me guió a una simple tienda de campaña y me sorprendió entrar. Había guardado la tienda de mi hermano, que estaba cerca de ella. El espacio era muy pequeño y contenía sólo lo necesario. Una cama cubierta de cuero en una esquina con un pequeño baúl a sus pies y una pequeña mesa con dos sillas en el centro, más una pantalla. No había ni una tonelada para bañarse y me preguntaba dónde había limpiado.

—¡Este lugar es un cubículo! —Dije sorprendido. —Creo que es muy difícil que tu arco se esconda aquí. ¿Por qué Keilan no lo escondió en su tienda?

—¡Porque no es estúpido! —dijo en un susurro que me dejó con la espeluznante nuca. —Creo que tenemos algo de tiempo.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

Antes de que me diera cuenta, Bree se metió debajo y me tiró sobre la cama.

—Espero que le gusten las mujeres de arriba, Su Alteza. —ella dijo que montar en mí. —Me encanta tener el control, como habrás notado.

Bree me sostuvo las muñecas llevándolas por encima de la cabeza.

—En realidad, prefiero estar en control de la situación yo mismo, pero... —Me detuve cuando ella me mordió el mentón. —Haré una excepción en su caso.

Casi pierdo el aliento cuando los labios blandos de Bree se acercaron a los míos y se los llevaron en un beso urgente. Sin hacer el tonto, la besé con la misma intensidad. Cuando llegara el momento, le daría la espalda y me haría cargo de la situación. Mi lengua penetró la suave boca de Bree y me alegró oír un gemido. Sin dejar de besarme, Bree me apretó las muñecas con fuerza y sentí algo frío alrededor, luego el clic de una plancha.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —Murmuré sorprendido cuando me di cuenta de que estaba encadenado a los grilletes. —¡Muy gracioso! ¡Ahora déjame ir!

Los grilletes estaban sujetos a una cadena atada al suelo. Bree saltó de la cama mientras yo intentaba tirar de su muñeca. Se rió con satisfacción cuando se dio cuenta de que yo no podía dejarlo ir.

—¡Dije, Su Alteza! —ella sonrió arreglándose el pelo. —Me encanta estar a cargo, pero odio que me desobedezcan.

—¡Maldita sea! —Rugí. —¡Bree, déjame ir ahora!

Se rió aún más y caminó hacia el maletero. Tomando la reverencia, ella lo cruzó en el pecho con la bolsa de flechas.

—¿No es usted listo, Su Alteza? —de la que se burló. —Sal tú mismo de ahí.

—Bree, juro que la mataré por ese ultraje. —...grazné tirando de mi muñeca. —¡Sáquenme de aquí! ¡Es una orden!

Estaba frustrado y emocionado al mismo tiempo. Quería patear el trasero de Bree por esa afrenta y, al mismo tiempo, poseerla locamente.

—Lo siento, pero quédate aquí donde sea seguro para ti y los que te rodean —dijo antes de irse.

Me caí en la cama frunciendo el ceño. ¿Dónde había oído esa frase antes? Me he reído un poco. Tuve que estar de acuerdo en que ella era muy inteligente y usó mi encanto contra mí.

—Me encantaría retorcer ese hermoso cuello. —Susurré. —Pero primero tengo que deshacerme de esos grilletes.

Girando de lado para quitarme el peso de donde estaba acostado, tiré de la cadena con fuerza, pero para mi frustración era realmente demasiado corta. No podía abrir la parrilla con la mano libre, pero con una daga tal vez. Tomando la daga clavada en mi cintura, tomé el extremo del perno que cerraba las dos partes de la parrilla. Al forzar el pasador, pude empujarlo y así aflojar los hierros. Con mucho esfuerzo pude liberarme tirando cuidadosamente de mi muñeca. Me levanté rápidamente y salí corriendo de la tienda.

—¿Su Alteza? —dijo uno de los hombres cuando me vio. —Pensé que habías ido con el equipo de rescate.

—Desafortunadamente, ha habido un contratiempo. —Respondí volviendo los ojos. —¿Puedes conseguirme un caballo? ¿Por dónde se fue el grupo de Bree?

—Al sur, Su Alteza. —me dijo dándome las riendas de mi caballo. —Será mejor que te des prisa. No será difícil encontrarlos. Sigue ese sendero recto.

—¡Gracias! ¡Gracias! —Le agradecí por montar el caballo.

Salí al galope detrás de Bree y seguí el camino que se me indicó, rezando para que ningún soldado de Roy la matara, porque quería hacerlo yo mismo. Entré en un claro y pronto el sonido de las voces comenzó a resonar. El sonido de las espadas anunció que Bree había encontrado su propósito.

—Dios, ¿cómo es que esta mujer se ha metido en problemas tan rápido? —Susurré.

Bajando del caballo, me acerqué lentamente. Pronto me di cuenta de que el grupo que Bree había liderado había ganado la batalla contra algunos hombres que parecían mercenarios. Keilan estaba acostado en un árbol aparentemente herido e inconsciente, pero ¿dónde estaba Bree? Tomé el arco que siempre llevaba conmigo y puse la capucha sobre mi cabeza, y lentamente caminé hacia donde estaba Keilan.

—¿Alec? —susurró cuando me vio. —¿Qué estás haciendo aquí? Pensé que Bree dijo que te dejó a salvo en el campamento.

—Primero, me encadenó a su cama. Segundo, voy a matarla si nadie lo ha hecho antes. —...lo retraté de una manera irónica al desatarlo. —¿Te has hecho daño?

Keilan hizo una cara y puso su mano sobre su abdomen.

—Sí, me dieron una parte mientras cazaba.

Miré la herida sangrante.

—No parece muy serio. ¿Dónde está Bree?

—No lo sé, pero la vi peleando con dos hombres y se fueron al claro. —respondió con dificultad. —Alec, puede que sea muy buena, pero morirá si nadie va a ayudarla.

Miré a mi alrededor y oí un grito que venía de no muy lejos. Tomando el brazo de Keilan, le ayudé a caminar hacia el caballo.

—¿Puedes llegar al campamento?

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Me quedaré e intentaré encontrar a Bree. —Yo contesté. — ¡Ahora vete!

Ayudé a Keilan a montar y se fue disparando hacia el campamento. Luego Keilan desapareció de la vista. Sacando la espada de la vaina, me adentré más en el claro. Uno de los mercenarios apareció y saltó delante de mí. Comenzamos un choque de espadas y pronto se quedó tirado en el suelo sin vida. Continué el viaje y justo delante oí el sonido del tintineo de las espadas. Bree luchó ferozmente contra dos hombres enormes. Su brazo sangraba y ella estaba en desventaja. Una tercera persona se unió al grupo y ella sonrió fríamente. Tenía que admitir que era muy valiente. Preparando el arco, apunté con una flecha a la espalda de uno de los hombres que cayó con un grito de dolor. Los otros se detuvieron para ver de dónde venía la flecha y me miraron a los ojos.

—¿Alec? —gritó asombrada. —¿Cómo llegaste aquí?

—No fue difícil, pero debo advertirte que si uno de ellos no la mata, la mataré.

—¿Alec MacCalister! —Dijo fríamente uno de los hombres. —Tu reputación te precede.

—¡Eso es genial! —Sonreí, empuñando la espada y señalando en tu dirección. —Si me conoces, serás tú quien me ayude.

El hombre se rió haciendo una señal a otro y saltó sobre Bree, aprovechando el momento de su distracción. Logró desarmarla y cayeron al suelo. El hombre intentó cortarle el cuello con la espada que empuñaba mientras ella sostenía su puño intentando evitar lo peor. Me detuve para ayudarla, pero la otra vino hacia mí y no hubo tiempo para disparar otra flecha. Esquivando el golpe, rápidamente metí mi espada en la espalda del hombre. Bree luchó con furia tratando de no morir. En un momento dado, agarró una piedra y le pegó en la cabeza. Se levantó y cogió una espada que yacía sobre el hombre. Había odio en sus ojos verdes. Ambos iniciaron un choque y pronto ella pudo desarmarlo. El hombre cayó de rodillas, pero antes de que ella hiciera nada la detuve.

—¡No! —Grité al acercarme. —¡Lo quiero vivo!

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? De ninguna manera! —...ha estado husmeando. —Ese idiota intentó matar a Keilan. No puedo dejarlo con vida.

Esnifé.

—Puedes y lo harás! —Le contesté con dureza.

—¡No! —Lo hizo ella. —¡Lo mataré!

—¡Entonces tendrás que pasar por encima de mí!

Se encogió de hombros y sonrió.

—Estaré encantado!

Con un golpe rápido me atacó con su espada. Esquivé una risa y eso la enfureció.

—¿Es todo lo que tienes?

Bree lo intentó de nuevo y yo lo esquivé de nuevo. Sus golpes fueron muy buenos, pero no quise lastimarla más de lo que ya lo estaba. Tuve que agotarla para sacarla de allí antes de que llegaran otros hombres.

—Bree, no tenemos tiempo para bromas.

—¿Quién dice que estoy bromeando? —ella lo devolvió e intentó golpearme de nuevo. —¿Vas a esquivarlo o vas a pelear?

—No está en mi mente cruzar espadas con una dama. —Yo también me reí. —Especialmente una tan hermosa. Será mejor que volvamos y me muestres el otro par de grilletes.

—Deberías haberte quedado donde te dejé.

—Si no hubiera venido, la casera ya estaría muerta.

Bree se me acercó y me di cuenta de que era una soplona. En ese momento ella ya no tendría la fuerza para sostener el mango de la espada o cualquier control sobre ella. Con un golpe seco a la hoja de la espada de Bree, la tiré y apunté con la punta de la mía a su cuello al mismo tiempo que tiraba una daga a la pierna del hombre que intentaba escapar.

—¿Cómo lo has hecho? —dijo asustada.

—Dije que no soy la persona que crees que soy. —Quiero decir, atraparla contra un árbol. —Puede que tenga la fama de un príncipe mimado, pero verás que no lo soy.

—¿Y quién es entonces?

Sonreí fríamente a mi cara y susurré.

—Tu peor pesadilla.

Bree jadeó para tragar en seco. Le miré los ojos verdes y la seriedad con la que me miraba. Había una mezcla de ira y miedo en las profundidades de su mirada. El mismo miedo que noté en los ojos de otra persona hace unos días. Esa expresión, con las palabras que dijo cuando me arrestó, me dio la certeza de que ya conocía a Bree.

—¡Lo odio!

—Créelo! —dijo mientras ataba al hombre. —Lo recíproco es cierto!



## Capítulo 07

### *Bree*

---

Las palabras de Alec resonaron en mi mente. Cuando regresé al campamento, traté de dilucidar lo que quería decir. Todavía no podía creer que Keilan me hubiera engañado. Toda esa conversación, en la que me había convencido de ser prácticamente un sirviente de Alec, todavía estaba atascada en mi garganta. ¿De dónde salió toda esa habilidad con la espada y el arco? ¿Qué fue ese golpe con la daga? Por lo que yo sabía, Alec no podía empuñar una espada porque estaba educado en el arte de la negociación.

—¡Señora! —uno de los hombres vino a buscarme y tomó las riendas del caballo. —Ha llegado una carta para la señora.

Tomé la carta con un tirón impaciente y reconocí el sello con el escudo de armas de MacCalister. Esnifé antes de ponerlo en mi bolsa de cinturón. No tuve paciencia para leer los sermones o las disculpas de Alistair.

—¿Dónde está él? —Le pregunté.

Como si ya supiera de lo que estaba hablando, el hombre señaló una de las tiendas de campaña que había más adelante. Al asentarme, empecé a hacer mi camino hacia donde, yo sabía, Keilan estaba siendo tratado.

—¿Adónde crees que vas?

Una gran mano me envolvió el brazo y me impidió caminar. Me volví hacia la severa mirada de Alec. Estaba furioso y aunque me preocupaba su actitud grosera, no me dejé asustar.

—Tienes exactamente cinco segundos para soltarme el brazo o no responderé por mí mismo. —Amenacé entre los dientes.

Alec tenía una risa fría.

—¿Te refieres a las otras veces que la señora contestó por ti? —de la que se burló.

—¡No estoy bromeando, Su Alteza! —Lo hice. —Hay un volcán en erupción dentro de mí y dudo que el Señor quiera que escupa fuego en su hermoso rostro.

—Hmm! ¡Por fin un cumplido! —se rió. —De hecho, tengo un rostro hermoso, muchas gracias por su observación. En cuanto al volcán...

Alec se detuvo y se volvió hacia uno de los hombres que se acercaba. Le tiró algo a Alec, que se volvió hacia mí otra vez.

—Quizás una noche, encarcelado, te ayude a pensar mejor en tus actitudes y a mejorar tu genio. —dijo, antes de ponerme un par de grilletas alrededor de las muñecas.

—¿Qué crees que estás haciendo? —...me retuerzo para dejarlo ir.

—Atacó deliberadamente a un miembro de la realeza y se puso en peligro desobedeciendo una orden —él disparó. —Si no hubiera podido liberarme, tú y Lord Sinclair estarían muertos.

Me impresionó su cambio de actitud. En menos de veinticuatro horas, Alec pasó de ser un seductor arrogante a un hombre imponente y actitudinal. ¿Cómo es posible? Me arrastró a la

prisión improvisada y me arrojó a la celda.

—Para su gobierno, tenía todo bajo control. —...continué agitándome.

—No, no lo hice, y lo sabes. —lo devolvió en un tono autoritario.

Alec me dio la espalda para ir hacia la mitad del campamento.

—Estás enfadado sólo porque fui más inteligente —dijo en un tono pervertido haciéndole parar.

Alec se dio la vuelta y regresó con pasos determinados.

—No lo tomes como una afrenta o venganza, Bree —él disparó. —Fue muy atrevido de tu parte y debo decir que hiciste un gran trabajo tratando de seducirme.

—¿Es eso cierto? Entonces, ¿por qué si no debería aceptar este insulto, si no es porque no has terminado lo que yo empecé?

—¡Señorita, tomo lo que quiero y cuando quiero!

Alec se rió antes de acercarse aún más y, agarrándome la barbilla, rápidamente me besó vorazmente. Escupí cuando me liberó y le hizo reír.

—¡Idiota!

—Breanna, no me malinterpretes. —se rió. —Eso es por tu propio bien. Tuyos y de los que te rodean. Porque francamente, en mi opinión, eres una bomba andante a punto de explotar.

Gruñí haciéndolo reír y luego Alec se fue.

—¡Lo siento, señora! —dijo el hombre a cargo de arrestarme.

—¡Está bien! ¡Está bien! —Susurré profundamente en mi respiración en un intento de calmarme.

El hombre asintió y se alejó. Gruñí mirando a mi alrededor y emití un grito de enojo. No había manera de conseguir mis dagas, porque Alec había sostenido mis manos detrás de mi espalda. Si intentara soltarme, me dislocaría el hombro y eso no sería bueno. Sabía lo mucho que dolía. Respirando hondo, me senté en el suelo apoyado en la roca con los ojos cerrados. Me enfrenté al bajo y maldije a Alec en todos los idiomas que pude hablar.

—Espero no estar en tus pensamientos.

Abrí los ojos para enfrentarme a la mirada graciosa de Keilan. Eso me trajo aún más ira.

—No, pero verlo parado frente a mí con esta cínica sonrisa me hace querer alegar una plaga de lo más macabra.

Keilan puso cara y se acercó con dificultad. Estaba sosteniendo el lado izquierdo de su abdomen y asumí que había tomado una flecha.

—Esperemos que se infecte y se llene de pus. De esa manera, tal vez no te duela más.

—¡Jesús, Aila! —dijo de una manera repugnante. —Imagina si los rumores sobre ti y tus hermanas no son ciertos y esa cosa realmente me molesta.

—¡Sí, di mi nombre más alto! —grunhi. —Las luciérnagas no escucharon lo que dije.

Keilan se rió mirando a su alrededor. Sabía muy bien que no me gustaba cuando pronunciaba mi nombre. Tuve suerte de que Alec no me reconociera.

—¿Por qué me mentiste?

—¿Por qué es eso? ¿No es eso obvio? —contestó él. —Si te hubiera dicho la verdad, me habrías pedido que volviera a la frontera. Las órdenes de Alistair eran quedarse y ayudar a Alec en lo que fuera necesario.

Esnifé.

—Me hiciste creer que tendría el mando de los hombres y financiaría la baba de ese idiota. —Gruñí. —¿De dónde sacó esos golpes?

—No lo sé, Bree, pero no creo que Alec sea tan estúpido como pensabas.

Levanté la mirada con una cara. Keilan tenía razón al decir eso y yo tenía que estar de acuerdo en que si Alec no hubiera aparecido, ambos estaríamos muertos. Bueno, podría aceptarlo, pero nunca le diría eso a él.

—Aparentemente, estaba completamente equivocado", dijo, asentándose. —¿Sabías que podía levantar una espada con una mano y manejar el arco con la otra?

—No. —Keilan respondió sentado en una roca lejos de la celda. —No he visto ni hablado con Alec en muchos años. Después de la muerte de mi padre y de la reunión de clanes para formar un ejército, dejé de visitar Dunhill. Todo lo que recordaba de él era un niño delgado con la habilidad de hablar.

Puse los ojos en blanco. ¿Franzino? Alec no tenía nada de delgado, pero Keilan tenía razón al decir que tenía talento para negociar o convencer a la gente sobre algo. No es de extrañar que Alistair decidiera mantenerse a la cabeza de las batallas mientras su hermano estudiaba política. Para mí, Alec se había convertido en un noble pomposo y aburrido, pero estaba muy equivocada. Después de besarlo así, tuve que trabajar duro para concentrarme. Lo había planeado por impulso. Sabía que era la única forma de que lo arrestaran, así que le di un poco de su medicina. Sólo que no contaba con su huida y ahora no sabía si dar gracias a Dios o maldecir al diablo.

—Siento haberte mentido, jovencita, pero nunca me habría quedado si hubiera dicho la verdad. —Keilan suspiró.

—¡Está bien! ¡Está bien! —Respondí frustrado. —Tal vez realmente merezco pasar por eso.

—¿Qué quieres decir?

—Atrapé a Alec en mi cama antes de ir tras de ti.

—¿Qué hiciste qué?

—¡No tenía ni idea de que era hábil con las armas! —Disparé en mi defensa. —Tomé su falta de experiencia como un riesgo para los hombres y su propia vida. Créeme, estaba tratando de protegerlo.

—Sí. Sí. Sí. —Keilan sonrió a un lado. —¿El hecho de que ofendiera tu sexo no tiene nada que ver con tu conducta?

—No," dijo, encogiéndose de hombros.

—Aila MacBride, que no la conoce, como yo la conozco, que la compre —dijoen tono irónico. —¿De verdad crees que puedes engañarme?

—Por supuesto.... —Me detuve girando los ojos. —¡En absoluto!

—¡Bueno! Repensad vuestras actitudes, porque después de todo, estáis bajo el mando del príncipe de Escocia —dijoen un tono áspero. —En lugar de ser quisquilloso con Alec, concentra tus esfuerzos en encontrar el camino a Edimburgo como era nuestro plan original.

Respiré profundamente. Odiaba cuando Keilan me llamaba la atención como si fuera una niña de 12 años. En el fondo, tenía razón y yo tenía que estar de acuerdo con él. Tuve que conseguir el pasaje de vuelta a la fortaleza.

—Vale, pero deja de decir mi nombre.

—¡Oh, genial! —Keilan sonrió y se levantó. —Ahora déjame hablar con el otro niño. Tal vez pueda sacarla esta noche.

Agité la cabeza de un lado a otro y vi a Keilan alejarse. Sentí latir mi brazo y recordé que estaba herido. Miré por donde pasaba una flecha y vi la sangre que aún fluía. Apoyé la cabeza contra la roca y miré el cielo que ya se estaba durmiendo. Las nubes anunciaban que pronto llovería.

—Al menos no será nieve. —Susurré irónicamente.

Con el paso del tiempo, el brazo palpitaba cada vez más. Decidí cerrar los ojos y tratar de ignorar el dolor aburrido que latía en mi piel. Poco a poco el cansancio se apoderó de mí y me quedé dormido. No sé cuánto tiempo ha pasado, pero sentí que mi cuerpo estaba flotando. Era una sensación tan buena que me negué a abrir los ojos. Sólo sostuve la nube que me llevaba en brazos y disfruté de la sensación de paz que no había sentido en mucho tiempo. Mi cuerpo fue colocado sobre plumas y me acurrucé en el calor de la cama. Algo caliente me tocó la cara y sonreí. La sensación en mi piel era cálida y me sentía muy segura. Escuché el desgarrar del tejido y de repente algo frío entró en contacto con la piel de mi brazo. Abrí los ojos, me asusté y miré a mi alrededor de una manera muy confusa. Estaba en una cama cubierta de pieles en mi tienda. Alec estaba sentado en el borde y sosteniendo un paño húmedo.

—Pero qué... —Empecé a decir con el ceño fruncido.

—¿Realmente pensaste que no te dejaría dormir afuera? —Dijo con voz seria. —Puede que haya sido un poco tirano, pero no estoy descorazonado.

—Todavía estoy evaluando eso —le contesté con voz seca.

Alec suspiró, agitando la cabeza.

—Keilan me advirtió sobre tu lesión —dijotomando mi brazo con delicadeza. —Me gustaría que te quedaras quieto un momento para que pueda limpiarlo.

Estaba tan cansada que no tenía fuerzas para luchar, así que asentí con la cabeza. Alec agarró el paño y delicadamente comenzó a limpiar la sangre del corte. Volví a poner la cabeza en la almohada y cerré los ojos.

—Si no hubiera sido tan testaruda, tal vez no me habría lastimado.

Me he reído un poco.

—Si no fuera tan arrogante, no habría caído en mi trampa. —Lo hice. —De hecho, yo tendría cuidado con las mujeres de ahora en adelante si fuera tú. No son sólo los hombres a los que Roy ha estado corrompiendo para obtener información y tú eres una presa fácil para las putas.

Alec me miró con el ceño fruncido.

—¿Me estás llamando ingenuo?

—¡Si el zapato te queda bien!

Respiró profundamente, pero en vez de retorcerse, Alec sonrió, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—No eres bueno en eso —dijoen voz baja. —Pero a decir verdad, me gusta tu genio. Ninguna mujer me ha instigado tanto como tú.

—¿Debería tomar eso como un cumplido?

—Por supuesto!

Esta vez fui yo quien se rió. Estuvimos en silencio por unos momentos, hasta que Alec lo rompió.

—Es una herida superficial y mientras estoy abajo, ¿por qué no me cuentas cómo terminaste en el ejército del rey?

Tenía miedo de que me lo preguntara, pero estaba dispuesta a contar la misma historia que le conté a Keilan.

—Mi padre me pateó el trasero y luego me envió a un convento.

—¿Por qué hizo eso?

—No lo sé, pero no fue la primera vez.

Esa parte no era en absoluto una mentira. Acababa de cambiar de género. En lugar de mamá,

dijo papá.

—En el camino hacia el carruaje en el que me encontraba, caí en el abismo a un lado del camino. A pesar de estar herido y sin fuerzas, logré saltar antes y escalar una pendiente, deteniéndome bajo un árbol al borde de un camino. —Suspiré cansado. —Ahí es donde Keilan me encontró.

—¿Así que Keilan la salvó?

—Sí. No tenía adónde ir y me quedé bajo su vigilancia. Me enseñó a luchar y pronto se comprometió en el ejército. —Respondí sonriendo. —Tuvo contacto directo con Alistair y me habló de mis logros. Así fue como pude convertirme en comandante de milicia con Keilan.

Alec sonrió y terminó de vendar la herida. Tomó la tela y continuó el trabajo de limpieza en mis brazos. No tuve tiempo de evitar que se quitara los brazaletes. Alec abrió los ojos de par en par cuando vio las cicatrices de las cuerdas quemadas.

—¡Jesús! —susurró. —¿Tu padre también hizo eso?

—Sí. —Asentí. —Las palizas se realizaron con las manos atadas. Era muy cruel y enojado con cualquier cosa que no estuviera de acuerdo conmigo en hacer.

Alec me agarró de las muñecas pasando el pulgar por encima de las cicatrices. Cerré los ojos y temblé cuando sus labios se encontraron con mi piel.

—Tu padre es una persona muy cruel y me encantaría matarlo. —susurró antes de empezar a limpiarlas. —No se trata así a una dama, especialmente a una tan valiente.

Sonreí y nos quedamos en silencio por unos momentos. Se concentró en la limpieza hasta que la rompió.

—Conocí a una chica que también fue enviada a un convento. —sonrió. —Ella era como tú y tenía el mismo espíritu molesto.

Puse los ojos en blanco y le di una sonrisa irónica.

—Déjame adivinar: ¿era una de tus amantes?

—No. Alec dijo. —No la soportaba porque era molesta y siempre tenía las palabras adecuadas para ponerme nervioso. Ella odiaba cuando trataba de seducir a sus sirvientes y siempre encontraba la manera de encerrarme en la despensa.

Tragué en seco cuando mi mente voló durante unos años antes. Era una noche de banquetes y todos los clanes habían sido invitados. Estaba cansada de una de las sesiones de entrenamiento de mi abuelo y decidí huir de otra de las ridículas fiestas de mi madre. Cuando tomé el pasillo sur, el más oscuro del castillo y que facilitó mi huida, vi a Alec besándose con mi criada. Los interrumpí con frases irónicas, empezamos a discutir y terminamos encerrando a Alec en la despensa al pie de la escalera sur.

—¿Qué está pasando? —su voz salió en un tono de preocupación. —¿Dije algo malo?

No pude responder rápidamente porque me sorprendió ver que hablaba de mí. ¿Me reconoció? ¿Sabía quién era yo realmente? Respiré profundamente para controlarme, aprovechando el hecho de que tenía la cabeza gacha y no había notado mi nerviosismo. Tuve que calmarme antes de perderlo todo.

—No, estoy bien. —Yo contesté. —¿Y qué le pasó a ella?

Alec suspiró, levantando la cabeza.

—No lo sé exactamente, pero pretendo averiguarlo. —contestó con una sonrisa. —Algunos dicen que se convirtió en bruja, por lo que fue enviada al convento. Otros dicen que está muerta.

—¿Y qué piensas de eso?

Acercó tu cara a la mía.

—Que está viva y oculta por alguna razón que pretendo averiguar lo que es.

Esas palabras sonaban como una amenaza y me las tragué hasta secarlas.

—¿Ya terminaste? —Le pregunté más o menos, cambiando de tema.

Alec me miró fijamente durante unos segundos, hasta que me soltó el brazo y se levantó.

—Sí. —Respondió y se quitó el cinturón que sujetaba el filo de la espada. —Hablé mucho con Keilan y me habló de sus esfuerzos por encontrar una forma de entrar en la fortaleza. Por eso decidí capturar a uno de esos soldados.

Alec desató la capa soltándola del cuello y la tiró sobre una silla.

—Iré allí e intentaré sacarle algo. —sonrió sosteniendo una daga en su bota izquierda. —Tal vez pueda conseguir algo que pueda ayudarnos.

—¡Quiero ir con ustedes! —dijo tratando de ponerse de pie, pero mientras apoyaba la mano en la cama, sentí un gancho en el brazo e hice una mueca.

—¡No! —Me pidió y se acercó a mí ayudándome a volver a la cama. —Quédate aquí y descansa un poco. Keilan también me dijo que no has dormido en muchas noches.

Resoplé contra ella.

—Keilan es un bocazas.

—Puede ser, pero aún así tienes que quedarte y descansar. —dijo. —Deja que yo me encargue de esto. Te diré lo que puedo sacarle.

Respiré profunda y frustrada, pero le sonreí. De alguna manera supe que no estaba diciendo la verdad. Saldría de allí tan pronto como se diera la vuelta.

—¡Muy bien, entonces, Su Alteza! —dijo de forma irónica. —Me quedaré y dormiré como una buena chica.

Alec se rió de mí y me quitó la muñeca derecha. Tirando de la cadena con el grilhão que había puesto en mi habitación y que lo había atrapado previamente, me sostuvo la muñeca.

—¿Qué diablos...?

—No creo que seas una buena chica. —susurró. —Para asegurarnos de que cumplas tu palabra, aquí tienes a un viejo conocido tuyo.

Gruñí tirando de mi muñeca.

—¡Alec, bastardo!

—Al menos aprendió a decir mi nombre.

Alec desapareció riéndose y me di cuenta de que estaba sin ninguna de mis dagas. ¿Alec me desarmó mientras dormía? Frustrado, incliné la cabeza contra la almohada y decidí leer la carta que aún estaba en la alforja. En él Alistair explicó por qué Alec estaba aquí. También dijo que deseaba que Keilan y yo nos quedáramos en el frente para ayudarlo, ya que él estaría ausente. También me pidió que confiara en su hermano y me dijo que tenía suficiente capacidad para manejar la confrontación políticamente.

—¡No necesito discursos, Alistair! —Susurré amasando la carta. —Necesito hombres que se acerquen a esa fortaleza. Estar aquí mirando y esperando que Roy se rinda no servirá de nada.

Mirando la parrilla que sostenía mi muñeca, agité la cabeza con asco. No podía liberarme y no había nada que hacer, así que decidí seguir el consejo de Alec y dormir un poco. Tal vez algunos de los hombres vengan y me ayuden como siempre. Pero antes de que pudiera hacer cualquier esfuerzo para dormir o no, me apagué como una vela encendida con su llama ya al final.

## Capítulo 08

### *Alec*

---

Caminé entre los hombres que se organizaron para entregar a algunos que estaban al acecho. Pensé que era una pérdida de tiempo rodear la fortaleza desde lejos. Si alguien pasaba por el asedio, lo mejor sería perdonar a los demás para una eventual batalla. Estaba tratando de deshacerme de esos vigías innecesarios. Eso dependería de la información que pueda obtener del idiota que encarcelé.

Mientras caminaba hacia donde me esperaba mi prisionero, mis pensamientos volaron hacia la hermosa pelirroja que estaba en la cárcel. La historia que me había contado sobre haber sido echada de la casa y haber tenido un accidente me pareció demasiado absurda para creerla. Mientras que muchos padres enojados solían hacer eso, hasta que era plausible. La razón por la que su padre la expulsó sólo aumentó mis sospechas sobre su noble origen. Eso aumentaría las posibilidades de que mis teorías sobre su veracidad. Sólo necesitaba entender por qué se escondía en medio de un campo de batalla.

—¡Buenas noches, Su Alteza!

El soldado de la guardia me dijo en cuanto me vio entrar en la tienda reservada para albergar al hombre que había sido capturado.

—¡Buenas noches! —Respondí asentándome. —¿Puedes dejarnos, por favor?

El hombre asintió, saliendo de la tienda y miré a Keilan, que estaba sentado en una silla comiendo una manzana.

—¿Cómo está nuestro prisionero?

—Mejor que la tuya.

Le hice una cara a Keilan.

—Sabes que era necesario encarcelarla.

—Sí, pero pensé que era demasiado para tenerla encadenada en una celda.

—Yo también, pero confío más en esa celda y en los hierros que en Bree.

Keilan frunció el ceño.

—¡No lo entiendo!

—Ahora, amigo mío, la roca no se saldría de lugar. —Dije con una sonrisa sarcástica. —Su amiga, sin embargo, podía huir, incluso si estaba encadenada.

Keilan se rió, entendiendo lo que quería decir. Intenté averiguar algo sobre Bree con él, pero todo lo que contó fue la misma historia que ella había revelado. Lo que añadió a la historia fue que Bree no había dormido muy bien en varias noches desde que se conocieron. Me parece que sufre de terribles pesadillas y supongo que son escenas con su padre. Por eso decidí llevarla a tu tienda. Quién sabe, al menos esa noche, no podría dormir mejor.

—Creo que el insomnio está detrás de tu mal sentido del humor. —Dije de una manera perversa. Keilan puso los ojos en blanco y se levantó de la silla.

—No sabes nada de los monstruos que habitan el alma de Bree —le disparó limpiándose la mano con la bata que llevaba puesta. —Cuando llegue el momento, cuando decida contarte todo en su vida, dudo que mantenga su postura arrogante habitual, Alec.

Fruñí el ceño ante su comentario, pero decidí centrarme en la tarea que tenía en mente. En el momento adecuado, intentaría averiguar qué quiso decir con eso. Acercándome al hombre atado a una silla, le quité la capucha y la mordaza. El hombre levantó la vista y sonrió.

—¡Hola! ¿Cómo te llamas? —se quedó en silencio y respiró hondo. —¿Te comió la lengua el gato? Entiendo que habló elocuentemente antes de convertirse en prisionero. ¿Sabes quién soy yo?

—Sí. Respiró hondo. —Sé quién es usted. Lo he visto antes.

—Entonces sabes que me gusta que me respondan mis preguntas, ¿no? —El hombre asintió. —¿Cómo te llamas?

—Oliver

—¿Eres francés, Oliver? —preguntó Keilan.

—Sólo de una madre. —contestó con una sonrisa. —Mi padre era escocés. Un aldeano.

—Bueno, bueno, bueno, bueno, bueno, bueno, bueno, bueno. He dicho que te acerques a él. —  
Un compatriota.

Seguí buscando por unos momentos a Oliver, quien me enfrentó con una mezcla de miedo y aprensión en sus ojos.

—No voy a decir nada. —susurró en francés. Sonríele fríamente.

—¡Ya veremos! —Respondí en el mismo idioma.

Oliver contuvo la respiración tan pronto como me levanté. Él me conocía. Sabías de lo que era capaz. Lo sabía porque lo conocía desde hace mucho tiempo. También sabía que era importante para MacGregor, y por eso lo mantuve vivo. Me daría la respuesta que necesitaba. Lo que anhelaba conseguir. Me iría aunque me costara la vida y la suya.

Cuando Alistair se dio cuenta de que no podía disuadir a nuestro padre de que lo dejara volver al frente, o de que me convenciera de que me quedara en Dunhill, decidió hacerme saber toda la situación para saber a qué me iba a enfrentar. Bruce, que había estado presente en todo momento durante la reunión, simplemente había guardado silencio y sólo había seguido las directrices, añadiendo, una y otra vez, algo que Alistair había olvidado mencionar. A veces me miraba seriamente y ya sabía por qué. Bruce sabía que yo estaba por encima de las cosas que iban más allá del entendimiento de nuestro hermano, así que se quedó callado. Él era el único que sabía que yo era mucho más de lo que parecía ser.

—¡Su Alteza, no importa lo que diga o haga! —Dijo con voz temblorosa. —No sé dónde está Morvan. Ese cobarde idiota huyó viendo a su hermano ser capturado por el Caballero Negro.

Oliver se tomó un descanso.

—No lo he visto desde entonces. MacGregor se ha estado comunicando con él, pero nunca nos dijo dónde podría estar. —Oliver se rió. —Ni siquiera confía en su asesor.

Me he reído un poco.

—Es difícil para un traidor confiar en alguien. —Oliver me miró de nuevo, respirando con dificultad. —Eso fue bastante fácil y pareció que me leíste la mente, ahora veremos cómo va en los siguientes. Cómo MacGregor se las arregla para sacar a sus hombres de la fortaleza sin ser vistos.

Oliver contuvo la respiración y permaneció en silencio.

—Por su silencio, creo que tengo al hombre adecuado. —sonríe irónicamente. —Es importante para MacGregor, ¿no? Sabes mucho más de lo que yo necesito saber.



—¿No te tengo miedo! —disparó entre los dientes.

—Yo creo que sí! —sonríe fríamente. También creo que eres un mentiroso.

El hombre tragó hasta secarse, pero luego se rió.

—¿Quieres hablar de mentir? —disparó con libertinaje. —¿Tus hombres saben quién eres en realidad, o creen que eres un príncipe malcriado que trata de destacar?

Rugí de odio y le pegué un puñetazo en la cara a Oliver. Oí cómo se le rompía la nariz y luego empezó a salir sangre.

—¿La verdad duele, Su Alteza? —continuó.

—¿Cállate, carajo! —...me he excitado.

—Crees que puedes engañar a la gente, pero no puedes.

—Alec, ¿de qué está hablando? —Keilan se acercó y preguntó.

—De nada! —Respondí entre los dientes. —Sólo es un mentiroso, un cobarde y un traidor.

—¿Yo? ¿Un traidor? —Oliver se rió. —¿Lucho por lo que creo, Su Alteza! Tu hermano lucha por su pueblo. Tu primo lucha por la justicia. ¿Por qué peleas?

Me quedé en silencio durante unos momentos.

—Venganza, ¿no? —Susurró Oliver. —Vi lo que les hiciste a esos hombres. La forma en que se los entregaste al Caballero Negro y le ayudaste a matar uno por uno, excepto a Morvan y a mí. Había odio en su mirada. Un odio oscuro.

Con una risa fría, me volví hacia él, acercando mi cara a la tuya.

—No sabes nada sobre el odio que hay dentro de mí. —Dije en voz baja y fría. —¿Crees que tuviste suerte de sobrevivir ese día? Lo descubrirás, ¿no!

De pie, silbé. Un hombre vino con un atizador caliente. Lo miré y luego se agachó en la silla en la que estaba.

—¿Cómo entrena MacGregor a los mercenarios? —Pregunté, hablando despacio. —¿Cómo salen del castillo sin ser vistos?

Oliver se quedó callado. Perdiendo la paciencia que había reservado para ese momento, apoyé la punta de la plancha en su cuello. Oliver gritó por el dolor que sentía.

—Si no quieres morir lentamente, será mejor que me digas todo lo que quiero saber.

—¿De acuerdo! ¿De acuerdo! —gruñó. —¿Hablaré! Ya estoy muerto de todos modos.

—¿Oh, genial! —dijo, alejándose un poco. —Entonces estamos de acuerdo en que eres un cadáver andante.

Respiró hondo tratando de contener su vértigo. Me decepcionó haber logrado algo en la primera amenaza de tortura.

—Hay una salida al este de la colina. La luz golpea las rocas frente a la entrada, por lo que se vuelve imperceptible. Una ilusión óptica.

—Lo tengo. —Keilan se manifestó con una voz seria. —Los que miran desde lejos piensan que las rocas son parte de la construcción y como no podemos acercarnos mucho al pie de la colina, es fácil para alguien salir o entrar sin problemas. En este caso, docenas de hombres.

—Sí. —Asintió. —Usamos el pasaje para salir a cazar y conseguir provisiones, pero también para atacar a los grupos de vigilancia y hacer que algunos hombres se infiltraran.

Miré a Keilan, que asintió.

—¿Así es como ese cobarde está aguantando? ¿Haciendo que otros hagan su trabajo sucio? —Suspiré. —¿Qué hay de los mercenarios? Sé que los mercenarios son caros, y ninguno de ustedes fue atrapado con baúles de monedas. ¿Quién les ha estado pagando?

Permaneció en silencio por unos momentos y cuando amenacé con quemarlo, Oliver se volvió

a manifestar.

—No lo sé. No lo sé. —contestó evasivamente. —Como dije, MacGregor no confía en nadie excepto en la dama con la que se comunica.

Miré a Keilan frunciendo el ceño y se encogió de hombros.

—¿Qué señora?

—No sé su nombre, pero creo que es la chica que está pintada en el tablero de uno de sus salones.

Me acerqué a él con el hierro y apreté los dientes.

—¿Cómo es ella? —grunhi. —¡Y no mientas!

Oliver contuvo la respiración.

—Es rubia y muy bonita. Creo que es algo suyo, porque lo he visto sentado allí mirando el cuadro con cariño. —Oliver dijo encogiéndose de hombros. —Fue el único momento en que vi algo humano en él.

Miré a Keilan que frunció el ceño. De pie, me acerqué a él.

—Por lo que sé, MacGregor es el hermano de Ravenna y el tío de MacBride. —Dije pensativo. —Aileen es la del medio y es rubia. Recuerdo haber visto a MacGregor en uno de los banquetes mimándola, o mejor dicho, tratando de mimarla. A pesar de que sólo tenía trece años, Aileen no parecía gustarle mucho.

—¿Por qué dices eso? —Preguntó Keilan.

—Porque la he visto huir incontables veces. —Respondí cerrando los ojos. —¡Maldita sea!

Me volví hacia Oliver.

—¿Había otras pinturas en la habitación? —Oliver me miró con miedo. —¡Entra!

—Sí. —Ha respondido. —Había otra con la misma chica y una pelirroja.

Puse mis manos sobre mi cabeza. La tienda pareció girar y respiré hondo para contenerme.

—¿Qué está pasando? —Preguntó Keilan. —¡Estás pálido!

—¡Ravena! —grunhi. —Ese bastardo sigue ayudando a MacGregor a llegar al trono.

—¿MacBride Ravenna?

—Sí. —Respondí golpeando la pilastra de madera que sostenía la tienda. —Cuando MacGregor se volvió contra mi padre, consiguió valiosos aliados como ambos sabemos. Ravena nunca ocultó su optimismo de tener a su hermano en el trono, para poder recuperar el título que la familia le había quitado. La parte que no tiene sentido es que accedió a casar a una de sus hijas con mi hermano.

Caminé de un lado de la tienda al otro. Me faltaba algo y no sabía lo que era, pero quería saber y dudaba de que Oliver supiera realmente más de lo que ya había dicho.

—consigue a alguien que se ocupe de sus heridas y mételo en la celda —dijosaliedo de la tienda.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —Preguntó Keilan. —¡Es un traidor! ¡Debes ser colgado, Alec!

Seguí caminando y no le presté atención. En ese momento todo lo que quería era dormir un poco. Ese interrogatorio hizo que mi cerebro trabajara más de lo habitual y me decepcionó mucho no haber podido usar mi capacidad de persuasión mucho más.

—¿Alec?

La voz de Keilan me llamó y me detuve para enfrentarme a él. Se apresuraba hacia mí con una cara seria. Volví los ojos porque no tenía ganas de responder a ninguna pregunta.

—Oh, ¿sí?

—¿Lo dejarás vivir?

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí.

—¿Por qué es eso? —preguntó. —¿No ha dicho lo suficiente como para que empecemos un ataque?

—No atacaré Edimburgo todavía.

—Pero, uh...

Sin paciencia, me volví hacia él.

—Keilan, Oliver sabe cómo llegar a ese pasaje. Lo quiero vivo para poder llevar a un grupo allí. —Respondí seco. —Primero tenemos que posicionar a los hombres y revisar las estrategias para invadir la fortaleza.

Keilan me miró un rato y luego asintió.

—¿Algo más? —pregunté con desdén.

—Sí. —Respondió de inmediato. —¿Quién es Morvan?

—¿Eso es personal! —Respondí seco y caminé de vuelta hacia mi tienda.

—¿Dónde aprendiste a hacer eso? —continuó. Delante de mí, Keilan me hizo enfrentarlo.

—¿No sé de qué estás hablando! —pero Keilan me retuvo, impidiéndome caminar. —Mira, sé que hemos sido amigos desde que éramos niños y tú eres mayor que yo, pero si sigues tocándome, perderé la paciencia y la diplomacia.

—¿Eso es de lo que estoy hablando! —él disparó. —Siempre has sido un chico tranquilo e incapaz de torturar a nadie. El hombre que vi en esa tienda se parecía a otra persona. ¿Cómo aprendiste a hacer eso? Ni siquiera Bruce sería tan frío.

Lo tomé en serio y lo miré con frialdad.

—¿Eso es asunto mío! —Respondí y volví a caminar.

—¿Alec? ¿Qué me estás ocultando?

Dejé de reírme, y luego miré por encima de mi hombro.

—No estoy ocultando nada, Keilan, sólo omitiendo algo que no quiero que sepas. —Lo miré fijamente por un momento. —En cambio, me preocuparía por mis problemas en lugar de tratar de criticar la moral de alguien.

Keilan dudó un poco.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Por qué proteges tanto a Bree? —Le pregunté. —Y no me digas que es porque la encontraste a un lado de la carretera y sentiste lástima por la pobre chica que fue abandonada por su padre, porque no se quedó.

—Me gustaría que fuera un poco más claro.

—¿Desde cuándo eres tan tonto? —Yo disparé.

—¿Más claro, Alec!

—¿Desde cuándo la conoces?

—Dos años, casi tres. ¿Por qué es eso?

—Y tú la entrenaste para que fuera tan hábil como ella.

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí.

Me he reído un poco.

—No me preguntes cómo lo sé, pero todo lo que ella sabe sobre peleas no vino de ti. —Yo disparé. —Esta chica ha sido entrenada mucho más tiempo de lo que parece.

Keilan me miraba fijamente, pero antes de que dijera nada, me alejé.

—Cuando decidas contar tus secretos, quizá yo también cuente los míos.

Dejando a Keilan con la cara confundida y la mente trabajando, me dirigí hacia mi tienda.

Necesitaba dormir una noche. Había estado en un viaje de casi tres meses para llegar a Edimburgo. También necesitaba enviar una carta a Alistair contándole lo que había descubierto. Le pediría que vigilara a Ravena también. Cuando llegué al lugar, miré hacia la tienda de Bree y respirando hondo decidí ver cómo era.

—¡Ésa no! —Susurré mientras entraba en la tienda y vi que mi cama estaba vacía. —¿Cómo se liberó esa plaga?

Poniendo una cara, me di la vuelta y me fui a mi tienda. Ya podía imaginarme a dónde había ido Bree, y ciertamente no querría ir a esa taberna esta noche. Entrando en la tienda, fui a donde estaba mi espada y la cogí del dobladillo. Me senté en la cama y vi la joya azul colgando del mango. Era una reliquia de familia. Un regalo que nuestro abuelo había forjado y cuando tuvimos la edad suficiente para sostenerlo, Alistair y yo lo conseguimos. Dijo que éramos hermanos de alma y que teníamos el equilibrio necesario para reinar sobre los clanes. Alistair con su impetuosidad y yo con mi calma. El problema es que, con el tiempo, Alistair y yo adquirimos algo como un defecto: el impulso. Empezamos a movernos sin pensar después de la muerte de nuestra hermana. Se dirige hacia las batallas que culminaron en el asedio de Roy y yo aprendiendo, en la práctica, cómo asustar a la gente sólo con mi mirada. No estoy orgulloso de la elección que hice y sé que mi hermano me juzgará enérgicamente, pero era necesario seguir ese camino.

Sacudiendo la cabeza, puse la espada bajo la almohada y tiré de la túnica tirándola al suelo. Odiaba vestirme de negro, pero aprendí de Bruce que nos hacía invisibles si sabíamos cómo escondernos. Contemplando el abdomen, pasé mi mano sobre la gruesa cicatriz que adornaba un lado de mi cintura. Me apoyé en las almohadas con una mano sobre los ojos y la otra sobre el pecho. Como siempre, recé en silencio por la protección de los ángeles y, jalando la medalla que llevaba cerca del pecho, la besé. Entonces cerré los ojos y me entregué a la oscuridad de un sueño profundo e inquieto.

## Capítulo 09

### *Bree*

#### *Dos días después...*

---

Hice una cara cuando la esponja atravesó la herida de mi brazo. Miré la herida que sanó. Era un corte no muy profundo, pero dejaría una cicatriz fea. Tomando la mezcla de pomadas que había preparado, empecé a cubrir el lugar limpio. Esa fue otra de mis habilidades que me fue transmitida como herencia. Mi abuela me había enseñado a manejar las hierbas. Sabía cuáles podían curar y cuáles servían para matar. Incluso los que no eran un veneno, yo sabía cómo transformarlos y usarlos para ese propósito.

—El secreto es saber cómo dosificar, hija mía. —susurró mientras preparaba las mezclas. — Un gramo extra puede matar. Una onza menos puede que no sane. Todo debe ser equilibrado para que el efecto sea beneficioso.

Recuerdo que le sonreí con admiración. Ella era tan diferente de mi padre, con su infinita sabiduría. Me enseñó todas las recetas. Cómo elegir los ingredientes, cómo hacer un buen asado. Mi abuelo me enseñó a cazar jabalíes. Poner una buena trampa y defenderme del ataque de cualquier animal. No importa dónde estuviera, nunca moriría de hambre o de infección en mi herida.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo?

La voz de Keilan me hizo saltar y casi me caigo al lago.

—¿Te has vuelto loco? —...me he excitado poniéndome de pie. —¿Quieres matarme del susto?

—Mejor yo que Su Majestad. —se rió.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté frunciendo el ceño.

Keilan pasó su mano por la barba de chivo y extendió sus brazos para obtener la banda que yo había separado. Me hizo señas de que me acercara y empezó a vendarme la herida.

—Alec sospecha de tu historia de que te echaron de la casa. —dijo. —Después de interrogar a Oliver, me preguntó sobre sus habilidades. Así que, en tu lugar, yo tendría más cuidado.

Me congelé por dentro y miré a Keilan con aprensión.

—¿Crees que sabe algo?

—No, pero creo que deberías considerar decirle la verdad a Alec.

Fruncí el ceño. Keilan nunca había sugerido que revelara mi identidad a nadie. Sabía lo peligroso que era para mis hermanas.

—Keilan, sabes que las vidas de Aideen y Aileen corren un riesgo enorme si mi madre sabe que estoy viva. —Respiré profundamente. —Si se lo digo a Alec, se lo dirá a Alistair y mi madre lo sabrá todo.

—No creo que sea así —dijo con voz suave y confiada. —Escuché algo durante el interrogatorio que me hizo sentirme aprensivo. De hecho, no sólo yo, sino también Alec.

Lo miré con aprensión. Había oído hablar del interrogatorio y de la forma en que Alec lo

había llevado a cabo. Me sorprendió que aterrorizara al prisionero, que ahora sabía que su nombre era Oliver, con una plancha caliente. También oí que le rompió la nariz al hombre de un solo golpe.

—¿Aparte del hecho de que Alec me ha prohibido acercarme al prisionero? —que desprecié. Keilan me miró con una cara. —¿Qué es eso? ¿Qué es eso? Sabes que es un idiota y lo hace para provocar mi ego.

—¡Hablo en serio, Bree!

—Yo también!

Keilan agitó la cabeza de un lado a otro.

—Oliver dijo que Ravenna está ayudando a Roy con la compra de los mercenarios.

—Sabía que tenía el dedo de una madre podrida. —Susurré. —Después de lo que le hizo a Aideen, no dudo de nada más.

—Creo que Alec también lo cree, pero se me ocurrió una pregunta y trato de entender — dijo Keilan. —Oliver había dicho que Roy tiene dos pinturas en un salón personal. Una es la de una mujer pelirroja que, por la descripción que dio, era la de Ravenna.

—Tiene sentido. —Me encogí de hombros. —Siempre fueron hermanos muy cercanos y él siempre mostró mucho afecto por ella.

—Sí, pero eso no explica por qué tenía un cuadro de Ravenna con Aileen.

—Eso tampoco me sorprende, ya que siempre ha amado a Aileen. —Fruncí el ceño cuando recordé los momentos en que él venía con regalos sólo para ella. —Aileen siempre fue su favorita. De mi madre y de mi tío. Aideen y yo éramos como una plaga en nuestras vidas. Era como si fuéramos algo que no había funcionado para Ravenna.

Me tomé un descanso riendo.

—Creo que pensó que mi padre traería el título que había perdido años atrás. Obviamente esto no funcionó y Ravenna tuvo que conformarse con el hecho de que era la esposa de un señor silencioso.

Keilan soltó una carcajada y yo lo seguí. En el fondo, me dolió saber que Aileen siempre fue la favorita de nuestra madre, pero nunca la culpé por ello. Mi hermana mediana siempre había tenido su propio resplandor, una luz interior que irradiaba y atraía todo hacia ella. Está bien que siempre había estado limitada por mi madre, pero siempre que podía, mostraba su personalidad petulante y arrogante. Siempre había tenido un agudo sentido de la orientación. Podría entrar y salir de cualquier lugar en el que no haya estado antes. Su habilidad con el arco y la flecha era innata. Era muy difícil no querer a Aileen.

—Estoy de acuerdo, ¿pero y si no es sólo eso? —Keilan continuó. —¿Y si es algo mucho más oscuro que eso?

—¿Qué quieres decir?

Keilan suspiró.

—No lo sé, pero Alec me dijo que a su hermana no le gustaba mucho su tío.

—Ninguno de nosotros lo hizo.

—Claro, pero siendo el hombre que es, ¿por qué Roy no ignoró a Aileen? ¿Por qué este creciente afecto por tu hermana? —él disparó. —Oliver dijo que cada vez que miraba la pintura era más humano.

Esa fue una buena pregunta. Roy siempre había sido muy egocéntrico, arrogante y frío, además de despiadado. Un resfriado me atravesó la columna vertebral.

—¿No crees que pueda atacar a Aileen?

—No él, sino Ravena. —Keilan disparó. —Tú mismo dijiste que ella le dio a Aideen. ¿Y si Ravena intenta negociar con Aileen? Ahora que Alistair está casado con Aideen y sabemos muy bien que Ravena no tendrá ningún control sobre él a través de su hermana, ¿qué le impediría usar a Aileen contra Alistair y a favor de Roy?

—No creo que sea necesario que Aileen sea mucho más que la sobrina de Roy para que pueda sacar provecho de la unión de mi hermana con algún noble inglés, por ejemplo. —Dije que me encogiera de hombros, pero una preocupación creció dentro de mí. —Aún así, encontraré la manera de enviarle una carta a Alistair pidiéndole que cuide de Aileen.

—¿En serio? ¿Firmarás como Bree o Aila? —Preguntó irónicamente.

Bajé la mirada, suspirando frustrado. Keilan terminó de vestirse y puso ambas manos sobre mis hombros.

—Dile a Alec tu verdadera identidad. Dime qué pasó y por qué te escondes. —me levantó el mentón con el dedo índice y me hizo enfrentarlo —él la conoce y por lo que he visto, conoce muy bien a su familia. Sé que es difícil para ti, pero intenta confiar en Alec. Ya no es ese niño mimado que te atormentaba cuando eras niña.

Miré a mi amigo. Keilan sabía todo sobre mi vida. Sabía todo sobre mí y mis miedos. Él era el único a quien le contaba todo lo que había sufrido, pero también me había hablado de mis momentos felices.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —dijo suspirando. —Lo pensaré y veré qué hago.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Hasta entonces, trata de ser más discreto y no abuses demasiado de tus habilidades, porque sospecha que estás siendo preparado desde muy joven.

—No lo prometo, pero lo intentaré.

Keilan sonriente me abrazó. Nos quedamos así durante un tiempo, hasta que un ruido me llamó la atención. Miré por encima de mi hombro y vi a Alec de pie sobre la espalda de Keilan, mirando desde lejos. Tenía una mirada seria y podía decir que había furia en sus ojos, pero no sabía la razón.

—Keilan, si no estás muy ocupado, me gustaría hablar contigo —dijo Alec en tono irónico mirándome fijamente.

Keilan se me escapó.

—He terminado con lo que vine a hacer —dijobesando mi frente. —Recuerda lo que te dije.

Asentí con la cabeza y regresé a mi tienda. Pasé toda esa tarde caminando por ahí pensando. Aunque sabía que debía mantener mi identidad oculta, tuve que considerar la preocupación de Keilan. Al anoecer, después de tanto pensar, decidí hablar con Alec. Él era el único que podía pedirle a Alistair que cuidara de mis hermanas mientras yo no estaba.

Los hombres que pregunté por Alec me dijeron que estaba en el lago. Sin pensarlo, me dirigí en la dirección que ellos señalaron. Ya estaba bastante oscuro cuando encontré las pertenencias de Alec sobre el cambio. Su ropa estaba doblada junto a sus botas. El caballo tenía las riendas atadas al tronco y me acerqué lentamente mirando a mi alrededor y haciendo el menor ruido posible. Seguramente Alec se bañaría desnudo. Miré detrás de un arbusto, pero no vi a nadie. De repente sentí el frío de una espada en mi cuello y me congelé donde estaba.

—¿Buscando algo?

La voz oscura de Alec susurró detrás de mí y me volví rápidamente para enfrentarme a él. Dejé de mirar su ancho pecho con un rastro de pelo que le llegaba hasta el ombligo. Los fuertes brazos se contrajeron al empujar con la mano y me permití ver los dedos largos. Fue la primera vez que noté el anillo grande que llevaba en el meñique. El pelo estaba mojado, pegado a la piel

de su cuello y el agua corría por su pecho. A pesar de todo esto, lo que me llamó la atención fue la cicatriz que tenía en uno de los lados de su abdomen. Recordaba una estrella dibujada por un niño o aplastada por la suela de una bota.

—¡Keilan no está aquí! —lo dijo con dureza y apuntó a la toalla que tenía alrededor de la cintura. —Te lo digo, ni siquiera debajo de esta toalla....

La forma irónica en que me habló me hizo darme cuenta de que pensaba en él como un perro hambriento. Inmediatamente me sonrojé.

—No estoy buscando a Keilan —dijo que recuperando mi compostura, o mejor dicho, intentándolo. —Necesito hablar contigo sobre un asunto serio.

—¡Eso es genial! —dijo sonriendo y bajó su espada. —Yo también!

Alec me miró en silencio. Tu mirada se aferra a la mía en forma magnética. De repente perdí la concentración y me olvidé de lo que había venido a hacer. En vez de abrir la boca y decir algo, me quedé mirando a Alec.

—¿Qué es lo que me haces? —susurró.

Fruncí el ceño sin entender y moví los labios, pero no salió ningún sonido. Alec se me acercó como un zorro detrás de un ratón. Un paso lento a la vez. No podía moverme y parecía que mi cuerpo tampoco quería eso. Alec me ató fácilmente la cintura con un brazo y me acercó mucho. Mis manos rodearon sus fuertes brazos involuntariamente. Como si estuviera atrapado en un sueño, vi cómo la boca de Alec se agarraba a mis labios suaves y lentos. Sentí un escalofrío en mi columna vertebral cuando su lengua comenzó a explorar mi boca y yo gimí. Estaba levantando lentamente mis manos sobre sus brazos hasta que mis dedos encontraron su cabello. La sensación era buena y me perdí en el placer que me daba ese simple beso. Nunca había sentido nada parecido, incluso porque no permitía que nadie me besara.

Las manos de Alec descendieron lentamente en mis nalgas y presionaron mi vientre contra su duro miembro. Fue entonces cuando la sensación de éxtasis se mezcló con la de pánico y recobré el sentido común. Tirando de una de las dagas que llevaba alrededor de la cintura, puse la punta justo debajo de su garganta.

—¡Está bien, está bien, está bien! —Susurró Alec, levantando los brazos. —¡Ahora eres libre! Quiero que sepas que esta vez no fue culpa mía.

—¿Qué acabas de decir? —pregunté indignado. —Dije que tenía algo importante que decir y que eras tú quien trataba de seducirme y no al revés.

Alec se echó a reír y se bajó para tomar la espada que había tirado. Fue al maletero donde estaba su ropa y, dándome la espalda, sacó la toalla que mostraba su trasero. Abrí los ojos de par en par sin creer lo que vi. Nunca había visto a un hombre desnudo. Aunque vivía entre varios de ellos, nunca me había sentido devastado por la curiosidad de observar a alguien bañándose, por ejemplo. De todos modos, tenía que admitir que Alec tenía un buen trasero. De repente, un deseo de ir a Alec y sentir sus nalgas creció dentro de mí. Incluso di un paso en su dirección, pero me las arreglé para detenerme a tiempo para hacer algunas tonterías.

—¿Qué quieres de mí, princesa? —preguntó Alec con los pantalones puestos.

Odiaba cuando me llamaba princesa y lo hacía desde que llegó al campamento. Esa palabra me recordó los malos tiempos que preferiría olvidar.

—Alec, si no te importa, ¿podrías no llamarme princesa? —Dije duro.

Alec se volvió hacia mí y sonrió.

—Dilo de nuevo —él se lo buscó.

Sin entenderlo, me encogí de hombros y me puse la daga en la cintura.



—No me gusta mucho que me llamen princesa. —dijo, poniendo una cara. —Mi tío solía llamarme así y no me gusta nada que me recuerde a él.

—Eso no —dijo que se me acercara de nuevo. —Di mi nombre de nuevo.

Fruncí el ceño otra vez.

—Alec, ¿quieres dejar de hacer el tonto? —dijo.

Me volvió a sonreír con una amplia y satisfactoria sonrisa. Alec cerró los ojos, elevándolos a un cielo nublado como si disfrutara de un momento de éxtasis.

—¿Sabes qué? Dijo de repente. —Sólo mis padres, mi hermano y mi primo suelen llamarme por mi nombre de pila. Ni siquiera Rose, que es lo suficientemente atrevida, se ha atrevido a llamarme Alec.

—¡Tú eres el que dio permiso para hacerlo! —Hice un disparo confuso. —¿No me digas que me vas a castigar por eso?

—¡En absoluto! —disparó y luego abrió los ojos mirándome otra vez. —Me gustaría oírlo hacerlo más a menudo.

Agité la cabeza de un lado a otro haciendo una cara.

—¡Muy bien, Alec! ¿Quién es Rose?

Puso los ojos en blanco al pasar ambas manos por encima de su cara.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Curiosidad!

—Es una sirvienta del castillo.

—Oh, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí. —que desprecié. —Tu amante, querrás decir.

Alec frunció el ceño y sonrió con libertinaje.

—¿Cómo sabes que estoy acostumbrado a acostarme con las criadas?

Miré de un lado a otro cuando me di cuenta de que había hablado demasiado.

—¿No es eso lo que hacen la mayoría de los señores? —Disparé como justificación. —Se acuestan con las criadas sólo por diversión.

—¿Y cómo sabes de estas cosas? —Preguntó de una manera perversa. —Pensé que eras una mujer noble.

Aguanté la respiración. Esa conversación se estaba volviendo peligrosa. Había ido allí para decirle que era real, pero que había perdido el valor en el camino. Estaba ideando un plan para pedirle a Alec que escribiera una carta a Alistair pidiéndole que protegiera a Aileen sin exponerme. Ahora, con la dirección que estaba tomando esa conversación, tenía que poner mi cabeza en orden, no decir algo que me complicara.

—¡Sí, te equivocas! —Me disparé un poco más lejos. —Yo era el sirviente de un señor y mi padre soñaba con casarse con un hombre de posesiones. Cuando se enteró de que andaba a escondidas con un mozo de cuadra, quedó poseído.

Alec siguió mirándome por unos momentos y yo me lo tragué seco mientras sostenía su mirada.

—¡Ya veo! —susurró y yo suspiré aliviada de que se tragara la historia. —¿Así que él fue tu primero?

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —Pregunté con voz de sorpresa. —¿Qué pasa con la pregunta más loca?

—No es irrazonable cuando una mujer ha tenido un amante.

Gruñí con fuerza los puños.

—Alec, me pones nervioso, ¿lo sabías?

—¡Sí, lo sé! —lo devolvió acercando su cara a la mía. —Y también sé que no es sólo este

sentimiento que yo causo en ti.

Me quedé mirándolo en silencio. Mi respiración era pesada y tenía que alejarme o volvería a ceder a ese encanto.

—¿Sabes una cosa? Vine a pedirte que escribas una carta a Alistair pidiéndole que proteja a las hermanas MacBride. —Yo disparé. —No tiene lugar para que el Señor pregunte sobre mi vida amorosa, incluso porque, esto no es nada cortés.

Alec se rió.

—Para ser una criada, usas un lenguaje muy formal.

—Tuve la suerte de poder estudiar.

Alec se rió burlonamente.

—¿Un tío rico tal vez?

Al darme cuenta de que se estaba burlando de mí, solté un gruñido.

—¿Sabes qué? ¡Olvídalo! —Dije áspero y me lo crucé. —Eres un idiota. ¡Su Alteza!

Dando un paso adelante, volví al campamento. Tan pronto como di dos pasos y sentí una mano fuerte que me envolvía el brazo y me hacía parar.

—¡Espera! —dijo Alec. —¿Por qué quieres que le pida a mi hermano que proteja a las hermanas MacBride? ¿Cuál es tu interés en ellos?

Respiré profundamente y pensé en mis palabras con precaución.

—No es exactamente un interés, sino precaución. —Respondí vibrando con la calma que de repente adquirí. —Todos saben que Ravenna MacBride es una mujer codiciosa y egoísta. Sus hijas también son descendientes de ingleses. ¿Y si decide negociar con la hija del medio como lo hizo con la hija menor?

—En primer lugar, no negoció con Aideen. Fue Alistair quien la eligió. —se tomó un descanso. —Segundo, ¿de dónde sacaste una idea así? ¿Qué te dijo Keilan, ese bocazas?

—¿Por qué es un bocazas?

—Porque ese interrogatorio debía mantenerse en secreto. —Alec disparó con voz grave. — Como sabemos, hay innumerables espías infiltrados entre nuestros hombres de confianza.

—¿Y qué te hace pensar que yo podría ser uno de ellos? —pregunté con indignación.

—No lo sé! ¡Dímelo tú! —él disparó. Sólo que la voz era seria y fría ahora. —Dime cuál es tu verdadera intención al tratar de proteger a Aileen MacBride.

—¿Por qué es eso? —Me ahogué. —¿Por qué crees que estoy tratando de proteger a Aileen?

—Porque Aideen está casada con mi hermano y ya tiene la protección que necesita, incluso porque es muy importante para nosotros ahora, especialmente si se queda embarazada; Aila MacBride, según tengo entendido, está en un convento o muerta. No he decidido en cuál preferiría creer. —se detuvo poniendo una mano en su barbilla. —Todo lo que queda es Aileen, a quien vi siendo echada de Dunhill con Ravenna la mañana después de la boda, por una estafa de la que mi hermano cree que es parte. No entendía muy bien por qué me fui durante el desastre.

Sonrió, inclinó la cabeza. No me gustó cómo lo hizo y un resfriado me subió por la columna vertebral.

—Todavía está el factor que sé cómo identificar a los mentirosos.... —se tomó un descanso respirando hondo. —Y tú eres un gran mentiroso.

Alec se acercó peligrosamente a mí y me agarró con firmeza de los brazos. Girándome, me sostuvo a los dos en la espalda, retorciéndose lo suficientemente fuerte como para romper la escápula.

—¡Alec, me haces daño! —Gruñía desesperado por el dolor que sentía. —¡Suéltame ahora

mismo!

La posición en la que me había colocado me cogió por sorpresa y no había posibilidad de que me deshiciera de ella. Si intentabas dejarme ir, corrías el riesgo de dislocarte los hombros o de romperte los brazos.

—¡Claro que sí! ¡Dejaré que se vaya con mucho gusto! —susurró, tocando su boca contra mi oído. —Primero, tendrás que explicarme por qué te escondes... ¿Aila?

## Capítulo 10

### *Alec*

---

Sentí que el cuerpo de Aila se endureció contra el mío. Su respiración se había vuelto más pesada y rápida. Ella estaba en pánico y desde que llegué al campamento hace tres días, esta fue la primera vez que la vi paralizada.

—¿Cómo.... cómo te enteraste? —Preguntó con voz temblorosa.

—No fue muy difícil, pero las palabras que usó la noche que me arrestó fueron la clave de todo —le contesté con voz suave. —Nunca olvidé esa noche que estuve encerrado en la despensa del Castillo de Inverness.

—No eras más que un idiota arrogante y seductor. —ella disparó. —Sabía que Margot era una chica romántica y que se enamoraba fácilmente. Tenía que quitártela de las manos antes de hacerla parecer un gato y un zapato.

Grunhi y luego se rió fríamente.

—¿Así que me encerraste en esa despensa una noche entera? —Le pregunté. —Sabiendo que no era la primera vez y que sabías que era claustrofóbico.

—¿Lo fue? —preguntó ella. —¿Vas a decir que has superado tu trauma de espacio cerrado?

—Sí. Alistair me ayudó a superar mi miedo. —Respondí volviendo los ojos. —Por eso me encerró en una celda durante dos días.

Se rió y sentí que su cuerpo comenzaba a relajarse.

—Supongo que debe haber sido divertido.

—Puedes apostar tu culo a que sí. —se volvió a reír y le aflojé un poco el agarre en los brazos. —¿Listo para hablar?

Aila suspiró mientras se calmaba.

—¿Por qué te escondes?

—Hace dos años y medio, MacGregor, con la ayuda de mi madre, violó a Aideen. Aileen intentó ayudarla, pero fue detenida por los guardias que ni siquiera la rescataron.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —Dije estupefacto. —¿Por qué Ravena le haría algo así a su propia hija?

—Roy necesitaba un hijo de sangre inglesa para intentar una alianza con el rey Phillipe y su esposa tenía que ser noble para eso. Mi madre pudo ofrecer a una de sus hijas por tal hazaña a cambio de recuperar su título de duquesa. —Aila se detuvo y apoyó la cabeza contra mi pecho. —Debido a que somos hijas de un señor y tenemos sangre inglesa de nuestro abuelo materno, esto se hizo viable para MacGregor. Todavía había una diferencia en las personalidades y, siendo el más sumiso de los tres, incluso por la edad....

—Aideen fue elegido.

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí.

Solté los brazos de Aila y se estremeció al pasar mis manos sobre sus hombros tratando de

liberar la tensión.

—Cada año, en su cumpleaños, Aideen sale a pasear por el bosque. Aileen siempre la ayudó y la siguió, pero ese día yo no sabía la razón, pero no podía ir. Siempre iba a la casa de mis abuelos porque odiaba ver a mi madre organizar cualquier evento.

Aila suspiró cuando le toqué los hombros en un suave masaje. Sabía que estaba angustiada al exponer esa situación, así que traté de hacer que se relajara lo más posible.

—Volví al anochecer y me sorprendió que no hubiera fiesta. —continuó ella. —En el pasillo sólo estaban mi madre, Roy y mi padre. Cenaron tranquilamente y cuando pregunté por las festividades, mi madre dijo que Aideen no se sentía bien, así que la fiesta se canceló.

—¡Pero eso no era verdad! —Lo he completado.

—No. —Contestó con la voz embargada. —Aileen me había contado, con desesperación, todo lo que había pasado en mi ausencia. Aideen estaba tan herida que apenas podía hablar.

Oí a Aila olfatear y sus manos cerradas con fuerza.

—Quedé atrapado en una furia ciega y me dejaron para vengar el honor de mi hermana. Tomé mi espada y sin avisar, atacé a Roy en el pasillo. Mi madre gritaba desesperada mientras yo daba un golpe tras otro. —se detuvo para alejarse de mí y se detuvo a orillas del lago. —Mi odio era tan grande que quería matarlo y cuando desarmé a Roy, listo para atravesarle el pecho con la espada, mi madre me golpeó en la cabeza y me desmayé.

—¡Jesús! —exclamé. —¿Y luego qué pasó?

—Debido a la pelea, mi padre se enteró de todo y expulsó a Roy de Inverness. Incluso con una lesión grave, la envió y enfureció aún más a Ravena. —Aila respiró hondo y se giró para mirarme. Estaba llorando y fue la primera vez que la vi vulnerable. —Me pusieron grilletes y me atraparon en el calabozo. Todos los días despilfarraba su odio contra mi piel, golpeando látigos. Empeoró aún más cuando se hizo evidente que Aideen no estaba embarazada y su plan fracasó. Empezó a hacer terror psicológico diciendo que todo era culpa mía...

—¡Qué mujer tan miserable! —grunhi. —¡Ravena se merece la horca!

—Lo sé y tenía la intención de llevarle el caso a Brice, pero me pillaron durante la fuga y ella amenazó con matar a Aideen si le contaba algo. La noche siguiente, me metió en un carruaje a Edimburgo para que Roy decidiera qué hacer conmigo. —agitó la cabeza de un lado a otro con lágrimas. —El resto ya lo sabes. El accidente fue real.

—¿Así que todos creen que estás en un convento?

—Sí, menos Ravena. —Asentí con la cabeza. —Ella cree que estoy muerto.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Hice que Keilan enviara una carta reportando el accidente y diciendo que no había sobrevivientes.

La miré asombrado. Aila tuvo que esconderse para mantener a sus hermanas con vida. Especialmente Aideen, que por lo que he entendido, no era nada para la madre, excepto un trozo de carne para vender. Ahora comprendí la mirada de miedo de Aideen cuando mi hermano la eligió como esposa y luego Ravena trató de disuadirlo de casarse con ella. Ella sabía desde el principio que mi hermano se enteraría y volvería con Aideen. Seguía corriendo un grave riesgo de que se rompiera la alianza y de que no hubiera ningún matrimonio, ni siquiera con Aileen, como ya había ocurrido desde el principio. Ahora comprendí toda esa confusión la mañana después de la boda y conociendo a mi hermano tal como lo conozco, por orgullo herido, debió quedarse con Aideen sólo para atormentarla. Sin embargo, necesitaba saber que no era su culpa y quería escribirle sobre ello. También necesitaba ordenar el arresto de Ravena por traición. Todavía

había una cosa que no encajaba en esa situación.

—No entiendo por qué pensaron que ese plan funcionaría —le pregunté. —Roy nunca tendría la oportunidad de pedirle a Phillipe una alianza usando como argumento a un hijo de sangre inglesa. Esto nunca fue una amenaza para nosotros, sino el hecho de que prometió poder y tierra al rey para obtener ayuda de un ejército.

—¿Qué se siente? —se preguntó frunciendo el ceño.

Respiré hondo y fui a Aila. Tomando su mano, la llevé a sentarse sobre el cambio, pues me di cuenta de que sus piernas eran de bambú y que podía caerse en cualquier momento.

—Roy tendría que casarse y tener un hijo con una mujer real para que ese plan funcione. —Ya te lo expliqué. —Aunque Aideen se quedara embarazada, su plan nunca funcionaría, porque aunque son hijas de un señor...

—No somos de la realeza. —completó en un susurro.

—Exactamente! —Asentí con la cabeza. —Todo lo que hacían era cruel, innecesario y extremadamente inútil para ellos.

Aila cerró los ojos y se rompió los dientes con un gruñido.

—¡Eso me enfurece aún más!

—Lo sé, pero tenemos que contarle a Alistair lo que pasó y enviar a Ravena a la horca.

Aila saltó del banco y empezó a caminar.

—¡No puedes hacer eso! —le entró el pánico. —¡Si Alistair se entera de esto, mis hermanas morirán!

—¿Aila?

—¡Va a matarlos! ¡Los vas a matar! —Repitió ella. —Nadie puede saber que estoy vivo o Roy vendrá a por mí también. Quiero tomarle por sorpresa y...

—¡Aila, escúchame! —dijo sacudiendo los hombros. Aila parpadeaba al respirar con dificultad. —Ravena no matará a Aideen porque mi hermano le impedirá hacerlo. En cuanto a Aileen, puedo escribir a mi hermano y pedirle que la proteja en Dunhill, pero tengo que reportar todo lo que me dijiste.

Aila me miró con aprensión y volvió a llorar.

—¡Oye, ven aquí! —Dije que la pongas contra mi pecho y la abrace. —¡Llora! Llora, te sentará bien.

Puse mis manos sobre su espalda para aliviar la tensión y ella me ató la cintura. Por un momento vi a la frágil niña que era de niña y que se iba moldeando con el tiempo. A pesar de ser una gran y valiente guerrera, Aila tenía que entender que también era una mujer con sentimientos y esto le daba derecho a llorar, tener miedo o sonreír de felicidad.

—¿Crees que puedes confiar en mí? —Le pregunté susurrando.

—¡No! —Respondió entre lágrimas, hipo y hongos.

—¿Por qué no debería? —pregunté frunciendo el ceño. —Pensé que nos estábamos haciendo amigos.

—Sí, pero sigues siendo un idiota. —ella disparó.

Podía sentir su risa contra la piel de mi pecho e hizo que mi cuerpo temblara. Ella se alejó mirándome y secó las lágrimas que corrían por su cara.

—¿Realmente crees que puedes protegerlos?

—Sí. Aila sonrió y se calmó. —Lo haría mil veces, dando mi vida a cambio, si pudiera verla sonreír más. ¿Sabías que te ves hermosa cuando sonríes?

Aila puso los ojos en blanco poniendo las manos en la cintura.

—Alec, todavía tengo mis dagas y no dudaré en usarlas.

Sonríe para ella.

—Eso no te protegerá mucho de mí, Aila. —Susurré, haciéndola abrir los ojos. —Y será un gran placer esperar hasta que bajes la guardia.

Tragó seco y, levantando la barbilla, sonrió desafiante.

—Te vas a quedar quieto.

Dejé salir una risa y ella me siguió. Estuvimos mirándonos fijamente durante un rato. Aila parecía estar un poco más relajada después de haber sacado todo eso a la luz y estaba feliz de haberla ayudado a revelar todo eso. Me preguntaba por los momentos de angustia por los que debió pasar. Tener que hacerse pasar por otra persona para mantener a tus hermanas vivas debe haber sido horrible. Por fuera estaba tranquila y traté de darle el máximo apoyo, pero por dentro era como un volcán a punto de explotar. Si antes odiaba a Roy, ahora la ira se había triplicado. Había herido a dos personas inocentes sólo por diversión. No era posible que no conociera nuestras leyes y que no supiera que un hijo suyo con una mujer que no era de la realeza no resultaría en los planes que él quería realizar. Aunque esto fuera cierto y él no lo supiera, todavía había algo extraño, pues dudaba de que hubiera engañado a Ravena sólo para poseer a una de sus sobrinas. ¿Qué te hizo pensar que L'Aquila funcionaría? Algo no encajaba.

—Volvamos al campamento —dijo que recogiendo mis cosas. —Necesitas descansar y yo debo escribir una carta.

—¡Gracias, Alec! —dijo y en un gesto inesperado, Aila me besó la mejilla. —Todo lo que pido es que no me llames por mi nombre de pila para que no llegue a oídos de Roy.

—¿Por qué es eso? —pregunté frunciendo el ceño.

—No lo sé, pero me siento más segura con el hecho de que piensa que estoy muerta.

—¡Muy bien, Bree! —Dije con burla. —Sólo si sigues llamándome Alec. Sabes que odio eso de "Su Alteza".

Ella se rió un poco.

—¡Por supuesto, Su Alteza! —debatí.

—Sabes que es molesto, ¿no? —dijo irónicamente.

—Así que.... se encogió de hombros. —¡Entonces estamos empatados!

Agité la cabeza de un lado a otro y caminamos lado a lado de regreso al campamento. Estábamos en silencio en el camino y me puse a pensar. Tan pronto como dimos unos pasos, oí la voz de Keilan llamando.

—¿Bree? —nos gritó. —Te estaba buscando. ¡Necesito hablar contigo urgentemente!

—¿Qué pasó, Keilan? —Preguntó ella, deteniéndose para analizarlo. —Parece que va a sacar a papá de la horca.

—¡Necesito hablar contigo en privado! —dijo sin aliento.

—¿Qué es lo que pasa? —Pregunté curioso.

—¡Se trata de tu familia! —él disparó. Aila puso los ojos en blanco.

—Puedes hablar delante de Alec —dijo ella —le conté todo.

—¡Oh, eso es genial! —Dijo suspirando aliviado. —En este caso, la noticia es para los dos. Recibí una carta de Dunhill y...

Keilan dudó y eso me hizo sentirme aprensivo.

—¡Di hombre! —Yo disparé. —¿Qué está pasando?

—¡Aileen ha sido secuestrada!

# Capítulo 11

## *Bree*

---

El cielo azul brillaba justo encima de nosotros. Estaba tumbado en el césped del jardín de la casa de mis abuelos. Era un día soleado de verano y pudimos salir del claustro de los muros de piedra del castillo. Para mí, esos fueron los días más felices en los que pude ser yo mismo y no el fantasma que mi madre me obligó a ser. Me miré en el espejo y sólo pude ver a una chica pelirroja con pecas; ojos expresivos y brillantes; un vestido hermoso; una verdadera dama. Aún así, un fantasma.

La risa alegre de mis hermanas corriendo alrededor mío mientras fingía que estaba dormido me hizo querer reír también. Era fácil engañarlos, y me encantaba asustarlos. De repente abrió los ojos y saltaba sobre ellos con un grito. Ellos sabían que yo haría eso, pero aún así cayeron en el mismo truco.

La frente de Franzi mientras la risa se distanciaba y el silencio se hacía cada vez más eminente. Mi respiración se volvió pesada y el frío se apoderó de mi cuerpo. Los colores desaparecieron y el cielo se nubló. Me vi solo, rodeado de sangre y de muchos hombres. La risa fría de Roy me hizo temblar todo el cuerpo. Miré el suelo frío y vi que la sangre no era mía. Aileen estaba tumbada a unos metros delante de mí. Puse los ojos en blanco cuando vi mi espada ensangrentada. La sangre cubría mis manos. Solté la espada con mis manos temblorosas y retrocedí.

—¿Viste lo que hiciste? —dijo Roy riendo.

—¡No! —Susurré asustado.

—¡Sí! —dijo con voz oscura. —¡Todo es culpa tuya! Te dije que esto pasaría, pero no me escuchaste. Ahora, Aileen está muerta y es sólo cuestión de tiempo antes de que pueda matar a esa perra de Aileen.

—No! —Le grité, pero unas manos muy fuertes me retuvieron.

—¿Bree? ¡Despierta! ¡Despierta! —Sentí un golpe en los hombros. —¿Bree?

Abrí los ojos respirando con dificultad. Alec estaba frente a mí con las manos sobre los hombros. Estaba luchando sin entender lo que estaba pasando. Su voz era suave, pero muy preocupada.

—Mantenga la calma! —susurró. —Respira para no deambular. Respira hondo.

Hice lo que dijo y parpadé. Las imágenes oscuras desaparecieron y me di cuenta de que había tenido otra de mis pesadillas. Miré a mi alrededor y descubrí que estaba acostado en una cama que no era mía, pero la tienda me resultaba familiar. Estaba en la tienda de Alec en el campamento.

—¿Qué está pasando? —pregunté con voz temblorosa.

—Tuviste un ataque de pánico. —me lo explicó sentándose a mi lado. —¿Cómo te sientes?

Hice una cara para el dolor que sentí. Me dolía todo el cuerpo. Parecía como si le hubieran



pateado el trasero.

—Un poco cansado. —Yo contesté. —Me duele todo el cuerpo. ¿Qué te ha pasado en la mano?

Alec tenía cara.

—Traté de abrazarla para que no se lastimara, pero tú tuviste un ataque de rabia e intentaste agredirme. Me golpeó con una puñalada en la muñeca, pero era superficial. —suspiró. —Tuve que ponerla a dormir y traerla aquí.

Alec me dio un espejo y me apuntó al cuello. Había una marca púrpura alrededor. Sentí dolor cuando la toqué e hice una cara. No podía recordar el ataque, pero sabía que no era la primera vez.

—¡Lo siento, por eso! —dijo señalando con el brazo.

—No hay problema! —sonrió. —Fue divertido, pero necesito saber si está bien, porque tengo que decirte algunas cosas y necesito que mantengas la calma para ayudarme a pensar.

Alec me miró seriamente. Tu ojo también era morado. Estiré la mano y toqué el lugar. Cerró los ojos, frunciendo el ceño como si le doliera, pero no se echó atrás. No sabía la razón, pero estaba empezando a confiar en él. Por extrañamiento que parezca, su presencia me hizo sentir segura. De repente recordé el sueño que tuve y lo último que oí antes de despertarme en la tienda de Alec.

—¡Aileen! ¿Cómo está ella? Keilan había dicho que había sido secuestrada... —Ella dijo agitada y traté de levantarme, pero Alec me hizo sentarme en mis almohadas.

—¡Calma! ¡Cálmate! —lo ordenó en voz baja. —Por lo que tengo entendido, Aileen está bien. No sabemos dónde está.

—¿Qué quieres decir con que no sabes dónde está Aileen? —Pregunté con voz atónita.

—Si prometes mantener la calma, te diré todo lo que sé —dijo con voz seria. —¿Crees que puedes oírme sin tener un ataque?

Respiré profundamente. No estaba seguro de poder controlarme. Desde el accidente, tuve esos ataques de pánico. Keilan dijo que me poseí después de un tiempo y trató de matar a quienquiera que estuviera frente a mí. Varias veces lo agredí sin saber lo que estaba haciendo.

—¡No lo sé, Alec! —Dije frustrado. —No puedo controlar esos ataques de pánico que se vuelven agresivos.

Respiré profundamente y me puse de pie apoyándome de nuevo en las almohadas.

—Tengo esa cosa después del accidente que casi me mata. No estoy seguro, pero cada vez que me entra el pánico, sucede.

—Bien, pero necesito que confíes en mí y trates de mantenerte callado mientras te explico todo —dijo que me tomara de la mano. —¿Puedes hacerlo?

Fruncí el ceño cuando sentí el toque en mi mano. Hizo movimientos circulares con el pulgar de ambas manos. Eso fue muy relajante y me sentí cómodo.

—Creo que sí. —Susurré.

—¡Oh, genial! —dijo sonriendo, pero luego su cara se volvió seria. —He estado leyendo la carta que mi hermano le envió a Keilan para que me entregara. Alec estaba intrigado por el hecho de que Aileen ya no era virgen y mostraba un comportamiento modesto. Pensó que estaba enamorada de otro hombre y decidió enviar a Bruce a Inverness para averiguar su historia.

—¡Ésa no! —Susurré con una cara. —Lo descubrió, ¿verdad?

—Sí, pero antes de que Bruce regresara, Aileen nos contó sobre el día del ataque y su viaje al convento. —dijo. —Ninguno de ustedes sabe que estuvo en la cárcel por mucho tiempo antes de ser enviado a Gretna Green como Ravenna dijo que lo había hecho.

—¿Así que creen que estoy en el convento?

—Sí, pero en este momento, Aideen cree que está muerta, ya que Bruce ha vuelto con esta información. —explicó con una sonrisa. —Su plan de hacer creer a Ravena que había caído en ese acantilado había funcionado. No se lo había dicho a sus hermanas y les había dicho que te habían enviado a un convento.

—¡Aideen debe estar desolado! —Susurré.

—Sí, lo es, y por lo que dijo Alistair, lloró mucho su muerte.

—Lo siento mucho, pero era necesario.

Suspiré con un hipo de arrepentimiento. Bajando la cabeza, cerré los ojos. Era necesario sacrificar mi vida por la de ellos. Fue doloroso saber que Aideen estaba angustiada al pensar que yo había muerto.

—Lo sé y creo que era la mejor salida, pero ahora ya no es relevante —dijo con una oscura sonrisa. —Creo que tu vida es mucho más valiosa ahora de lo que crees.

—¿Qué quieres decir?

—Para Ravena, no es un alivio que estés muerto por lo que ella ha hecho. No teme que Alistair o mi padre sepan del ataque orquestado contra Aideen, sino de lo que usted representó contra ellos y en nuestro nombre.

—Sigo sin entenderlo. —Dije confundido. —Si Ravena no tenía miedo de que yo fuera a ver a Brice, ¿por qué entonces trató de silenciarme?

—Porque es la hija de Phillipe de Lancaster.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

La tienda de campaña empezó a girar y mi aire parecía haber desaparecido.

—¡Calma! ¡Cálmate! —dijo. —Puedo explicar todo lo que Alistair me dijo, pero tendrás que calmarte. ¡Respira! ¡Respira!

Hice lo que me pidió y respiré hondo. Alec se levantó y tomó una jarra que estaba llena de agua fresca. Llenando un vaso, él me lo dio.

—Beba de un paseo —dijo que se sentaba a mi lado otra vez. —¿Puedo continuar?

—Sí. —Respondí respirando profundamente después de un sorbo.

—Sí, bueno! Cuando era más joven, Ravenna vivía en la corte inglesa. Ella no tenía el título de Duquesa y mucho menos fue removido por sus padres.

—No?

—No. Ese título fue dado por Phillipe en el apogeo de su asunto de Ravenna.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

—Phillipe, que en ese momento era un príncipe, tuvo un romance con Ravena, que a pesar de ser de la corte, no poseía sangre noble. Tenían la intención de casarse, pero como futuro rey de Inglaterra, necesitaba a alguien con un título.

—¿Así que se lo diste a Ravena?

—Sí, se convirtió en duquesa, pero al rey todavía no le gustaba la idea de tener a Ravena como nuera y le prohibió a Phillipe que se reuniera con ella. —se tomó un descanso para beber un poco del agua que había puesto en un vaso para sí mismo. —Continuaron escondiéndose, pero Ravena era ambiciosa y lo convenció de que se casara con ella. Así es como se quedó embarazada de ti.

Estaba mortificada, mirándolo como si estuviera en trance. Parecía vivir una pesadilla diaria desde mi nacimiento.

—Así que yo...

—¿Una princesa? Sí.

—Pero si mi madre está casada con Phillipe, no podría casarse con Loch.

Alec suspiró, rascándose el cuello.

—Esta es la parte donde comienza tu vida. —contestó él. —Tú y tus hermanas.

Respiré profundamente preparándome para obtener información más loca e irrazonable.

—Cuando William se enteró de que seguían juntos y que se habían casado, se fue a Ravenna a hacer una oferta, pero no fue aceptada y generó una revuelta en William. Anuló los dos matrimonios, quitó el título de Ravena y la exilió.

—Así es como mi madre llegó a Escocia.

—Exactamente! —asintió. —William sabía que estaba embarazada y le dio dinero para que se mantuviera alejada. Su abuelo, que era un hombre muy estricto, logró comprar un marido para Ravena. De esta manera su familia no pasaría por la humillación de tener una hija mal hablada. Loch, que era un herrero ambicioso, no lo pensó dos veces cuando tuvo la oportunidad de convertirse en un señor rico. Todo lo que tenía que hacer era apoderarme del hijo de Ravena.

—¿Así que soy un bastardo?

—No exactamente! —suspiró pasando su mano por su pelo. —Cuando se rompió el matrimonio, ya habías nacido. Eso la convierte en la hija legítima de Phillipe, pero Aideen no.

—¿No lo entiendo!

—Aunque estaba casada con Loch, Ravenna siguió conociendo a sus amantes.

—¿Amantes?

Mi voz era más aprensiva que la sorpresa. Sabía que mi madre tenía amantes, pero nunca los vi. Volví la vista para tener que confirmarlo a través de otra persona.

—Ravenna es la amante de Roy y tenía una hija con él. —Alec disparó.

—¿No, eso no es posible! —Exclamé en negativo. —¿Son hermanos!

—¿Medios hermanos! —Alec corregido. —Ravenna se crió con Roy como su hermana después de la muerte de sus padres. Las familias eran muy unidas y como Roy no tenía más parientes, su abuela decidió criarlo y cobrar las fortunas.

Alec se tomó un descanso.

—Creo que fue más por ambición que por caridad —dijo suspirando. —Se convirtieron en mucho más que amigos y creo que ya eran amantes cuando ella se involucró con Phillipe.

Me reí de lo que decía Alec. ¡Todo esto fue absurdo!

—Sé que todo esto suena absurdo, pero Bruce habló con una niñera que sirvió a su familia cuando todos eran muy jóvenes. —Alec dijo. —Ella es la que le contó todo. Entonces sólo tienes que pasar por ello y poner los hechos juntos.

—¿Ammy! —Susurré. —Ella había sido mi nodriza, y después de que mis hermanas crecieron, se convirtió en mi nodriza. Fue enviada lejos después de....

Me tomé un descanso. Me recordó a Ammy. Era una buena amiga y reemplazó a mi madre por un tiempo. Era una dama muy amable y gentil. La última vez que la vi, estaba de rodillas frente a mí tratando de limpiar mis heridas. La mirada de dolor en su cara mientras me vestía casi me había hecho sucumbir.

—¿Y luego qué? —preguntó Alec.

—Después de que me enviaron a morir. —Susurré. —Ammy estaba allí, en mi celda, tratando de limpiar mis heridas y susurrando que todo estaría bien. No le creí y tuve que ver cómo echaban a Ammy de Inverness.

—¿Lo siento mucho!

—Alec, he perdido mucho en mi vida. —Suspiré. —No puedo creer que Aileen no sea mi hermana, sino la hija de Roy. ¡Eso no tiene sentido!

—¡Sí, lo hace! —lo devolvió con precaución. —Alistair dijo que Aileen sufrió un intento de secuestro por parte de Ravenna. Su intención era llevarla a Edimburgo porque consiguió un trato con el Duque de York. La idea era casar a Aileen con el duque.

Contuve la respiración y lo miré conmocionado. Por eso a Roy le gustaba tanto Aileen. Me recordó que ella siempre fue su favorita. No sólo la suya, sino también la de mi madre. Un pensamiento cruzó mi mente.

—Dijiste que Aileen es la hija bastarda de Phillippe.

—Sí. Alec suspiró. —Parece que ella se reconectó con él después del nacimiento de Aileen y casi lo convenció de que dejara a su esposa para casarse con ella. A estas alturas ya era rey. Sin embargo, Phillippe había descubierto a Roy, a quien odiaba mortalmente y terminó con todo para siempre.

—Entonces Phillippe nunca haría un trato con Roy. —Especulé.

—No creo que sea así. —Alec dijo que de pie. —A menos, por supuesto, que fuera ventajoso.

—¿Y qué sería más ventajoso que que tu primo se case con la hija de tu mayor enemigo? —pregunté pensativo. —Eso no tiene sentido. Tener un hijo con la hija del Rey de Inglaterra, como era su plan original, tiene sentido.

—A menos que el primo del rey tenga ambición en la corona y tenga apoyo para llegar a la cima....

—A cambio de un lugar privilegiado en la corte.

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí.

Nos hemos estado mirando el uno al otro durante unos minutos. Apenas podía creer todo lo que decía. Todo tenía sentido ahora. El grabado Aileen le daría a Roy el beneficio que necesitaba para ganar la guerra. Está bien que él todavía tuviera que contar con que Phillippe aceptara que tenía una hija bastarda, pero yo sabía bien que para los ingleses, la sangre valía más que para nosotros. Aileen era el objetivo más fácil y deshacerse de mí les garantizaría que nadie de MacCalister tendría ninguna ventaja sobre ellos. ¿Quién en su sano juicio se casaría con una mujer que ya había pertenecido a otra? Me imagino que, para mi madre, después de que todos sus planes salieron mal y ella lo estaba perdiendo todo, tener a Aileen casada con Alistair fue muy útil. Ella no contaba con el enamoramiento de Alistair por Aileen.

—¿Qué le pasó a Aileen? —Le pregunté. —Dijiste que mi madre la secuestró. Es lo único que recuerdo antes de borrarlo.

Alec respiró hondo.

—Alistair fue a Inverness para llevar a Ravena a juicio y le había prometido a Aileen que traería a su hermana con él. Fue atrapado en una trampa cuando salía del castillo con la ayuda de Aileen. Aileen llegó con Bruce cuando Aileen estaba siendo arrastrada a un barco y logró evitar que Ravenna se la llevara. —hizo una cara. —En toda esta confusión, Loch fue asesinado por Ravenna; mi hermano fue herido por una bestia y Aileen huyó al bosque, mientras que Ravena desapareció en un bote.

—¿Así que no sabes dónde está?

—No, pero mi hermano envió a Bruce a buscarla y, por cierto, Bruce es bueno para encontrar gente. Es el mejor rastreador que tenemos.

—Estás disociado. —sonreír y estar de acuerdo.

Por suerte, pude ver las habilidades de Bruce antes de que se fuera con Alistair a Dunhill.

Sabía que traería a mi hermana sana y salva. Tú también lo sabías porque te entrené para que siguieras vivo. No sabía si sobreviviría al talento de Aileen para hablar demasiado de todo lo que se le ocurría.

—¡Quiero ir a Dunhill! —Me levanté de la cama y me levanté. —Bruce buscará en el bosque de arriba a abajo. Tendremos más posibilidades de encontrarla si venimos de abajo hacia arriba. Si los hombres de Ravena la han encontrado y la traen aquí, tendrán que pasar por encima de nosotros.

—¿Qué hay de tus hermanas? —Alec me preguntó si se acercaría a mí. —Creen que estás muerta, Aila.

—Usted mismo dijo que ya no tiene sentido para mí permanecer muerto para protegerlos.

—Sí, ¿pero qué hay de ti? —él disparó. Su tono era muy preocupante.

Respiré profundamente. Tenía que saber que mis hermanas estaban vivas, pero a cambio, me había convertido en una trufa para Alistair. El hecho de que yo fuera la hija de Phillipe me hizo un callo en la bota de Roy, y si él sabía que yo estaba vivo, me mataría para que Alistair no tuviera la oportunidad de decirle nada a Phillipe. El más joven ya estaba en el trono y eso era un obstáculo. El embarazo de Aileen sólo empeoró las cosas para Roy. Tenía un pie en la tumba y sólo necesitaba terminar de hundirlo.

—Alec, tengo un plan, pero necesito hablar con Alistair primero. —Dije que después de pensarlo un poco. —Creo que puedo convencer a Phillipe de que nos ayude.

—¡Eso es peligroso, Aila! —él disparó. —Además, debe estar acompañada por un miembro de la realeza para ser escuchada por él.

Le sonreí a Alec mostrando que conocía bien esa condición. No me bastaba con ser la hija del rey, me veían como la hija de un señor. Necesitaba que Alistair o Alec me acompañaran a una audiencia. Alec parecía entender muy bien, pues volvió los ojos.

—No dejaré que Alistair venga a Inglaterra contigo para intentar hacer un trato. —Alec explotó. —Phillipe puede matarte si no estás de acuerdo con esa idea. Acaba de convertirse en padre y pronto será coronado. No dejaré que arriesgues tu vida en territorio enemigo.

—¡Lo sé y nunca te pediría algo así!

—¿Es eso cierto?

—Sí. —Sonríe y cálmate. —¡Por eso vienes conmigo!

## Capítulo 12

### *Alec*

---

Me quedé allí de pie, asombrado, mirando a la pelirroja que tenía delante. Me miró con confianza, mientras yo apenas podía creer sus palabras.

—¡Te has vuelto loco! —exclamé con el ceño fruncido. —Bajo ninguna circunstancia cruzaré el resto de Escocia hacia Inglaterra.

—Alec, esta podría ser nuestra oportunidad de conseguir un ejército más grande e invadir esa fortaleza. —Bree insistió.

—Eso podría costarnos meses de campaña! —Dije exasperado y caminé. —No puedo arriesgarme a que los hombres mueran de invierno o por falta de comida. Ya es suficiente con que estén acampados.

Me detuve y respiré profundamente.

—Su propuesta es, con mucho, la mejor idea que hemos tenido hasta ahora, pero no puedo arriesgarme a perder a ningún hombre bajo mi mando. —Me detuve frente a ella. —Eso te incluye a ti.

Bree soltó un gruñido, contradicho por mis palabras.

—Alec, podemos usar la marea a nuestro favor y llegar a Londres en un mes. —insistió ella. Me he reído un poco.

—De la misma forma que nosotros estamos vigilando a Roy, él también nos está vigilando a nosotros. ¿Realmente quieres arriesgarte por mar? Nos atraparán antes de cruzar el canal.

—¡No si rompemos desde arriba!

Fruncí el ceño y luego volví a reírme. Todo lo que dijo parecía una locura.

—¿Así que quieres ir a Dunhill y desde allí salir para Londres por mar?

No es que fuera imposible, pero un viaje a Dunhill llevaría casi tres meses. Por supuesto, había atajos que nos harían llegar con menos tiempo, pero eran senderos peligrosos llenos de manadas.

—¿Por qué es gracioso? —Preguntó irónicamente.

Suspiré.

—Aila.... Escucha....

—Bree —dijotan enfadada. —Mi nombre es Bree. Aila murió hace dos años en ese accidente de coche.

—Escucha, por mucho que me guste Breanna, Aila MacBride es su nombre de bautismo. —Dijo, acercándose a ella. —Tendrás que aceptarlo si realmente quieres volver a ver a tus hermanas.

Bree contuvo la respiración. Se estaba tomando en serio el plan de ir a Londres y negociar con Phillipe. Tenía un plan bastante bueno para llegar allí. Sólo olvidaba que, para realizar este plan, tendría que lidiar con su pasado y que todo lo que veía indicaba que no estaba preparada para

ello.

Suspiré, poniendo mis manos sobre tus hombros.

—Escucha, no quiero parecer un idiota arruina los placeres, pero aunque tu plan funcionara y llegáramos a Londres, Phillipe necesitará mucho más que saber que es tu padre. —Ya te lo expliqué. —Como dije antes, estamos bajo una guerra de poder y el poder es todo lo que le importa a Roy o al rey de Inglaterra. Tendremos que tener una gran carta de triunfo para conseguir lo que propones.

Bree me miró fijamente, respirando profundamente. Podía oír los engranajes dentro de su cabeza, girando a toda velocidad. Estaba pensando en algún argumento que me convenciera de participar en ese plan. Atrevido, pero un plan excelente!

—Tomaré su silencio como una forma de comprensión. —Dije, antes de que ella empezara a decir algo y yo saliera de la tienda. —Quiero que vuelvas a descansar. Veré qué puedo hacer para que comas. Necesitas alimentarte.

—¿Alec? —llamó cuando llegué a la puerta.

—¿Sí? —Dije que sin dar la vuelta.

—¿Te casarías conmigo? —Preguntó con voz firme.

Me congelé donde estaba. Al principio, me pareció oír demasiado y que esa pregunta sólo sonaba dentro de mi cabeza. Sin embargo, cuando me volví hacia ella, me di cuenta de que realmente había dicho esas palabras.

—¿Qué es lo que has dicho?

Bree respiró hondo cerrando los puños y tragó hasta secarse. Parecía querer armarse de valor para repetir lo que había dicho. Nerviosa, se mordió el labio antes de empezar a hablar.

—Dije, ¿quieres casarte conmigo?

Me he reído un poco.

—¿Por qué me casaría contigo?

—Porque tenemos sangre noble. —ella disparó. —¿Dijiste que Phillipe necesitará una buena razón para mantenernos y si descubre que su primogénito está casado con el príncipe de Escocia? Estoy seguro de que apreciará mucho esta información.

—Estás loca. —Dijo, apenas creyendo sus palabras. —Creo que te he dado un buen golpe en la cabeza. Eso solo explicaría esta ruptura de la locura.

—¿Alec, deja de decir eso! —ella disparó. —¿No estoy loco!

—¿Es eso cierto? ¡Entonces lo soy! —Lo hice. —Locura es la única palabra que tengo para esa tontería.

Dejé de reírme histéricamente. Me miró con una mirada incrédula.

—¿Dónde lo has visto! —Continué. —¿Yo? ¿Casarme con una mujer que me desprecia? Tiene que ser una locura de todos modos.

—Sé que parece una locura, pero ¿puedes pensar en un plan mejor? —preguntó ella.

Bree estaba realmente decidida a llevar adelante ese plan. Pude ver en sus ojos que ella tomaría esa oportunidad con o sin mi ayuda. Era una carga muy grande que estaba decidida a llevar por el resto de su vida.

—¿Está dispuesto a sacrificar su libertad por Escocia?

—Estoy dispuesto a hacer lo que sea para que Ravena pague por sus crímenes y tenga la cabeza de Roy en bandeja.

—¿Así que esto es por venganza?

Bree me miró a los ojos.

—Dime que no estás aquí por esta misma razón y me iré en cuanto salga el sol.

Touché! Me había elegido con un guión excelente. Todos en ese campo de batalla tenían algo contra Roy. Mientras esas batallas continuaban, hasta que llegamos aquí, MacGregor hizo mucho daño. Destruyó a innumerables familias sin ningún remordimiento. Su ambición terminó liberando un odio intenso en todos los hombres de ese país y yo no era diferente. Estaba allí para lavar el honor de mi hermana. Tenía un odio tan intenso en su pecho que podría matar a cualquiera que se interpusiera entre MacGregor y yo. Había planeado cada paso de esa venganza. Estaba preparado para cualquier impedimento, pero Aila MacBride me tomó por sorpresa. No esperaba enfrentarme a alguien como ella. Alguien lleno de determinación. Lleno de coraje y seguridad. Cuando la vi en esa taberna, todo lo que pensé fue que sería otra hermosa mujer en mi cama. Todo lo que quería era domar a esa bestia que me desafió y me instó a devolver el desafío. Ahora, mi mente sólo quería protegerla. Y no fue por lo que ella representaba, sino porque sabía que arriesgaría su propia vida para lograr su propósito. Aila nunca había tenido a nadie que la protegiera y la protegiera. De alguna manera, algo dentro de mí gritaba para ser esa persona. Es exactamente por eso que me encontré aceptando esa locura.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —Suspiré. —Hablaré con el sacerdote para que nuestra unión se lleve a cabo esta noche. Nos vamos a Dunhill en cuanto salga el sol, así que necesito hablar con Keilan.

—¡Espera! —Me gritó impidiéndome salir de la tienda. —¿Estarás de acuerdo sin que hablemos primero?

—Fue idea tuya. Pensé que estabas de acuerdo.

—Sí, pero...

Bree se tomó un descanso mordiéndose el labio inferior. Dejé salir una risa, sabiendo lo que estaba pasando en su cabeza.

—No voy a tocarla a menos que me lo pidas, si eso es lo que te preocupa. —Dije con una sonrisa cínica. —Entiendo, Su Alteza, que eso es sólo un negocio aquí.

—Sí, pero hay leyes y tradiciones que deben ser obedecidas. —...lo devolvió exasperadamente. —¿Cómo crees que puedes probar que consumamos el matrimonio?

Le sonreí con la frente y la miré fijamente. Bree no mencionó que se fuera y asumí que confiaba en mí al menos un poco.

—En primer lugar, esas leyes son arcaicas, además de ridículas. —Susurré que me tomaba un descanso. —Segundo, tengo mis maneras de probar que tengo una mujer y no es por su apariencia satisfecha.

Bree me delató con su mirada. Se alejó de mí, permaneciendo a una distancia segura. Quiero decir, eso pensaba ella. A unos pasos de mí y Bree no podía escapar de mí. Tenía la intención de probárselo a tiempo. Ella sonrío al pensar en lo divertido que sería seducirla.

—Eres un cerdo, ¿lo sabías? —me disparó, haciendo que rechazara mis pensamientos. —No puedo imaginarme cómo no he recibido ninguna noticia o rumor de su hijo perdido en esos valles.

Hice una mueca por su comentario. Un niño era algo que estaba realmente fuera de discusión y siempre tuve mucho cuidado de que no sucediera. Nunca pensé en tener una relación concreta que me hiciera formar una familia, aunque ese era el deber de cada hombre en mi posición. Asegurarme de que mi linaje proflerara era algo en lo que nunca había pensado, así que ese sería el mayor de mis desafíos.

—Este es nuestro plan... —dijo que cambiar de tema. —Nos casaremos esta noche y nos iremos al amanecer. Cuando llegemos a Dunhill, le explicaremos nuestro plan a Alistair y nos



iremos a Londres. Me obedeces a mí y sólo a mí. Es mi única condición.

—¡Pero es mi plan! —disparó con indignación. —¡Yo doy las órdenes!

—Sí, pero tienes tendencia a ser impulsivo e inoportuno, así que alguien con más equilibrio, como yo, estará a cargo de esta misión.

—¿Tú? ¿Equilibrado? —ella soltó una carcajada. —Es un idiota, eso es lo que es. Un matón. Un tonto...

—¡Jesús! No sabía que tenías tantos predicados. —Dije con fingida indignación. —Que descanses bien, querida novia.

Me di la vuelta y salí de la tienda. Silenciosamente empecé a contar hasta tres. El grito de enojo de Bree resonó fuera del campamento y dejé salir una risa.

—¡Alec! —La oí gritar desde adentro.

Seguí riendo mientras caminaba. Estaba demasiado distraída y sólo noté la confusión cuando oí un zumbido que cortó el aire. Una flecha cayó a mis pies y di un paso atrás.

—¡Agáchate! ¡Agáchate! —alguien gritó.

Miré hacia adelante y vi cuando unos hombres invadieron el campamento gritando y disparando flechas. Salté cuando vi a Bree saliendo de la tienda de campaña e impedí que la golpeara una flecha.

—¿Está todo bien? Te he preguntado si todavía estás ahí tirado sobre ella.

—Sí, pero hazme un favor y suéltame. —me disparó empujando. —¿Qué está pasando?

—Es un ataque. —Respondí tirando de él hacia un lado para que pudiéramos armarnos.

—¡Eso es imposible! —ella respondió haciendo una reverencia y disparando. —Nuestro campamento nunca ha sido atacado desde el comienzo del asedio. Roy puede tener a la mayoría de los hombres, pero sabe que no ganaría fuera de la fortaleza.

—Entonces debe tener una gran razón para arriesgar a sus hombres así. —...respondí de una manera más irónica.

Tomando un arco que estaba cerca, empecé a disparar flechas también. Algunos soldados cayeron cerca de donde estábamos escondidos, entre la tienda de campaña y algunos barriles de suministros. Un pensamiento cruzó mi mente. Sólo podía ser el motivo de Oliver para el ataque.

—Necesito ir a la prisión.

—¿Por qué es eso?

—Porque algo me dice que vinieron a liberar a nuestro prisionero. —Respondí a los gritos. —Creo que es más valioso de lo que pensaba.

Bree miró de un lado a otro y tomó una espada que yacía cerca. Ella me dio la espada.

—¡Adelante! Yo te cubriré —dijo ella. —Ve hacia esos barriles y trata de atraer a tantos soldados como sea posible.

Miré la pila de barriles en la dirección que ella estaba señalando.

—¿Qué hay en los barriles?

—Pólvora.

—¿Pólvora?

—¡Sí, pólvora! —contestó ella silbando. —Ahora, ¿quieres irte?

Asentí, me paré y corrí en la dirección que ella dijo. Varios hombres a caballo me persiguieron.

—¿Alec? ¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo? —La voz de Keilan resonó en la distancia.

Los gritos de los hombres eran ensordecedores, pero me di cuenta de que no había muchos de

ellos. El objetivo era realmente servir de distracción.

—¡Ve tras Oliver! —Yo también grité.

Keilan corrió hacia la prisión. Un hombre se me acercó y le di un golpe que lo tiró del caballo. Cuando llegué a los barriles y los pasé unos metros, una enorme explosión hizo que mi cuerpo fuera arrojado al suelo unos metros más adelante. Levanté la cabeza, haciendo una cara de dolor. Me zumbaban los oídos por el ruido, pero no parecía tener los huesos rotos. Me levanté para ver los daños. Innumerables cuerpos fueron esparcidos donde los barriles explotaron. Los sobrevivientes comenzaron a huir por temor a una nueva explosión. Sonríe, mirando en la dirección en que Bree estaba peleando con un hombre. Ella lo mató y se dirigió hacia el siguiente. Otros se unieron a ella en batalla, cuerpo a cuerpo, y yo decidí ir a prisión. Me crucé con varios hombres en el camino. Estaban tirados en el suelo probando mi teoría de la liberación. Algunos estaban vivos y gimiendo a causa de sus heridas.

—¡Ésa no! —Gruñí cuando llegué a la celda donde Oliver debía estar y la encontré vacía. —  
¡Maldita sea!

Un hombre gimió y lo agarré por el cuello de su camisa.

—¿Dónde está el hombre que estaba en esta celda?

—Ellos.... ¡Se lo llevaron!

—¿Hacia dónde?

—Hacia el bosque al norte.

Lo dejé ir y salí de la tienda. Miré a mi alrededor y descubrí que todos gritaban una señal de victoria. Fruncí el ceño y busqué caballos en los árboles más cercanos, y el relinchido de uno de ellos me hizo dar la vuelta.

—¡Alec! —Keilan me gritó. —Bree fue secuestrada por unos hombres a caballo.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? ¿Cómo es eso?

—Ella no estaba de acuerdo.

Respiré profundamente. Mirando de un lado a otro, vi a mi caballo.

—Keilan, ¿por dónde se fueron?

—Al este, hacia el bosque.

Sin pestañear, grité a algunos hombres que me siguieran mientras corría hacia el caballo. Monté al animal y, con Keilan, me fui hacia el lugar indicado por él. Caminamos por el bosque hacia la fortaleza hasta que encontramos huellas. Si Oliver estuviera con ellos, que Dios me ayude, porque yo lo mataría esa vez.

El bosque en el que se refugiaron era muy denso. Dawn tenía mucho frío y sabía que no irían muy lejos. Hace tiempo que no seguimos la pista de los hombres que Keilan mencionó. Era sólo cuestión de tiempo antes de que pudiéramos llegar a ellos.

—¿Alec? —Susurró Keilan. Me acerqué a donde estaba y miré hacia donde estaba apuntando. —Son huellas.

—Sí. —Dijo, mirando hacia un claro. —¿Puedes creer que se detuvieran aquí?

—Está lloviendo mucho. Probablemente lo hará.

Les hice señas a algunos hombres para que fueran en la dirección opuesta y le pedí a Keilan que viniera conmigo. De esta manera, los rodearíamos y no habría posibilidad de escapar. A escondidas, seguimos a través de los árboles. Contuve la respiración cuando oí voces. Mirando a través del follaje, reconocí a Oliver. Me dio la espalda con una daga en la mano. Otros cuatro hombres estaban a su alrededor discutiendo cómo llevarían a cabo la vigilancia. Eso significaba que tenían la intención de acampar allí.

—No veo a Bree —dijo Keilan susurrando.

—Yo tampoco. —Lo devolví, susurrando también.

—¡Mira! —Keilan señaló.

Como si hubiera oído la voz del infierno, un caballo relinchó y llamó nuestra atención. Fue entonces cuando vi a Bree colgando sobre el lomo del caballo. Estaba atada y luchando cuando Oliver se le acercó.

—Vaya, vaya, vaya. ¡Mira ese hermoso fantasma! —dijo, agarrándole el pelo. —¡Pensé que estaba muerta, Su Alteza!

—¿Cómo sabes quién soy? —Preguntó Bree con voz confusa.

Oliver se rió.

—Sé mucho más de lo que tú sabes. —contestó él. —Te conozco a ti y a tu familia mucho más de lo que te imaginas.

—Así que Alec tenía razón. —concluyó riendo. —Es muy valioso para MacGregor. Por eso arriesgó a algunos de sus hombres.

—Sí. No esperaba que Sinclair estuviera frente a la partida de caza. La emboscada fue para atrapar a la mujer que estaba matando a la mayoría de nuestros hombres —le explicó con voz fría y le tiró del pelo a Bree aún más fuerte. —Nunca imaginé estar cara a cara con el famoso Aila MacBride. El señor habla mucho de ti y de cómo casi acabas con su vida.

Oí la risa fría de Bree, y sabía que no le tenía miedo a Oliver. Ese gesto hizo que él gruñera y la sacara del caballo haciendo que ella cayera en el barro de todos modos. Bree no se dejó intimidar y siguió riéndose.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Basta! —Oliver lo ordenó. —No deberías estar riéndote. Deberías tener miedo. ¿Por qué no tienes miedo? Si no lo sabes, no pasará mucho tiempo antes de que encuentre a mi maestro. Le encantará verte después de tanto tiempo.

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí. —Bree dijo sentada en el suelo. —Es decir, si hay algún hombre que pueda contar alguna historia.

Oliver se rió.

—¡Princesa, soy consciente de tu fama! Por eso la até muy bien. Todavía era muy cuidadoso para asegurarme de no tener más de tus dagas. —se detuvo y miró a Bree. —No hay ninguna posibilidad de que te salgas con la tuya.

—No estoy hablando de mí. —ella lo devolvió. —Si no han prestado atención, están en un claro que, sin duda, está muy bien rodeado ahora.

La sonrisa de Bree se amplió y su rostro se llenó de desdén. Oliver la miraba fijamente. Hice una señal a los hombres del otro extremo y ellos montaron el arco. Fue entonces cuando escuché algo que me hizo paralizarme por unos momentos.

—¡Ah! ¡Ya lo sé! —dijo de pie. —Sé muy bien que los hombres de Alec están rodeando el claro, pero no me matará hasta que le dé lo que más desea. Así que estoy bastante seguro.

Vi que la expresión de Bree se convirtió en curiosidad, pero ella mantuvo esa mirada fría y esa sonrisa llena de libertinaje en sus labios.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó ella.

—¡Ah! ¿No te lo dijo el joven príncipe? —dijo acercando su cara a la de ella. —Es un mercenario, cariño. Ya estaba bajo su mando.

Antes de que Bree se sorprendiera, Oliver se puso de pie riendo. Mirando a su alrededor, abrió los brazos y empezó a gritar.

—¡Vamos, sal de dondequiera que estés y pelea como un hombre! ¡Cobarde!

—¿De qué está hablando? —preguntó Keilan con voz confusa. —¿Has sido alguna vez un mercenario?

Miré a Keilan con una mirada fría y oscura. Odiaba recordar esa parte de mi vida y Oliver estaba haciendo lo peor de mí. No pude ocultarlo más y después de todo lo que me dijo Aila sobre haber estado en manos de Ravenna, me di cuenta de que también era hora de revelar algunos secretos.

—¡No, Keilan! No era un mercenario —le contesté con voz oscura. —Soy un mercenario.

## Capítulo 13

### *Bree*

---

Fruncí el ceño, apenas creyendo las palabras de Oliver. Si entendió bien, Alec era un mercenario. Esto era imposible, ya que odiaba a los mercenarios e intentaba a toda costa averiguar cómo se estaban formando los grupos.

—¡Estás mintiendo! —dijo entre dientes. —Alec nunca sería capaz de unirse a ese grupo de traidores codiciosos.

Oliver dejó salir una risa y se volvió hacia mí.

—No lo sabes, ¿verdad? ¿Cómo puedes saber que eso no es verdad? —preguntó con desdén. —Has estado escondido durante mucho tiempo, preocupado por seguir vivo. No sabes nada sobre quién ha estado pasando fuera de tu mundo.

Oliver se me acercó de nuevo y me agarró la barbilla.

—Es sólo una cobarde que usa a sus hermanas como excusa para vivir detrás de una máscara.

Yo gruñí y traté de ponerme de pie, pero mis pies estaban atados entre sí, lo que me impedía moverme.

—¡Bastardo! ¡Mentiroso! —...me meneé por ahí retorciéndome.

Intentaba a toda costa soltarme las manos. ¿Cómo es posible que me hayan hecho prisionero de esta manera? Me preguntaba mientras empujabas. Oliver se rió y se levantó de nuevo.

—¡Te garantizo que no es una mentirosa! —La voz de Alec sonaba fría y oscura. —Déjala ir y pelea conmigo.

Salió de detrás de un arbusto y se detuvo a unos metros de donde estaba Oliver. Alec se apoyaba en su espada con ambas manos. El arco fue atravesado en el pecho por una alforja con flechas. Sus ojos oscuros y su pelo revuelto le hacían parecer un salvaje, muy enfadado. Es la primera vez que me asusto desde que dejé Inverness.

—¿Por qué iba a pelear? —preguntó Oliver. —¿No te das cuenta de que está rodeado?

—Sí, pero no valgo mucho si estoy muerto —dijofriamente Alec. —Recuerda, hay una gran recompensa por mi captura.

Oliver resopló y gruñó de inmediato. Cerró los puños e hizo mención de saltar sobre Alec, pero sonrió antes de silbar. Las flechas volaban desde puntos estratégicos en medio del bosque y alcanzaban a los hombres que nos rodeaban. Inmediatamente cayeron al suelo.

—Podemos negociar. —Alec habló con una sonrisa.

—¿Negociar? —Oliver repitió. —No deseo negociar con usted. No haría eso aunque me costara la vida.

—Bien, porque estoy dispuesto a quitármelo.

—¡Entonces hazlo!

—No, todavía no.

La frialdad con la que Alec condujo esa conversación me hizo sentir aprensivo. Se transformó

y ya no se parecía en nada a aquel hombre seductor que me había desafiado días atrás. Se me acercó y se bajó delante de mí.

—¿De acuerdo? —Preguntó en voz baja, pero mantuvo su cara seria. —¿Te has hecho daño?

—A pesar del dolor en mi cabeza, creo que estoy bien —respondí tragando seco. —¿Qué es eso de ser un mercenario?

Alec respiró hondo.

—Te prometo que te lo explicaré en cuanto termine de divertirme.

—¿Diversión?

Alec asintió con la cabeza y luego se puso de pie.

—Este es el trato.. —él empezó. —Sé que muchos otros hombres están en camino, así que te daré la oportunidad de tomar el premio y sobrevivir. Si puedes derribarme en cinco minutos, puedes llevarnos como premio.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo? —Le dije: "Estoy aturdido. —¿Te has vuelto loco! MacGregor me matará si sabe que estoy vivo.

—O negociar con el rey Phillipe, pidiendo un ejército a cambio de su vida. —Alec no se preocupó mucho por mi observación. —Imagina cuánto valemós vivos.

Oliver sonrió.

—¿Y si pierdo?

—Dime dónde se escondió Morvan, y si me gusta la respuesta, quizá lo deje vivir. —Oliver se rió moviendo la cabeza de un lado a otro. —Tienes mi palabra de príncipe.

Oliver estuvo mirando a Alec un rato.

—No veo razón para pelear, ¡porque yo le ganaría! —dijo Oliver en tono arrogante.

—¡Pruébalo! —Alec lo desafió con un susurro.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —Oliver asintió. —¡Acepto tu desafío!

Alec dobló su espada y yo fruncí el ceño. ¿Qué estaba haciendo ese idiota?

—Puedes venir cuando quieras. —desafió a Oliver con una voz llena de arrogancia.

—¡Alec, te va a matar, idiota! —Grité tratando de levantarme.

Me resbalé de nuevo por la falta de equilibrio. Alec se estaba desviando de los golpes de espada de Oliver sin usar una sola arma ni contrarrestar los ataques. No sabía lo que Alec estaba haciendo. Me di cuenta de que era mucho más rápido que Oliver, que ya se estaba cansando de tratar de pegarle y de fracasar en sus intentos. De repente, Alec tiró de una flecha y con un rápido golpe se la clavó en el hombro de Oliver. Cayó de rodillas gritando de dolor.

—Tengo que confesar que... Alec se rió. —Has mejorado mucho, Oliver. Casi pensé que dejaría de cansarlo.

—Oliver gruñó.

—Como dije una vez, si recuerdas... Alec sacó la espada. —Fue por tu arrogancia que perdiste esta pelea. Ahora, dime dónde está tu amigo y quizá te perdone la vida.

—¡Vete al infierno! —Oliver gruñó.

—¡Tú primero! —Alec dijo que antes de que ella le cortara la cabeza.

Oliver cayó a sus pies y su cabeza rodó hasta un punto más lejano. Alec silbó de nuevo. Todos los hombres que estaban con él salieron de detrás de los arbustos. Me sorprendió ver que había más de 20 con él. Oliver no tendría oportunidad contra Alec y lo sabía. Aún así, jugó bien con su oponente. Nunca imaginé que Alec sería capaz de ser cruel con su comportamiento. Estaba implícito que mataría a Oliver con o sin la respuesta que buscaba Alec. Nada de eso me importaba en ese momento. La pregunta que seguía girando en mi cabeza era: ¿quién era Morvan?

—¿Estás bien? Keilan preguntó si querías acercarte más.

—Sí, gracias! —Sonreí cuando crucé mi mirada con la suya y lo abracé tan pronto como me soltó las manos.

—¿Qué está pasando? ¿Cómo te atraparon?

—No lo sé, pero alguien vino a mis espaldas y me golpeó la cabeza. —dijo, poniendo una cara. —Alguien estaba protegiendo al perdedor.

—La lealtad entre los bandidos siempre ha sido algo que me ha dado asco. —Alec resopló. Me acerqué a él y le di un fuerte puñetazo en la cara.

—¿Por qué hiciste eso? —Preguntó poniendo la mano sobre su barbilla. —Acabo de salvarte la vida y así es como me lo agradeces.

—La próxima vez que use mi vida como moneda de cambio, lo mataré. —...me he excitado. —¿Qué es eso de un mercenario? Siempre ha sido un seductor barato.

Alec se rió, suspiró y miró a su alrededor.

—¿Podemos hablar de esto en un lugar más privado? —Preguntó señalando al caballo. —Te prometo que te lo contaré todo cuando lleguemos al campamento.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Nada de bromas, o te cortaré la nariz. —...le disparé montando a caballo. Alec se rió y cabalgó detrás de mí.

—Casi olvido lo enojada que está la novia con la que me voy a casar.

Volví los ojos y respiré hondo. Volvimos al campamento y nos dirigimos a mi tienda. Keilan y Alec fueron a dar cuenta de las bajas. Aproveché la oportunidad para ir al lago y bañarme. Estaba ensangrentado y mi cabeza palpitaba. Mientras me bañaba, no dejaba de pensar en lo que oí de Oliver. Todavía no podía creer que Alec fuera un mercenario. No podía imaginarme a Alec como un mercenario, es decir, esos hombres matan por dinero. Alec no hace al tipo codicioso. Me asusté cuando entré en la tienda y vi a Alec sentado en un taburete comiendo una manzana. Me miró con sus intensos ojos azules.

—¡Perdón por asustarte! —dijo mordiendo la manzana. —¿Cómo te sientes?

—Me duele la cabeza, pero me siento bien. —Respondí con un suspiro y agarré una toalla para secarme el pelo.

Alec me miró fijamente con su ojo serio.

—¿Me permite? —dijo de pie y quitándose la toalla de la mano. —Solía secar el pelo de Cora y trenzarlo como a ella le gustaba. Si me permite, me gustaría hacer eso con la suya.

Respirando profundamente, asentí.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —dijo que yendo a la silla en la que había estado sentado. —En realidad, nunca he sido muy bueno haciendo eso. Aileen fue la que me cuidó el pelo. Tuve que cortarlas cuando Keilan me rescató, pero volvieron a crecer demasiado.

Alec sonrió al pasar sus dedos entre los cables. Mi pelo era mucho más grande que cuando Keilan me rescató. Tenía miedo de que me reconocieran de alguna manera, y los corté a la altura de los hombros. Ahora estaban en la cintura.

—Te debo una explicación —él empezó. —Fuiste muy valiente al contarme sobre tu pasado, creo que ahora es mi turno. Incluso porque pronto nos casaremos.

—¡Estoy de acuerdo! —dijo asentándose.

Alec suspiró mientras pasaba la tela por encima de un candado.

—No tuve elección, sabes. Era la única manera.

—¿De qué?

—Para encontrar a los asesinos de mi hermana. —Alec dudó un poco. —Después de la muerte

de Cora, ha pasado un mes desde mi recuperación. Me golpeó una flecha. Alistair vivía enojado y se odiaba a sí mismo por no llegar a tiempo. Bruce entró en estado catatónico porque estaba enamorado de mi hermana. Siempre lo supe, pero nunca lo culpé. Cualquiera se enamoraría de ella fácilmente. Cora era un espíritu libre, una ninfa de los vientos. Era un verdadero ángel.

Se detuvo, agarró otra cerradura y volvió a hablar.

—Mi padre me culpó por desobedecer la orden de no abandonar el castillo. Me dijo que era demasiado joven y sin límites, que no tenía ninguna responsabilidad y que debía seguir el ejemplo de Alistair. Me sentí impotente y decidí encerrarme en mi habitación.

—No fue culpa tuya —dijocortando la línea de razonamiento de Alec. —Roy es el villano de todo eso. Es codicioso. Los hombres que lo hicieron habrían atacado a Cora con o sin su presencia.

—Mi madre nos dijo exactamente eso a mí y a mi padre. Ella tuvo la brillante idea de enviarme a un monasterio para comenzar mis estudios en política, arte y otras cosas que me mantendrían ocupada. Así fue como se me ocurrió la brillante idea de infiltrarme en un grupo de mercenarios. —Alec sonrió, agarrando otro mechón de pelo y concentrándose. —Había oído que MacGregor estaba reclutando hombres y que pagaba muy bien. Me las arreglé para unirme al grupo de Oliver y pasé meses acostumbrándome a él, estudiando y perfeccionándome como mercenario.

—¿MacGregor nunca sospechó? —Le pregunté.

—No. Sólo envió el dinero y nunca interactuó con hombres.

—Esa es la cara de Roy. No es más que un cobarde.

—Exactamente! —se rió. —Por suerte para mí, debido al tiempo que estuve atrapado en el castillo, estaba irreconocible por mi barba y mi pelo muy largo. Aunque su pelo era más corto, Oliver me reconoció.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Alec, ¿quién es Morvan?

Alec se detuvo un momento y miró fijamente a una de las paredes de la tienda.

—Fue uno de los hombres que mató a mi hermana. —tiró la toalla sobre la mesa. —¿Dónde está el peine?

—En el maletero.

Fue al baúl y recogió mi peineta de madera, un regalo de Keilan que guardé con cariño.

—Era bien sabido que Bruce lideraba la caza de mercenarios. Morvan y el hermano se habían unido a nosotros ese día y vi surgir mi oportunidad de venganza. Averigüé dónde estaría Bruce y llevé a todo mi grupo directamente a una trampa. Esa noche, todos fueron atacados sin tener adónde huir. Fue una verdadera masacre. —Alec se tomó un descanso antes de salir y dejó salir a reír. —Sólo miré desde lejos, esperando a que los dos hombres que quería estuvieran en la mira de mi arco. Oliver lo entendió y me atacó. Así es como Bruce me descubrió entre los soldados.

—¿Qué pasó con los hermanos? ¿Los mataste?

—Los perdí de vista. Antes de partir, Bruce me dio un sermón y llevó al hermano de Morvan, a quien había capturado, a Dunhill. Dijo que sería juzgado, pero creo que el hombre fue asesinado de una manera cruel. —Alec se detuvo y miró. —Morvan ha escapado y no sabemos dónde está. Pensé que Oliver podría decírmelo.

—¿Lo sabe Bruce?

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí.

—¿Y Alistair?

—Alistair no sabe nada al respecto y Bruce juró mantenerlo en secreto, pero me dijo que se lo



dijera cuando todo acabara.

—¡Estoy de acuerdo con él!

Alec respiró otro suspiro y terminó de trenzarme el pelo.

—Sé que soy un monstruo y lo siento por la mayoría de mis acciones! —Dijo en un tono bajo.  
—Era la única manera que podía encontrar para redimirme de mis pecados.

—¿Pecando aún más? —y Alec agitó la cabeza de un lado a otro. —Mira, no fue tu culpa y tendrás que aceptarlo en una hora.

De pie, puse la cara de Alec en mis manos.

—¡No vuelvas a decir que eres un monstruo! —Lo regañé. —Estoy seguro de que Cora odiaría saber que se siente así, así que no te castigues más de lo que ya te has castigado a ti misma. Te ayudaré a encontrar a ese Morvan y le daré el castigo que se merece.

Alec sonrió sosteniendo mis manos y apoyó su frente contra la mía.

—Gracias por escucharme! —susurró cerrando los ojos.

—No, ¡por eso! —Respondí, cerrando también los ojos.

Permanecemos en silencio por unos momentos. El tiempo parecía detenerse a nuestro alrededor y todo se convertía en silencio. Poco a poco me di cuenta de que el alma de Alec estaba tan atormentada como la mía. Él también estaba destrozado. Teníamos mucho más en común de lo que podría haber imaginado y no había ninguna certeza de que algún día nos recuperaríamos. Si en algún momento de nuestras vidas, los fragmentos estarían juntos de nuevo y volveríamos a estar completos. Un ruido nos hizo alejarnos.

—Lamento interrumpir, pero ¿hay un sacerdote aquí que dice que está aquí para celebrar una boda? —Dijo Keilan frunciendo el ceño y con una voz confusa. —¿Quién diablos se va a casar?

Alec sonrió mirándome.

—¡Oh, yo! —contestó él.

—¿Es eso cierto? —Dijo Keilan irónicamente. —¿Y con quién puedo averiguarlo?

—Conmigo!

Alec se rió del acceso para la tos de Keilan y le pegó en la espalda varias veces.

—¡Basta, hombre! —se burló de Keilan. —Son sólo negocios. Te prometo que te lo explicaré más tarde.

—Creo que es realmente bueno! —Keilan dijo que respirando hondo.

—Entonces, ¿quieres ser nuestro padrino? —pregunté con una sonrisa irónica.

Keilan respiró hondo.

—No sé qué tramas, pero sería un gran honor.

# Capítulo 14

## *Alec*

---

La ceremonia fue sencilla, se celebró sólo en presencia de Keilan y lejos de los ojos de los soldados. No era exactamente lo que mi madre soñaba para mi boda, porque, estoy seguro, estaba pensando en un gran banquete. Nos esforzamos al máximo para ser discretos y evitar que las noticias llegaran a los oídos de Edimburgo. No podíamos permitirnos una gran celebración, principalmente porque era sólo un negocio. Todavía estaba el factor agravante de que Bree tendría que usar su nombre real y yo no podía dejar que los demás lo supieran. No sabíamos si alguien se había infiltrado en el campo. Después de la ceremonia, Bree y yo nos fuimos al amanecer, dejando a Keilan a cargo de las tropas. Envié una carta alertándole a Alistair que Bree estaba en camino. Le mentí que ella estaría en la frontera, así que la asigné para ayudar a encontrar a Aileen, además de la persona responsable de los grupos mercenarios. Le expliqué que la envié a patrullar la frontera, pero omití mencionar mi partida. Si la carta se perdiera, nadie sabría que yo estaba ausente del asedio.

Salir de Edimburgo fue fácil. Para desviar la atención, me dirigí a la aldea y desde allí me encontré con Bree en un tecedor. Tomó la ruta estándar, dirigiéndose hacia la frontera con Dunhill. Todo lo que los hombres sabían del campo era que Breanna había sido asignada a una milicia fronteriza. Mi impresión era que muchos eran felices. Bueno, no podría culparlos por pensar eso. Tuve que confesar que Bree era un poco mandona, un punto negativo en su fuerte personalidad, pero que me gustó mucho. Tenía agallas, fuerza y mucho coraje. Si ese matrimonio no fuera una tapadera, podría decir que tomé la decisión correcta de una esposa.

El susurro de un caballo me hizo dejar mi sueño y me concentré en el sendero. Estaba solo y relinchando en mi propio caballo. Conocía bien ese camino, porque solía recorrer toda la región con mi padre. Nos estaba llevando más allá de los límites de Dunhill para que pudiéramos conocer nuestra tierra. A medida que crecíamos, en medio de la política que rige nuestro país, empezamos a explorar todo por nuestra cuenta. Había muchos caminos que yo conocía, pero no fue así. Ese fue uno de ellos.

—¡Maldita sea!

Las peleas me llamaron la atención. Me estreché los oídos para tratar de averiguar de dónde venía y pronto el tintineo de las espadas me hizo guiar al caballo hacia el sonido. Pasé por donde estaba a unos metros de la bifurcación. Fue entonces cuando la impresionante escena de la batalla casi me hizo caer de mi caballo. Bree estaba rodeada por los cuerpos de tres soldados caídos, creo que muertos, y sonreía cada vez que escapaba del golpe de la espada del hombre que aún estaba en pie. El hombre estaba distraído y Bree aprovechó la oportunidad, derribándolo con un solo golpe de espada. Sonreí sacudiendo la cabeza. Estaba vestida con su tradicional chaleco de cuero negro y armada hasta la punta de sus trenzas. Pude ver el mango de la daga colgando de sus botas y también de su cintura. Eso es porque ya sabía que los guardaba allí. Ahora estaba tratando a toda costa de averiguar dónde escondía a los demás.

—Es increíble cómo pareces un imán para los momentos peligrosos. —Planché, me bajé del caballo y caminé hasta donde estaba ella. —Para empeorar las cosas, ni siquiera me invitas a la fiesta. A veces me lastimo, ¿sabes?

Bree dejó salir una risa, y limpiando la espada en una de las capas de los chicos, la puso en el dobladillo.

—¿Es tu culpa! Ella disparó de una manera perversa. —Si hubieras llegado a tiempo, podrías haberte divertido también.

Me reí y me detuve junto a uno de los hombres.

—¿Son mercenarios? —me preguntó cuando vio mi expresión.

—Sí, pero no vinieron aquí por ti.

—¿Qué quieres decir con "no"?

Levantándome, seguí el rastro de las patas de los caballos que todavía eran visibles. Venían del lado opuesto de Bree y eso significaba que no la seguían.

—Ellos venían por ahí. —Señalé en la dirección en que las marcas estaban terminando. —Raro!

—¿Qué es lo raro? —preguntó ella.

—Si esos hombres no la siguieron, ¿por qué vinieron por aquí? —Dijo, frunciendo el ceño. —Pocos conocen este camino y no se arriesgarían a seguirlo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó ella.

—Si siguen de dónde vienes....

—Se enfrentarían a nuestros hombres, como lo hicieron conmigo.

Bree terminó de pensar. Asentí sonriéndole.

—¿Exacto! Los mercenarios no son tontos como todos creen. Conocen la mayoría de los senderos porque son personas que han crecido en las aldeas. Para que se arriesguen a enfrentarse a tantos hombres, es una señal de que había urgencia en algo.

Me acerqué a uno de los caballos y abrí la alforja. No había nada más que una botella de alcohol, una manta y flechas. Respirando hondo, abrí la alforja que estaba al lado de otro caballo y comprobé lo que estaba pegado a la silla. Había lo mismo en él, pero un trozo de papel me llamó la atención.

—¿Es una carta?

—Sí. —Dijo, frunciendo el ceño. —La letra es de Alistair.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —dijo Bree eufóricamente. —¿Qué es lo que dice? ¿Es algo sobre mi hermana? ¿Aileen está bien?

Le hice señas para que esperara, y empecé a leer. En él, Alistair dijo que Bruce había encontrado a Aileen, pero que estaban atrapados en una aldea debido a la ventisca que descendía a través de las montañas de todas las tierras altas. Esperó el paso de la tormenta para enviar hombres a rescatarlos, ya que Bruce había sido herido, pero se aseguró de que Aileen se ocupara de la herida y de que viviera. En medio de varias informaciones, sólo una me intrigó y me preocupó profundamente. Alistair dijo que Aileen había sido atacada por hombres vestidos como soldados ingleses.

—¿Y qué? —Preguntó Bree con suerte. —¿Aileen está bien?

—Sí. Bruce la encontró y la llevó a un pueblo —le expliqué, entregando la carta en sus manos. —Parece que la ventisca los llevó allí, lo que es bastante bueno ya que Bruce está herido.

—¿Oh, gracias a Dios! —susurró ella.

Bree suspiró, sonriendo con alivio y me abrazó. Cerrando los ojos me concentré en el perfume

de las flores que exhalaban de su cabello. Mi instinto me decía que debería besarla y llevarla allí, después de todo, estamos casados. Mi sentido de caballero me recordó mi promesa, así que me alejé con delicadeza.

—¡Sí, gracias a Dios! —Repetí tus palabras. —Deberíamos irnos ahora para aprovechar al máximo la luz del día. Intentaré llevarnos a uno de los pueblos a lo largo del sendero.

—¿Pasa algo malo? —preguntó ella.

—Definitivamente no! —Le contesté en un tono seco.

Bree me miró con el ceño fruncido. Sentí que tenía algo en mente para decirme, pero se contuvo y asintió con la cabeza. En silencio, Bree se acercó al caballo y tomó las riendas. Ella guardó la carta en una de sus botas. Incómoda con su actitud, que no se correspondía con su comportamiento habitual, caminé hacia ella para ayudarla a montar el animal. Era muy grande para ser mujer, aunque fuera tan alto como Bree.

—¡Déjame ayudarte! —dijo, sujetando su tacón para darle más equilibrio. —Apóyate en mi hombro.

—Alec, no tienes que ser amable conmigo sólo porque nos casamos. —Contestó ella. —Eso es un negocio, ¿recuerdas? No soy tu verdadera esposa.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —dijo de forma irónica. —Aún así, soy un caballero, y no hay nada que me impida ser amable. Aunque tenga que ayudar a un ogro.

—¡No soy un ogro! —dijo entre los dientes de una manera dura. —¡Eres un estúpido!

Me reí a carcajadas, así que me acerqué a mi caballo y tomé sus riendas. En lugar de montar, me acerqué al caballo en el que estaba y até mis riendas en su celda.

—¿Qué crees que estás haciendo? —me preguntó cuando me vio cabalgando en la silla de montar detrás de ella.

—El camino es largo y necesitaremos tantos caballos como podamos conseguir. No podemos llevarnos a los otros que están aquí, así que pensé en turnarme con nuestros animales.

—¿Lo pensaste? —Sólo asentí con la cabeza. —¡De acuerdo! ¡De acuerdo! En este caso, yo te guiaré.

—¿Conoces el camino? —pregunté en un tono arrogante. Ella se delató en negación con su cabeza. —Eso es lo que yo pensaba.

Riendo a carcajadas otra vez, golpeé las riendas para que el caballo pudiera seguirme. Bree se quejaba de algo que no entendía. Seguí riendo, pero en silencio. Miré a través de los árboles cuando un resplandor se iluminó entre las hojas. La luz indicaba el comienzo del amanecer. Era invierno, pero hay días en los que tenemos el privilegio de ser agraciados por algunos rayos solares.

Salimos en silencio la mayor parte del camino, parando sólo para descansar los caballos y turnarnos. Bree prestó atención a todo lo que le rodeaba y, como esperaba, no tuvimos la desgracia de conocer a nadie. El sendero era estrecho y se extendía a lo largo de un bosque. El camino a Dunhill era más rápido porque era una línea recta. Nadie se arriesgó a seguir ese rastro. El sendero ofrecía peligros debido al bosque muy cerrado, pero otros no eran más que leyendas inventadas para proteger las rutas de los antiguos piratas.

—¿Alec? —Bree llamó cuando volvimos a la carretera. Ya había pasado de montar a caballo y pronto tendríamos que hacer otra parada. —¿Crees que realmente eran soldados ingleses?

—¡En absoluto! —Respondí con vehemencia. —Creo que es más bien un plan de Roy o Ravenna. Como no pueden llegar a un acuerdo con Phillippe, debe intentar forjar ataques para que la guerra se centre en Inglaterra.

—¡Y eso no es bueno! —susurró ella.

—No, pero mi hermano no es tan tonto. Estoy seguro de que has sospechado de los planes de Roy —dijomoviendo la cabeza. —Bruce también sospechaba, así que informó a Alistair.

—Pero si fuera Brice, habría ordenado un ataque a Londres. —Bree concluyó.

Sólo asentí con la cabeza. Mi padre era un hombre muy inteligente y racional, pero cuando se trataba de la seguridad de su gente, Brice MacCalister se convirtió en una persona muy impaciente. Tal vez por eso decidió que era hora de retirarse del trono y coronar a mi hermano.

Hice una cara cuando sentí que la fina lluvia comenzaba a caer. Ya era el final del día y sabía que la primera aldea estaba cerca.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo? —Bree me preguntó cuando me detuve en un claro.

—La lluvia apretará. Tendremos que hacer una parada por un tiempo y pensé que este sería el lugar perfecto.

—¿Esperar a que pase la lluvia?

—No. No, no, no, no, no, no, no, no, no.

—No?

Bree me miró confusamente, pero se bajó del caballo de todos modos. Ató las riendas a uno de los árboles y fue a proporcionar un lugar seco para hacer fuego. Yendo a mi alforja, tomé un paquete y se lo di a Bree.

—¡Aquí! —Lo entregué, me voy a sentar en una roca.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —preguntó ella.

—¡Abran! Es tuyo!

Bree frunció el ceño, pero dejó de hacer lo que estaba haciendo e hizo lo que le dije. La expresión de su mirada no tenía precio. Al principio, me miró asombrada. Entonces su mirada se hizo intensa, como si no creyera lo que veía. Finalmente, cerró los ojos y refunfuñó.

—¿Esto es una broma? —Preguntó entre dientes.

—Por supuesto que no! —Yo contesté.

—Sí, ¿por qué me diste un vestido?

No pude contener la risa que se apoderó de mí. La expresión de Bree al sostener el vestido plateado fue muy divertida. Parecía que nunca había visto un vestido en su vida.

—Aila, hay un pueblo cerca y posiblemente tenga una posada.

—¿Y qué tiene que ver el vestido con esto?

—No quiero llamar la atención sobre nosotros, por lo tanto, un vestido la hará mucho más femenina y presentable.

—¡No! —Dijo que me tirara el vestido encima. —Un vestido sólo me hará parecer un tonto vulnerable. Además, no quiero llegar a un lugar donde los hombres me miren mal y se sientan inseguros.

Mirando a Bree, no sabía si me reía de su comentario. Además, estaba sentada en sus brazos y resoplando como una niña malcriada.

—Bree, la conozco mucho más de lo que tú sabes —dijosuspirando. —Fuiste durante mucho tiempo, la peor pesadilla de mi juventud y hoy invade mis sueños más impropios. Puedo decirte que no lo eres y que nunca serás un tonto frágil.

Bree contuvo la respiración cuando me acerqué a él.

—Si crees que un par de pantalones puede ocultar tu belleza, te equivocas —le susurré al oído. —Eres muy hermosa con o sin el vestido.

Fue la primera vez que la vi ruborizarse. Traté de seducir a Bree y menos aún de avergonzarla, al contrario, no quise atraer la atención de la gente que nos rodeaba.

—Escucha, cuando compré el vestido, pensé que sería menos aterrador que tus hermanas te vieran con uno en vez de con esa ropa. —Lo expliqué señalando su ropa. —Sé que no tuvimos un comienzo muy agradable, pero pensé que con todo esto siendo un par de cosas, al menos podríamos ser buenos amigos.

Bree respiró hondo y me miró fijamente durante unos momentos. Permaneció seria hasta que suspiró y sonrió. Me quitó el vestido de las manos y lo analizó. Era simple, en un tono plateado que igualaba la cuota de malla que yo le daba. No tenía manga, lo que le ayudaba en sus movimientos. El escote era discreto con un corte cuadrado y no demasiado profundo. Fácilmente podría esconder una daga allí. La barra no se arrastraba por el suelo y esto facilitaría su escape, si fuera necesario.

—¡Es realmente muy guapo! —dijo besando mi mejilla. —Y por supuesto que podemos ser amigos. Gracias!

Asentí sonriendo.

—¡No para eso!

—Me lo pondré ahora —dijovacilante. —¡Por favor, no te rías de mí!

—¡Haré lo que pueda!

Bree caminaba detrás de un árbol ancho, lo que desafortunadamente me impidió ver ninguna parte de su esbelto cuerpo. Sacudiendo la cabeza de un lado a otro, traté de encender el fuego para ocupar mis pensamientos.

# Capítulo 15

## *Bree*

---

Me desperté asustado. Mirando a mi alrededor me di cuenta de que estaba en la cama en una habitación grande y muy bien iluminada. La luz provenía de un candelabro con tres velas encendidas encima de una cómoda. Recordé que Alec nos estaba llevando a la aldea. Todavía quedaba un largo camino por recorrer antes de que llegáramos al final del sendero. Luego seguiremos a través de un logotipo abierto que Dunhill de la frontera.

Alec y yo llevábamos varios días cabalgando. Esa fue la primera aldea en nuestro viaje. Apenas podía recordar el camino porque había dormido sobre el hombro de Alec debido a la fatiga del viaje. Hicimos un trato de que no dormiríamos juntos en la misma cama. Me sorprendió cuando me dijo que podía quedarme en la cama y aceptó dormir en el suelo. Conociendo a Alec como yo lo conocía, nunca imaginé que se propondría ceder su cama, especialmente a una mujer con la que no tenía intención de jugar. Tal vez tomaría la cama sólo para hacerme enojar.

Teníamos que estar atentos por si alguien aparecía en medio del camino. Yo no me preocuparía de que alguien me reconociera ahora, ya no. Ya no tenía miedo de lo que MacGregor podía hacer a mis hermanas porque sabía que estaban a salvo con Alistair y Bruce. Aunque sabía que Aileen podía quitarles toda o ninguna paciencia que tenían, si no recuerdo mal, mi hermana siempre había tenido el mal hábito de decir lo que pensaba sin cuestionar las consecuencias. Eso ya ha puesto a mi madre en un montón de problemas. En cuanto a Alec, estaba muy preocupado por él, porque seguramente será reconocido dondequiera que vaya.

Respirando hondo, parpadeé varias veces. Miré a mi alrededor y noté que Alec no estaba allí.  
—¿Alec? —Lo llamé, pero todo lo que oí fue el ruido del viento y la lluvia afuera.

Sacudiendo la cabeza en un gesto de frustración, decidí bañarme y vestirme para bajar. Tenía hambre y tal vez podría conseguir algo de comer. Recuerdo haber visto una taberna de un vistazo antes de volver a dormir. Fruncí el ceño cuando me di cuenta de que estaba desnudo. Mi vestido estaba en la parte de atrás de una silla. Me tragué la ropa cuando la idea de que Alec me quitara la ropa me atormentaba. Mirando alrededor busqué una combinación y la encontré junto al vestido. Respiré profundamente para controlar mi nerviosismo y me levanté de la cama envuelto alrededor de la sábana. Caminé hacia un tanque en una esquina de la habitación. El agua aún estaba caliente cuando entré. Eso me hizo sentir un gran alivio en mi cuerpo. A causa de la equitación, todo me dolió mucho.

Mientras me bañaba, me puse a pensar en la reunión que tendría con mis hermanas. De repente un miedo se apoderó de todo mi cuerpo debido a la reacción que tendrían cuando se dieran cuenta de que había estado vivo todo este tiempo. ¿Se sentirán decepcionados o heridos por mí? Tal vez nunca me vuelvan a hablar. Ese pensamiento me hizo llorar, pero ¿quién podría culparlos si llegaran a odiarme?

La puerta se abrió de repente, lo que me hizo levantar la cabeza con aprensión. Una señora

entró con unas toallas y un pequeño envoltorio en las manos.

—¡Espero no estorbar! —Dijo en voz baja y se acercó. —El caballero de abajo me pidió que te trajera algunas cosas y, si estabas despierto, te dijo que lo encontraras tan pronto como estuvieras listo. Te estará esperando en la taberna frente a la posada.

Ella sonrió cuando me entregó el paquete y se dio la vuelta para salir.

—También dijo que podría tener hambre, así que le sugerí la taberna. Allí sirven una gran sopa y un buen caldo.

—Gracias!

La mujer abandonó la habitación y cerró la puerta justo detrás de ella. Abrí el paquete y noté que era jabón con olor a rosas. Sonriendo, usé una y me quedé con la otra. Me tomó un tiempo bañarme, porque no podía perder mucho tiempo con el baño en el campamento. Estar rodeado de hombres no siempre fue muy bueno. Después de secarme el pelo, puse el vestido que Alec dejó en la silla. Era diferente del vestido que me había dado en el camino. Estaba hecho de pastel verde. Ese era el símbolo del clan MacCalister. Me vestí rápidamente y decidí dejar mi pelo suelto. Hacía tiempo que no los dejaba así, y apenas podía recordar que tenía tantos racimos. Apenas me reconocí al mirarme en el espejo del dormitorio.

El vestido marcó mi cuerpo sutilmente. Hace tiempo que no me ponía un vestido así. Aproveché la oportunidad para esconder unas dagas bajo el vestido. Cuando me sentí listo, salí de la habitación y caminé hacia la posada. Era de noche y hacía frío, pero el vestido era de mangas largas que me llegaba hasta las muñecas y cubría las cicatrices. De esta manera, no tuve que usar mis brazaletes de cuero.

Como dijiste, la taberna estaba justo enfrente de la posada, lo cual era muy bueno, porque no quería caminar vestido así por mucho tiempo. Acepté usar un vestido, pero no tenía la intención de desfilas con ese pastel, a riesgo de que alguien se diera cuenta de que yo era un MacCalister. Eso debe mantenerse en secreto.

El lugar era bastante grande, diferente de la taberna que solía frecuentar en el pueblo cerca de Edimburgo, y estaba bastante lleno para una noche fría como esa. Miré a mi alrededor con la esperanza de encontrar a Alec rápidamente, pero no pude localizarlo en ninguna parte. Suspiré con frustración y poniendo las manos sobre la cintura hice un nuevo barrido. Estaba a punto de caminar hacia el posadero cuando una mano me agarró del brazo y me tiró con fuerza. Pensé que era Alec, pero cuando miré a un lado, vi a un hombre alto, mal vestido y muy feo.

—¡La bella dama baila conmigo! —el hombre decidido a seguir arrastrándome por el pasillo. Sonrió y me di cuenta de que tenía los dientes podridos.

—La bella dama no bailará contigo esta noche —dijotirando de su brazo. —Y si sigues tocándome, te arrancaré los ojos con uno solo de mis dedos.

El hombre se rió y casi vomitó con el asqueroso olor que salía de su aliento. De hecho, también olía bastante mal. Era un olor a alcohol mezclado con sudor.

—Eres tan hermosa que vale la pena arriesgarse. —dijo, antes de agarrarme y besarme.

Le mordí la lengua al tipo, que gritaba de dolor.

—¡Nadie me toca! —...me he excitado.

—¡Putas! —gritó antes de venir e intentó golpearme, pero me desvié fácilmente del golpe. Él levantó la vista y yo sonreí.

Le agarré las dos orejas y le di un cabezazo en la frente con un mango en las manos. Se tambaleó hacia atrás, así que agarré un trozo de madera que estaba cerca y le pegué fuerte en la cabeza. El grandote cayó inconsciente en el suelo y yo miré a mi alrededor en un silencioso gesto



de desafío. Todos los hombres que seguían todo el evento se volvieron hacia lo que estaban haciendo antes y pronto el ruido de la conversación se asentó en el recinto. Tiré la madera al suelo y me limpié las manos, golpeándome unos a otros.

—¿Eres un guerrero? —preguntó un caballero detrás del mostrador. Me volví para enfrentarme a él.

El hombre tenía el pelo blanco y una bonita sonrisa, pero algo en su expresión me dijo que tenía miedo. Nuestra intención no era llamar la atención de nadie y yo tenía la intención de atenerme al plan.

—No, acabo de aprender a defenderme de estos hombres ignorantes que viven en las tabernas. —Lo expliqué encogiéndome de hombros.

—Bueno, quienquiera que lo haya enseñado lo hizo bien —dijoen tono de satisfacción. —Gaius es un forastero que llegó hace poco con un grupo de mercenarios. Los otros no crean problemas, pero Gaius es diferente de ellos y sigue preparándose con las chicas del pueblo. Creo que después de esta noche se lo pensará dos veces antes de meterse con cualquier otra chica.

Dejé salir una risa y asentí.

—¿Qué haces en un lugar como éste?

—Llegué hoy en compañía de un amigo y me perdí de él. —Ya te lo expliqué. —El dueño de la posada donde nos hospedamos dijo que me esperaría aquí, pero no lo veo en ninguna parte. ¿Puedes decir si realmente estuvo aquí?

Pusiste tus manos en la barbilla y asintió.

—¿Cómo es tu amigo?

—Es alto, de pelo oscuro, ojos azules, y vestía de negro.

—¡Sí! El guerrero que bailó con Olivia —dijocon voz viva.

—¿Olivia? ¿Quién es Olivia?

—Es la sobrina del jefe del pueblo. —contestó él. —No debería haber subido con ella, porque esa chica no es una flor que se pueda oler.

Fruncí el ceño.

—¿Adónde subieron?

—Fueron a una de las habitaciones de arriba —dijoy se acercó sonriendo. —Olivia se ahogó, no creo que se vayan a ir pronto. Si desea esperar a su amigo, la bebida corre por cuenta de la casa.

Mi sangre hirvió en el momento en que me explicó la situación. Ese bastardo se estaba divirtiendo mientras yo estaba preocupada por él.

—¡No tienes que hacerlo! —Dije con dureza. —¿Me da un plato de caldo y una botella de Bourbon, por favor? Llevaré todo a la posada.

—¡Sí, señora!

El hombre asintió y fue a la cocina. Suspiré, inclinando los codos sobre el mostrador. No podía creer que Alec me invitara a cenar en la taberna sólo para humillarme. Está bien que tuviéramos una boda de fachada, pero invitar a una mujer a cenar mientras estaba con otra fue una situación absurda. Quería matarlo por hacerme esto. Ahora que había aceptado ser su amiga, ese imbécil decide preparar algo así. Suspiré con una cara. Volvía a la posada, comía algo y bebía hasta dormirme. Me iré tan pronto como amanezca, con o sin Alec. Sinceramente esperaba que no apareciera, porque con el odio que tenía, mataría a Moose de la manera más dolorosa posible.

Fruncí el ceño cuando oí un ruido que venía de arriba. Era un ruido hueco, como si algo muy pesado hubiera caído al suelo. El ruido en la taberna era ensordecedor, así que miré el techo de

madera y me concentré. Estaba tratando de escuchar de nuevo, pero no tuve éxito.

—Debe haber sido una impresión. —Susurré en mis hombros.

—Tienes suerte de que tu amigo fuera rápido o estarías aquí toda la noche esperándolo. — dijiste, volviendo de la cocina y poniendo mi pedido en el mostrador.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Esa es Olivia —dijoseñalando a una rubia bajita y voluptuosa. —¿Por qué está llorando? ¿Tu amigo no lastimaría a Olivia?

La rubia bajaba corriendo por las escaleras. Parecía bastante asustada y se apresuraba hacia la salida. Su conducto me pareció extraño. Alec podía ser un idiota, pero nunca haría daño a una mujer por muy mala que fuera, incluso si estaba bajo los efectos del alcohol.

—¡Algo va mal! —Dije antes de caminar hacia la chica.

La intercepté antes de que llegara a la puerta y la sostuve por un brazo.

—¿Dónde está el hombre que llevaste a la habitación?

Los ojos de la niña se abrieron de par en par, tratando de deshacerse de sí misma.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —dijo antes de intentar pasar por encima de mí otra vez.

—Sólo dime dónde está. —Ordené con voz fría.

—¿Quién te crees que eres para tocarme? —amenazó. —¿Por casualidad sabes quién soy?

Odiaba ser amenazado, especialmente por alguien como Olivia. Sin paciencia, le saqué la daga bajo las mangas y le agarré la garganta golpeando la parte posterior de la cabeza contra la pared.

—No, no lo sé, ¡y no me importa quién eres! —Dijo de una manera amenazadora mientras sostenía la punta de la daga contra su garganta. —Lo único que me importa es mi marido, a quien llevaste a una habitación.

Olivia abrió los ojos, agarrándome de la muñeca.

—¡Lo siento mucho! —Dijo con voz desesperada. —Juro que no me dijeron que estaba casado.

—¿Ellos quiénes?

—Unos hombres que me pagaron para que lo llevara a una de las habitaciones. —explicó entre lágrimas. —Dijeron que era sólo para convencerlo de que viniera y lo dejara allí. Creí que eran amigos haciéndole una broma, pero antes de irme....

Se tomó un descanso de olfatear.

—Dime qué le ha pasado. —Dije con dureza.

—Uno de los hombres... —Ella sollozó. —Vino justo detrás de mí y empezó a patearlo. El hombre estaba tirado en el suelo porque se desmayó en cuanto entramos en la habitación. Salí corriendo para que no me hicieran daño, y lo dejé adentro.

Seguí la escalera con los ojos.

—¿Siguen ahí?

—¡Sí, señora! —Ella asintió. —Dijeron que lo matarían lentamente. Pensé que eras un bandido. ¡Lo juro!

Miré fríamente a la chica y sin pensar le di una bofetada en la cara.

—Eso es por tratar de seducir a Alec y llevarlo a una trampa. —Lo dije entre los dientes y la golpeé de nuevo. —Eso es para que aprenda a dejar de ser codiciosa y mezquina. ¡Ahora vete!

La chica me miró asustada y se puso las manos en la cara.

—¡Pagarás por ello! —amenazó. —Soy la sobrina del jefe del pueblo. El rey sabrá esto y lo colgará.

—Soy la esposa de su hermano. —Dije con frialdad. —Veremos qué título pesa más. La puta que se cree inteligente o la princesa, una esposa dedicada y muy cruel con la que decide tocar a su marido.

—¿Era Alec MacCalister? —dijo asustada.

—Sí. —Respondí con frialdad. —Ahora reza para que esté vivo cuando suba a esa habitación.

—¡Oh! ¡Oh, Dios mío!

—¡Vamos, vamos, vamos, vamos, vamos! —Grité de nuevo. —¡Vamos, vamos, vamos, vamos, vamos!

La chica salió corriendo por la puerta y desapareció en la fría noche. Te miré en el bar. Me miró asustado y yo suspiré. Esperaba no tener ningún problema en esa ruta, pero me equivoqué. Guardando la daga, dejé la taberna y corrí hacia el establo. Tomando mi espada, me sujeté el dobladillo alrededor de la cintura. Até a las dos bestias a mi cinturón y agarré dos puñales. Mirando al techo, conté tres ventanas. Una de esas ventanas tendría que ser la de la habitación en la que estaba Alec. Agarrando mi caballo, lo coloqué en la pared de piedra y me paré en la silla de montar para llegar a un balcón. Al llegar al balcón izquierdo miré por la ventana y casi emití un grito alegre por haber encontrado la habitación correcta. La ventana era pequeña, pero había una posibilidad de que alguien pasara a través de ella. Alguien como yo, pero no como ellos.

Había tres hombres dentro de la habitación. Alec estaba sentado en una silla con las manos y los pies atados. Sangró mucho, porque ya debería haber sangrado mucho.

—¡Ah! Alec, cuando todo esto acabe, si sigue vivo, te juro que lo mataré. —Susurré preparando a las bestias.

Las pequeñas bestias me dieron la posibilidad de un solo disparo. No podía cometer un error, de lo contrario no podría enfrentarme a los tres a la vez en un entorno tan pequeño. Me arrodillé en el balcón de piedra para tener una mejor vista. Cuando el hombre del medio, entre los otros dos que se reían detrás de Alec, se posicionó para pegarle una vez más, le disparé por la espalda. El hombre gruñó y se volvió hacia mí. Los otros gritaron cuando cayó al suelo. Preparé a la otra bestia y cuando uno de ellos tomó el frente, le disparé a él también.

—¡Lauchlan! ¡Odar! —el hombre que quedó gritó los nombres, sacudiendo a ambos. —  
¡Maldita sea!

Se acercó a la ventana y, al acercarse, lo golpeé con el puño de la espada. Se tambaleó hacia atrás y yo aproveché para invadir la habitación. Aproveché la oportunidad para patearle la cara cuando cayó al suelo.

—¿Quién diablos eres tú? —Preguntó, levantándose y desenvainando su espada.

—¡Soy tu peor pesadilla! —Respondí en un tono irónico.

El hombre se me acercó y tuvimos una pelea. La habitación era pequeña, pero me dio una ventaja sobre ella, que era muy grande. Corrí hacia el lado opuesto y, para preservar a Alec, que estaba desmayado en la silla, lo empujé al suelo. La silla se estrelló debido a su peso y eso hizo que se le soltaran las correas de los pies. Desvié otro golpe que surgió. Esto no fue suficiente para evitar que el siguiente golpeará mi brazo de afeitar.

—¡Bastardo!

## Capítulo 16

### *Alec*

---

Sentí algo frío apoyándose en mi frente y abrí los ojos lentamente. La habitación estaba ligeramente iluminada, pero encontré la mirada seria de un par de ojos verdes. La frente de Aila frunció el ceño como si estuviera concentrada en algo muy importante. No estaba seguro de su expresión, pero parecía muy enfadada.

—¿Qué está pasando? —Pregunté con mi voz casi en un susurro.

Me dolía todo el cuerpo, pero traté de levantarme de todas formas.

—¡Quédate quieto! —ordenó ella. —Te patearon el trasero. No quiero que empeore tu condición.

—¡Ah! —dijo entre gruñidos de dolor. —Había al menos tres de ellos. ¿Dónde están esos bastardos?

—Muerto —dijo con voz seria. —Los maté antes de que terminaran el trabajo. Eran mercenarios y creo que nos siguieron hasta aquí. Todavía hay uno vivo con el que he hablado.

—Así que eran cuatro.

—Cinco, en realidad.

—¿Cinco?

—Sí. —Ella suspiró, poniendo el trapo que usó para limpiarme la frente, en un tazón de agua y retorciéndolo. —A los más grandes los derribé en cuanto entré en la taberna, y fue capturado: otros tres, los que trataron de matarlo, murieron en una batalla conmigo; y el quinto y el más mudo, se emborrachó en el establo y se golpeó la cabeza. Murió por la herida. Unos aldeanos lo encontraron ayer por la mañana.

Fruncí el ceño.

—¿Esta mañana? —dijo que tratar de volver a sentarse. —¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

—Dos días. —contestó evasivamente y me empujó contra la almohada otra vez. —Ahora cállate.

No me gustó el tono de Aila. Parecía estar muy enfadada y eso me molestaba, porque necesitaba averiguar por qué. ¿Estaría disgustada de que tuviéramos que alargar el viaje a Dunhill, quedándonos más tiempo del necesario en ese lugar? Sabía muy bien que había urgencia en nuestro plan, que teníamos un plazo que debía cumplirse lo antes posible, pero no era culpa mía que estuviéramos en esa situación. ¿Cómo podía imaginarme que los mercenarios nos seguirían? Estoy seguro de que he tenido mucho cuidado en el camino.

—¿Es esa mi impresión o estás loco? —Le pregunté, poniendo cara cuando me tocó un punto de la frente que me dolía mucho.

Aila no respondió nada, sólo suspiró y continuó con lo que estaba haciendo. Ella me ignoró por un momento y, antes de ir a otra herida, le sostuve la muñeca con fuerza.

—Si no me sueltas la muñeca, dejaré que tu cara se ponga peor de lo que ya está —dijo entre

los dientes.

Aila intentó tirar de su muñeca, y aunque me dolía, seguí apretándolo.

—¿Alec, no estoy bromeando! —amenazó de nuevo cerrando los ojos. —Déjame ir ahora o te cortaré los dedos.

Aila estaba claramente sin paciencia y actuaba con frialdad como si yo fuera el enemigo.

—Sabes que no me asustan tus amenazas. —Dije con frialdad. —Ahora, dime qué está pasando. ¿Por qué estás siendo tan duro conmigo, hablando evasivamente y sin paciencia? ¿Qué le he hecho?

Aila cerró los ojos. Parecía contar hasta diez. Tiró de su mano, soltando su muñeca con un movimiento repentino.

—¿Qué recuerdas de esa noche? —preguntó ella, tirando la tela en el lavabo y poniéndose de pie.

Me subí a la cama, apoyándome en las almohadas.

—Bueno.... —Hice una cara al pasar mi mano sobre mis costillas doloridas. Me di cuenta de que tenía el torso desnudo y le eché un vistazo a Aila.

—No hay quejas —dijo ella irónicamente. —Al menos estás vestida, no como yo, que me desperté desnuda.

—Tu vestido estaba mojado por la lluvia fina que tuvimos en el camino. ¿Qué se supone que tenía que hacer? ¿Dejar que se enfríe con ese traje de neopreno?

—Podrías haberme despertado y haberme dicho que habíamos llegado. —ella lo devolvió. —Ojalá hubiera cambiado.

—No te quité el vestido, si eso es lo que estás insinuando.

—No?

—No —dijo irónicamente. —Pensé que me despertaría mientras hacía esto y lo salvaje que sería, así que le pedí a una de las chicas que ayudaban en la posada que se cambiara de ropa. El problema es que sólo había ese vestido, así que salí a comprar otro, pero estaba durmiendo tan profundamente que lamenté despertarla.

Aila me tomó por sorpresa. Mi paciencia, cuando deseaba una mujer, era infinita. Le había hecho una promesa, y aunque esperaba ese día, nunca me aprovecharía de una situación. Necesitaba la confianza de Aila y quería ganármela, aunque me llevara años.

—¿Así que me dejaste dormido y fuiste a la taberna? —ella siguió adelante.

—Sí. —Respiré hondo antes de continuar y sentí como si miles de agujas estuvieran pasando por mis pulmones —le pedí al posadero que me dijera dónde estaría.

—¿Qué más recuerdas? —preguntó ella.

El tono de su voz decía que sabía algo que yo no podía recordar. Tal vez por eso se enfadó, así que intenté concentrarme.

—Cuando llegamos, estaba agotado por el viaje. —Yo empecé. —Todo lo que necesitaba era una buena taza de cerveza para relajarme. Recuerdo estar sentado en una mesa lejana, pero desde donde podía observar todo y a todos. Llevaba puesta mi capucha para que nadie me molestara. La gente no suele acercarse a hombres vestidos de taberna con capa y capucha. Por lo general, los dejan solos por razones obvias. Como no saben quién puede ser el sujeto, prefieren dejarlo en el anonimato.

—Bueno, adelante.

Puse los ojos en blanco. Estaba disfrutando cada vez menos de tu expresión.

—Después de un tiempo sentado y habiendo terminado mi segundo vaso, una chica se me

acercó ofreciéndome un trago.

—Olivia.

—¿Qué es lo que has dicho?

—Olivia es el nombre de la chica, pero tal vez no lo sepas, porque estabas demasiado borracha para acordarte de preguntar.

—¡No estaba borracho! —...me he excitado. —Se necesitan más de tres tazas de cerveza para derribarme.

—Estoy seguro de que lo harás —dijo en un tono irónico.

—No entiendo tu ironía, Aila.

Aila soltó una carcajada y se puso seria de nuevo.

—No estoy siendo irónico. —ella lo devolvió. —Está tan acostumbrado a coquetear con cualquiera que se le acerque que apenas se ha dado cuenta de que ha sido drogado y llevado a una trampa.

—¿De qué estás hablando?

—A Olivia le pagaron para que lo drogara y lo llevara a esa habitación. —ella disparó. —Cayó como un pato en su labio.

Fruncí el ceño. Ahora recuerdo que me sentía mareado después de haber tomado un pequeño sorbo de la bebida.

—¡Maldita sea! Por eso me sentí tan mal —le disparé poniendo otra cara. —Después de beber un sorbo de la cerveza que había traído, mi cabeza empezó a girar y me mareé mucho. Traté de levantarme para salir de allí y ella se ofreció a ayudarme a llegar a una de las habitaciones.

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí. Olivia lo drogó y lo entregó a tres matones, que decidieron divertirse un poco antes de matarlo.

Aila me miró fijamente por un momento. Luego se dirigió al borde de la cama donde había puesto la palangana y la tomó con suficiente ira como para hacer que el agua se derramara en el suelo. Si no conociera a Aila, diría que está celosa, por eso estaba tan enfadada.

—¿Estás enfadado porque estaba drogado o porque estás celoso?

Me miró fijamente y me miró a los ojos con su intensa mirada esmeralda.

—¿Yo? ¿Celoso? —...preguntó casi riendo. —Parece que te golpearon demasiado fuerte en la cabeza.

—Puede ser, pero reconozco una crisis de celos cuando la veo.

—¡Estás equivocado! ¡No estoy celoso! —...ha estado husmeando. —Estoy enfadada porque, mientras dormía, decidiste coquetear con una mujer, aunque yo estaba esperando la cena. ¿Qué crees que haría cuando llegue a la posada y te vea en compañía de Olivia?

Dejé salir un gruñido.

—¡Maldita sea! ¡La cena! —Susurré pasando las manos por encima de mi cara. —Olvidé que le pedí al posadero que me dijera que te esperaba para cenar. Supuse que me despertaría hambriento, porque no nos habíamos alimentado en mucho tiempo.

Aila agitó la cabeza en un gesto de frustración.

—Realmente pensé que me convertiría en un hombre diferente a las veces que lo había visto, y afortunadamente este matrimonio es un encubrimiento, porque quiero obtener una anulación después de que hayamos alcanzado nuestra meta. Imagina mi sufrimiento si estás a tu lado.

—Aila... —Traté de interrumpirla, pero siguió adelante.

—Su ego la ha puesto en peligro una vez más, Su Alteza. —...lo acusó de fanfarronear. —Arriesgué mi vida para salvar la tuya esta vez, pero juro que no volverá a pasar.

—Aila, yo...

Aila se alejó hacia la puerta. Antes de irme, me miró fijamente con una mirada oscura.

—No me llames Aila. Mi nombre es Bree.

Con un golpe seco en la puerta, Aila desapareció detrás del bosque. Me puse las manos en la cara y respiré hondo. Golpeé el colchón de la cama con los puños cerrados. Había sido un imbécil por aceptar la bebida de Olivia y dejarla quedarse, aunque sabía que Aila podía aparecer en cualquier momento. No tenía la intención de seducirla de ninguna manera, pues estaba demasiado cansado para poseer a una mujer esa noche. Había aceptado la bebida por cortesía y traté de explicar que estaba casado, pero me mareé y no pude decir nada más. Ahora sabía la razón. Aila tenía razón al regañarme así. Podríamos haber muerto los dos. Lo bueno de todo esto es que yo sabía que Aila se estaba mordiendo de celos por el hecho de que Olivia se había detenido conmigo en un basurero. La esperanza de poder conquistarla se encendió en mi pecho. Los jabones habían sido un gesto de afecto, porque sabía muy bien que las mujeres valoraban algo así y Aila no era tan diferente. Detrás de toda esa postura de guerrero había una chica dulce y tenía la intención de revelar esa capa.

## Capítulo 17

### *Bree*

---

Me recosté en la silla del balcón y observé la fina lluvia que cayó. La noche prometió ser fría. Me llevé la taza de té a los labios y sorbí el líquido caliente. Estaba pensando en el desencanto de Alec con sus palabras cuando insinuó que yo estaba celosa de Olivia. No había razón para que yo me sintiera celoso y tampoco me gustaba tanto Alec. En realidad, ni siquiera me gustaba. Confieso que, por un momento, pensé en Alec como un hombre sensible que se preocupaba por alguien más que por sí mismo, pero me equivoqué. Afortunadamente, pude ver que a tiempo para hacer algo estúpido. No había manera de confiar en la gente, siempre encontrarán una manera de hacernos daño o lastimarnos. Ya estaba cansado de estar herido o lesionado y tenía suficientes marcas para mantenerme alerta.

—¡Disculpe!

Una suave y temerosa voz casi susurró tras de mí. Me volví hacia la mirada de Olivia.

—¡Ah! ¡Eres tú! —dijo, concentrándose de nuevo en la lluvia. —¿No debería estar en casa, señorita?

—Le dije a mi tío que iría a visitar a Alicia. —ella respondió acercándose más. —Es la dueña de la posada, y a veces la ayudo con sus tareas.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! ¿Por qué no la estás ayudando en vez de estar aquí molestándome?

Olivia se congeló un paso atrás. Hubo un tiempo en que era mucho más amable con la gente, pero aprendí que las plumas arduas no eran tan amables, especialmente cuando estaba enojado. En ese momento yo era como un volcán humeante y estaba a punto de explotar. Sólo deseo un poco de paz.

—¡Juro que no quise molestarla, señora! —Olivia empezó a decirlo con voz nerviosa. —Sólo vine a disculparme por lo que hice. No tenía ni idea de cómo era el príncipe. La última vez que pasó por el pueblo, yo era pequeño.

—¿Así que confiesa que pudo haber llevado a un hombre inocente a la muerte? —Dije en voz baja. —Si no la hubiera visto bajar, el príncipe probablemente estaría muerto. ¿Todo para qué? ¿Unas pocas monedas de porquería?

—¡Lo siento mucho! —lloró. —¿Puedes perdonarme?

Me quedé mirando a Olivia. Sus ojos brillaban con las lágrimas que caían de sus párpados y amenazaban con fluir por su delicado rostro. Era una joven muy hermosa con el pelo rubio, los labios rosados y la piel oscura. Era delicado y quizás por eso ningún hombre pudo resistirse a sus encantos. Me recordó a Aileen que, con la excepción de los ojos marrones, Olivia era muy parecida a mi hermana. Por supuesto, sólo físicamente.

—¿Cuántos años tienes?

—Quince.



—¿Qué hacías en ese lugar en un momento así? —Le pregunté conmovida por su juventud.  
—¿No sabes que no es un buen lugar para una chica como tú?

—Eso es lo que mi tío sigue diciendo, pero no me importa. —suspiró. —De todos modos, trato de encontrar una manera de deshacerme de él, así que voy a la taberna con la esperanza de conseguir algo de cambio para irme.

Bajó la mirada. Sabía adónde quería llegar. Podía ver el dolor en sus ojos. El mismo dolor que reflejé durante días mientras estaba en ese calabozo.

—¿Alguna vez te ha hecho daño? ¿Te ha tocado? —Le pregunté. Sólo asintió con la cabeza. —¿Tiene algún otro pariente con quien pueda quedarse?

—Mi hermana —dijo esperanzada. —Vive a lo largo de la carretera en una pequeña casa con su abuela. Recaudaría dinero para llegar allí.

—¿Por qué no te recogió tu abuela?

—No es mi abuela, sólo la de Dana. —contestó con tristeza. —Somos hijas de padres diferentes. Mi madre murió y todo lo que me quedaba en este lugar era mi tío. Le dice a todo el mundo que soy una prostituta y por eso vivo en la taberna.

Respiré profundamente. Pensé en darle a Olivia unas monedas para que pudiera huir, pero sabía por experiencia propia que una chica como ella no sobreviviría sola.

—Sé lo que hice muy mal, pero prometo que no lo volveré a hacer —dijo ella girando los dedos. —Ni siquiera quería hacer eso. Normalmente los emborracho y los dejo dormidos en la cama.

—¿Por eso creen que eres una puta?

—Sí. En realidad, no me acuesto con ellos. —se encogió de hombros. —Los dejaré arriba y saltaré por la ventana. Entonces vengo a la posada y me quedo hasta el amanecer. Así es como he estado evitando que me vuelva a tocar.

Agité la cabeza de un lado a otro.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —Suspiré. —Nos iremos en unos días, tan pronto como Alec se recupere. Seguiremos el camino hacia el campo abierto. Si quieres, puedes venir con nosotros, luego la dejaré en casa de tu hermana.

Olivia abrió los ojos de par en par.

—Gracias!

—No hace falta que me lo agradezcas. Sé lo que es estar tan desesperado como para cometer una locura. —Dije con una sonrisa a mi lado. —En mi opinión, has aprendido lo suficiente.

Ella bajó la cabeza tocando la cara donde la abofeteé.

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí.

—Pídele a tu amigo que te consiga una habitación junto a la mía —dijo terminando su té. —Te quedarás con nosotros aquí en la posada hasta el momento de nuestra partida.

—¿Qué hay de mi tío? —Preguntó con temor.

—No te preocupes por él.

—¡Sí, señora!

—¡No me llames señora, por favor! —Lo hice. —Sé que soy mayor, además de estar casada con el príncipe, pero no es necesario. Encima de todo lo demás, estamos tratando de ser discretos, así que debo pedirte que no digas nada sobre lo que te he revelado.

—No se lo he dicho a nadie y no lo haré.

—¡Eso es perfecto! ¡Ahora descansa un poco!

Ella asintió con la cabeza sonriendo, pero antes de pasarme, Olivia se detuvo.

—No quería que me quedara. —ella empezó. —Aceptó mi compañía mientras duró ese vaso de cerveza. Dijo que estaba casado y me pidió que lo trajera aquí. Intenté volver, pero era demasiado tarde. Cuando me di la vuelta con él, los hombres lo agarraron y lo llevaron adentro. Pensé que había huido. ¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Lo siento!

Suspiré pasando la mano por encima de la frente y asentí con la cabeza. Olivia entró corriendo. Podía oírla hablar con el posadero. La mujer me miró y sonrió tan pronto como asentí. Después de que Olivia apareció, la mujer vino a agradecerme y me dijo que estaba feliz de que Olivia tuviera la oportunidad de vivir con su hermana. Dijiste que se los llevaron cuando murió su madre. Dana se escapó de casa y se fue a vivir con su abuela, pero Olivia era muy pequeña y se quedó atrás. A pesar de lo que pasó, me alegré de poder ayudarla.

Esos dos días fueron los más extraños de toda mi vida, además de agotadores. No dejaba de pensar en las palabras de Olivia. No sabía si me alegraba saber que Alec la había rechazado o si me intrigaba que me hubiera llamado. Cualquiera que fuera la forma, estaba demasiado cansado para pensar y decidí subir. Esperaba que Alec ya estuviera dormido cuando entré. No quería enfrentarme a él después de nuestra pelea.

La habitación estaba iluminada sólo por una vela que ya estaba al final. Me colé en el sillón para coger la manta que tenía encima. Dormiría en el mostrador de la ventana. Suspirando, me fui a la cama y miré la cara de Alec. Tenía un corte en la frente, otro en el labio inferior y otro en la ceja derecha. Además de esas heridas, también hubo un golpe en las costillas de la derecha, que eran bastante púrpuras. Soltando otro suspiro, pasé mi mano por la cara de Alec. Me asusté cuando me agarró de la muñeca.

—¡Qué susto, Alec! —dijo que tratar de sacarlo. —Creí que estabas dormido.

—Lo estaba. —contestó con un susurro. —Te estaba esperando. No quiero que duermas en el suelo.

—No dormiré en el suelo. —Yo contesté. —Hay un mostrador en la ventana, ahí es donde pasaré la noche. Si necesitas algo, llámame.

—No. —Me tiró de la muñeca cuando intenté deshacerme de ella. —La cama es enorme, así que podemos dividirla sin problemas. Prometo comportarme.

Me quedé mirando a Alec.

—¡Por favor, por favor, por favor, por favor, por favor, por favor, por favor! —insistió.

—¡De acuerdo! —Estuve de acuerdo en hacer una cara.

Me sonrió en la muñeca y luego cerró los ojos. La otra mano permaneció apoyada en su pecho. Podía ver el pecho de Alec subir y bajar mientras respiraba.

—Si sigues mirándome así, no responderé por mis acciones —dijo entre risas y tos.

Girando los ojos, rodeé la cama y me acosté. Alec tenía razón al mencionar lo grande que era la cama. Había una posibilidad de que al menos tres personas durmieran en ese colchón. Bueno, tres personas de mi tamaño, porque Alec era lo suficientemente grande para ocupar un espacio mucho más grande. No había posibilidad de que otra persona, con el mismo tamaño físico que él, yaciera entre nosotros.

—Siento haberle dado a la chica la impresión de que la quería de alguna manera. —Susurró Alec. —No quería su compañía, sólo traté de ser un caballero y tomé la bebida. No pensé que haría daño beber un vaso de cerveza de oferta....

—¿Para una mujer hermosa? —Planché. —¿Habrías aceptado si fuera fea?

—Lo habría aceptado si estuviera lo suficientemente borracho para no ver bien.

Resoplé cuando escuché la respuesta de Alec y él me hizo reír y empezó a toser de inmediato.

—¿Qué pasa? Le dije: "Estoy preocupado.

—He estado mejor. —contestó de una manera perversa. —¡Gracias por salvarme la vida! Prometo compensarte de alguna manera.

—No fue tan difícil —dijo encogiéndose de hombros. —Esos hombres eran muy tontos y lo sabían. De lo contrario, no lo habrían drogado.

Alec se rió de nuevo.

—¿Cómo está tu brazo?

—Se pondrá bien. —...suspiré hacia atrás y pasé la mano donde se había hecho el corte. — Fue un rasguño. No tengo nada de qué preocuparme.

—Me alegra oír eso. —susurró antes de girarse a mi lado y poner un beso suave en mi frente. —¡Buenas noches!

La voz de Alec desapareció tras un fuerte suspiro. El gesto me tomó por sorpresa, porque era lo suficientemente suave como para no ir con Alec. No es que su naturaleza no fuera amable, pero Alec nunca fue lo suficientemente noble como para mostrar afecto por los extraños. Sin saber la razón, sonreí en la oscuridad y puse mi mano sobre el lugar donde se había besado. Era la primera vez en mucho tiempo que alguien mostraba afecto por mí. Todavía no sabía lo que significaba, pero me sentía bien. Volviéndome hacia un lado, cerré los ojos y caí en un sueño profundo. Estaba demasiado cansado para escuchar los pensamientos de mi mente.

Me desperté con un golpe en los hombros. Un grito resonó en el aire y luego salté, sentado en la cama. Un par de ojos preocupados me miraban mientras respiraba con dificultad.

—¡Calma! ¡Cálmate! —Dijo Alec en voz baja. —Respira hondo. Fue sólo una pesadilla.

Lo miré con el ceño fruncido. Miré alrededor de la habitación buscando las sombras que poblaban mi sueño, pero a pesar de la oscuridad, no había nada. Sólo se oía el sonido de mi respiración. Me llevó algún tiempo darme cuenta de que el grito que había oído era el mío. Fue otra de mis pesadillas.

—¿Cuándo terminará esto? —Susurré, poniendo mis manos sobre mi cabeza. —¿Cuándo... cuándo desaparecerán esas sombras?

Sin poder contenerme más, me desmayé en lágrimas. Alec me abrazó pasando una mano sobre mi espalda.

—¡Shii! Lloro —dijo en voz baja. —Sé lo que sientes y te prometo que pasará. No importa cuánto tiempo tarde, pasará.

Alec me anidó contra su pecho y me dejó llorar. Nunca en mi vida me había sentido tan frágil y para mí, eso fue patético. Como si leyera mis pensamientos, Alec me apretó contra su pecho, acariciando mi cabello.

—No te preocupes. No te preocupes. No te diré que a veces estás asustado y llorando.

—Si haces eso, te juro que te arrancaré las tripas por la nariz.

—¡Eso es horrible! ¡Qué sangrienta eres, jovencita!

Alec se rió, pero me abrazaba fuerte. Solía acunarme como si fuera un niño. Nos quedamos así hasta que la calma se apoderó de mi cuerpo y dejé de llorar. No sé cuánto tiempo había pasado, pero mi cuerpo era tan pesado que apenas podía moverme. Alec pareció darse cuenta, así que se recostó en sus almohadas y me colocó en su pecho.

—¡Duerme! —él se lo buscó. —Te prometo que no pasará nada mientras duermes.

—Lo decía en serio cuando dije que quería ser mi amigo.

—Aila, me encantaría ser más que tu amiga, pero si eso fuera posible, ya me sentiría satisfecha.

—¿Por qué es eso? —Olfateé. —¿Por qué me quieres cerca cuando hay mucha gente a tu alrededor?

Alec suspiró.

—Porque eres muy valiente y sensible y valiente —dijo sonriendo. —Mi hermana solía decir que una persona así debería ser mantenida para siempre. Eso es lo que pretendo hacer, no importa cuánto tiempo me lleve. ¡Ahora vete a dormir!

Eso sonó como una amenaza, pero decidí ignorarlo. Estaba muy cansada. Haciendo lo que Alec me pidió que hiciera, me aproveché de la seguridad por la que estaba pasando y me anidé en su pecho. Algo en sus palabras me ha hecho repensar la conducta de Alec en los últimos días. ¿Valdría la pena darle un voto de confianza? Eso pensé, pero aún así necesitaría más tiempo.

## Capítulo 18

### *Bree*

#### *Unos días después...*

---

Me miré al espejo con satisfacción cuando terminé de trenzarme el cabello. Hace unos días aún estábamos en esa aldea y le agradecí el tiempo por contribuir a nuestra partida. Las lesiones de Alec eran mucho mejores, y ya podía viajar. Él mismo decidió irse cuando vio que no iba a llover. Todavía nos quedaba un largo camino por recorrer. Miré a mi alrededor, recordando los momentos que pasamos allí mientras se recuperaba. Jugamos ajedrez por unas noches y Alec me ganó en algunas partidas. No parecía que nos estábamos quedando sin tiempo por una guerra.

Oí voces alteradas abajo mientras bajaba las escaleras. Un hombre le gritaba a alguien y una mujer parecía intervenir. Había llanto y alguien parecía muy asustado. Con la frente frunciendo el ceño, terminé de bajar las escaleras hasta el vestíbulo principal de la posada. Reconocí a Olivia, que estaba detrás del mostrador como si estuviera escondida. Estaba sentada con los brazos alrededor de las rodillas. La dorna de la posada estaba enfurecida con un hombre, apuntándole con un cuchillo e impidiéndole avanzar. Él la amenazó, pero ella no parecía temerle. Tengo una mala impresión del hombre.

—¡Buenos días! —dijo que se acercara a mí. —¿Está todo bien?

—No! —dijo la mujer con dureza y apuntó el cuchillo en dirección al hombre. —Este cerdo está tratando de sacar a Olivia de mi establecimiento, pero le dije que no se irá si no se va por su propia voluntad.

Le sonreí a la mujer. Admiré su valentía al enfrentarse a alguien mucho más grande con un cuchillo que apenas podía hacer un pequeño corte.

—¡Es mi sobrina y mi responsabilidad! —...el hombre ha coqueteado. —Además, soy el jefe de este pueblo y no dejaré que ninguna perra me diga lo que puedo o no puedo hacer.

Miré al hombre con asco. Era alto, fuerte y tenía la expresión de alguien que solía beber. Tenía los ojos rojos y hablaba amenazadoramente. El pelo graso era de color oscuro y llegaba hasta la altura de los hombros. Me recordó a Roy cuando amenazó a su esposa.

—Señor, ¿por qué no dejamos que Olivia decida si quiere ir o no? —le pregunté de pie frente a él.

El hombre se rió.

—Olivia no decide nada. ¡Esa niña es inútil!

—Sin embargo, me gustaría oírle decir si quiere o no ir con usted —dijo con voz firme y amenazadora.

Me miró de arriba a abajo y frunció el ceño cuando notó que la espada se me pegaba a la cintura.

—¿Quién diablos eres tú? —Preguntó con voz fría. —¿No me oíste decir que Olivia es mi sobrina y que vendrá conmigo?

—Puede que sea tu sobrina, pero no es de tu propiedad. —Dije en voz baja. —Que yo sepa, vivimos en un país libre o al menos hay gente que lucha por la libertad.

—¡Aún así, ella viene conmigo y nadie me detendrá! —dijo dando un paso hacia el mostrador. —¡Sal de la parte de atrás de este mostrador, Olivia! ¡Si bajo, ya sabes lo que pasará!

Oí un hipo y Olivia se levantó. Amenazó con acercarse al frente del mostrador y dio un paso al costado impidiéndole avanzar. El hombre frunció el ceño como si dudara de lo que estaba pasando.

—Olivia, ven aquí sólo si lo deseas. —Dije que sin dar la vuelta. —Recuerda mi promesa.

—¿Lo prometes? —preguntó. —¿Qué promesa? ¿Qué le prometiste a esa puta?

—¡Me voy y ella viene conmigo! —Dije, dejando claro que nadie me impediría salir de la aldea sin esa chica.

El hombre se rió.

—¡Déjame adivinar! ¿Te hizo prometer que la llevarías a casa de la abuela y su hermana? —dijo en tono irónico. —¡Esa chica es una mentirosa! No tiene abuela, y mucho menos una hermana.

Mirando a Olivia, le hice una pregunta silenciosa y ella asintió.

—¡Lo siento mucho! Lo dije con la esperanza de que me ayudarás. —declaró que estaba llorando.

—¿Y qué pretendía hacer solo en la carretera? —Le pregunté.

—No pensé en esta parte, sólo quería alejarme de ese monstruo —dijoseñalando a su tío. — ¡Porque es un monstruo! ¡Sólo quiero irme lejos de él!

El hombre puso los ojos en blanco.

—¡Cállate, perra! —amenazó con volver a moverse, pero yo lo detuve. —Sal de mi camino o no responderé por mí mismo.

No lo pensé dos veces y no le dejé hacer una nueva amenaza. Golpeando al hombre en la cara, lo hice tambalearse hacia atrás.

—¡Nadie me amenaza y me salí con la mía! —dijo sacando la espada del dobladillo. —Si quieres a Olivia, tendrás que pasar por encima de mí.

El hombre se llevó la mano a la boca y se la devolvió. Sus ojos humeaban cuando vio la sangre en su mano. Sonreí y me encogí de hombros. Dio un grito antes de sacar la espada del dobladillo que llevaba puesto y venir hacia mí.

—¡En tu lugar, yo no haría eso!

La voz de Alec venía de detrás del hombre. Aguantó la respiración antes de soltar la espada.

—No es que necesite un caballero con armadura brillante, pero si trata de lastimar a mi esposa, no tendré piedad. —Alec miró a Olivia y luego al posadero. —¿Te encuentras bien?

Ellos asintieron, así que se volvió hacia el hombre.

—¡Date la vuelta! —Alec lo ordenó.

El hombre se giró lentamente y miró hacia arriba, reconociendo inmediatamente a Alec. Me miró y Alec le agarró la garganta.

—¡No la mires! ¡Mírame! ¡Mírame! —ordenó entre los dientes. —¿Sabes quién soy yo?

—¡Sí, Su Alteza! —Dijo el hombre sin aliento. —No quise ofender a su esposa ni a nadie en esta habitación, sólo vine a....

—Recoge a tu sobrina. —Alec ha terminado. —Escuché toda la conversación.

—Me da mucho trabajo, pero es la única familia que me queda. Le prometí a mi hermana que

cuidaría de ella.

—Puedo apostar eso, especialmente la expresión de miedo en su cara. —Alec sonrió a Olivia, que suspiró.

—¡Le dije a ese hombre educado que Olivia vendrá con nosotros! —dijo inflexible.

Alec frunció el ceño, pero no cuestionó mi decisión.

—¿Me escuchas? —preguntó.

—Su Alteza... —Se quejó.

—Dije, ¿lo escuchaste? —Repitió Alec.

—Sí. —Ha respondido.

—Me alegro de que lo hayamos hecho bien. —Alec sonrió con un ligero golpe en el hombro del hombre. —Ahora, si sabemos que has amenazado, abusado o destruido a cualquier ciudadano de esta aldea, les arrancaré los ojos y se los daré a los perros. ¿Lo has entendido?

El hombre miró a Alec con una expresión de miedo, y luego me miró con una mirada de odio. Miró a Olivia y, sin decir una palabra, salió de la posada.

—Gracias! —dijo Olivia abrazándome. —¡Juro que pagaré con mi vida, por tu bondad!

—¡Está bien! ¡Está bien! —dijo sonriendo. —Quiero que subas y recojas tus cosas. De ahora en adelante, eres mi criada.

—¡Sí, señora! —Olivia asintió con la cabeza antes de correr hacia la parte superior de la escalera.

—¡Yo te ayudaré! —dijo la señora, antes de irse corriendo detrás de Olivia.

Alec me miraba fijamente.

—¿Aia? —dijo.

—Soy una princesa. —Dije que me encogiera de hombros y pusiera la espada en el dobladillo. —Ahora que mi esposo me hizo usar vestidos, necesito que alguien me ayude.

Alec se rió y luego suspiró.

—Sabes que no es una buena idea. —dijo. —Este viaje estaba programado para dos personas.

—Dos guerreros, Alec. —Lo hice.

—¡Intentó matarme! —argumentó.

—Intentó volver cuando dijo que estaba casada, pero no pudo sacarlo. —Discutí. —Olivia estaba muy asustada cuando la encontré bajando las escaleras. Aunque me cabréo mucho, creo que intentó hacer lo correcto. Los hombres eran enormes.

Alec se rió.

—Hace unas noches se peleó conmigo por Olivia y ahora la defiende. —agitó la cabeza de un lado a otro. —No puedo entenderla.

Suspiré en su contra.

—Alec, es sólo una niña pequeña. Estaba asustada, viviendo con un loco abusivo —dijocerrando los ojos. —Sé lo que es estar tan desesperado como para cometer una locura.

—¡No es una de tus hermanas!

—¡Pero podría serlo!

Alec me miraba fijamente. Sabía lo que yo pensaba. También pensé que él sabía lo que sentía por Olivia.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —Alec disparó. —Ella viene con nosotros.

Abrí una sonrisa, feliz de salvar una vida.

—Gracias! —dijo besando la mejilla de Alec.

—Creo que merezco más que eso —dijosujetando mi muñeca y tirando de mí hacia su cuerpo.

Apenas pude reaccionar cuando los labios de Alec se apoderaron de los míos, en un beso voraz y urgente. Como la última vez, mi mente sufrió un apagón y todo lo que pude hacer fue disfrutar de la sensación que ese beso le dio a mi cuerpo.

—¡Te odio! —Dije que en cuanto me dejara ir.

Las palabras salieron de una manera que ni siquiera yo creía. Alec se rió de mi expresión.

—¡Mentiroso! —susurró antes de irse. —Prepárate lo antes posible y apresura a tu criada.

Agité la cabeza de un lado a otro. Me toqué los labios al mismo tiempo, viendo a Alec caminar hacia el establo. Cada vez era más difícil resistirse a sus ataques y ni siquiera sabía si quería seguir luchando contra él. Suspirando, subí los escalones cada dos días y fui tras Olivia.

—Será un largo viaje! —Susurré antes de entrar en la habitación.



## Capítulo 19

### *Alec*

#### *Unas semanas después...*

---

—¡Qué hermoso lugar!

La suave voz de Olivia resonó animada, tan pronto como llegamos al final del sendero y llegamos al campo abierto. Ahora, sólo unos pocos kilómetros nos separan del camino a Dunhill. Ella tenía razón al decir eso, porque era un lugar realmente hermoso. Creo que para una chica que nunca había salido de su pueblo, ese lugar era sinónimo de paraíso.

—¡Tienes razón! ¡Tienes razón! —dijo sonriendo. —Es realmente hermoso aquí. Una de las pocas llanuras en medio de las Tierras Altas.

—He vivido mucho tiempo en la frontera de las Tierras Altas, pero nunca he pasado por este lugar.

Era el turno de Aila para comentar. Todavía no se sentía cómoda cuando la llamaba por su nombre de pila y siempre la levantaba con una cara. Nuestra estancia en las posadas y campamentos durante todo el viaje ayudó a mejorar nuestra relación. Incluso con Olivia alrededor, lo que pensé que era una razón para perturbar nuestra convivencia, después de todo, la chica había intentado matarme, no era un obstáculo para que empezáramos a llevarnos bien. De hecho, estaba disfrutando mucho de su compañía, que fue muy útil y una gran cocinera. Me recordaba mucho a mi hermana. Trabajó muy duro para ganarse mi confianza. Aunque todavía no tenía total confianza en Olivia, tuve que aceptar la forma en que ella lo hizo para ser agradecida y leal con nosotros por salvarle la vida. Anoche, mientras acampábamos en un claro, ella había entrado a hurtadillas y se había sentado a mi lado. Vigilé a Aila mientras se ocupaba de los caballos. Fue una conversación inesperada, pero muy agradable.

—Te gusta ella. —Olivia había dicho. —Puedo ver la forma en que la miras. Creo que ella siente lo mismo por ti.

Fruñí el ceño, volviendo la mirada para enfrentarlo. Olivia se sonrojó por mi expresión. No quise asustarla, pero terminé haciéndolo.

—¡Lo siento mucho! —dijo ella. —Estoy acostumbrado a hablar demasiado y tú eres un príncipe. No debo darle mi palabra a menos que la haya solicitado.

Olivia mencionó que se había levantado, pero yo la detuve.

—No te vayas. —Dije. —No quise sonar grosero. Aprecio a la gente que es sincera. Mientras no me insultes o me falles con respeto, tu opinión es bienvenida.

—¡Gracias, Su Alteza!

—¡Por favor, llámame Alec! Odio esas formalidades y no estamos en el castillo.

Olivia sonrió, se sentó y se sentó a mi lado. Se quedó callada y me molestó, porque me di

cuenta de que quería decir algo, pero no sabía por dónde empezar.

—Di lo que piensas y déjame evaluar tus palabras.

—Quería disculparme por lo que pasó en la taberna —dijo suspirando con pesar —le pedí perdón a la princesa, pero creo que el mayor perdedor fuiste tú.

—Olivia, sólo hay una persona a la que le guardo rencor y no eres tú. —dijo. —Nunca me ha engañado una mujer y debo confesar que me ha sorprendido.

—¿En serio? Yo no quería hacer eso y juro que intenté evitarlo, pero eran muchos y no tengo conocimiento de la batalla.

—Corrección... —dijo levantando el dedo índice. —No lo hice.

Me miró asombrada y luego sonrió.

—Sí, no lo hice.

Aila le estaba enseñando a Olivia a usar el arco y era muy buena. Parecía un natural.

—Sabes, Bree me contó lo que había pasado. Sé lo que es estar desesperado y confundido —dijo moviendo la cabeza. —Con tanto que no intentes matarme o drogarme otra vez, estás perdonado.

Olivia se rió.

—¡Tienes mi palabra! —dijo levantando la mano. —Y mi gratitud por su ayuda.

Respiré profundamente. Estábamos en silencio y yo estaba observando a Aila. Parecía hablar con los animales mientras los cepillaba.

—¿Cuánto tiempo llevas casada? —preguntó Olivia.

—Sí, pero hay muchas cosas que no hemos sabido —dijo moviendo la cabeza.

—Eso explica el brillo de sus ojos cada vez que te mira. —Olivia sonrió, pero pronto su sonrisa murió. —Por favor, no le digas que te lo dije, ni siquiera porque no sabe que me di cuenta.

Me reí y eso hizo que Aila mirara en nuestra dirección. Tu expresión ha cambiado a seria. Me di cuenta de que tenía curiosidad. Olivia la saludó con la mano y Aila asintió. Volvió a lo que estaba haciendo, pero me di cuenta de que era una soplona. ¡Sí! Aila estaba celosa de Olivia. Sonríe a la conclusión de mi teoría.

—Tienes mi palabra. —me dijo que me levantara. —Ahora, vamos a dormir porque el viaje será largo y debería comenzar tan pronto como amanezca.

—¡Sí, señor! ¡Sí, señor!

Olivia salió hacia el fuego y cogió la manta que había traído. Se acostó junto al fuego, pero antes de eso, puso el arco junto a su almohada con su alforja.

—¿Sois amigos? —dijo Aila deteniéndose a mi lado.

—Sí. Olivia es una chica bastante agradable e inteligente. —Respondí sonriendo. —Hiciste bien en traerla. Es una buena ayudante y aprende rápido.

—Me lo imagino, por la forma en que se rieron —Aila regresó con ironía.

—¿Otra vez celoso? —pregunté de una manera perversa. —Fue sólo idea tuya.

—Te lo dije, no estoy celoso. —ella lo devolvió. —Olivia es realmente una chica extraordinaria. Aprendes tan rápido como mis hermanas.

Aila miró hacia el horizonte. Esa noche estaba despejada y no había señales de lluvia. Fue un privilegio ver la luna. Estaba escondida, pero aún así, su resplandor era magnífico. Al acercarme a Aila, la abracé por detrás. Era un gesto muy común que me dejara practicar cuando estaba triste o nervioso.

—Sé lo que estás pensando. —Susurré. —Estarán allí mañana y no habrá salida.

—Eso ya lo sé. —suspiró. —Ojalá no me odiaran tanto.

—Sólo confía en mí. —Lo hice. —Te odiará si le cuentas lo que pasó. Creo que hasta que lo sepas.

—¿Por qué dices eso?

—Si conozco a Alistair, nunca se lo ocultaría a Aideen y estoy seguro de que ella no se lo ocultará a Aileen.

—Acaban de casarse. —Aila agitó la cabeza de un lado a otro. —No creo que te importe tanto Aideen.

Volviendo a Aila para enfrentarla, le sonreí.

—Deberías haber visto cuánto insistió en casarse con ella. Conozco a mi hermano. No habría roto una tradición si no se hubiera preocupado por tu hermana. —Me tomé un descanso. —¿Confía en mí, todo saldrá bien! ¡Lo prometo! ¡Lo prometo!

Aila asintió sonriendo como lo había hecho. Me estaba acostumbrando a tus sonrisas irónicas. Bajando la cabeza, le puse un beso en la frente. Ojalá hubiera hecho más, pero decidí retirarme.

—Vamos, vamos, vamos, vamos, vamos, vamos. —dijo, tomando la mano de Aila y tirando de ella hacia la manta. —Ven y descansa. Mañana será un día largo.

—Tienes razón, pero no creo que pueda dormir.

—Bueno, si me dejas intentarlo, conozco una técnica que podría ayudarte.

—¿En serio? —Preguntó con una sonrisa irónica. —¿Y qué técnica sería esa?

—Se llama proxeneta.

Aila se echó a reír cuando me tiré al suelo a mi lado. Respiró hondo, pero, para mi sorpresa, yacía allí inclinando su cabeza sobre mi pierna. Comencé a aflojar sus trenzas que le gustaba mucho hacer y desperdicié horas mientras cabalgábamos. La acaricié en la cabeza hasta que sentí que había dormido profundamente. Satisfecho, me apoyé en la piedra y oré.

Un grito hizo que mis pensamientos volvieran al presente. Miré a mi alrededor, pero no vi nada. No había soldados ni mercenarios. Estábamos en la mitad del campo con algunos árboles a nuestro alrededor. Era el final de la pradera y el principio de un bosque a nuestra izquierda.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro! —así que entrecerré los ojos para saber de dónde venía. —¿Que alguien me ayude!

—¿Escuchaste eso? —Le pedí que mirara de Aila a Olivia.

—Sí. —Contestó Aila. —Me pregunto de dónde viene.

Permanecimos en silencio y observamos el horizonte hasta que Olivia se manifestó.

—¡Allí! —señaló. —En la dirección de la carretera. ¿No pareces una mujer medio desnuda?

Chupando mi frente, me concentré en lo que ella estaba señalando. Una mujer rubia que llevaba una sola combinación salió de la carretera y corrió hacia nosotros. Detrás de ella había un hombre con un camino. Estaba a punto de llegar a su esposa. Desde donde estábamos, no podía reconocer a la mujer, pero reconocí al acosador.

—¿Es eso posible? —Susurré. —¡Ah! ¡Oh, Dios mío!

—¿Qué está pasando? —preguntó Aila.

—¡Ese es Morvan! —dijo exasperado.

—¿En serio? ¿Qué está haciendo aquí?

—No lo sé, pero si va tras esa mujer, es porque le pagaron para capturarla. —Respondí haciendo una reverencia. —¿Tenemos que ayudarla!

—Alec, estamos muy lejos. Tenemos que acercarnos.

Aila se volvió hacia Olivia.

—¿Ves los árboles? —preguntó y Olivia asintió. —Ve hacia ellos y quédate allí hasta que te

llame.

—¡Pero puedo ayudarte! —Olivia discutió.

—¡Vamos, Olivia! —dijo Aila haciendo la reverencia. —¡Obedece, por favor!

Olivia asintió y disparó para encontrarse con los árboles.

—¡Déjame a mí! —Dije a sangre fría.

—¿Y dejar que se pierda toda la diversión? —dijo encogiéndose de hombros.

Salió al encuentro de la mujer a la que habían alcanzado y se peleó con Morvan. Ella lo golpeó con un golpe, pero Morvan le agarró el pelo pasando una daga por la cara. La mujer logró desconectarse, pero terminó en el suelo. Ella se arrastró tratando de escapar, pero él le agarró la garganta con fuerza.

—Aila, ¿puedes pegarle?

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí.

Apuntó el arco en dirección a Morvan y disparó una flecha que lo golpeó en la espalda a la altura de uno de los hombros. Oímos su grito y dejó caer la daga de rodillas a los pies de la mujer rubia, a la que pronto reconocí como Aileen.

—Eso.... —Susurró.

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí.

Bajando del caballo, me dirigí hacia Morvan, que se volvió hacia mí.

—¡No puede ser! —Aileen susurró cuando estábamos muy cerca. Miró a Aila con una expresión de confusión y asombro.

—¡Morvan! —Dije que a medida que me acercaba. —He estado soñando con este momento desde la muerte de Cora.

Morvan sonrió arrodillado y cerró los ojos. Sacando la espada del dobladillo, la sostuve con fuerza y con un golpe seco le corté la cabeza a Morvan.

—¡Eso fue por mi hermana! —dijo antes de patear el cuerpo de Morvan al suelo. —¿Aileen? ¿Te encuentras bien?

Todavía estaba en estado de shock cuando me acerqué a ella y me agaché para evaluarla. Había sangre fluyendo de una herida en la cabeza. También tenía algunos cortes en la ceja y la boca, lo que demuestra que había recibido algunos golpes.

—Yo... Ella... —Susurró Aileen. —No.... ¡No puede ser!

—Aileen, sé que suena confuso, pero mantén la calma —dijomirando a Aila, quien miró a Aileen desde lo alto del caballo. —La llevaremos de vuelta a Dunhill a salvo.

Miré a Aila, que se bajó del caballo y caminó hacia nosotros. Estaba vestida con un vestido amarillo y un corpiño hecho de tela de punto, que le había sugerido que se pusiera. La manga del vestido era más corta que la de los demás, y sólo llegaba hasta el codo. Se puso los brazaletes de cuero para ocultar las cicatrices. Su daga habitual y una pequeña bestia estaban atadas al ancho cinturón que adornaba su cintura. Llevaba la vaina de la espada a través de su pecho y pegada a su espalda. Sonríe cuando el mango de la enorme espada brilló sobre su hombro. Eso no le impidió caminar resuelta y elegantemente hacia nosotros. Su rostro, que para mí era delicado y muy bien dibujado, trajo una mezcla de cansancio que resaltó algunas pequeñas cicatrices. Sonreí cuando se acercó. Su inquebrantable seguridad siempre colgaba de un hilo. Me miró con una expresión de miedo que sólo yo podía identificar. Asentí con la cabeza y la animé a continuar.

—¡Hola, Aileen! —dijo temerosa y extendió su mano. —¡No me mires así, por favor! No soy un fantasma.

Aileen miró su mano extendida durante unos segundos, intentando decidir si aceptaba o no su

ayuda. Extendió la mano con gran temor y lentamente la llevó hacia Aila. Cuando sus dedos tocaron la mano de su hermana, Aileen se encogió como si un rayo la hubiera golpeado y contuvo la respiración. Las lágrimas invadieron sus ojos y comenzaron a rodar por su cara. Aila sostuvo firmemente la mano de su hermana y la apretó contra su cuerpo.

—¡Aila! —dijo Aileen al abrazarla.

—¡Lo siento mucho! —Aila la apretó fuerte. —¡Por favor, perdóname! ¡Perdóname!

Ambos se abrazaron durante mucho tiempo, llorando. Aileen estaba débil debido a su esfuerzo y a sus heridas. La emoción la hizo desmayar en los brazos de su hermana.

—¡Aileen! —Aila llamó con desesperación. —¡Aileen, despierta!

—¡Calma! ¡Cálmate! —dijo sosteniendo a Aileen y la sostuvo en mis brazos. —Ella está herida. Tenemos que llevarla a Dunhill.

—¡Yo me la llevo!

—Déjame llevarla —dijo dirigiéndose hacia el caballo. —Llama a Olivia.

Aila asintió y le hizo señas a Olivia para que viniera hacia nosotros. Montamos los caballos y nos dirigimos a Dunhill. Entramos en el patio del castillo a toda prisa. Alistair vino hacia nosotros.

—¡Bree! ¡Alec! —...vino y me bajé del caballo. —La encontraste.

—Sí. Aileen estaba en la carretera, peleando con Morvan. —Se lo expliqué y se lo llevó. —Estará bien, pero necesita muchos cuidados. Tiene una herida en la cabeza.

Aila estaba muda en el caballo. La miré y seguí su mirada en la dirección que ella miraba. De pie en la puerta principal del castillo, Aileen la miró en silencio. Estaba pálida como si hubiera visto un fantasma.

—¡Aileen, mira! —Alistair la llamó. —Alec fue capaz de encontrar a Aileen.

Frunció el ceño, claramente preocupado por su esposa, que no se movía. Aileen parecía una roca de hielo atrapada en el suelo.

—¿Qué está pasando? —preguntó Alistair, mirando de uno a otro. —¿Por qué Bree es tan parecida a Aileen?

Respirando hondo, me dirigí hacia Aila y extendí mi mano para ayudarla a desmontarla.

—Confías en mí, ¿verdad? —Le pregunté por la cintura. Asintió al tragarse lo seco. —Entonces ve con ella.

Aila asintió con la cabeza y caminó lentamente hacia su hermana. Aileen tenía lágrimas en los ojos cuando se arrojó a los brazos de Aila. Sonrieron y lloraron al mismo tiempo, arrodillándose en el suelo.

—¿Alguien puede decirme qué está pasando? —Alistair insistió.

—Mi hermano... —dijo que le di una palmada en el hombro. —Esta es una larga historia. Sólo espero que haya un final feliz.



casi pasa. ¡Casi muero en ese maldito calabozo, bastardo desagradecido!

—¿Qué...? Aileen se ahogó. —¿Qué quieres decir con eso?

Alec me dio la vuelta para que lo mirara fijamente y me abrazara.

—¡Shii! —susurró pasando sus manos por mi pelo. —Ravenna amenazó con pegarte por contarle a Aila sobre la violación de Aideen. Se ofreció a aplacar la ira de su madre porque su plan no había funcionado y aún así perdió a su amante. A Aila fue golpeada durante días seguidos hasta que fue enviada a Edimburgo.

—No. Te equivocas. —Aileen contestó. —Aila fue enviada a Gretna Green el día después de la pelea contra Roy. Mi madre había dicho que necesitaba aprender algunas cosas y que las monjas harían un trabajo mejor que el suyo. No estuve de acuerdo con eso y Aideen estaba terrible por tu partida.

—Ravenna te mintió. —Alec dijo. —Aila ha vivido escondida creyendo que Ravena podría hacerte algo si se enterara de que está viva. Sólo Sinclair y yo sabíamos quién era Bree.

Alec me alejó de él y respiró hondo.

—Muéstrales lo que me mostraste —dijosonriendo.

—¡Son horribles! —declaré con lágrimas en los ojos.

—Lo sé, pero son para sobrevivir.

Al sentarme, empecé a aflojar las correas de los brazaletes de cuero. Alec me ayudó a sacar uno a la vez con mucho cuidado. Sabía que a veces todavía sentía dolor. Lentamente me di la vuelta mostrando las marcas de quemaduras en los grilletes.

—Eso es lo que tengo por cambiar de lugar contigo, Aileen —dijoresfriado. —Estos no son los únicos. Los de atrás son los peores y todavía duelen mucho más.

Aileen se acercó lentamente. Aideen puso su mano en una de mis muñecas y se cubrió la boca con la otra.

—¡Jesús! ¿Qué son esas cicatrices? —Preguntó Aideen con lágrimas en los ojos.

—Son grilletes de quemaduras. —Alec respondió.

—¿Grilhão? —Aileen suspiró sorprendida. —Para herirlos hasta el punto de dejarles marcas debes....

—Varios días en ese calabozo. —Susurré. —Aun sabiendo que su castigo sería menos doloroso, preferí no arriesgarme y le pedí que se desquitara conmigo.

Tomando los brazaletes, empecé a ponérmelos de nuevo. Aileen se acercó aún más a mí y me abrazó.

—¡Lo siento mucho! —susurró ella. —Fui injusta. No debí haber dicho esas cosas.

—¡Está bien! ¡Está bien! —dijo abrazándola. —Siento haberte hecho daño. A veces pierdo el control cuando estoy enfadado.

Nos abrazamos de nuevo y Aideen se unió al abrazo colectivo. No sé cuánto tiempo nos quedamos así hasta que Alistair se pigmentara.

—Me alegro de que te hayas reconciliado —dijoAlistair. —Bree o Aila.... Todavía estoy muy confundida con todo esto, pero me alegro de que seas mi cuñada.

—¡Gracias, Su Majestad! —mirando a Alec, suspiré. —Puedes llamarme Aila.

Alec me sonrió. Hasta entonces, sólo él o Sinclair me llamaban por mi nombre. Tuve que confesarme a mí mismo que extrañaba oír mi nombre.

—Bueno, ¿por qué no nos dices a qué has venido? —preguntó Alistair. —Pensé que había enviado una carta diciendo que Aileen estaba bien y a salvo con Bruce.

Alistair se detuvo y sonrió irónicamente.

—De hecho, demasiado bueno, creo.

Fruncí el ceño ante Aileen, que se encogió de hombros.

—¿Qué intenta decir Alistair? —Le pregunté. Aileen se sonrojó.

—Me casé con Bruce ayer por la mañana. —ella respondió mostrándole a la Alianza.

Miré a Alistair, que asintió, y luego miré a Alec.

—Sí, parece que los MacCalisters tienen una gran atracción por el MacBride — dijo irónicamente. —¿Qué es lo que nos atrae tanto de ti?

Alistair frunció el ceño.

—No entendí tu chiste, hermano.

—Hay dos de nosotros. —Disparé en un tono irónico. —Desde que llegó al campamento, he estado tratando de entender sus tonterías.

Alec se rió.

—Lo entenderás, ¡pero no ahora! —dijo de vuelta a la mesa. —Es una larga historia y prefiero discutir más tarde. Creo que Aila desea descansar de su viaje y disfrutar de la compañía de sus hermanas.

—¡Gracias, Su Alteza! —dijo, asentándose aliviado. —Sí, necesito un baño y un descanso. Si alguien puede encontrar e instruir a mi criada Olivia....

Aideen pigmentado.

—Aila, nunca te gustaron los que teníamos —dijo Aideen.

—Esta es también una larga historia que quiero aclarar, pero si alguien es tan amable de encontrarla —dijo suspirando.

—Puedes dejarme hacer eso —dijo Aileen. —Intentaré encontrar a Bruce también.

Aileen salió temprano, pero antes de que pudiera tocar la puerta, abrió y una mujer entró corriendo. Parecía una campesina y corrió hacia Alec.

—¡Alec! —dijo que abrazarlo por la cintura. —Oí que habías vuelto y decidí venir a verte.

—¿Rose? —Dijo confundido. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Te he echado de menos.

Ella no esperó la reacción de Alec y lo besó. Contuve la respiración cuando vi la escena grotesca, porque la mujer tenía una forma oculta de actuar. Alec la agarró de los brazos y la empujó. Miró mi mirada perpleja.

—Pero, ¿qué crees que estás haciendo? —dijo, alejando a su esposa.

—Dándole un beso de bienvenida, tonto. —Contestó ella con una sonrisa irónica.

Mirando a Alistair, me di cuenta de que la miraba con odio en los ojos. Aideen no estaba muy lejos, pero Aileen parecía confundida.

—¿Qué haces aquí, Rose? —preguntó Alistair entre dientes. —Te dije que te alejaras del castillo.

—Sí, y lo hice, pero dije que no podía venir hasta que Alec volviera. —lo devolvió con una sonrisa irónica. —¡Bueno, ha vuelto!

Bruce entró en el pasillo, respirando hondo como si hubiera huido a kilómetros de distancia.

—¡Lo siento, Alistair! —dijo. —Intenté detenerla, pero ya sabes lo ágil que es Rose.

Ese comentario hizo que Aideen volviera los ojos. Estaba confundido por lo que vi, pero pronto recordé que Alec ya había mencionado ese nombre antes.

—¿Así que esta es Rose? —Le pregunté, mirando a Alec.

Alec cerró los ojos, se calmó y puso cara.

—Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí.



—¡Jesús, Alec! Olivia es más guapa. —Dije irónicamente. —¿Cómo te sedujo eso? ¿Con barriles de semillas o con ollas de sopa? Tal vez, quién sabe, fue con la habilidad de hacer la cama bien.

Alec se rió. No se suponía que fuera gracioso, era un insulto. Entonces me di cuenta de que estaba celoso de Rose y Alec y lo había notado.

—¿Quién es Olivia? —Preguntó indignada Rose.

—Mi criada —le contesté con voz seca.

—¿Y quién serías tú? —me preguntó si volvería conmigo.

—¡Rose! —Alistair llamó su atención. —Recuerda que estás en mi castillo y no en una de tus fiestas de taberna. Soy el rey de Escocia y mi hermano el príncipe. Trátalo con el respeto que un sujeto debería tratarlo.

—¿Un tema? —dijo Rose de una manera irónica. —Pensé que era más que un tema.

Alec frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Aún no me lo has dicho? —continuó pareciendo irónica.

—¡Rose! —Dijo Alistair otra vez en tono de advertencia. —Esta es mi última advertencia. Vete ahora o te expulsaré del país.

—¿Es otra de tus amenazas para mantenerme callado? —amenazó.

No entendía nada de lo que estaba pasando, pero podía ver que era algo que involucraba a Alec y el asunto era serio. Alec tenía una expresión confusa en su mirada y observaba con mucha atención la discusión entre su hermano y un plebeyo maltratado.

—Si mi marido no la está amenazando, diré que sí —dijo Aideen con su fría voz. —Tenemos un acuerdo, si no lo recuerdas, entonces deberías volver a la casa de campo donde no deberías irte antes de tiempo.

—¡Espera! Alec está manifestado. —¿Qué trato? ¿Por qué Rose fue enviada a una casa de campo?

Rose sonrió altivamente. Había algo en ella que yo no estaba disfrutando en absoluto. Parecía tan segura que no respetaba la corona que llevaba Alistair. Hasta el punto de ser irónico con mi hermana sin ninguna vergüenza. Un resfriado atravesó mi columna vertebral cuando su sonrisa se abrió aún más.

—¡Porque estoy embarazada! —disparó y luego se volvió hacia Alec. —Y el hijo es tuyo.

La expresión de Alec cambió y su rostro se volvió blanco como la cera. Aguanté la respiración porque sabía lo que pasaba por su mente. Pronto me vinieron a la mente sus palabras sobre no querer ser padre, pero su reacción me sorprendió porque no era lo que esperaba. En vez de resoplar o graznar, Alec se rió. Era nerviosismo.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —Dijo incrédulo. —¿Eso es una broma?

—Por supuesto que no! —Rose dijo que tomando su mano y cargando el vientre que ya estaba señalando. —Siente cómo nuestro bebé se fortalece.

Alec miró a Alistair, quien asintió con una expresión de pesar en un gesto de confirmación. Alec soltó un rugido y golpeó la mesa asustando a todos los presentes.

—¿Y cuándo tenías intención de decírmelo? —Alec se ha vuelto loco.

—Alec, yo... —Alistair intentó decir algo, pero fue interrumpido por otro rugido de Alec.

—¡Ese no es mi hijo! —gritó, dejando a Rose horrorizada. —No sé de dónde sacaste esa idea, pero no es mía. ¡No quiero ser padre! ¿Lo has entendido?

Alec cogió la botella de alcohol que estaba en la mesa y la disparó desde el pasillo. Espié

profundamente, dándome cuenta de que había cogido el aire. Alec tenía una expresión que me daba miedo. El silencio se mantuvo en el aire durante unos segundos, hasta que Alistair se dirigió hacia Rose y le dio una bofetada en la cara.

—¡Vio lo que hiciste! —lo sacudí. —Ahora Alec se beberá toda esa botella. Ya sabes lo que pasa cuando bebe demasiado cuando está enfadado.

—No lo habría hecho si se lo hubiera dicho. —disparó a Rose con lágrimas. —¿Cómo podía saber que él no lo sabía?

—¿Qué querías que le dijéramos? ¿Que tal vez podría convertirse en padre? —Preguntó Aideen. —Olvidas que te puse en esa casa porque intentaste engañar a Alistair con esta misma conversación.

Miré de una a otra mientras intercambiaban acusaciones. Estaba claro que Rose estaba tratando de golpear su barriga. No podía prestar atención a los detalles en ese momento, porque estaba preocupado por Alec. Las palabras de Alistair sólo me hicieron sentir más aprensivo.

—¡Oye, oye, oye, oye, oye, oye, oye! ¡Basta! —Grité después de un silbido. —No sé qué está pasando, y por ahora, no me importa. ¡Lo que me preocupa ahora es Alec!

Volviendo a Alistair, suspiré profundamente.

—Su Majestad, dijo que Alec no se ve muy bien cuando bebe demasiado alcohol.

—Sí. Alistair le pasó las manos por el pelo largo. —Después de la muerte de Cora, mientras se recuperaba y durante un pequeño descuido, Alec se bebió una botella entera de vino. Rompió todo lo que había en su habitación en un ataque de rabia. Golpeó una pared tan fuerte que se rompió los dedos con ambas manos. Sólo se detuvo porque se desmayó.

—¡Jesús! —Susurré. —¿Sabes adónde pudo haber ido? Quiero decir, ¿hay algún lugar donde pueda haberse escondido para beber?

—Sí, pero Alec no quiere hablar conmigo.

—Ahora no, pero conmigo —dijo quitando la banda de cuero que sostenía la espada en mi espalda. —Dime adónde pudo haber ido y déjame el resto a mí. Prometo traer a Alec sobrio y de una pieza.

—¡No lo lograrás! —Alistair disparó con miedo. —Nuestra madre no pudo hacer que se detuviera y volviera a su razón. ¿Por qué crees que puedes hacer eso?

Sonriendo con arrogancia, lo miré fijamente mientras se sacaba todos los puños de los zapatos.

—¡Porque soy su esposa! —Yo disparé.

Alistair me miró con el ceño fruncido.

—¿Tú qué?

—Es una larga historia que voy a aclarar en cuanto regrese. Ahora, si no le importa, ¿dónde puedo encontrarlo?

Alistair se quedó mudo durante unos segundos.

—Hay una cueva bajo el puente a la orilla del lago —dijo finalmente. —Alec suele esconderse allí para estar solo. Bruce puede acompañarte si lo deseas. Creo que si Alec me ve ahora, me lanzará una piedra.

—¡No tienes que hacerlo! Donde sea que esté, encontraré el lugar.

Caminé hacia la puerta. Mientras desabrochaba las trenzas de mi cabello, volví la mirada hacia Rose, que me miraba asombrada.

—Cuando vuelva, tendremos una larga charla. —Dije en un tono frío. —Sólo tú y yo.

—¿Y si no estoy aquí? —Preguntó con el temblor.

—¡No te preocupes! Lo dijiste riendo después de eso. —La encontraré incluso en el infierno.  
Palabra de un MacBride!

Antes de que Rose dijera nada, entré por la puerta de la sala y me fui apresuradamente hacia el lago. Sólo esperaba que Alec estuviera realmente allí y no hiciera nada estúpido.

## Capítulo 21

### *Alec*

---

Apoyé la cabeza contra la roca sobre la que me apoyaba. Mirando la botella de Bourbon por la mitad que contenía, sólo tomé un sorbo. Ahora que podía respirar, no sabía si realmente quería beber ese líquido. Tomé la botella por impulso. Desde la última vez, cuando terminé con las manos rotas por golpear las paredes de mi habitación después de beber demasiado, decidí que nunca volvería a hacerlo. Mi madre estaba aterrorizada, al igual que Alistair. Mi padre había dicho que yo sólo quería llamar la atención y me sentía fatal por ello. Beber no traería a Cora de vuelta. Tampoco me estoy enojando. ¡Lo que podría hacer es recuperarme e ir tras los idiotas que la mataron! Eso es exactamente lo que hice. El problema era que me llevó demasiado tiempo recuperarme completamente y volver a ser racional.

La noticia de que voy a ser padre no era lo que esperaba oír. Había una guerra a punto de terminar y no quería poner a un niño en el mundo bajo amenaza constante. No estaba preparada para eso, especialmente sin saber que mamá sería Rose. Había dos hechos que no me gustaban y no tenía ni idea de cuál me molestaba más. Si el que yo sea padre o que Rose sea madre.... Siempre he sabido de la ambición de Rose de atrapar a uno de nosotros, preferiblemente a Alistair, pero esta vez había cruzado todos los límites plausibles.

—¿Alec?

La voz de Aila resonó en la pequeña cueva en la que estaba. Había encontrado ese lugar durante un juego de esconderse. Nadie podía encontrarme y siempre terminaba ganando al final. Después de crecer, el lugar se convirtió en mi refugio. Un día Alistair me siguió y me vio entrar. Apuesto a que fue él quien se lo dijo a Aila.

—Te hizo un conejillo de indias, ¿no? —dijo riendo.

—En realidad, me ofrecí como voluntario. —contestó ella. —¿Cómo te sientes?

—Aún no estoy seguro, pero tengo un poco de miedo a las noticias —dijo suspirando.

Aila dejó salir una risa. Ella estaba tratando de hacerme sentir cómodo. No habíamos estado juntos durante mucho tiempo, pero ya la conocía un poco sobre su forma de expresarse.

—¿Puedo acercarme o tengo que llamar a un ejército? —Preguntó con voz irónica.

Respiré profundamente en una cara. Sabía la razón de la pregunta, pero decidí unirme al juego.

—¿Por qué necesitaría un ejército?

—No lo sé! —se rió. —¿Cuánto has bebido?

—No mucho, pero lo suficiente para relajarse un poco.

—¿Entonces estoy a salvo?

—Tal vez! ¿Tienen sus dagas?

—No. —Ella suspiró en tono de lamento. —Sólo traje mi simpatía y mi encanto.

—¿Qué ladrón! —dijo de forma irónica. —Esa es mi línea.

—No veo tu nombre escrito en ninguna parte, así que puedo usarlo perfectamente.

Seguí riendo y cerré los ojos, apoyando la cabeza contra la piedra. Hice una señal con la mano para que Aila se acercara. Ella obedeció, caminando lentamente hacia donde yo estaba. Llevaba un vestido sencillo que yo no conocía. Tal vez fue tomada prestada de tus hermanas. Era verde esmeralda como sus ojos. Su pelo estaba suelto, pero ondulado por la marca en las trenzas que llevaba esa mañana. Los finos rizos caen por tus hombros y tu cara. Era la visión de un ángel, pero yo sabía muy bien que podía llevarme al infierno en cuestión de segundos.

—Hola —eso es todo lo que dijo mientras se agachaba frente a mí y apoyaba sus codos en sus rodillas. —¿Quieres que hablemos?

—Pensé que ya lo estábamos —dijoseco.

Aila tomó la botella de mis manos y la llevó a mis labios, así que se sentó a mi lado.

—¿Qué clase de horrible Bourbon es ese? —dijo poniendo una cara. —Sabe a pis de gato.

Me he reído un poco.

—No sabía que habías tenido orina de gato en tu vida.

—Cuando era niño. —contestó ella. —¡Si se lo cuentas a alguien, te mato!

—Tu secreto está a salvo conmigo, princesa —dijoriendo.

Aila me miró medio cerrada, lo que me hizo reír aún más. Me alegré de que me hiciera olvidar mis problemas.

—Háblame de Rose. —ella se lo buscó. —¿Cuándo fue la última vez que la viste?

Agarrando la botella de alcohol que tenía en sus manos, le di un sorbo en el líquido fuerte y respiré profundamente.

—En la boda de Alistair. —Yo contesté. —Estaba tratando de sacarla de sus brazos. Mi hermano estaba muy borracho y apenas podía estar de pie. En realidad no sabía la razón en ese momento, pero pensé que era inapropiada.

—¿Así que ahí es donde te acuestas con ella?

Aunque parezca que sí, la pregunta de Aila no fue formulada como una acusación. Sólo lo cuestionó.

—No. —Dije sacudiendo la cabeza. —Mi padre me llamó y los perdí de vista. Traté de distraerme todo lo que pude, porque no quería pensar que dirigiría un ejército en los próximos días. Al mismo tiempo, estaba ansioso por saber que podía encontrar a Morvan.

Me tomé un descanso bebiendo un poco más.

—No la vi hasta esta mañana.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó ella. —¿No lo encontraste en alguna parte y estabas demasiado borracho para recordarlo?

—Escucha, aunque no lo parezca, soy un caballero. —me dijo que me diera la vuelta para enfrentarme a ella. —Puede que incluso sea un idiota seductor, pero me gusta estar sobrio para disfrutar del placer de una hermosa compañía. Puede que incluso tome algunas dosis, pero hasta el punto de perder el conocimiento, nunca lo haría.

Me miró de reojo, volviendo los ojos.

—Me gusta tener el control! —...le disparé con los hombros puestos. —No quería ser padre todavía. No me siento preparado para eso ahora mismo.

—¡Y no lo será! —disparó a Aila agarrando la botella y llevándola a sus labios. —Al menos no ahora.

Franzando la frente, sin entender exactamente lo que decía, comencé a mirar a Aila. Miró hacia una roca y se rió. Llegué a creer que estaba borracha, pero recordé la cantidad de alcohol que le había visto beber y descarté esa posibilidad. Aila se estaba burlando de mí. Sólo que no

sabía la razón.

—¿Puedo preguntar el motivo de esa risa? —Hice una pregunta enojada.

—Alec, si te detuvieras a pensar, en lugar de dar un ataque como un niño, sabrías que Rose está mintiendo —dijoriendo aún más. —No está embarazada de ti en absoluto.

—¿Cómo.... cómo sabes eso? —pregunté con una mezcla de asombro. —Viste su barriga.

—Sí, pero eso no significa que sea tuyo —dijoy, suspirando, volvió su mirada para encontrar la mía. —Alec, dijiste que sólo revisaste a tu hermano dos días después de que saliera al frente y que, mientras tanto, estabas con los grupos de mercenarios.

—Sí, pero ¿qué prueba eso?

—Bueno, asumiendo que has estado fuera durante unos seis meses y no has tocado a Rose antes de irte al frente.... —se tomó un descanso. —Supongo que este niño pertenece a Alistair y no a ti.

Mirando a Aila atónita, sentí que los engranajes de mi cerebro empezaban a funcionar. De repente, una ola de alivio se apoderó de mi cuerpo, pero todavía había una cosa que estaba mal. Según Bruce, cuando le pregunté si había visto a Alistair y Rose, me dijo que los había visto aquí en el lago, donde a Alistair le gustaba llevarla. Rose intentó por todos los medios despertarlo, porque Alistair se había desmayado antes de hacer algo con Rose. Bruce había dicho que se había sentido frustrada cuando él se le acercó y llevó a Alistair a una de las habitaciones del castillo.

—¿Rose está mintiendo! —Dije con voz incrédula. —El hijo tampoco es de Alistair, y dudo que sea de Bruce.

—¿También era la amante de Bruce? —dijo Aila. —Es asqueroso que compartas la misma mujer.

—Para Alistair y para mí, Rose era sólo una distracción y ella lo sabía. Tanto es así que estaba de acuerdo, pero nunca me había acostado con ella cuando mi hermano estaba con ella. —Ya te lo expliqué. —Eso es correcto! Eso sería asqueroso.

Aila puso los ojos en blanco.

—¿Qué hay de Bruce?

—Se acostaba con ella muy poco, sólo cuando quería escapar de sus tormentos. —Me reí —A él le gustaba decir que no era una mujer respetable y que no perdería el tiempo. La última vez que estuvieron juntos hace tanto tiempo, no puedo recordarlo.

—¿Y por qué crees que Alistair tampoco es el padre?

—Porque, como te dije, Alistair estaba demasiado borracho para hacer algo con una mujer. Bruce lo encontró desmayado con Rose a su lado tratando de despertarlo. —Me tomé un descanso. —Debe haber estado decepcionada porque no pudo conseguir que le abriera los pantalones.

Grunhi golpeando en la arena.

—¿Ese bastardo! —...me he excitado. —Está tratando de pegarnos como siempre lo hace.

—¿Te diste cuenta de que intentaba engañarte?

—Sí, así que me alejé de Rose, pero su objetivo siempre fue Alistair. —Gruñí tratando de levantarme. —¡Voy a matarla!

Aila me tomó de la mano y me hizo sentarme de nuevo.

—¡No! —Me sacó, arrodillándose a mi lado. —Lo resolveremos cuando estés tranquilo, relajado y razonado.

—Disculpe, pero sólo hay tres cosas que podrían ayudarme a relajarme ahora. —Dije riendo y agitando la cabeza. —Muchas bebidas, una buena siesta o una mujer hermosa.

Aila suspiró.

—Bueno, en cuanto a la bebida, está fuera de discusión. Ya la siesta, es demasiado temprano para dormir y agitado, ya que es dudoso que pueda, pero....

Pasó una de sus piernas sobre la mía y se sentó en mi regazo.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo? —Pregunté inclinando las manos en el suelo junto a mi cuerpo.

—Pensé, ya que soy una mujer hermosa, creo que puedo ayudarte a relajarte.

Dejé salir una risa porque me estaba poniendo nervioso y no era la sensación que me gustaba sentir. La actitud de Aila me tomó por sorpresa. Fue suficiente para que el nombre de Rose y todo el problema que planteaba desapareciera de mi mente.

—Aila, no sé si es una buena idea —dijocerrando con fuerza las manos alrededor de la arena. —Cuando tomé esa botella, ya estaba medio vacía, es decir, soy plenamente consciente de mis acciones.

—Es muy bueno saberlo. —susurró agarrándose a ambos lados de mi cara y pasó su lengua por encima de mis labios entreabiertos.

—¡Maldita sea! —Susurré conteniendo la respiración cuando ella movía sus caderas provocativamente. —Aila....

—Dijo que si quería, todo lo que tenía que hacer era pedirlo. —susurró con sus labios cerca de los míos. —Te lo estoy pidiendo y no es sólo porque lo necesites.

Miré a Aila por un momento. Definitivamente estaba perdido. Ese fue mi último esfuerzo. La cuerda se había roto y yo estaba en caída libre desde la cima de la montaña más alta. Sin poder controlar más mis impulsos, llevé ambas manos alrededor de su cuello y la traje para que me diera un beso. Empezó a ablandarse y traté de saborear sus carnosos labios rojos al máximo. Aila me puso las manos sobre los hombros y yo la presioné contra mi pecho. Con la otra mano, le sostuve la espalda y profundicé el beso. Ella gimió cuando mi lengua penetró su boca y comencé a explorar. Dejé sus labios para explorar su cuello, chupando la piel sensible y lamiendo hasta la parte del hombro que se veía. Tímidamente, Aila tomó su mano de la barra de la camisa negra que llevaba puesta y lentamente la sacó. Me alejé un poco para terminar de quitármelo. En cuestión de segundos, tenía el torso desnudo. Vio las cicatrices en mis hombros, en mi pecho, y pasó la punta de su dedo índice sobre cada una de ellas. Cerré los ojos saboreando la sensación del tacto.

—¿Están luchando? —susurró ella.

Asentí con la cabeza, y tomando su puño derecho, llevé su mano a la cicatriz de la flecha.

—Todos menos ése. —Dijo, respirando con dificultad.

El toque en mi abdomen hizo que mi cuerpo se calentara y para empeorar las cosas, Aila bajó la cabeza a la altura de la cicatriz y la besó suavemente. Ese toque me hizo temblar y fue diferente a todo lo que había sentido en mi vida. Volví a sacar a Aila por un beso y me puse a desatar las cuerdas de la parte de atrás de su vestido. No quise dejarla desnuda porque alguien podría aparecer y no quería que nadie la viera. Era mi esposa y mi trabajo era protegerla de quienquiera que fuera.

Aila estiró su cuerpo cuando puse mis manos sobre la piel desnuda de su espalda. Había numerosos relieves en la piel. Algunos delgados, otros más gruesos. No tenías que ser un adivino para saber que eran las marcas de látigo. Quité las solapas del vestido lo suficiente como para dejar que tu regazo se luciera. Me miró con respiración acelerada. Le besé suavemente el contorno de su cuello y me dirigí a la punta de su hombro. Su piel se puso espeluznante y Aila me apretó el cuello con fuerza. Me quejé contra su piel y dirigí mis labios a su regazo. Bajando su escote, le mostré el generoso par de pechos que tenía. Eran redondos y empinados con el halo y el

pico rosado. Me toqué la punta de la lengua y Aila gimió. Mientras chupaba una, empecé a masajear la otra. Ella sofocó los gemidos en mi hombro, pero yo quería oírlos. Eso me excitó aún más.

—¡Ah! —Gruñó cuando le mordí su sensible piel.

—¿Te gusta eso?

—No te detengas!

Sonriendo, dejé de mantenerla vestida y tiré del resto de la pieza hasta la cintura. Besándola de nuevo, metí mis dedos en sus muslos gruesos y me metí debajo de su vestido. He apretado tus nalgas, lo que se convertirá en mi perdición. Me clavó las uñas en los hombros cuando mis pulgares llegaron al voluminoso monte de su vientre. Sentí a Aila conteniendo la respiración cuando toqué su clítoris. Comencé a hacer movimientos circulares y la miré fijamente para observar su expresión. Frunció el ceño al morderse el labio inferior. Ella era resbaladiza y se volvía más y más, a medida que acariciaba su punto más sensible. Sonreí cuando ella apretó sus piernas contra las mías y me agarró el pelo cuando aceleré el movimiento.

—¿Más? —Le pregunté.

Apenas podía hablar y asintió. Aprovechando su distracción, me tiré de los pantalones sólo para liberar mi extremidad y la penetré con un golpe seco. Sabía que era virgen, porque Aila lo había dejado muy claro. Si lo hubiera hecho demasiado despacio, la habría puesto nerviosa y la habría lastimado. Aila dio un grito seco y puse su cabeza contra mi hombro.

—Sé cómo te sientes y te prometo que todo terminará pronto. —Susurré. —¿Confías en mí?

—Sí. —Susurró con dificultad.

Mantuve el lento movimiento circular en su clítoris hasta que sentí que me acompañaba con sus caderas. Llevé a Aila para que se moviera más rápido. Ella frunció el ceño y yo sonreí cuando me di cuenta de que se estaba formando un orgasmo. Me apretó las uñas en los hombros y me besó.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Eso es bueno! —Susurré gimiendo.

Se movía cada vez más rápido, apretando sus piernas contra las mías. Ella estaba cerca y yo necesitaba hacer los movimientos más abruptos, así que la puse contra la arena y comencé a almacenarla. Tirando de las piernas de Aila más arriba por el costado de mi pecho, empecé a penetrarla más profundamente. Dejó salir otro grito echando la cabeza hacia atrás. Abrazando su cuello, puse mi cabeza contra su hombro y me puse a rodar. Me agarró con fuerza y echó la cabeza hacia atrás y se burló de mí con intensos espasmos. He mantenido las puñaladas rápidas y precisas para alejarla lo más posible. Pronto se construyó otro orgasmo y esta vez lo disfrutamos juntos. Me caí sobre su respiración con dificultad, pero sin poner todo mi peso sobre Aila. Me abrazaba como si fuera un tabú de salvación en un mar agitado. Después de un tiempo en términos de estar en la misma posición, levanté la cabeza para asegurarme de que estaba bien y la vi llorando.

—¿Estás bien? Te lo pregunté con preocupación. —¿Le he hecho daño?

—No —dijosonriendo. —¿Cómo te sientes? ¿Más tranquilo?

—¡Demasiado! —Respondí con un suspiro y besé la punta de su nariz.

Aila se rió y luego me besó.

—Tenemos que volver al castillo —dijoson pesar. —Tu hermano te espera con preocupación.

—Lástima, porque me gustó mucho. —Lo he dicho sinceramente.

Cuando me levanté, cerré mis pantalones con mis corbatas y mi cinturón, así que ayudé a Aila a recuperarse.



—¿Crees que puedes hacerlo de nuevo? —preguntó ella.

—No quiero parecer arrogante, pero ya lo soy, puedo hacer esto durante horas hasta que uno de nosotros se canse.

Aila me miró fijamente con su mirada maquiavélica. Se me acercó y, por supuesto, me besó.

—Estoy a punto de reconsiderar la idea de una anulación matrimonial —dijoriendo y se giró para salir de la cueva.

Sosteniendo su brazo, la empujé hacia mi pecho.

—Reconsidérelo. —Lo hice. —Me gusta como somos. Me gusta cómo te preocupas por mí y cómo me desafías. Con la excepción de mi familia, nadie se ha preocupado nunca por mí de esta manera ni se ha preocupado realmente por mí.

Aila se quedó en silencio durante unos instantes, mirándome seriamente. Hasta que sonrió, pasando su mano por mi cara.

—Hecho! —ella disparó. —¡Pero con una condición!

—¡Lo que tú quieras!

—Si me haces daño de alguna manera, recuerda que tengo quince dagas. —declaró ella.

La envolví en la cintura y la puse contra mi pecho.

—Aila, sólo para que lleves 15 dagas contigo.

—¿Hacer qué si soy una mujer cautelosa?

Me he reído un poco. Apoyando mi frente en la de ella, suspiré. Poniéndonos la camisa, Aila y yo salimos de la cueva cogidos de la mano. Volvimos al castillo donde Alistair nos esperaba en la sala principal.

—¡Me alegro de que hayas vuelto! —dijo Alistair viniendo hacia nosotros. —Aila, necesito que vayas con tus hermanas.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? ¿Por qué es eso? —Preguntó asombrada.

—Los hombres de Bruce estaban patrullando el oeste y haciendo una captura. —Alistair disparó preocupado.

Sin entender su actitud afligida, decidí intervenir y ponerme delante de Aila.

—¿Qué captura? —Le pregunté.

—¡Ravena! —dijo finalmente. —Está atrapada en el calabozo de Dunhill.

## Capítulo 22

### *Bree*

---

—¿Estás seguro de eso? —Preguntó Aideen por décima vez. —Has estado escondiéndote durante tanto tiempo, impidiéndole que se entere de que estaba viva.

—Piensa en ello! —le pidió a Aileen que me tomara del brazo. —No necesitamos mirarla a los ojos antes de la condena.

Aileen se tomó un descanso mirando a Aideen.

—¡Estoy de acuerdo! —dijo Aideen alejándose y yendo hacia la ventana. —No quiero ir allí porque juré matarla cuando la encontré. Será muy difícil no cumplir tu promesa cara a cara con Ravena. Además, necesito pensar en la vida que crece dentro de mí.

Sonríe al contemplar el vientre de Aideen, que ya mostraba signos de la presencia de un bebé. Fueron sólo unos meses, pero se podía ver su gran silueta. Suspirando, fui a Aideen y le pasé la mano por la barriga. Estábamos hablando de quién vería a Ravena en el calabozo. Aideen y Aileen, por supuesto, insistieron en que no bajarían y que podría pudrirse entre rejas, pero yo... Bueno, realmente quería mirar la última vez a los ojos de la mujer que me dio la vida y trató de quitármela. Ojalá tuviera el placer de ver tu expresión cuando te enteraste de que estaba vivo. Le pedí a Alistair que me dejara verla antes de proceder con el juicio. Dijo que decidiríamos cuál sería la sentencia y el castigo. Ese también era mi deber, pero el primero en saberlo sería Ravena.

—Me quedé escondido porque pensé que sus vidas estaban en peligro porque no estaban a salvo en Inverness. —Me tomé un descanso y fui a Aileen. —Ahora, viendo a las mujeres que se han convertido y lo seguras que están al lado de sus maridos, necesito disolver el monstruo que habita en mis pesadillas. Necesito liberarme. Eso sólo será posible cuando me enfrente a Ravena y demuestre que ya no tengo miedo.

Aileen me apretó la mano y sonrió. Aideen vino a nosotros y nos dio la mano. Como había dicho Alec, estaba siendo más fácil de lo que me había imaginado, a pesar del difícil comienzo. Mis hermanas me habían perdonado y tratamos de rescatar algo de nuestra complicidad. Pensé que volveríamos a vivir bien después del final de esa guerra.

—¿Vas a hablarnos de este matrimonio con Alec? —Dijo Aideen.

—Oh, sí! —modificó Aileen. —Nunca imaginé que viviría para ver algo así antes. ¡Pensé que lo odiabas!

—Bueno, la historia es bastante larga, pero te juro que te la explicaré tan pronto como resuelva todos los problemas que han surgido. —respirando hondo, me dirigí a la puerta. —Necesito que ambos estén presentes en la reunión con Rose. ¿Sigue en el castillo?

—¿Cuándo nos dejará Rose en paz? —Dijo Aideen. —Esa chica no respeta el hecho de que yo sea la reina. Lástima que esté embarazada de Alec, si no, ya la habría echado.

Me he reído un poco.

—¡No te preocupes! —Dijiste que abriendo la puerta. —Tendrás la oportunidad. Pide la

presencia de los chicos. Les encantará lo que escuchen.

Con eso, dejé el recinto. Antes de irme, pude observar los rostros asombrosos de mis hermanas. Rose no podía esperar a lo que la esperaba. Si no saliera de la vida de mis hermanas para siempre, saldría para siempre.

—¿Listo? —preguntó Alistair tan pronto como me lo crucé.

—¡Sí! —Respondí con firmeza.

Seguí las escaleras hasta el calabozo. Le acompañaban Alistair y dos guardias. Bruce y Alec estaban sin sus aposentos descansando. Fue un día largo y aún estaba lejos de terminar. Le pedí a Alistair que anunciara la visita sin decir mi nombre, así que se adelantó y se detuvo en el último paso antes de entrar en la sala que dividía las celdas. Donde me detuve estaba oscuro y se veía muy poco, pero la sala estaba muy bien iluminada por antorchas.

—¡Hola, Ravenna! —dijo Alistair acercándose a la celda. —Tengo una visita para ti.

Escuché su risa que siempre me había asustado y sacudido.

—¡Ah! Sí, al menos una de mis hijas aprecia lo que he hecho —dijo con voz arrogante. —Tal vez vino a decir que va a suplicar por mi vida.

—Ravena, nadie desea suplicar por su vida. —Alistair disparó un tiro frío. —Por si no lo sabes, Aileen se casó con mi primo Bruce hace dos noches. Se convirtió en la Duquesa de Duvengard. Quienquiera que haya venido a visitarla quiere darte un golpe de gracia y yo lo acepté.

—No sé qué me sorprendería, pero déjalo venir.

—Ya me oyó, Su Alteza —dijo Alistair señalándome que me acercara. —Disfrútalo, porque ella será tu juez.

Respirando hondo, terminé de bajar las escaleras y me acerqué. Lentamente me quité la capucha revelando mi cara. La expresión de Ravena cambió de arrogante a aterrorizada. Se volvió blanca como la cera. Podría, estaba frente a un fantasma.

—¡Estás muerto! —susurró ella. —¡No puede ser!

—¡Déjame adivinar! —Dije con voz fría. —"Querida Sra. MacBride, lamento informarle que el carruaje en el que viajaba su hija tuvo un accidente camino a Gretna Green. Se salió de la carretera cayendo en un abismo. No hay sobrevivientes. Mis condolencias, Keilan Sinclair, comandante de las tropas del norte".

Abrió los ojos, respirando lentamente.

—¿Cómo sabes eso?

—¡Yo fui quien dictó la carta! —Yo disparé. —El contenido no miente en absoluto. De hecho, el carruaje cayó al abismo, pero como pueden ver, sobreviví al accidente. Keilan me encontró en la carretera y me cuidó. Fue a petición mía que escribió, selló y envió la carta.

Ravena me miró fijamente durante mucho tiempo. Se sentó en un taburete dentro de la celda, mientras sus piernas estaban borrachas y amenazó con caer.

—Engañaste a tus hermanas todo ese tiempo.

—No. Te engañé. —Me acerqué a la celda.

—¿Por qué es eso?

—Porque amenazaste la vida de mis hermanas, ¿recuerdas? —Le pregunté con frialdad. —¿Recuerdas lo que le hiciste a Aideen?

—¡Lo que hice fue por su propio bien! ¡Por el bien de nuestra familia!

—¡Era una chica! —...me he excitado. —¡Lo que hiciste fue egoísta! Estaba pensando en ti cuando intentaste secuestrar a Aileen para casarte con el Duque de York.

Ravena se encogió y se secó.

—Sí, sé todo lo que has estado haciendo. Todo lo que has estado haciendo. Los mercenarios, la traición contra Phillipe, mi padre. —Me detuve para oler cuando me caían lágrimas en la cara. —Toda mi vida es una mentira. Intentó convertirme en ti, pero no pudo. Así que trataste de usar a Aileen porque siempre fue obediente. Aideen era un paracaídas, no servía para nada.

—¡Eso es una estupidez! —gritó ella.

—¡Nos vendiste! —...me he excitado. —Tú... vendiste... a tus propias hijas. ¡Eres un monstruo! ¡Un monstruo!

Ravena gritó y se acercó a la barandilla. Agarrándole el pelo, la acerqué aún más y tiré de la daga. Ella tembló cuando la punta le tocó la garganta.

—¡Mi voluntad es matarla! —dijo entre dientes. —Gracias a ti, vivo en un reino de terror, donde ni siquiera puedo dormir.

—¡Adelante! —desafió. —¡Mátame!

—¡Todavía no! —dijo dejándola ir. —Quiero hacer un intercambio.

Ravena me miró con desprecio.

—¿Qué intercambio?

—Su castigo será ser azotado durante diez días antes de ser ahorcado. —Yo disparé. —Cien golpes dos veces al día hasta que se cumpla la sentencia. Si aceptas mi trato, puedes escapar del látigo y colgarte como un traidor.

—¿Por qué lo haría? —preguntó ella. ? —Roy está a punto de ganar el asedio. Pronto dejaré este lugar con la corona de la reina en mi cabeza.

—¡Tu error! —sonríe con arrogancia. —Alistair tendrá el poder del ejército inglés a su lado.

—¿Por Aideen? —se rió. —Ella es una bastarda. Phillipe nunca la reconoció. Dudo que envíe un ejército en tu nombre.

—Pero lo enviaría en mi nombre. —Yo disparé. Ravena frunció el ceño como si no lo entendiera. —Hace unas noches, en una pequeña capilla de Edimburgo, me convertí en Aila MacCalister. Como heredero legítimo del trono inglés, me siento obligado a reclamar el apoyo de mi padre. Como soy su única heredera, no creo que niegue el apoyo a mi cuñado, el rey de Escocia.

Me acerqué aún más a los bares.

—Como puedes ver, no hay posibilidad de victoria para Roy. Él morirá y tú te pudrirás en esta mazmorra, desapareciendo poco a poco.

Ravena me miraba fijamente, pero no dijo nada. Respirando hondo, me di la vuelta y miré a Alistair. Tenía el ceño fruncido y confundido, como si estuviera haciendo una pregunta silenciosa. Sacudiendo la cabeza, comencé a caminar de regreso a la salida del calabozo.

—¡Espera! —gritó Ravena. Dejé de girarme para mirarla. —Acepto su acuerdo. ¿Qué tengo que hacer?

Riendo, me volví hacia ella de nuevo.

—Sabía que serías inteligente. —extendiendo las manos, hice una señal al guardia, que me dio un trozo de papel y una pluma con un tintero.

—Vas a escribir una carta. Dile a Roy que va de camino a Edimburgo y que hay mercenarios con ella. Pídale que le dé un pasaje completo a la fortaleza del lado oeste. Dile que es por seguridad, para que los hombres de Alistair no la vean.

Ravena me miró con desprecio, pero ella tomó el papel. Empezó a escribir y Alistair me sonrió. Era una sonrisa confusa y, al mismo tiempo, segura. Cuando terminó de escribir, me

entregó el periódico. Leí el texto y vi que ella me explicó todo lo que le pedí.

—Gracias! —dijo doblando el papel y entregándoselo a Alistair. —Es la primera cosa decente que has hecho desde que nos pusiste en el mundo. Ahora, en nombre de sus majestades, Alistair y Aideen MacCalister, y como portavoz de su alteza, Aileen MacCalister, Condesa de Duvengard, les informo de que ustedes, Ravenna MacBride, han sido condenados a muerte en la horca por los crímenes de traición, conspiración e intento de asesinato. Esta sentencia se ejecutará al amanecer.

Dándole la espalda a Ravena, dejé el calabozo. Alistair me siguió. Había varios signos de interrogación sobre su hermosa cabeza.

—¿Puede explicar lo que acaba de pasar? —él se lo buscó.

—Simple! —dijo encogiéndose de hombros. —Ravena odia sentir dolor, ser marcada o ser amenazada. Lo usé a nuestro favor.

—¿Bueno, esa fue una gran idea! —Alistair exaltado. —¿Pero qué hay de la idea de la carta? ¿El farol del ejército? ¿No crees que eso es una exageración?

Respiré profundamente, pasando las manos por mi cara.

—Alistair, eso no fue un farol. —Dije con calma. —Alec descubrió un pasaje que da acceso a la fortaleza de Edimburgo. Keilan sabe exactamente dónde está y cómo llegar. Si reúne a un grupo con esta carta, puede entrar en la fortaleza.

—¿De acuerdo! ¿De acuerdo! Aún así, no tenemos un ejército para enfrentarnos a sus hombres. Es exactamente por eso que prefiero mantener el asedio y vencer a Roy por fatiga.

—Estoy de acuerdo contigo, pero no tenemos más tiempo.

—¿Qué sugieres que hagamos? —dijo exasperado. —¿Que ordeno la invasión de Edimburgo? Incluso con esta carta y tomando a MacGregor por sorpresa, hay una gran posibilidad de que perdamos la confrontación y reduzcamos el número de hombres que tenemos a prácticamente nada.

—Eso ya lo sé.

—¿Así que sabes que este plan no funcionará?

—No exactamente. —Me tomé un descanso, respirando para tener valor. —Si digo que puedo conseguir un ejército que nos ayude a vencer a Roy, ¿qué harías?

Alistair frunció el ceño.

—Te lo agradecería mucho.

—Así que.... puedo conseguir el apoyo de Phillippe. Su ejército, o parte de él, será suficiente para derrotar a Roy.

La expresión de Alistair cambió a incrédula.

—¿Debes estar loco si crees que aceptaré pedirle ayuda a ese miserable hombre! —él disparó. —Además, no puedo dejar a Dunhill. Tomé el trono hace poco tiempo y le prometí a mi padre que haría lo mejor por mi pueblo.

—¿Entonces pide refuerzos! —Dije en un tono desesperado. —No tienes que ir allí.

—¿Y cómo debería pedir apoyo? ¿Por carta? —disparó con ironía.

Alistair estaba enojado como yo sabía que lo estaría, pero vi en su mirada que había una posibilidad de considerar la situación. Se acercó a mí y me sujetó los hombros.

—Estas cosas sólo se pueden resolver cara a cara —dijotratando de calmarme. —Créeme, aunque parezca una locura, tu idea es muy buena, pero no hay forma de que me vaya de Escocia ahora.

Respiró hondo pasando la mano por su pelo y se apoyó en la pared que tenía delante de mí.

—Todos nuestros hombres que pueden proteger a Aideen y a mi hijo están ahora concentrados

en la esperanza de que Roy se rinda. Si me voy, será sin escolta y aún existe la posibilidad de que Phillipe se niegue. —golpeó las rocas con ambas manos. —Antes de pensar en nada, no me preocupa mi seguridad, sino la de Aideen. La amo lo suficiente como para dar mi vida a cambio.

Sonriendo, lo miré fijamente. Pude ver que, por primera vez, había alguien que realmente se preocupaba por Aideen, que no era Aileen o yo. No tenías que ser un genio o un adivino para ver que Alistair realmente te amaba. Estaba seguro de ello y haría lo que fuera necesario para mantener esa unidad y felicidad.

—Puedo ver en tus ojos que estás diciendo la verdad —dijo con lágrimas en los ojos y una sonrisa en la cara. —Mi hermana es muy afortunada. Por eso no le pido que se vaya, Su Majestad. ¡Esa misión será mía!

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó asombrado.

Agité la cabeza, dándole la espalda.

—Cuando Alec me dijo que era la única hija legítima de Phillipe, entré en shock. Estaba desesperado y era difícil de creer, pero en medio de la avalancha de información, vi en esas noticias la oportunidad perfecta para obtener apoyo. —Me detuve y me reí. —Alec trató de convencerme de que no lo hiciera, pero al final, accedió a ayudar. Temía por ti.

—¡Yo sí! —Alistair suspiró. —Alec siempre fue muy protector y empeoró después de la muerte de Cora.

—Supongo que sí. —sonríe de acuerdo. —Aceptó venir conmigo, pero no quiero arriesgar su vida, así que pienso ir solo.

—Aila, eso es muy noble de tu parte, pero debe ser de la realeza. Vas a necesitar algo para que Phillipe lo atraiga a una unión con Escocia. —Alistair se me acercó y me hizo girar para enfrentarme a él. —Inglaterra es una nación poderosa, necesitarás más que ser la hija de un rey poderoso.

—¿Y si no soy sólo la hija de un rey poderoso? —Especulé. —¿Si soy la cuñada de otro rey poderoso? Eso ayudaría.

Alistair me miró fijamente por un momento.

—Por eso te casaste, ¿no?

—Fue idea mía. —Susurré. —Alec no quería que vinieras conmigo por Aideen y por el hecho de que acababa de ser padre. Fue entonces cuando le pedí que se fuera.

—Alec es sólo un príncipe. Eso no ayuda mucho, ya que sólo un monarca puede negociar los términos de la guerra.

—¡Exacto! Fue entonces cuando le pedí que se casara conmigo y aceptó. —Respondí cerrando los ojos. —Tenemos un acuerdo de anulación después de que termine la batalla.

—Pero, uh...

—En los últimos seis meses que pasamos juntos, tuve la oportunidad de conocer a un Alec que nunca había visto antes. Un Alec obstinado, guerrero y muy feroz. —Me tomé un descanso de oler. —Somos dos estrategas, Alistair. Alec tampoco está muy lejos de nosotros. Es el mejor plan que hemos tenido en meses antes de que pudiéramos hacer ese asedio.

Alistair suspiró un poco más lejos. Evaluó la situación durante unos momentos, hasta que empezó a hablar.

—Hay dos problemas con este plan. —Alistair agitó la cabeza. —Primero, en la carta, Ravena dice que llegará con algunos mercenarios, así que necesitamos a alguien que entre en el castillo, con algunos soldados y que sepa usar la espada. Por el momento sólo le tenemos a usted. Estando en Londres, ¿quién servirá para entrar con Keilan?

Me quedé en silencio durante unos segundos. Eso sí que sería un problema.

—No lo había pensado todavía, pero ¿cuál es el segundo problema?

—Necesitaríamos a alguien que conociera bien el castillo desde dentro. Eso nos alejaría de los arqueros y nos daría un asedio interno.

Sonreí e hice que Alistair frunciera el ceño.

—¿Por qué sonríes?

—Porque conozco a la persona perfecta para el trabajo.

## Capítulo 23

### *Alec*

---

Vi cómo Aila presentaba sus ideas para poner fin a la guerra. Fue increíble lo mucho que tenía un plan en mente. Nadie sabía que yo estaba detrás de las pollas escuchando tus ideas. La mujer que ahora dominaba mi mente y mi alma era definitivamente la mujer más extraordinaria que un hombre podía tener a su lado. Si no hubiera sido declarada muerta y viviera junta en Inverness, sin duda habría sido la mejor opción para reinar junto a Alistair. Por supuesto, no hay que subestimar a Aileen. Para ser más exactos, todos los MacBride fueron excepcionales a su manera. Aila tenía razón al decir que habíamos crecido mucho en esos últimos años, pero nada nos había preparado para la dirección que habían tomado nuestras vidas.

No estaba preparado para una mujer como Aila. Estaba acostumbrado a sorprenderlos y dejarlos cuando ya no me servían, pero con Aila era diferente. Cada vez que se me acercaba, quería quedarme con ella. Si no hubiera sido por ella, ciertamente habría aceptado al hijo que Rose dijo que era mío, y en este momento habría estado preparando una ceremonia de boda. Era tan fácil para mí aceptar situaciones por impulso. No solía pensar mucho cuando estaba enfadado. Puede parecer una locura, pero Aila me completó de alguna manera y yo estaba decidido a mostrársela.

—No creo que estés pensando en llevar a Aileen a esa fortaleza —dijo Alistair con voz asustada. —¡Ella es tu hermana! Además, Bruce nunca estará de acuerdo.

—Su Majestad, Aileen no es esa chica frágil que usted cree que es. —Aila discutió. —Entrené a mis hermanas para que fueran eximias guerreras y Aila conoce los caminos de esa fortaleza, además de poseer una habilidad extraordinaria con un arco y una espada.

Fruncí el ceño ante esa observación. Ciertamente, Alistair también estaba confundido por la revelación hecha por Aila.

—¿Cómo sabe los caminos que conducen a la fortaleza? —preguntó Alistair.

—Mi madre solía llevarla a visitar MacGregor cuando éramos pequeños. Nunca supe la razón hasta hoy. —Aila lo explicó. —Si hay alguien que pueda llevar a Keilan a través de esos laberintos, es Aileen.

¡Claro que sí! Aileen tenía un extraño don para encontrar pasadizos secretos en cualquier castillo en el que estuviera. Recuerdo cuando me perdí en los pasillos de Inverness. Aileen había aparecido de repente, saliendo de detrás de un tapiz y sacando un suspiro aterrador de mi pecho. Al interrogarla, dijo que aún no estaba familiarizada con todos los pasillos del castillo y que cada día aparecía uno nuevo. La noche que estuvo en Dunhill para la boda de mi hermano, había descubierto pasajes que ni siquiera conocíamos y por lo que yo sé, Bruce la había encontrado en el lado opuesto del camino a Dunhill. Un camino que no fue muy utilizado porque estaba al borde de enormes cañones. Cómo llegó allí sin instrucciones, eso fue un gran misterio.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —Alistair finalmente accedió. —Deberíamos discutir el plan



con Bruce y mi hermano. Si, y sólo si, Bruce está de acuerdo, Aileen pasará al frente. De lo contrario, pensaremos en una alternativa que reemplace a tu hermana.

—¡De acuerdo! —ella le disparó para que se estableciera.

Alistair se giró para salir de la mazmorra y yo me adentré aún más en la oscuridad. No quería que ninguno de los dos supiera que yo estaba allí, observando y escuchando su conversación. Incluso porque eso no es exactamente lo que quise decir. Había ido a la mazmorra para apoyar a Aila, porque pensé que sería bastante difícil enfrentarse a Rávena después de tanto tiempo. No imaginé que Alistair la acompañaría, y mucho menos que le contaría el plan.

—¡Una cosa más, Su Majestad! —Aila dijo que antes de que Alistair se fuera. —No quiero que Alec sepa que me voy. Debería quedarse.

—¿Por qué razón? Creí que se habían casado para que lo presentaras a la corte inglesa. Lo necesitará contigo en Londres.

—Lo sé, pero no puedo y no quiero arriesgar la vida de Alec. Ya me ha salvado la vida más de lo que puedo decir y se lo debo a él. Además, Alec es mejor comandante que yo. El frente lo necesitará.

Alistair se rió cuando dijo eso. También encontré la petición de Aila y su argumento algo defectuosos. Había otra razón por la que no me quería a su lado cuando llegamos al puerto de Londres.

—Esa discusión no me convenció. —Alistair declaró de una manera perversa. —Inténtalo una vez más, y quién sabe, estar de acuerdo con tu teoría.

—No hay ninguna teoría. Esa es la única razón real.

—Tú y mi hermano tienen un ego que no encaja en sus cuerpos. Así que no creo en tus razones en absoluto. —Alistair disparó de nuevo con una nota acusatoria. —¿Vas a decirme exactamente cuál fue la verdadera razón que te llevó a tomar esta decisión o tengo que decir que el brillo de tu mirada de ayer lo denunció?

—¡Maldita sea! —Susurré.

Por supuesto, Aila tenía un brillo en sus ojos. Le había dado un adelanto de mi talento como amante, pero nadie debía saberlo. El problema era que había olvidado lo observador que era mi hermano mayor. Estaba a punto de dejar las sombras para ir en su defensa cuando Alistair terminó.

—Si amas a mi hermano y quieres protegerlo por esa razón, entonces tendrá todo mi apoyo, pero yo le digo de antemano que debes decirle cómo te sientes. —se detuvo esperando a que Aila dijera algo, pero ella se quedó callada. —¿Amas a Alec?

De repente, el silencio y el suspenso que él provocó casi me asfixió. Contuve la respiración y la boca seca cuando escuché la voz de Aila respondiendo.

—Sí. —Ella disparó. —No sé cómo o cuándo ocurrió, pero sí, amo a Alec con todas mis fuerzas.

Sonriendo, puse mi cabeza contra la pared. Olivia me había advertido sobre los sentimientos de Aila. Sus palabras en la cueva me hicieron pensar que Aila estaba tratando de decir lo que sentía, pero por alguna razón no había tenido éxito. Para ella, era más fácil amenazar a alguien que hablar de sus sentimientos.

—Entonces veré qué puedo hacer con tu partida. —Alistair había dicho antes de irse y vino hacia mí.

Me encogí contra la pared e hice tanto silencio como pude para que no me descubrieran. Esperé en la oscuridad durante mucho tiempo, hasta que me sentí segura y volví a la sala central. Apenas pude contener mi alegría y traté a toda costa de ocultar la estúpida sonrisa que tercamente

se me pegó en la cara. No pude encontrarme con mi hermano en ese momento, así que fui a mis aposentos. Cuando llegué al pasillo y empecé a subir las escaleras, una voz me llamó la atención.

—¿Alec?

Miré en la dirección de la voz femenina que había llamado mi nombre y respiré hondo cuando vi que era Rose.

—¿Por qué sigues aquí, Rose?

—Tenemos que hablar.

Se me acercó y me tocó el brazo. La mano que sostenía el pasamanos de piedra apretaba la aspereza con tanta fuerza que los nudos de mis dedos se volvieron blancos.

—¡No tenemos nada de qué hablar! —Disparé con indignación. —¡Vete de aquí!

Mi enojo quería dominar mi cuerpo, pero traté de controlarme para no hacer nada estúpido que me trajera arrepentimiento, o peor aún, muchos problemas. Descubriendo mi brazo de su tacto, empecé a subir los escalones de nuevo.

—Nuestro hijo es algo de lo que tenemos que hablarnos mucho. —disparó con voz cínica. — No dejaré este castillo sin una reparación justa.

Incrédulo, me volví hacia ella.

—Consigue una reparación justa del hombre que la dejó embarazada —dijo entre dientes.

—¿Qué quieres decir con eso? —Dijo vacilante. —No estarás tratando de escapar de la responsabilidad, ¿verdad? Porque eso es todo lo que necesitaba, el gran Alec, para actuar como un cobarde y abandonar a la madre de su hijo.

Poseer, empecé a bajar las escaleras y me dirigí a Rose. Le agarré la garganta con fuerza y la asusté.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo? ¡Suéltame! ¡Suéltame! —...ya está sin aliento. —¡Alec, me haces daño!

—¡No soy un cobarde! —dijo entre dientes. —No sé con quién crees que estás hablando, pero soy el hermano del rey y no dejaré que me llames por mi nombre. Cuando quieras hablarme directamente, di "Alteza" en lugar de mi nombre de pila. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí... Sí. —Susurró con dificultad. —¡Por favor, suéltame! No puedo respirar.

Había desesperación en los ojos de Rose y se sorprendió de mi actitud. Odiaba que me engañaran, y ella se había pasado de la raya. Quería matarla por su falta de respeto a la corona de mi hermano, así como por su sentido negativo del decoro. Tampoco podía culparla, ya que le dimos a Rose total libertad para comportarse como tal.

—¡Ya es suficiente! —Alistair lo ordenó, saliendo de la habitación lateral. —¡Alec, suéltala!

Me preguntaba por un momento si la dejaría ir o no. Fue entonces cuando miré hacia otro lado y encontré la mirada en los ojos de Aila que me hizo respirar profundamente. Ella asintió para que yo siguiera la orden, así que dejé ir a Rose, y ella cayó al suelo. Tosió tratando de recuperar el aliento que había perdido.

—¡Miserable! —Rose susurró tan pronto como me alejé un poco. —Todo el mundo sabrá que intentaste matarme a mí y a nuestro hijo también.

Amenazó con usar la pared a su lado para sostenerse. Rose lentamente levantó su mano alrededor de su cuello.

—No lo harás, porque no hay ningún niño. —disparó a Aila viniendo hacia donde estábamos. —Al menos uno que pertenece a Alec.

Rose frunció el ceño.

—¿Me estás acusando de ser un mentiroso? —Dijo Rose indignada.

Me di cuenta de que intentaba mantener la compostura, pero había miedo en su mirada. Podría, Rose nunca se había enfrentado a nadie con el nivel de Aila. Era perceptiva y directa, y fría en sus acciones. Rose estaba acostumbrada a tener control, lo cual era imposible de obtener, cuando Aila hablaba.

—¡No estoy tratando de decir nada! —disparó a Aila. —Estoy diciendo que eres un mentiroso.

Aila se tomó un descanso y me miró.

—No estuviste conmigo esa noche, Rose, porque estabas muy ocupada tratando de quitarle los pantalones a mi hermano, que estaba tan borracho de vino y desmayado —dijoen una nota acusatoria causando que se encogiera. —Fue Bruce quien lo encontró y lo llevó a un lugar seguro antes de que hiciera algo estúpido para arrepentirse. Me fui a la mañana siguiente después de despedirme de mi padre y de Alistair. Si es necesario, puedo pedirle a mi padre que venga y testifique que estuvo conmigo todo el tiempo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —era el turno de Aideen para hablar. —¿Te aprovechaste de mi desconfianza y del trato que hice contigo para engañar a Alec también?

—¿Qué desconfianza y de qué hablan tanto? —Pregunté confundido.

—Cuando Rose dijo que estaba embarazada de Alistair, me di cuenta de que sería imposible, ya que había estado en el frente durante mucho tiempo. Como no estábamos seguros, porque el niño podría ser suyo, acordamos que Rose se quedaría en un chalet hasta que el niño naciera.

—¿Y cómo pretendía asegurarse de que el niño fuera mío? —Le pregunté perplejo.

—Para los ojos. —contestó ella. —Alistair dijo que todos los MacCalister nacieron con ojos azules, más una señal. Si el niño tuviera estas características, sabríamos que era suyo, porque era el único con tiempo para estar con Rose.

Resoplé con indignación.

—Aunque tu teoría es plausible, ¿qué te hace pensar que me acostaría con Rose después de volver de mis años de estudio?

Aila me miró sarcásticamente y puso los ojos en blanco.

—Dijiste que tu fama aún te causaría problemas.

—¡Disculpa, hermanito! —dijo Alistair, acercándose y tocando mi hombro. —Eres el único en las Tierras Altas con una reputación de mujeriego seductor.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Aparte de mi reputación como una fornicaria incorregible, no toqué a Rose hasta que me fui al monasterio, y eso fue hace mucho tiempo —dijoen tono defensivo.

—Ahora estamos seguros de ello! —declaró Alistair. Miró en la dirección de Rose y lo completó. —¿No es eso correcto?

Rose empezó a llorar cuando se dio cuenta de que había sido atrapada en una mentira y salió corriendo de la habitación antes de que Alistair dijera algo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Como si me quitara un peso de los hombros, pero muriendo por la compasión de Rose —dijosuspirando. —Hemos alimentado sus caprichos durante años. Era natural que ella se aprovechara de ello algún día.

—¡Alec tiene razón! —dijo Bruce. —Si hubiéramos detenido sus impulsos, nunca habría actuado como lo hizo.

—Ni siquiera tendría tanta libertad de expresión como ella demostró que tenía. —Aideen modificó. —¿Soy yo o alguien más quien molesta su manera de hablarnos?

Nos reímos porque tenía razón. Miré hacia Aila y recordé sus palabras en el calabozo y la forma en que me había defendido antes. Respirando hondo, caminé hasta donde estaba ella.

—Gracias por creer en mí! —dijo.

—Me pediste que confiara en ti, y eso es lo que estoy haciendo. —se encogió de hombros.

—¿Eso es todo lo que es? —Disparé, intensificando mi mirada.

Aila contuvo la respiración, pero en el momento en que abrió la boca para decir algo, la detuve. Sin poder controlarme, le até la cintura y la empujé hacia un beso. Tómallo por sorpresa, Aila se correspondía con la misma intensidad cuando le agarré el pelo y se quejó. Oí un casillero y la dejé ir.

—Si estás listo, me gustaría hablar con todos los de la sala central. —Alistair dijo que nos miraba con sarcasmo.

Suspirando disgustado, me separé de Aila, que se rió.

—Por supuesto que estamos disponibles para oírlo, Su Majestad —dijo Aila, también en tono sarcástico. —¿No es así, Su Alteza?

Sacudiendo la cabeza de un lado a otro, tomé la mano de Aila, que me miró sorprendida, y me dirigí a la habitación que Alistair había señalado. Eso prometió ser una larga noche, y una buena parte de ello sería culpa mía.

## Capítulo 24

### *Bree*

---

—Eso es una locura, ¡y es muy peligroso! —Bruce explotó golpeando la mesa. —No aceptaré enviar a Aileen como cordero a esa fortaleza.

—¡Pero quiero ayudar! —disparó a Aileen de pie. —Recuerdo un poco de ese castillo y creo que puedo guiar a esos hombres adentro.

Se tomó un descanso.

—¡Bruce, mi amor! —dijo dando la vuelta a la mesa. —Sabes que no puedes detenerme, y no hablo como la persona obstinada que soy, sino como la señora de Duvengard. No he tenido tiempo de conocer el feudo del que se supone que debo ocuparme. Siento que en mi posición de duquesa, tengo que pensar en la gente que vive allí. Si por mi vida o mi muerte puedo protegerlos, entonces así será.

El discurso de Aileen sorprendió a todos. Nadie tuvo el valor de levantar la voz para responder.

—Odio tu manía por querer tener siempre la razón y tener la última palabra —dijo Bruce sonriendo. —Me hace estar aún más enamorado de ti. Gracias por preocuparte por mi gente.

—También es mío. —lo devolvió en voz baja.

Bruce sonrió y con una mano arregló un mechón de pelo de Aileen que cayó sobre sus ojos.

—Estoy de acuerdo, pero con una condición. —Bruce miró en mi dirección. —Iré con Aileen y formaré parte del grupo que representará a los mercenarios.

Alistair se rió mirando en la dirección de su primo.

—No podría imaginar una situación diferente, mi primo —dijo de pie. —Bueno, supongo que todos están de acuerdo con el plan de Aila.

Todos asintieron en consecuencia. Alistair empezó a distribuir los pedidos y nosotros redefinimos la estrategia. Se suponía que todo iba a suceder en un plazo de tres meses, que era la fecha límite para mi regreso. Eso le daría tiempo a Bruce para llegar al campamento en Edimburgo y explicarle las órdenes a Keilan. Debían preparar a uno de los hombres para que se hiciera pasar por el mensajero de Rávena y entregara la carta que le pedí que escribiera. Aileen será responsable de la parte más peligrosa del plan. Es ella quien debe crear la distracción que llevaría a otros a los engranajes de la puerta. Esa parte del plan me preocupaba mucho, porque estaría cara a cara con Roy.

Alistair exigió que Alec estuviera a la cabeza del ejército en el frente, ya que tendría que quedarse en Dunhill para proteger a Aileen. La noticia puso furioso a Alec, porque quería ir conmigo a Inglaterra. Se puso aún más furioso cuando no dibujé ninguna reacción favorable hacia él. Tenía la impresión de que su reacción no era más que una puesta en escena, pero ese era el Alec que conocía, siempre exagerado en sus acciones. Hasta el final de esa noche no había aparecido y tampoco había dormido a mi lado. Por primera vez desde que lo reconocí, me sentí

muy sola. La situación empeoró aún más cuando los primeros rayos de sol llegaron al amanecer, Alistair comenzó a leer la condena de Rávena. Aileen y yo estábamos sentados a ambos lados de Aideen. Intentamos a toda costa contener nuestras lágrimas, porque, a pesar de todo, ella era nuestra madre. Sentimos que no quisiera ser mejor persona y que buscara el camino más tortuoso de sus acciones irreflexivas. Cuando la base de la pastilla se abrió y Ravena fue colgada por el cuello, mi corazón se detuvo por unos instantes y sentí que el aire salía corriendo. Después de su muerte fue confirmado, su cuerpo fue quemado en una ceremonia de entierro tradicional.

Alistair abrazó a Aideen, acariciándole el pelo mientras lloraba copiosamente. Bruce ya sostenía a Aileen en sus brazos y la ponía en su regazo como a una niña frágil. Aileen lo intentó, pero no pudo contener sus lágrimas y lloró también. Busqué a Alec, pero no había señales de él. En ese momento, sentí como si estuviera dando demasiadas razones a alguien que no se preocupaba por mí. Llegué a la conclusión de que crecí sin el verdadero afecto de alguien más que mis hermanas, y quizás por eso me apresuré a decir las palabras que le dije a Alistair. Por suerte, se lo había dicho, de lo contrario me sentiría mucho peor de lo que me sentía en ese momento.

Pasé el día organizando todo para el viaje que cambiaría mi vida y la de toda Escocia. No pude evitar preocuparme por toda la situación. Por fuera parecía una mujer segura y decidida como siempre, pero por dentro tenía miedo de ser la hija de un completo desconocido. No sabía nada de Phillippe de Lencaste. Pasé toda mi infancia y juventud creyendo que otro hombre era mi padre. Un hombre que yo tampoco conocía.

A medida que pasaban las horas, me sentía cada vez más aprensivo. A la mañana siguiente, todos estaban preocupados por sus respectivos partidos. Alistair y Bruce entretenían a sus respectivas esposas con afecto y conversaciones de oreja a oreja. Por mi parte, no sabía dónde estaba Alec y mi corazón se apretaba cada vez que recordaba su ausencia. Temía que ya se hubiera ido a Edimburgo. Me dolía saber que tal vez ya no lo vería más, porque todavía había una posibilidad de que terminara atrapado en la torre de Londres. Alistair no sabía ni quería decir dónde estaba Alec. Me sentí en la oscuridad y sin una antorcha que me guiara.

—¿Estás bien? Olivia preguntó, sacándome de mi sueño. —¿Me necesitas para algo más?

Miré hacia otro lado del libro que estaba fingiendo leer.

—¡Sí, estoy bien! —Respondí asentándome. —Necesito que me prepares un baño caliente, porque tengo la intención de acostarme. Toma un poco de té de manzanilla y déjalo en el aparador. Después de eso, puede retirarse si lo desea.

—¿No quieres que vaya contigo mañana? Puede ser útil tener una criada entre los nobles.

Volví la vista frunciendo el ceño.

—Has estado escuchando nuestra conversación otra vez, ¿verdad?

—Sí, pero en mi defensa, fue por accidente esta vez.

Agité la cabeza sonriendo. Me encantaba la manera curiosa de Olivia. Ella había estado demostrando ser una chica leal y cariñosa. La veía más como una hermana que como mi criada.

—Me encantaría llevarte conmigo a Londres, pero volveré en medio de una batalla. —Se lo expliqué con calma. —No quiero que te lastimes.

—Me enseñaste a usar el arco, ¿recuerdas? —argumentó. —Puedo serte útil. Imagínate si la dama es atacada por un jabalí. Puedo golpearlo a kilómetros de distancia.

Me he reído un poco.

—Primero, deja de llamarme señora. Entonces no hay forma de que me ataque un jabalí. Si eso sucede, sé qué hacer, así que no te preocupes. —Me detuve para suspirar y miré hacia Aideen. Tenía una sensación de malestar por ella. —Sin embargo, necesitaré que me hagas un gran favor.

—¡Cualquier cosa!

—Necesito que cuides de la reina en mi ausencia.

Ella frunció el ceño.

—Pero su majestad estará aquí y es un gran guerrero.

—Lo sé, pero no puede estar con ella todo el tiempo si el castillo sufre un ataque —le expliqué mis razones para pedirle que protegiera a Aideen. —Tienes la habilidad de protegerla muy de cerca en caso de que eso ocurra. ¿Crees que puedes hacer eso?

Olivia me miró fijamente durante unos momentos, así que asintió.

—¡Sí! Haré lo que me pidas —dijo ella.

—Gracias!

Abracé a Olivia con afecto y ella sonrió. Era una chica que tenía mucho que aprender. Me recordó mucho.

—Te prepararé el baño.

Asentí con la cabeza cuando se puso de pie y luego salió de la habitación. Después de un rato volvió a decirme que el baño estaba listo. No necesitaba su ayuda y, con un nuevo abrazo, me despedí de Olivia, dándole el camafeo que mi abuela me había dado en mis quince años. Listo, Olivia se lo puso alrededor del cuello. Me dijo que lo cuidaría con mucho cariño y me agradeció por ser una persona generosa. Suspirando, me despedí de todos y me fui a mis aposentos. Aproveché el silencio para rezar. Quería que Alec estuviera a mi lado en ese momento y le pregunté a todos los involucrados en esa batalla por la protección. Después del baño y de beber el té, me acosté en la cama. Me llevó mucho tiempo quedarme dormido y cuando finalmente llegó, soñé que Alec estaba acostado a mi lado abrazándome con fuerza. Parecía tan real que me negué a abrir los ojos.

—¡Te quiero!

Su suave voz resonó en mis oídos como un susurro. Abrí los ojos de repente y miré a mi alrededor. Todo estaba todavía oscuro, pero podía sentir que estaba solo. Fruncí el ceño cuando me di cuenta de un poco de la claridad que venía del exterior. Me acerqué a la ventana y noté que no faltaba mucho para el amanecer. Volví a la cama para coger la daga debajo de la almohada y me di cuenta de que había una cadena en la parte superior. Era de oro con un medallón que contenía el escudo de armas de MacCalister, adornado con pequeñas esmeraldas a su alrededor. Sonríe cuando lo recojas. ¡Eso sólo podría ser obra de Alec!

Salí temprano para el puerto, después de despedirme de mis hermanas, Alistair me acompañó hasta el fondeadero para tomar el barco. Cinco soldados han sido elegidos para mi protección. Sonrió cuando vio la cadena, cuyo medallón colgaba sobre mi regazo.

—¡Veo que Alec está aquí por fin! —dijo Alistair cuando llegamos al muelle.

—No estoy seguro —dijo sosteniendo el relicario. —Esto estaba en mi almohada cuando me desperté esta mañana. Alguien podría haberle hecho cumplir sus peticiones.

Alistair me sujetó los hombros.

—No te preocupes por él. —Susurró Alistair. —Conozco a mi hermano lo suficiente como para saber que su ira no durará mucho.

—Quería que supiera que aprecio su seguridad y que odiaría verlo lastimado por mi culpa.

—Créeme cuando te digo que él lo sabe. —Alistair aseguró. —Que tengas un buen viaje de ida y deja que los buenos vientos te traigan de vuelta.

Sonriendo, abracé a Alistair y él se alejó hacia el caballo.

—¿Majestad?

—Oh, ¿sí?

—Creo que deberías darme una carta de presentación en caso de que Phillipe no quiera verme.

Alistair agitó la cabeza de un lado a otro y se montó en el enorme animal.

—¡Confíe en mí, Su Alteza! —él disparó. —No necesitarás una carta.

La frente de Franzí, pero cuando traté de preguntarle qué quería decir con eso, Alistair explotó. Sin entender sus palabras, entré en la barca y esperé la salida mirando hacia la orilla. No había nadie que me saludara, pero aún así esperé hasta que salimos del canal. Fui a la cabaña donde estaban mis aposentos y respiré hondo antes de abrir la puerta. Estaba distraído, contemplando la belleza del medallón y no me di cuenta de que había alguien más en la habitación.

—Hermoso, ¿verdad? —dijo una voz que me hacía temblar de la cabeza a los pies. —Sabía que iría perfectamente con esos enormes y expresivos ojos que tienes.

Levanté la cabeza cuando reconocí la voz de Alec. Estaba sentado en la cama con una pierna doblada sobre el colchón y la otra levantada. Un brazo estaba bajo la rodilla levantado, con la manga de la camisa blanca enrollada hasta los codos.

—¿Qué...? ¿Qué estás haciendo aquí? —Pregunté con voz de sorpresa. —Creí que ya te habías ido a Edimburgo.

Alec sonrió ante su provocativa sonrisa y se levantó lentamente. Estaba descalzo y sus pies apenas sonaban cuando los puso en el suelo de madera. Alec se me acercó sin quitarme los ojos de encima.

—¿Realmente crees que me iría a Edimburgo o a cualquier otro lugar, sin despedirme de ti? —Preguntó con un susurro.

—Pero... ¿el frente?

—Alistair dijo que comandará el ejército. —Alec lo explicó —dijo que un buen rey no envía a sus súbditos al sacrificio.

—¿Qué hay de mi hermana?

—Te llevarán a Dunlock para que te quedes con mis padres, donde estarás a salvo. —Alec se rió. —Ella quería mucho acompañar a Alistair y él estaba dispuesto a llevarla, pero debido a las circunstancias del embarazo, él prefirió enviarla allí. Por supuesto, tuvo que ser dopada antes de que pudieran llevársela.

Me he reído un poco. Me imaginé la escena de mi hermana pateándose para ir con Alec al campo de batalla. Aunque no estaba de acuerdo en que necesitara cuidados especiales, tenía que estar de acuerdo en que el campo de batalla no sería un buen lugar para mi hermana.

—Todavía no puedo creer que estés aquí. —Dije sorprendido. Estaba nervioso y no podía moverme. —¿Por qué desapareciste? Tu reacción furiosa no sale de mi cabeza.

Alec suspiró.

—¡Lo siento mucho! Oí lo que dijiste en el calabozo y hablé con Alistair. Fue idea suya, y para que pareciera real, tuve que fingir que estaba enfadado.

—Desapareciste durante el ahorcamiento. ¿Tienes idea de cómo me sentí?

—Sí. Por eso me paré a tu lado camuflado —dijo Alec en voz baja. —Desearía haberla abrazado, pero si lo hubiera hecho, habría despertado su curiosidad cuando tuviera que desaparecer de nuevo. Decidí retenerla toda la noche.

—No fue un sueño. —Susurré.

Alec se me acercó.

—¡No! —Susurró tomando mi cara en sus manos. —No está en mí dejarla, princesa. Fuiste la



única mujer que me instigó a llegar tan lejos.

Tragué seco cuando los labios de Alec se frotaron contra los míos.

—Eres mía, y pretendo que el mundo lo sepa.

—¿Qué hay de la anulación?

—Si no me gusta servir de excusa para cancelar una boda, con mucho gusto la aceptaré. ¿Cómo sé que no es así.... —Sonrió con arrogancia. —Quiero que me digas las palabras que le dijiste a mi hermano, porque yo hablé primero.

Sonrisa sosteniendo las muñecas de Alec.

—Es inútil porque estaba dormido.

—Pero sé que lo hiciste.

La arrogancia de Alec solía molestarme, pero en ese momento, todo lo que podía hacer era reír. Le sostuve el pelo a Alec y lo traje para que me diera un beso. Él respondió sin problemas.

—¡Te amo, mi señor!

—¡Y yo, te quiero!

Al levantarme del suelo, Alec me levantó en sus brazos. Me depositó en la cama y siguió besándome. Con una mano desató la capa que llevaba puesta y luego desató el corpiño del vestido.

—Sólo tenemos este día antes de llegar a la bahía. —Susurró sin aliento. —Tengo una promesa que cumplir y mucho tiempo para eso.

Alec tiró de mi vestido a través de mis mangas con una habilidad que me asustó. Tiró las piezas al suelo y se concentró en sacar la combinación. Me puse las manos en los pechos cuando estaba desnuda frente a su intensa mirada.

—¡No! —Dijo que tomara mis manos y las levantara hasta la parte superior de mi cabeza. — ¡Quiero verla! No tuve oportunidad en esa cueva y no volveré a perderla.

—El mío.... —Jadeo con dudas. —Mis cicatrices.

—¡Eres un guerrero! —se disparó a sí mismo inclinándose para besarme. —Son medallas de guerra. Enorgullécete de cada uno de ellos, porque indican que eres un superviviente. Uno victorioso.

Dicho esto, se levantó de nuevo y se puso la camisa que llevaba puesta. Tomando mi mano la llevó a una de las cicatrices que cubrían su torso. Pasé las yemas de mis dedos por encima de cada uno de ellos. Algunos eran pequeños y delgados, pero otros eran más grandes y gruesos. El que más llamó la atención fue la marca de la flecha en su abdomen. Arrodillándome, miré a Alec por un momento. Lentamente besé cada cicatriz. Alec jadeó cuando mis labios tocaron su piel. Me sujeté el pelo y con un ligero tirón me llevó a la altura de sus labios, tomándolos con furia y apretándome contra su pecho. Sentí sus enormes manos caminar a mis espaldas desnudas. Los pelos de su pecho me daban escalofríos cuando me frotaban la piel. Al oír mis gemidos, Alec me acostó de nuevo en la cama y con un rápido movimiento me puso boca abajo. Sentí que mi lengua se movía alrededor de mis hombros hasta la parte posterior de mi cabeza. El aliento caliente me hizo jadear y apreté fuertemente la sábana que cubría la cama. Mientras bajaba por sus dedos a un lado de mi cuerpo, como si dibujara cada curva, Alec estaba pasando la punta de su lengua a través de mi espina dorsal hasta la base. Me mordí el labio inferior cuando sentí que me mordían las nalgas.

—Le pedí que se pusiera un vestido porque esos pantalones me estaban volviendo loco. — Susurró Alec. —Nunca había visto tanta perfección en un pantalón.

Me besó la pierna derecha y volvió por la izquierda. Sentí que la lengua caliente tocaba la

piel sensible entre mis plumas y yo jadeo.

—Alec...

Yo jadeo tratando de levantarme, pero él sostenía ambos lados de mi cintura, lo que me impedía levantar mi cuerpo o moverme. Alec comenzó una lenta tortura mientras lamía mi clítoris. Lo hizo durante unos minutos pasando la punta de la lengua y haciendo una ligera fricción. Sentí que mi interior comenzaba a contraerse y agarré la sábana con más fuerza. Su lengua penetró mi carne y Alec comenzó a chupar vehementemente como si tuviera hambre. Sentí temblar mi cuerpo cuando su pulgar comenzó a trabajar con la lengua. Tirando suavemente de mi pelo tuvo acceso a mi boca y empezó a besarme. Comencé a mover mis caderas siguiendo el movimiento de su mano que se hacía cada vez más rápido. Cuando pensé que ya no podía soportarlo, una explosión se apoderó de mi cuerpo y emití un grito, que fue amortiguado por los labios de Alec. Sin decir una palabra, Alec me soltó el pelo y terminó de desvestirme. Miré por encima de mi hombro y vi el tamaño de tu miembro. Me sorprendió que no me hiciera daño la primera vez que nos acostamos. Alec sonrió al verme pasar mis ojos por su poderoso cuerpo y vino arrastrándose por la cama. Me agarró por la cintura y me dio la vuelta en la cama.

—¡Eres hermosa! No te olvides de eso. —susurró. —Por dentro y por fuera.

Al agarrar su extremidad, lentamente comenzó a penetrarme. La sensación de ardor se apoderó como la primera vez. Le aplasté el pecho y sentí que los músculos de Alec estaban tensos como si estuviera tratando de controlarse.

—¡Relájate, por favor! —él se lo buscó. —No quiero hacerle daño.

Asentí mordiéndome los labios. Mientras se deslizaba lentamente, la sensación de que estaba siendo arrancado iba en aumento. Alec puso su mano entre nosotros y empezó a masajear mi clítoris. Eché la cabeza hacia atrás y gimí, clavándole las uñas en los brazos. Alec gritó cuando sintió arder su piel. Poco a poco fue pasando el mal presentimiento y me relajé. Fue entonces cuando comenzó un lento movimiento de ida y vuelta. Alec estaba abasteciéndose de mí al mismo tiempo que me besaba. Doblando la cabeza, me besó el regazo y jadeó cuando le agarré su hermoso trasero. Comencé a moverme con él y a seguir sus movimientos. Las pilas se hicieron más intensas y realizó movimientos circulares con las caderas. Mis dedos se inclinaron cuando una ola de éxtasis se reanudó. Alec jadeó en mis oídos. Agarrándome de la cintura, nos dio la vuelta y cambió de posición.

—Quiero verla montarme —dijosonriendo. —No te preocupes. Yo te ayudaré.

Se llevó mis manos al pecho para que yo pudiera sostenerme y, sujetando mi cintura, él guiaba los movimientos. Cuando se dio cuenta de que había ganado confianza, Alec me aflojó la cintura y me dejó hacerlo solo. Sus manos agitaron mis muslos y vi que podía hacer más que eso. En un gesto de audacia empecé a besarle el pecho y a mordisquear ligeramente sus pezones. Alec gruñó.

—No te detengas! —lo pidió con dificultad.

Con satisfacción, mordisqueé cada parte de tu coraza. Las manos de Alec apretaron mis piernas con fuerza, pero sin hacerme daño, mientras lo mordí. Al inclinarme sobre él, le mordí la barbilla y fue necesario un gemido de sus labios para que Alec cerrara los ojos. Con un solo movimiento le apreté la extremidad y le hice gruñir. Comencé a imitar su movimiento de ida y vuelta, haciéndolos cada vez más rápidos. Mi vientre se arrastró contra el suyo, y Alec me agarró de la cintura con una mano. El otro, solía acariciar mi clítoris de nuevo. Cuando pensé que no podría soportarlo de nuevo, nos dio la vuelta y tomó el control. Una nueva explosión se apoderó de mí y le agarré el pelo a Alec. Continuó sus movimientos, ahora un poco bruscos, pero eran demasiado buenos para que yo le pidiera que se detuviera.

Me caí en la cama y Alec me hizo rodar sobre su pecho. Me puso un brazo tonificado en la cintura mientras me acariciaba el pelo. Permanecemos así durante mucho tiempo hasta que nuestra respiración se normaliza. Alec me dio la espalda de nuevo y se acostó a mi lado, apoyando su cabeza en una de sus manos.

—¿Qué pasa? —Preguntó.

—¡Sí! —Respondí sonriendo. —¿Qué hay de ti?

Alec suspiró pasando su dedo por mi abdomen.

—Estoy feliz de darte finalmente la noche de bodas que te mereces.

Me he reído un poco.

—Las bodas se celebran por la noche y ya casi amanece. —Me detuve temblando cuando me apretó ligeramente uno de mis pechos. —Literalmente no es una noche de bodas.

—¡Oh, genial! Tengo mucho que mostrarte —dijo flotando sobre mí. —Por suerte, tenemos mucho tiempo hasta el próximo amanecer.

Alec me besó y empezó a hacerme el amor de nuevo. Eso estaba lejos de terminar. Nadie estaba preocupado por el tiempo. Quería que ese momento durara para siempre.

## Capítulo 25

### *Bree*

#### *Unas semanas después...*

---

Miré con admiración el imponente edificio que estaba frente a nosotros. La alta muralla de piedra protegía el castillo de posibles invasores. Había varios soldados patrullando la entrada del castillo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —Suspiré sorprendido. —¿Es la Torre de Londres?

—Sí. —Alec respondió sonriendo. —Estuve aquí una vez con mi padre cuando éramos niños. Buscó acuerdos con Inglaterra para evitar la confrontación en la frontera. Sólo espero que esté en el castillo.

Fruncí el ceño y miré a Alec.

—No lo entiendo. No lo entiendo. Pensé que Phillipe vivía aquí.

—Y vive! —Alec disparó con una voz suave, pero con un toque de preocupación. —El problema es que le encanta cazar y vive fuera de la torre. Hay otras direcciones repartidas por toda Inglaterra, además de la residencia de sus súbditos, donde habitualmente se aloja.

—¡Ya veo! —Suspiré. —¿No es eso peligroso?

—Bueno, el país no está en guerra y hay un ejército demasiado grande para que alguien se atreva a intentar una invasión. —Alec respondió sonriendo. —Dudo que Phillipe se haya preocupado por su seguridad.

Me reí y miré la cara serena de Alec. Había pasado la mayor parte de nuestro viaje prestándome atención. Dijo que estaba agradecido de que lo calmara en la cueva. Nadie tuvo nunca el valor de ir allí para hablar con él cuando tuvo una crisis de ira. Alec había confesado que cuando escuchó mi voz, estaba segura de que me había ofrecido a mediar. No creía que haría lo que hice. Había sido un momento rápido, pero suficiente para que quisiera más.

El viaje había sido tranquilo. Como predijimos, ningún barco de Roy pudo detener el paso a la bahía. Cuando llegamos al mar abierto, se hizo aún más fácil llegar a la frontera. El viento jugó bien su papel y nos llevó al primer barco inglés, que nos guió hasta el puerto cuando Alec se presentó. No llevamos más de cinco hombres para ayudar durante el viaje, así que no nos consideraron una amenaza. Los soldados nos ayudaron a desembarcar y una guarnición nos escoltó hasta el castillo. El capitán se detuvo frente a una enorme puerta de madera y nos miró fijamente.

—¡Espera aquí! —...lo pidió, y luego entró.

Alec me tomó de la mano mientras sentía mi nerviosismo. Estaba muy ansiosa y recé para que mi plan funcionara. En ese momento, no me importó si Phillipe me reconocería como su hija, pero si aceptaría apoyarnos. La idea de que pudiera negarnos ayuda me puso tensa.

—¿Estás asustado? —preguntó Alec apretando ligeramente mis dedos.

—¡Un poco! —dijo susurrando sin apartar los ojos de la puerta. —Ahora que estoy aquí, me pregunto qué haremos si se niega a ayudarnos. No traje ningún discurso y nunca he hablado en presencia de un rey.

Alec se rió de mis palabras.

—¿Por qué te ríes?

—Aila, hablar con Phillipe no será tan difícil como hablar con mi hermano.

—Lo sé, pero Alistair no es... —Me tomé un descanso y Alec lo completó.

—¿Tu padre? —Alec se volvió hacia mí. —Aila, eres tan valiente y atrevida. La amo porque eres quien eres y Phillipe también te amó por esa razón. Actúa como si fueras tú mismo y no hay nada de qué preocuparse.

Respiré hondo cuando el capitán regresó, señalando que lo acompañaríamos. Entramos en la inmensa sala y vimos a Phillipe de espaldas y contemplando el paisaje de una vidriera.

—Cuando mis hombres dijeron que una armada escocesa había entrado en el Támesis, pensé que era información errónea —dijosin darse la vuelta. —La última vez que lo vi, era un niño tímido y humilde. Pensé que era una locura que su padre trajese a ambos hijos en un viaje peligroso, pero él había dicho que eran excelentes guerreros a pesar de su edad.

—Mi padre siempre ha insistido en enseñarnos acerca de los asuntos del trono desde que llegamos a ser lo suficientemente mayores como para razonar. —Alec respondió en un tono amistoso.

Phillipe se rió, pero siguió admirando la ventana.

—¿Cómo está Brice?

—¡Enfermo, Su Majestad! —Alec respondió con pesar. —Mi hermano tomó el trono en su lugar y se casó recientemente.

—Lamento oír eso —dijo Phillipe honestamente. —Sé que estás luchando en una guerra civil. Brice debe ser extrañado.

—En realidad, preferimos no involucrarte en este asunto. —Alec disparó. —Además de que mi hermano es un gran gobernante y guerrero, contamos con otras personas muy valientes.

Alec sonrió con admiración mientras me miraba fijamente. Eso fue suficiente para que me relajara un poco y le devolví la sonrisa.

—Sin embargo... —Continuó. —Hemos venido a proponerles una alianza para poner fin a esta guerra innecesaria y duradera.

Phillipe estaba de espaldas a nosotros. Desde donde estábamos sólo podíamos ver la silueta de un hombre imponente. Parecía muy alto y robusto. Como estaba oscuro, no podía ver el color de su pelo y su longitud, pero la voz indicaba que Phillipe no era tan viejo como yo pensaba.

—Respeto mucho al rey Brice y tenemos un acuerdo comercial muy bueno, pero no me interesa comprometer a mi ejército en una guerra sin sentido. —declaró Phillipe. —Si me disculpan, tengo que resolver algunos asuntos administrativos.

Phillipe mencionó que se iba, pero Alec continuó.

—Majestad, sin querer ser inconveniente, vengo en nombre de mi hermano que nos espera en Edimburgo. Si pudieras reconsiderar y escuchar lo que tenemos que decir...

Phillipe dejó salir una risa fría.

—¿Qué te hace pensar que me importa tu patética guerra, jovencito? —él disparó. —Hay algo más que libre comercio en la frontera que puedes ofrecerme.

—¡Sí! Alec hizo un disparo dando un paso adelante. —Una alianza.

—¿Basado en qué? —Phillipe quería saber.

—Sangre y matrimonio.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

Phillipe se volvió hacia nosotros. Su mirada se cernía sobre mí y se acercaba a mí. Cuando la luz tocó su rostro, casi me asfixio. La versión masculina de mí estaba parada frente a mí, como un espejo.

—¡Tú! —Phillipe susurró y miró a Alec con ira. —¿Cómo te atreves a traer esa serpiente a mi reino? ¡Esa serpiente venenosa y traidora! ¿Cómo te las arreglaste para mantenerte tan joven?

—Ella no es quien tú crees que es —dijo Alec en voz baja.

—¿Es eso cierto? —preguntó Phillipe con voz fría. —Además de ser ciego, ¿me acusa de ser estúpido, Su Alteza?

Alec respiró hondo tratando de mantener la calma. La voz de Phillipe resonó más allá de las puertas de la habitación en la que estábamos y varios soldados se pararon detrás de nosotros. Tragué seco sosteniendo el mango de la espada que llevaba.

—¿Cuándo aprendiste a usar eso? —Phillipe preguntó si podía acercarse más. —¿Cómo te hiciste las cicatrices en la cara? Según recuerdo, siempre fue demasiado vanidosa para llevar más que una pequeña bestia y una daga.

—Sé que me parezco mucho a Ravena, pero no soy ella. —Respondí con firmeza. —Mi nombre es Aila Caroline MacBride. Soy hija de Ravenna MacBride y esposa de Alec MacCalister, príncipe de Escocia. Soy su hija primogénita que fue rechazada justo después de que su matrimonio fuera anulado. Por lo tanto, como Duquesa de Lancaster y en nombre del Rey MacCalister, he venido a pedir ayuda militar.

Phillipe estaba paralizado por mis palabras. Al principio no podía hacer ruido, pero después de lo que parecieron minutos, parpadeó y sus rasgos se enfriaron.

—¡Eso no es posible! —dijo finalmente. —Mi hija está muerta.

—¿Te parezco muerto? —Disparé un tiro frío.

—¡Estás mintiendo! —dijo de nuevo en una nota acusatoria. —¿Realmente crees que dejaré que una hija de Ravena me engañe como me engañó varias veces? Insultas mi inteligencia, jovencita. Dile a la Ravena que nunca más me aliaría con ella y que, de todos sus trucos, éste fue el peor golpe.

Phillipe se ha acercado cada vez más de una manera amenazadora. Alec se interpuso entre nosotros para protegerme. Pronto, unos soldados lo agarraron por el brazo, alejando a Alec.

—Deja mi castillo y mi reino, o me veré forzado a tratar la presencia de ambos como una amenaza. Me veré forzado a tomar represalias con un ataque al reino de sus altezas.

Hizo un gesto ordenando a Alec que fuera liberado, lo cual fue obedecido rápidamente. Phillipe nos dio la espalda y caminó hacia una puerta lateral. Soltando un rugido, golpeé la mesa. La armada que estaba escoltando se asustó y Phillipe se volvió hacia mí.

—Sabía que no podía contar contigo más de lo que podía contar con mi madre, pero tenía que venir aquí y mirarla a los ojos para asegurarme. —Disparé con desprecio. —Pensé que eras mejor persona que ella, pero me equivoqué.

Tomando el anillo que le quité al dedo del Ravenna antes de que fuera ejecutado, lo puse sobre la mesa.

—¡Lamento las molestias que le hemos causado! Te prometo que esto no volverá a pasar y que no volverás a oír hablar de mi nombre.

Con eso, le di la espalda a Phillipe y me dirigí a la puerta. Sonriendo con orgullo, Alec me siguió como si me acompañara. Los hombres que nos acompañaban se inclinaron cuando pasé

junto a ellos y siguieron a Alec.

—¡Estoy tan orgullosa de ti! —dijo Alec cuando pasamos por los fríos pasillos de la Torre de Londres.

—¿Por qué es eso? No recibí nada de lo que te propuse. —Suspiré con consternación. —Lo siento mucho por todo.

—¡No lo estoy! —Alec disparó. —Puede que no hayamos conseguido la alianza que nos salvaría, pero tengo la esposa más valiente y hermosa que el mundo haya visto jamás.

Sonrió y se detuvo para enfrentarlo y Alec aprovechó para besarme.

—No importa lo que haya pasado hoy aquí. Estoy seguro de que algún día serás una gran reina. Ya sea aquí o en Escocia. —declaró. —Me aseguraré de estar de tu lado en cualquier condición que sea.

—Gracias! —Le susurré la sonrisa. —¿Qué hacemos ahora?

—No lo sé. No lo sé. —Alec suspiró y volvimos a caminar. —Lo resolveremos cuando lleguemos a Edimburgo.

Estableciéndome, estuve de acuerdo con él. Estábamos a punto de salir del castillo cuando uno de los guardias nos detuvo.

—¡Oye, oye, oye, oye, oye, oye, oye! ¡Basta! —el hombre ordenó que se acercara. —Mi rey desea la presencia de vuestras majestades.

Frunciendo el ceño, miré en dirección a Alec, que se encogió de hombros y asintió. Volvimos a la habitación en la que estábamos antes y nos pidió que entráramos. Phillipe estaba sentado a la mesa. Jugando con el anillo entre los dedos, lo vio como si estuviera estudiando un tesoro.

—¿Majestad? —Alec dijo que cuando llegamos.

—Necesito hablar con mi hija a solas —dijosin levantar la cabeza. —¿Nos disculpan?

—¡Por supuesto, Su Majestad! —dijo Alec y se volvió para besarme la frente. —Recuerda lo que te dije. Estaré afuera si me necesitas.

Asentí con la cabeza y Alec salió de la habitación. Phillipe y yo permanecimos en silencio durante unos instantes, hasta que empezó a hablar.

—¿Por qué no te sientas?

—Estoy bien de pie.

Se rió de la forma en que hablé y agitó la cabeza.

—Recuerdas mucho a mi madre. Tenía esos expresivos ojos verdes.

—Ravena también los tenía.

—Sí, pero los heredaste de mi madre.

—Me alegra saber que no heredé nada de mi madre. No deseo nada que venga de ella, excepto mis hermanas.

Phillipe levantó la cabeza.

—¿Tienes hermanas?

—¡Sí! Dos —dijoasentándose. —Una de ellas es también tu hija y ahora está sentada en el trono de Escocia.

Phillipe contuvo la respiración y agitó la cabeza.

—No tenía ni idea de que estabas vivo, mucho menos de que tenías dos hijas.

—¿Cómo puedes no saberlo, si te casaste con mi madre y después de la anulación, te convertiste en su amante por mucho tiempo?

—Ravena se enojó cuando cedí al testamento de mi padre y anulé el matrimonio. Me dijo que había abortado y que ni siquiera me había dicho el nombre que había elegido para nuestra hija.

Contuve la respiración en incredulidad con lo que escuché. No dudé de que ella realmente hiciera lo que él dijo.

—Después de un tiempo de su exilio, nos volvimos a ver y tenía planes de casarme con ella de nuevo. Todo iba perfectamente bien hasta que me di cuenta de que no era el único en su vida.

—Ella le estaba engañando con Royland MacGregor.

—Sí. —Ha dicho suspiros. —Para mí, fue la peor decepción del mundo saber que fui traicionada por la única mujer a la que realmente amé.

La expresión de Phillipe se volvió áspera. Pasó sus manos por el pelo castaño. No pude evitar notar que sus expresiones eran muy similares a las mías.

—Me obligaron a exiliarme de nuevo, y odiaba Ravena. Nunca me dijo que se había quedado embarazada de nuevo.

—Conozco tu historia, pero no vine aquí como hija, porque no sé si quiero ese trabajo. —...le disparé con voz lastimada. —Vine aquí porque docenas de personas sufrirán a manos de Roy si puede destronar a Alistair. Aunque esto ya no es posible, porque tendría que matar al niño que crece en el vientre de Aideen, a la esposa de Alistair y a su hija menor.

Phillipe me miró con sus ojos saltones.

—¿Estás diciendo que seré abuelo?

—Sí. —Suspiré tomando un descanso. —Roy y Ravena probaron mi vida para que nadie supiera que era un Lancaster. Me vi obligado a permanecer oculto y fingir mi muerte para proteger a mis hermanas, especialmente a Aideen. Cuando me enteré de que tenía la intención de usar a Aileen para llegar a un acuerdo con la corte inglesa, me obligaron a casarme con Alec y a revelarme a mis hermanas.

—¿Trato hecho? ¿Qué trato? —Phillipe disparó con curiosidad. —No había ningún trato en mi escritorio.

—Porque no estaba dirigido a ti, sino a tu primo.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? ¿Estás hablando de conspiración?

—Sí. —Me detuve para respirar. —Hace unos meses Ravena decidió casar a su hija mediana con tu primo. Mi hermana logró escapar, pero fue perseguida por hombres vestidos con armadura inglesa. Fue rescatada por Bruce MacCalister, Duque de Duvengar.

Ví que la expresión de Phillipe cambió de nuevo. Me miró con expresión de incredulidad.

—No desplegué tropas para invadir Escocia, y mucho menos para saber del matrimonio de mi primo con una mujer escocesa.

—Alistair lo sabe y creemos que MacGregor intentó incitar una revuelta contra los británicos en la frontera, enviando a sus hombres vestidos y armados con los colores de su ejército. Hemos podido evitar que esto ocurra, y creo que debería estar agradecido de que Escocia todavía tenga una corona en la cabeza.

Abriendo la alforja, llevé todas las cartas de Roy a Ravena y fueron recuperadas por los hombres de Alistair.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —preguntó, cogiendo los papeles.

—La prueba de que no estoy mintiendo. —Dije con una sonrisa irónica. —el sello es el escudo de armas de los MacGregor.

Phillipe abrió una de las cartas y comenzó a leer. A medida que sus ojos pasaban a través de las líneas, su ira se volvió más y más blasonada en su rostro.

—¿Dónde está Ravena ahora? —preguntó.

Supuse que estaba leyendo la carta que escribió cuando preparó su fuga.



—Fue sentenciada a la horca y murió antes de que me fuera. Espero que el anillo y las cartas nos ayuden a acabar con MacGregor. Después de todo, tenemos un enemigo en común.

—"¡El enemigo de mi enemigo es mi amigo!" —susurró sonriendo.

—Exactamente!

Phillipe cerró los ojos por un momento. Parecía cansado y pude ver por su expresión que se sentía traicionado de nuevo. Cogió el anillo y dio un largo suspiro.

—Ese anillo se lo dio a mi padre mi abuela, a quien yo había recibido de mi abuelo. Se lo di a Ravena el día que nos casamos, porque amaba a su madre. —se levantó y caminó hacia mí. — Necesito deliberar con mis asesores. Te pido que te quedes esta noche y cenas conmigo. Mañana por la mañana te daré mi respuesta sobre todo lo que hablamos.

—Majestad, no tenemos mucho tiempo. —Discutí. —El Rey MacCalister espera nuestro regreso para ordenar la invasión de Edimburgo. Tenemos pocos hombres para que este ataque tenga éxito y nos lleve a la victoria. Me gustaría que fuera breve, de modo que tengamos una alternativa si su palabra es negativa.

Phillipe puso una mano en mi hombro. Era más alto que yo. Su majestad llevó al pánico, pero no a mí.

—¡Un día! —dijo. —Pido un día para pensarlo. Mientras tanto, tú y tu marido sois mis invitados en la corte en gratitud por lo que habéis hecho por mi pueblo.

Prefiero tener un ejército que un banquete, pero decidí aceptar. En ese momento sentí que tenía que estar tranquilo y ser paciente. Un soldado me acompañó a la habitación donde Alec me esperaba. Lo abracé fuerte en el momento en que nos conocimos. Le conté todo lo que hablamos y accedió a esperar. Era todo lo que nos quedaba en ese momento. A medida que pasaba el día, me volví más y más aprensivo. Casi no comí en la cena, tan nervioso que estaba. Me presentaron a varios miembros del tribunal que comentaban mi parecido con mi abuela. Al final de la noche me retiré, pero Alec se quedó a petición de Phillipe. Aproveché el silencio para rezar y cuando me di cuenta, el sueño se apoderó de mí y me aniquiló apoyándome en las almohadas.

## Capítulo 26

### *Castillo de Edimburgo*

*Unas semanas después...*

---

Roy MacGregor estaba sentado en un escritorio en un pequeño pasillo. Ahí es donde pasó la mayor parte de su tiempo pensando. No podía esperar a encontrar a su amada que estaría aquí en unos días. Roy sostuvo la carta con más fuerza. Lo leyó y relejó unas cuantas veces más antes de ponerlo en una caja. Suspiró mirando la pintura que había pintado antes de que todo comenzara. Podrías recordar el verano que tomó las montañas Highland. Había un brillo en los ojos verdes de la pelirroja que posó para la pintura, pero la niña no sonrió en absoluto. Roy recordó las cosas que había hecho para borrar una pequeña sonrisa de su cara, pero no sirvió de nada y la rubia sólo fue retratada con el pulgar izquierdo entre los labios. Después de todo, el cuadro era su favorito. Deseaba fervientemente volver a reunir a su familia.

Ese asedio lo estaba molestando, pues las cosas estaban evolucionando de una manera contraria a lo que él había planeado. No esperaba que el asedio durara tanto tiempo. Afortunadamente, todavía había provisiones para muchos meses. Los soldados de Alistair no durarían mucho más. Roy sabía que estaba a salvo en la fortaleza, pero era frustrante quedarse atrapado en su propio castillo y le estaba volviendo loco. Cuanto antes murieran los soldados, antes tomaría el campo y la corona de Alistair.

—¿Mi señor?

La voz de tu consejero sonaba angustiada detrás de Roy. Se giró en la silla para mirar al hombre.

—Oh, ¿sí?

—Algo anda mal con los soldados en el asedio.

—¿Qué quieres decir con que algo va mal?

—Los soldados, mi señor, ellos... —El hombre se detuvo dudando. —Están entrando en formación de ataque.

Roy frunció el ceño, de pie.

—¿Eso no es posible! —dijo exasperado y se dirigió a la ventana más cercana. —Alistair no estaría loco por sacrificar a los pocos hombres que poseía.

—¡No es lo que parece, señor! —dijo el hombre que se acercaba a Roy.

Roy miró por la ventana de la torre en la que se encontraba y vio las filas que se formaban alrededor de la fortaleza.

—Alistair preferiría morir antes que tener que darme la corona a ti. —Roy susurró y frunció el ceño. —Aún así, algo anda mal. Como dije, Alistair no estaría loco si pusiera a sus hombres en peligro innecesario. Si fuera así, habría intentado invadir la fortaleza antes.

—¿Qué hacemos ahora, mi señor? —preguntó el hombre.

Roy se volvió hacia él con una mirada severa y una sonrisa sarcástica en sus labios.

—¿Dímelo tú! —él disparó. —Después de todo, tú eres el consejero, no yo.

El hombre lo miró asustado y empezó a tartamudear nerviosamente. Roy gruñó sosteniendo fuertemente el mango de la espada.

—¡Estoy rodeado de incompetentes! —dijo saliendo de la habitación. —Tenemos que averiguar por qué Alistair puso a sus hombres en formación de ataque. ¿Tiene algún plan que...

Roy dejó de hablar tan pronto como vio a dos de sus hombres cargando a una mujer por los brazos. Se escupió a sí misma gritándose ofensas contra los hombres.

—¡Déjenme ir, bolsas de estiércol! —...ha estado husmeando.

Roy frunció el ceño cuando reconoció a Aileen MacBride. Se veía más bonita de lo que él recordaba. Tenía los ojos de su madre y el color de su cabello, que eran de un tono rubio casi blanco. Llevaba un manto de terciopelo con una túnica de amatista y de Ravena, que él reconocía como las que le había dado una vez. Vestido de terciopelo verde oscuro con detalles dorados.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó si se acercaría a ella.

—La encontramos tratando de levantar el puente, mi señor. —explicó uno de los soldados. —Lo llevaba con ella.

Roy extendió su mano tomando el arco que le fue dado. Él sonrió.

—¿Cómo entraste?

—No fue tan difícil como crees —dijosonriendo. —Sus túneles son muy visibles y este laberinto no es nada para alguien como yo.

Roy se rió un poco.

—Había olvidado tus habilidades para encontrar entradas. —Roy la evaluó por un momento. —¿Cómo entraste en el castillo sin ser visto?

Aileen le sonrió de una manera desafiante. Otros dos hombres corrieron hacia el pasillo en el que estaban. Parecían angustiados.

—Mi señor, encontramos hombres muertos en la alcoba adyacente a la puerta norte. —a uno de ellos le dispararon sin aliento.

—¿Algo pasó a través de las puertas? —preguntó Roy.

—¡No, mi señor! —el hombre disparó. —Justo el pequeño séquito que estabas esperando.

Roy miró asombrado al hombre.

—¿Está Ravena en el castillo?

—¡Sí, mi señor! —El hombre asintió. —Llegó hace unas horas. Pidió a los guardias que no lo anunciaran, porque ya sabías que ella vendría.

Roy soltó un rugido. Tirando de una daga, se acercó al soldado y se la clavó en la barriga. El hombre gruñó de dolor y cayó sin vida a sus pies. Con odio en los ojos, se volvió hacia Aileen y apuntó la daga a su garganta.

—¿Dónde está Ravena? —Preguntó fríamente.

—¡No te tengo miedo! —disparó un tiro frío. —No importa lo que hagas o digas, sé que no me matarás porque soy valioso para ti.

—¡No me subestime, señorita! —dijo entre dientes. —Antes de ti, Ravenna es aún más importante para mí. ¿Dónde está ella?

Aileen lo miró fijamente. Apuntó la punta de la maldita daga delante de ella. Sacando la daga, Roy le dio una bofetada en la cara. El golpe hizo que su piel se quemara y Aileen gritó.

—¡No volveré a preguntar! —Roy dijo áspero. —¿Dónde está tu madre?

Aileen se rió, levantó la cabeza y lo miró fijamente durante unos segundos.

—Muerto! —susurró la palabra con placer.

Roy sintió que faltaba el suelo y todo a su alrededor giró.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

—La ahorcaron hace casi un mes, como al traidor que era.

Roy emitió un rugido ante las frías palabras de su hija. El odio se apoderó de su alma y avanzó con la daga de nuevo.

—¿Estás mintiendo! —gritó. —Recibí una carta escrita por ella diciendo que vendría a verme. Reconocí la letra de tu madre. ¡No puede estar muerta!

—La carta fue escrita por ella antes de morir. —Aileen se explicó contorsionando. — Consiguió que Ravena lo escribiera para traerme aquí.

—¿Ella quién? —Preguntó frunciendo el ceño.

Aileen no contestó y se rió. Enojado, Roy se preparó para darle otro golpe, pero las campanas de las torres comenzaron a sonar. Mirando a su consejero, Roy se alejó y se acercó a la ventana. Se abrió la puerta del ala norte y varios soldados de Alistair invadieron el castillo. Roy reconoció a Keilan Sinclair como uno de los comandantes de las tropas. Estaba frente al ejército en lugar de frente a Alistair. Eso le daba escalofríos.

—Envía soldados al ala este. —ordenó Roy. —Algo me dice que no son los únicos que invaden la fortaleza.

Roy se volvió hacia Aileen.

—Por eso lo pusieron aquí, ¿no? —Roy lo dijo riendo. —Alistair cree que es muy listo, pero no he tenido tantos hombres para derrotarme. Por eso me quedé escondido en esta fortaleza. No tiene oportunidad de vencerme, ni siquiera con ese ridículo ataque.

—¡Ya veremos! —dijo Aileen.

Otra señal resonó y se escuchó un ruido. Roy sintió temblar el suelo y algunos fragmentos de piedra se desprendieron del techo.

—¿Qué está pasando? —dijo el consejero de Roy. —¿Qué fue todo eso?

Roy fue a la ventana otra vez. Aileen se rió de una manera divertida como si supiera lo que estaba pasando.

—¿Qué está pasando? —Gritó con ira. —¿De dónde salió ese disparo de cañón?

—¿Roy?

El capitán de la guardia gritó, entrando en el pasillo acompañado de varios otros soldados.

—Hay una armada que nos ataca desde Bahía. Varias naves han aparecido en el horizonte — dijo el hombre. —Debemos abandonar la fortaleza ahora o moriremos.

—¿Barcos? —preguntó Roy asombrado. —¿Qué naves?

—No sé cómo surgieron ni por qué nos atacaron, pero enarbolan la bandera inglesa en sus velas y en sus vigías.

Roy gruñó y se fue a Aileen de nuevo.

—¿Cómo logró Alistair convencer a Phillipe para que le ayudara? —Preguntó bruscamente. Aileen es un bastardo y nunca daría crédito al hecho de que fuera su hija.

Aileen se rió retorciéndose en los brazos de los hombres que la abrazaban con fuerza. Acercó su cara a la de Roy y se enfrentó a él de una manera desafiante.

—Lo descubrirás muy pronto! —susurró ella. —Y no te gustará ni un poquito.

## Capítulo 27

### *Alec*

---

Observé de lejos el alboroto que se extendía hasta la playa. Como predijo Aila, llegamos justo a tiempo para seguir la invasión liderada por Alistair. Los hombres invadieron la puerta este, probablemente abierta por Aileen o Keilan. Tuve que regañarme mentalmente por dudar de que el plan de Aila funcionara. Ella sonríe al mirar a uno de los vigías y la ve apoyada en una de las cuerdas. Tenía un brillo de satisfacción y coordinó el ataque de cañón con gestos precisos. Sólo tuvimos unas pocas noches para aprender algunos trucos, ya que no teníamos una armada con la inglesa. La mayoría de los hombres que lucharon seguían siendo agricultores rústicos. De hecho, ese fue uno de los acuerdos hechos con el rey Phillipe. Tuve que negociar toda una noche con el rey. Creo que el hecho de que supiera que era el padre de una mujer muy intrépida fue lo que hizo que Phillipe aceptara ayudarnos. Principalmente porque sabía que ella construiría el puente que uniría a ambas naciones. Podías ver en sus ojos el orgullo desbordante cada vez que le hablaba de las hazañas de coraje de Aila MacBride, mi esposa.

Aila contempló el horizonte por última vez y se preparó para descender. Íbamos a la playa y pronto empezariamos a atracar.

—¡Prepárese, Su Alteza! —dijo el capitán. —Atracaremos en unos momentos y nos iremos en combate.

—Lo sé, pero gracias por la advertencia. —Yo contesté.

Aila vino hacia mí y le entregué su espada. Ella sonrió, sosteniendo el objeto a su cintura. Tomando la alforja en la que había guardado las dagas, empecé a sacarlas y a esconderlas en los lugares que sabía donde las guardaba.

—Realmente quería saber cómo te las arreglaste para averiguar dónde las guardo —dijo en un tono irónico.

—Una vez la vi preparándose para bañarse y descubrí dónde las escondía. —...me miró con desprecio, haciendo que me encogiera de hombros. —Por supuesto que fue por accidente.

—¡Yo sí! —ella respondió haciéndome reír.

—¿Listo? —Pregunté, guardando la última daga.

—Sí. Respondió con convicción.

Aila llevaba su ropa de cuero que me gustaba tanto, pero que prefería que estuviera sólo bajo mis ojos. Si peleamos, que se sienta cómoda. Me quité la capa que llevaba puesta y monté el caballo que me trajo el capitán. Sólo Aila, el capitán y yo, cabalgaríamos y el resto vendría a pie.

Las compuertas de las naves se han abierto y hemos desembarcado. Cabalgamos hasta las cercanías de la fortaleza en el lado norte. Subimos la colina con varios hombres siguiéndonos. Cuando llegamos al patio del lado norte, vimos a Alistair luchando contra unos soldados. Cayó al suelo y uno de los hombres le amenazó con una espada. Corrí hasta donde estaba mi hermano. Cuando estaba a punto de recibir un golpe, crucé la espada en el camino del hombre que intentó matarlo y sonríe.

—¡Descubrirás que estás cometiendo un gran error! —dijo sonriendo con ironía. —Quédate y muere si quieres, pero intenta matar a mi hermano y te arrepentirás amargamente en el infierno.

El hombre abrió los ojos de par en par, quizás porque me reconoció o no, pero dejó caer su espada y salió disparando. Desafortunadamente, murió en la punta de la espada de otro soldado.

—¡Empezaron la fiesta sin nosotros! —...dijo cogiendo la mano de Alistair.

Puso los ojos en blanco sujetando mi muñeca y me empujó para levantarse.

—¡Llegas tarde! —disparó irónicamente.

—¡Su Majestad! —Aila dijo que se acercaba.

—Veo que Phillipe era más que razonable. —Alistair dijo sonriendo a Aila.

—Nos costó un poco de trabajo, pero, sí, tuvimos más que éxito. —contestó ella. —¿Has visto a mi hermana? En cuanto a Keilan, ¿alguna noticia?

—Aún no he encontrado a Keilan o Aileen. —Alistair respondió tomando la espada. —Estaban en el lado este y abrieron las puertas. Todo lo que sé es que Keilan rodeó el túnel que mencionaste.

—La única salida es a través de las puertas que están ocupadas. —Completé con una sonrisa.

—¡Exacto! Alistair asintió.

—Entonces Roy no tiene adónde huir. —Aila sonrió. —¡Esas son buenas noticias!

Estableciéndonos, miramos a nuestro alrededor. El castillo fue tomado por completo y los pocos hombres que quedaban ya estaban empezando a rendirse. Todo lo que teníamos que hacer era encontrar a Roy para que todo terminara.

—Vamos a la torre sur, busquemos a Roy y hagamos que se rinda. —Alistair disparó. —Sé que quieres venganza tanto como yo, pero trata de traerlo de vuelta con vida.

Estábamos a punto de responder cuando Alistair nos interrumpió.

—Todo hombre merece un juicio justo, y como rey, me preocupo por juzgarlo adecuadamente.

Esnifando, Aila y yo asintimos. Pero antes de que empezásemos a entrar en el castillo, un grito resonó en el aire y una fría voz dijo el nombre de mi hermano.

—¡Alistair, bastardo!

Levantamos la vista y la visión que teníamos no nos agradaba en absoluto. Roy estaba hablando detrás de Aileen, que estaba bajo la amenaza de una daga inclinada sobre su garganta.

—Si quieres a tu cuñada viva, envía a tus hombres a poner fin al ataque.

Sentí que el cuerpo de Aila se ponía rígido y se puso tensa.

—¡Oh! ¡Oh, Dios mío! —Susurró Aila desesperada. —Tiene a mi hermana.

Donde estábamos, Roy no tenía visión de Aila. Sólo Alistair y yo estábamos en su foco.

—¡Alec, prepárate! —Alistair dijo que se estaba volviendo hacia mí. —Roy no tiene adónde huir. Subiremos a la torre y tú me apoyarás....

Alistair no pudo decir nada más porque un fuerte golpe le hizo caer en el suelo en desacuerdo.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo? —Le pregunté a Aila, quien soltó la piedra en sus manos y tomó a Alistair por los brazos.

—Lo siento, pero no puedo dejar que Roy mate a Aileen —dijo ella, metiendo a Alistair en una alcoba. —Quédate aquí y cuida de Alistair. Subiré y mataré a Roy.

Sacando la espada, me paré frente a Aila.

—¡No puedo dejar que hagas eso! —dijo apuntando con el arma a su garganta.

Aila me miró fijamente, respirando profundamente.

—¡Fuera de mi camino, Alec! —ordenó ella. —¡No me gustaría hacerle daño!

—¡Aila, ya oíste a Alec! —Discutí. —Roy merece un juicio justo.

Aila apretó con fuerza el mango de la espada. Era irreductible.

—¡No hagas esto, por favor! —Lo hice.

—¡Lo siento mucho! —dijo, antes de atacarme.

Tuvimos un accidente peligroso. Traté a toda costa de no lastimar a Aila, pero estaba tan enojada con Roy que estaba claro que de todos modos no me haría caso. Sin embargo, noté que sus golpes eran cautelosos y que no quería hacerme daño, sólo me golpeó para tener la oportunidad de pasar. Un grito me hizo perder la concentración y cuando lo vi, ya estaba en el suelo.

—Lo siento! —dijo con la voz embargada. —Es por tu propio bien.

Antes de que pudiera hacer nada, Aila me golpeó con el mango de la espada y me hizo caer sobre mi estómago.

—¡Te amo! ¡Te amo!

Eso es todo lo que escuché antes de que la oscuridad se apoderara de mi visión.

## Capítulo 28

### *Bree*

---

Mi respiración se volvía pesada con cada paso que daba al bajar las escaleras. Observé con cautela, tropezando con los cuerpos de los soldados a lo largo del camino. Aparentemente no había nadie más en la torre que el hombre que estaba buscando.

—¡Suéltame! ¡Suéltame!

Una voz femenina resonó desde el interior de una habitación. Había fragmentos de piedra esparcidos por el pasillo justo enfrente de la puerta. Eso significa que fue la primera torre en ser golpeada cuando entramos en la bahía y comenzamos el ataque. Roy debió quedarse allí durante todo el evento, que no tardó mucho en desarrollarse a nuestro favor. Sabía que la flota de Phillippe sería nuestra única oportunidad de victoria. Después de su petición de considerar lo que estaba diciendo, fui a mis habitaciones y me preocupé hasta la cena. Alec había tenido la amabilidad de tratar de calmarme, pero ni siquiera sus esfuerzos tuvieron efecto. Me sorprendió descubrir que Phillippe había preparado un banquete en honor de su hija perdida. La corte inglesa me veneraba, pero había quienes no querían saber que el rey tenía herederos. Hablamos mucho de la noche y Phillippe estuvo de acuerdo en ayudarnos. Alec tuvo que hacer una serie de tratos, pero lo que me sorprendió fue el hecho de que hizo que Phillippe aceptara también el reconocimiento de Aileen como su hija legítima. De esta manera, Inglaterra tendría un heredero varón, uniendo ambos países, si no generara herederos para la casa de Lancaster. En cierto modo, Phillippe estaba seguro de su generación.

—¡Quédate quieto! —La voz de Roy resonó fría. —Tú serás mi pasaje seguro fuera de este lugar.

—¡Prefiero morir antes que ayudarlo a escapar!

Sonríe cuando reconozcas la voz de Aileen. La puerta estaba entre abierta y podía ver entre el hueco sin ser notado. Aileen estaba en una esquina con las manos atadas. Roy preparó una cuerda e intentó atarla a la cintura de Aileen. Me di cuenta de que subiría a la torre llevándose a mi hermana con él.

—¡Suéltame o le arrancarás los ojos! —amenazó.

—¡Quédate quieto!

Aileen luchó contra las manos de Roy y la abofeteó con una bofetada para mantenerla callada. Sentí su dolor como si fuera mío, y me mordí los dientes maldiciendo a ese bastardo. Yo fui quien la puso en esa condición. Sabía que Aileen podía ser capturada, pero contaba con su ingenio para que no la vieran.

—En tu lugar.. —dijo que tomar un descanso preparándome para entrar. —Haría exactamente lo que ella me pide o las consecuencias de sus acciones no serán bien consideradas por mí y tendré que enviarlo al infierno.

Roy miró asustado hacia la puerta y agarró a Aileen colocándole una daga en la garganta.



—Quienquiera que seas, te mataré si intentas impedir que me vaya. —amenazó entre dientes. Sosteniendo con fuerza la espada, empujé la puerta con uno de mis pies y entré lentamente.

—Dudo mucho que le hagas eso a alguien que ya está muerto —dijoriendo.

La mirada de Roy se pegó a la mía y me miró de una manera asustada.

—¡Estás muerto! —dijo apuntándome con la daga. —La propia Ravena recibió una carta diciéndole....

—¿Diciendo que tuve un accidente y morí en una caída de acantilado? —Disparé una risa fría. —La carta fue dictada por mí después de que escapé de la emboscada de ustedes dos. Quería que ambos creyeran que estaba muerto para que mis hermanas estuvieran a salvo.

—¡Eso es imposible! —susurró.

—¡Déjala ir, Roy! —Yo ordené. —Sabemos que no puedes salir vivo de esta torre, pero puedo garantizarte un juicio justo si te entregas.

—¡Nunca! —gruñó.

Aprovechando la distracción de Roy, Aileen se golpeó un codo en las costillas e intentó huir.

—¡Maldito seas! —gritó y agarró el pelo de Aileen y lo tiró contra la pared.

Aileen cayó inconsciente en el suelo y yo rugí de rabia. Sin esperar un momento más, lo atacé con mi espada. Roy esquivó el golpe y tomando una espada que estaba en el suelo, respondió a mi ataque. El tintineo de las espadas empezó a resonar por la habitación mientras avanzábamos en el choque. Me golpeó con un golpe y me puso de rodillas. Roy intentó atacarme por detrás, pero saqué la daga de mi bota y le rocé en el abdomen. Gruñó llevando su mano al lugar donde le había hecho daño.

—¿Dulces recuerdos? —Pregunté irónicamente.

Roy miró la sangre en sus manos y rugió. Me atacó con fuerza, haciéndome perder el equilibrio y caer. Mi espada rodó hacia un lado y la daga se fue hacia el otro.

—Según recuerdo, la última vez que te vi, estabas exactamente en esta posición. —...se planchó al acercarse. —Yo, por otro lado, ganaría la pelea.

Roy me dio una patada en las costillas y me hizo perder el aliento. Me contorsioné con el dolor. Se agachó y me agarró el pelo con fuerza y me levantó.

—¡Deberías haberte quedado muerto! —gruñó —le haré un favor a Phillipe y me desharé del bastardo que eres. Entonces iré tras el otro bastardo y me desharé de ella y del niño que crece en su vientre. Que, después de divertirse un poco.

Las frías palabras fueron cantadas en mis oídos de una manera amenazadora. Agarré el cuello de Roy, le puse la cabeza en mi rodilla y le pegué fuerte. Roy se tambaleó hacia atrás con los mareos que lo golpearon y gruñó cuando sintió que la sangre fluía por su cara. Él vino hacia mí y yo saqué otra daga para defenderme. Golpeé una de sus manos y gritó, no por el dolor, sino por la ira cuando se encontró de nuevo herido. Sin nuestras espadas, peleamos una pelea y se llevó mi daga. Me dieron un golpe en la cara y caí al suelo. Me arrastré sobre él mientras venía.

—¡No tienes idea de cuánto placer tendré matándola! —Dijo que volvería a coger la espada. —Vengaré a tu madre, que fue entregada por ti a la horca.

—¡Era una maldita traidora! —dijo entre dientes. —Se merecía su destino. No me arrepiento de haberla condenado a muerte y lo haría de nuevo si fuera necesario.

Roy gritó de nuevo y levantó la espada para clavarla en mi pecho, pero yo fui más rápido y, sacando otra daga, le disparé en el hombro.

—¡Bastardo! —graznó al caer de rodillas.

—¡Suéltala! —Lo ordené apuntando con mi espada a tu garganta.

—Debes estar feliz de matarme —dijoriendo y abrió los brazos. —Sé rápido y ponle fin a esto.

—Tentando su oferta, pero Su Majestad me ha ordenado que lo capture vivo. Dijo que todo hombre merece un juicio justo.

—Muy noble de su parte.

—Estoy de acuerdo, aunque mi voluntad es enviarte a tu amada en el infierno. —Dije riendo irónicamente. —¿No es así como debe terminar toda pareja enamorada?

Roy se rió un poco.

—¿Aila? —Alec gritó en la habitación. Me miró de arriba a abajo. —¿Te encuentras bien?

—Estoy bien! —Dije triunfalmente. —¡Mejor imposible!

—¿Realmente necesitabas hacer eso? —preguntó poniendo su mano donde yo golpeé.

Dejé salir una risa sobre mis hombros.

—Nunca me habría dejado llevar si no hubiera hecho lo que hice.

—¡Bueno! Tienes razón en eso —dijosonriendo y se acercó. —tomó una buena decisión para mantenerlo con vida.

—¡Ya lo sé!

Alec miró hacia donde yacía Aileen y corrió hacia ella. Miré a Roy con desdén.

—¡Quédate quieto! —dijo dando unos pasos hacia atrás y yendo hacia una cuerda que estaba cerca.

Roy estaba desarmado y no había armas cerca de él para intentar escapar. Dándome la vuelta, me agaché para coger la cuerda.

—¡Cuidado! —Alec me gritó haciéndome girar el cuerpo otra vez.

Roy se había quitado la daga del hombro y se preparaba para dispararme. Fue entonces cuando gimió con los ojos llenos de agujeros y cayó sobre su estómago a mis pies. Una flecha estaba clavada en su espalda. Miré hacia Alec y vi a Aileen sentada con una bestia en sus manos. Estaba respirando rápido y asustada y dejó caer su arma tan pronto como me enteré de que Roy había muerto. Alec la ayudó a ponerse de pie y le desató las manos. Aileen corrió a mis brazos y me abrazó con fuerza.

—¡Lo siento mucho! —dijo entre lágrimas. —No podía perderla de nuevo.

—¡Está bien! ¡Está bien! —Susurré pasando mis manos por su pelo. —¡Se acabó!

Alec asintió mirándome y se acercó a mí. Nos abrazó de una manera protectora y salimos de la peluquería. Tuvimos que notificar la muerte de Roy y el final de la batalla. Nada en el mundo podría explicar el alivio que sentí en ese momento. Volviéndome a mirar dentro de la habitación cuando llegamos a la puerta, contemplé el cuerpo de Roy una vez más sólo para asegurarme de que estaba realmente muerto.

—¡Se acabó! —Susurré antes de sonreír y fui al patio.

## Epílogo

### *Algún tiempo después...*

---

El sol de la tarde brillaba detrás de las montañas. Los reflejos también se podían ver en contraste con las tranquilas aguas del lago. Era el presagio de una primavera cálida y esperanzadora. Sonreí cuando escuché el sonido de las trompetas pidiendo la atención de todos. Hubo una gran fiesta para celebrar la victoria sobre Roy MacGregor y la unión de los clanes en un solo reino. La celebración duró días y se extendió a Inglaterra, donde mi padre haría el anuncio y yo sería coronada princesa. Alistair ya había coronado a Alec en una ceremonia en el castillo de Dunhill. Antes de partir, los hermanos MacCalister recibieron la noticia de la muerte de Brice y una carta pedía que ninguna celebración fuera reemplazada por una conmoción. Brice nos pidió que celebráramos de acuerdo a nuestras tradiciones.

—¿Nervioso? —Preguntó Aideen, terminando la larga trenza.

—No. —Respondí sonriendo. —¿Lo estás?

—Preocupado. —respondió con cautela.

Sería la primera vez que se encontraría cara a cara con nuestro padre. Phillipe se había propuesto extender las festividades para anunciar a sus dos hijas como cortesanas y herederas legítimas.

—¿Cómo es el rey? —Preguntó Aideen.

Le sonreí y la volteé para mirarla al espejo.

—Igual que tú. —Yo contesté.

La sonrisa que llevaba puesta desapareció de mis labios.

—¿Qué está pasando?

—Esa no es la cara de una princesa —le contesté con tristeza. —Mira cuántas cicatrices.

Aideen sonrió, tomando mi cara en sus manos. Besaba cada cicatriz que encontraba. Eran sutiles, pero me molestaban porque eran visibles.

—Amo a cada uno de ellos por reflejar su valor. —Aideen sonrió. —Si no fuera por ti, no habría sobrevivido para encontrar al hombre más maravilloso que conozco.

Aideen se tomó un descanso. Se acercó al maletero al pie de la cama y sacó algo de él. Sonriendo, me dio un pequeño paquete.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —Le pregunté.

—Un regalo por ser la persona maravillosa que eres.

Frunciendo el ceño, abrí el paquete y contuve la respiración.

—¿Cómo la encontraste?

—La encontré en medio de las cosas que mamá escondió que había quemado. Quisiera un recuerdo tuyo, pero debo devolvérselo a su dueño.

Sonríe contemplando la muñequita de tela que Darla MacBride me había hecho. Ella había sido la abuela más dulce que una niña podría pedir. Aunque ella sabía toda la verdad, se empeñó

en tratarnos como si fuéramos de su propia sangre. También le debía mucho a su marido que me hizo el guerrero en el que me había convertido.

—¡Te quiero tanto! —Susurré abrazando a Aideen. —Gracias por guardarlo.

—De nada! Sé lo importante que es para ti y le pedí a Dios todos los días que la trajera de vuelta.

Nos abrazamos durante un rato, hasta que Aileen apareció y se unió a nuestro abrazo. Permanecimos unidos en un fuerte abrazo durante mucho tiempo, hasta que la voz de Olivia nos interrumpió. Ella dijo que los reyes nos estaban esperando en el gran salón para la coronación y el pronunciamiento. Bajamos las escaleras tomados de la mano. Cada paso que dábamos, yo suspiraba.

—¿Listo? —Aideen preguntó a mi lado cuando nos detuvimos frente a la puerta del gran pasillo. Di mi consentimiento respirando profundamente.

La puerta se abrió para darnos libre acceso al salón del trono, que estaba lleno de gente. Eran miembros de la corte, que vinieron a asistir a la fiesta. Alistair estaba al lado de mi padre con su imponente postura y la corona del rey sobre su cabeza. Llevaba su falda escocesa tradicional con un pastel. Alec estaba a su lado y me sonrió con orgullo. Bruce era un poco más bajo. Aileen nos besó en la frente y se puso de pie junto a Bruce. Llevaba un vestido azul turquesa, que era el favorito de su marido. Miré a Aideen y ella me hizo un gesto de asentimiento, antes de que nos uniéramos y bajáramos por el pasillo de la gente. Aideen estaba vestida con un vestido verde esmeralda que no era muy ajustado, porque su vientre ya era muy visible. Pronto nacería mi sobrino.

Phillipe no tenía hermanos ni hijos. En la línea de sucesión al trono inglés, sólo su primo menor esperaba para reinar. El Duque de York se sintió frustrado al descubrir que el rey tenía dos hijas y decidió no esperar el resultado. Con la ayuda de Ravena, planeó matar a su primo y llevarse la corona. A cambio, se casaría con Aileen y devolvería el título de duquesa a la Ravena. Gracias a Bruce, las cartas han sido interceptadas y su plan no puede realizarse. Phillipe estaba agradecido por la ayuda que había recibido y tuvo que condenar a su primo a la horca y repudiar a toda su generación. Toda la familia del duque ha perdido sus posesiones, títulos y privilegios.

—Todo el mundo aquí conoce mi lucha por generar un heredero que pueda seguir reinando con prosperidad y mi renuncia tras la muerte de mi querida esposa, llevándose a nuestro único hijo con ella. —Empezó Phillipe. —Durante días odié a Dios y me pregunté qué había hecho para merecer llevar esa carga. Él nunca me había dado una respuesta y yo seguí adelante sin la esperanza de tener a alguien justo y amable que continuara mi trabajo.

Phillipe se tomó un descanso sonriéndonos. Había una mezcla de orgullo y felicidad en el brillo de su mirada. Un resplandor que esperaba ver todos los días cuando miraba a Loch y me preguntaba qué teníamos en común. La respuesta fue, nada. Hoy sabía muy bien por qué no teníamos nada en común.

—Hace algún tiempo una mujer llamó a la puerta de mi castillo siendo portadora de noticias muy inquietantes. Esta noticia contiene evidencia de la traición de una persona que creía que me era leal, pero estaba equivocado. Se necesita sabiduría para reinar, pero se necesita valor. Este coraje lo vi en los ojos de una mujer, que no sólo se atrevió a desafiar a sus enemigos, sino que también decidió estar a la vanguardia de una guerra, donde sólo los hombres deben luchar. Sin más preámbulos, es con gran placer y orgullo que reconozco a Aila y Aideen MacBride como herederos legítimos de la casa de Lancaster.

—¡MacCalister! —Susurré.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —preguntó mi padre.

—Aila y Aideen MacCalister, Su Majestad.

Phillipe se rió.

—Reconozco a Aila y Aideen MacCalister como herederos legítimos de la casa de Lancaster. —repitió la corrección. —¿Te parece bien?

—¡Sí, señor! ¡Sí, señor! —Respondí asentándome y mirando a Alec que me parpadeó.

—Así y por todos los poderes que me han sido conferidos como soberano de Inglaterra, coronó a Aila Margarita segunda, princesa de Inglaterra y Escocia, y a mi primogénita en el linaje real. —me hizo un gesto para que me inclinara y me pusiera la delicada diadema en la cabeza. Estaba hecha de oro con esmeraldas y había pertenecido a mi abuela Mary Margareth. —También nombro a Aideen MacCalister Reina de Escocia e Inglaterra, Duquesa de Lancaster.

Todos aplaudieron fuertemente la recepción de los títulos. Después de firmar los documentos que validaban nuestras posiciones, fuimos enviados al salón de baile. Alistair llevó a Aideen a bailar y Bruce bailó con su esposa. Nunca he visto a mis hermanas tan felices. Si tuviera que hacer todo lo que hice de nuevo, sólo para ver esas sonrisas en sus caras, lo haría. No me arrepentí de nada, porque mis cautelosos pasos me llevaron a ese momento. Todo mi sufrimiento valió la pena.

—¡Mis felicitaciones, Alteza! —dijo Alistair acercándose.

—¡Su Majestad! —dijo inclinándose. —Lamento el daño que te causé.

—No hay problema, pero la próxima vez que decida pegarme... —Se rió tomando un descanso. —Trata de no hacerlo tan fuerte.

Dejé salir una risa y, mirando a Aideen, la abracé. Ella se inclinó y yo respondí de la misma manera. Me arrodillé besando la barriga de Aideen.

—No puedo esperar a ver a mi sobrina —dijosonriendo.

—¡O sobrino! —Alistair corregido. —Porque sabes que la casa MacCalister hace hombres hermosos.

—¡Muy arrogante, Su Majestad! —dijo riendo. Alistair puso los ojos en blanco sonriendo.

—Hablando de mí? —Alec dijo que subió y me abrazó.

—¿O quién sabe de mí? —Bruce se ha unido a nosotros junto a Aileen.

—¡Bueno! Veo que la casa MacCalister no sólo es de belleza. —Aideen disparó, haciendo reír a todos.

Bruce acarició el vientre de su esposa. Durante el viaje a Inglaterra, Aileen había anunciado que estaba embarazada y Bruce era la persona más radiante con la noticia. Han pasado los últimos días celebrando como más les gustaba. Entre cuatro paredes.

—Realmente espero que la arrogancia no sea uno de los atributos que la casa MacCalister puede ofrecer a sus hijos —dijosonriendo. —Odiaría tener que lidiar con una miniatura de Alec. ¿Puedes imaginarte eso? Cada vez que se equivocaba me lanzaba esa magnífica sonrisa que me hace derretirme y olvidar de lo que hablaba.

Todos me miraron confundidos por mi declaración. Alec se me acercó.

—¿Qué...? ¿Qué quieres decir? —preguntó.

—¡No te enfades! Hace tiempo que quería decirte que estoy embarazada, pero no sabía cómo. —Susurré con cautela. —Sé que no planeamos esto y su posición sobre los niños....

—¿Estás embarazada? —preguntó. Asentí y suspiré. —¿Seré padre?

—Sí. —Susurré sonriendo. —Siento no habértelo dicho antes, pero dijiste que no estabas listo para ser padre. No quería ser padre.

—No quería ser padre en esa ocasión, especialmente si Rose era la madre —él disparó. —

Pero estando contigo, estoy seguro de que seré el mejor padre del mundo.

Alec me sonrió y luego me levantó en su regazo girando.

—¡Te amo, princesa! —susurró.

—¡Yo también te amo, Alteza! —Lo devolví irónicamente.

Alec me besó y todos vinieron a abrazarnos. De todos modos, estaba disfrutando de una familia. Una familia fuerte y feliz.

## Sobre el autor

---



Vanessa, que escribe sobre el seudónimo de Kira Freitas, nació en el estado de Río de Janeiro, en la Baixada Fluminense. Hoy vive en una ciudad de la Costa Verde, entre el mar y la montaña. Empezó a escribir para distraerse, pero sus primeros libros se volvieron tan populares que decidió no parar más. Hoy tiene varios trabajos escritos y publicados en [amazon.com.br](https://www.amazon.com.br) y que también pueden ser consultados en [wattpad.com](https://www.wattpad.com).

## Otros trabajos

---

Serie Corazones Traicioneros

Libro 01 —Corazón en llamas (Alec)

Libro 02 —Corazón Indomable (Alex)

Libro 03 —Corazón Salvaje (Domingo)

Libro 04 —Ruthless Heart (Allan)

Libro 05 —Corazón Para Siempre (Diario de Alec)

Serie Destinos

Libro 01 —Sólo Amigos (Ryder y Brooke)

Libro 02 —Segunda Oportunidad (Casey y Ryan)

Libro 03 —Atracción Irresistible (Maise y Valerie)

Libro 04 —Cuando regrese (Viola y Mike)

Libro 05 —Castillo de Hielo (Erick y Scarllet)

Libro 06 —Redención (Mia y Raze) Pronto

Trilogía de las Hermanas MacBride

Libro 01 —La Reina

Libro 02 —La Duquesa

Libro 03 —La Princesa